

Caz Frear

CORAZÓN DESPIADADO



Caz Frear

CORAZÓN DESPIADADO

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

Índice

1. Agosto de 2017

2. Noviembre de 2017. Martes

3

4

5

6

7. Miércoles

8

9

10

11. Jueves

12

13

14. Viernes

15

16

17

18

19. Sábado

20

21

22

23

24. Domingo

25

26

27

28. Martes

29

30

31

32. Miércoles

33

Agradecimientos

Créditos

Para Thomas, Katie y Charlie

@MadLou me dice que ojalá me hubiera asfixiado con mi propia placenta al nacer.

@daveholby2 se admira de que pueda soportarme a mí misma.

A Mad Lou no pienso dignarme contestarle; sin embargo, Dave sí se merece que le diga algo. La verdad es que siempre he sabido que llevaba dentro el instinto de matar; lo que no sé es si he podido vivir con ello.

Porque uno puede engañarse a sí mismo diciendo que se conoce bien. Uno puede afirmar que es una persona fuerte, o una persona débil, o una persona intermedia de las muchas que hay por la vida, que oscilan entre el soldado y el pusilánime dependiendo del lado de la cama del que se hayan levantado. Pero, créanme, hasta que uno no haya visto apagarse la luz en los ojos de un ser humano sabiendo que ha sido uno mismo el que ha accionado el interruptor, el que le ha arrebatado esos últimos segundos de esperanza, no tiene ni idea de lo que significa poseer fuerza ni debilidad. Uno no tiene ni idea de los horrores con los que se puede aprender a vivir.

Y es que, en última instancia, la vida misma nos obliga a vivir con ello. La rutina de la vida, su tiranía, la manera que tiene de empujarnos a dar el paso siguiente sin haber evaluado el último como es debido.

Y, fundamentalmente, de todos modos las cosas no cambian. El mundo continúa girando. Después del día viene la noche. Uno sigue haciendo cola en la caja del supermercado y preguntándose cómo se las arregla siempre para escoger la más lenta. Uno sigue quejándose de los precios del transporte, de la factura del teléfono, del cajero automático averiado.

Uno sigue viviendo.

Como habría seguido viviendo ella si hubiera sabido tranquilizarse.

1
Agosto de 2017

—Cat, espera...

Sabe cómo me llamo. ¿Cómo demonios se habrá enterado?

Continúo avanzando, fingiendo que no lo he oído por encima del incesante gorgoteo de las cafeteras y de la insípida música de *jazz*. Ya casi he llegado a la puerta. Solo unos pocos pasos más y estaré fuera, a salvo de Casanova y disfrutando de los olores del mugriento verano londinense. Cerveza tibia. Gasóleo de los autobuses. Gotas de lluvia que se estampan contra las aceras recalentadas.

La felicidad.

—Eh, Cat, espera un segundo...

Esto ya lo veía venir y me daría de bofetadas por no haber hecho caso de mi instinto y no haber llevado a mi cliente a otro lugar. En realidad daría de bofetadas al detective Ben Swaines. Swaines se ha convertido en un esnob en lo que al café se refiere desde que empezó a salir con una chica de Sídney que pone copas y ahora no habla más que de café de sabor «terroso», o «resinoso», y cosas así, porque ¿para qué utilizar un solo adjetivo cuando puedes utilizar tres o cuatro?

Yo ni siquiera tomo café.

Casanova, el dueño de The Grindhouse, lleva varias semanas sirviéndose de eso como estrategia para ligar conmigo. Me sugiere que va a llevarme de viaje a Viena —en primera clase, naturalmente—, donde tomaré un tradicional café Fiaker que sin duda acabará por convertirme, y declara que «solo el sexo y un partido de golf en Gleneagles» pueden compararse con la emoción que supone encontrar un grano de café que proceda de un único origen.

Como decía mi madre, en el mundo tiene que haber de todo.

—Por favor, espera un momento...

Esta vez lo ha dicho en un tono más alto. Insistente. Para mayor escarnio, es media tarde y por lo tanto The Grindhouse está muerto. Estamos solamente yo y una abuela estresada que está intentando introducir un mejunje en la boca de un niño pequeño que no deja de revolverse, de modo que no tengo forma de hacer caso omiso de nuevo sin parecer maleducada o más sorda que una tapia. A falta de más opciones, pongo cara de póquer y me vuelvo sonriente hacia Casanova. Él ya ha salido de detrás del mostrador, y por un instante me quedo sorprendida al verlo de cuerpo entero, dado que todas las veces que he venido a este sitio para mí era solo medio ser humano, un torso flotante de color beis, vestido con una camisa de Ralph Lauren y dedicado a lanzar frases de coqueteo con acento repipi y a servir tazas de *caffè macchiato*.

—Ay, Dios, no me lo diga. —Me doy una palmada en la frente—. Otra vez he vuelto a dejarme la tarjeta en la máquina, ¿a que sí?

«¿Es posible que esto sea culpa mía? ¿Le habré dado yo pie para que actúe así? ¿Habrá confundido un olvido con una retorcida forma de seducción?»

—No, no, no pasa nada —balbucea él, lo cual en sí mismo resulta extraño—. Es que quería

preguntarte una cosa. En realidad, es un tema un poco delicado. ¿Nos sentamos?

Más que una invitación, es una orden, y yo debería negarme rotundamente. De hecho, debería haberme negado hace varias semanas. Debería haberle contestado: «No, no me apetece ir a Viena. No me apetece ir a ninguna parte contigo. Tengo un novio que me provoca mariposas en el estómago en vez de tomarse a risa con un chiste el hecho de haber perdido mi pasaporte. Pero, claro, es que nunca se me ha dado bien decir que no. Tengo una tendencia innata a complacer a la gente. Por esa misma razón salgo a comprar cafés para todos cuando ni siquiera tomo café.

Y por esa misma razón me siento de mala gana en una silla y al mismo tiempo doy un repaso a Casanova. No sé por qué, pero desde este lado de la barra nunca me había fijado bien en lo atractivo que es. Cabello negro azabache. Ojos del color del whisky añejo. Unas pestañas que con gusto cambiaría por las mías. Alrededor de cuarenta y pocos años, le calcularía yo, con esa mortal mezcla de guapura juvenil y experiencia propia de un tío más maduro. Dudo que duerma solo muchas noches. Y apostaría a que muy pocas veces le dicen que no.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarlo? —Parezco una *girl scout* un poco crecida de más—. Aunque va a tener que darse prisa: no puedo consentir que se enfríen los cafés de mi equipo. He visto disparar a la gente por cosas menos importantes que esa.

Casanova guarda silencio unos instantes y luego emite un carraspeo.

—En fin, todo esto resulta un poco engorroso, y, sinceramente, lamento mucho molestarte con ello, pero es que se trata de mi mujer. Últimamente está un tanto... rara, supongo, dice cosas realmente inquietantes. Es algo nada característico de ella, la verdad, y está empezando a preocuparme.

«¿Su mujer?»

De repente el niño pequeño lanza un chillido, y enseguida finjo interés para ganar unos cuantos segundos y poder recalibrar adónde nos dirigimos ahora que ya está claro que no van a tirarme los tejos. Pero, por desgracia, no se puede dedicar muchos segundos a fingir interés por la confiscación de una jirafa de trapo, de forma que, a regañadientes, me giro de nuevo hacia Casanova y esbozo una sonrisa de solidaridad.

—Cuánto lo siento. Pero no sé muy bien cómo puedo ayudarlo yo en eso.

—Bueno, a mí me parece que resulta obvio —replica él con expresión perpleja—. Eres policía.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—¿El qué?

—Que soy policía. —Si mi institucionalización es tan obvia, ya puedo despedirme de cualquier trabajo como agente encubierto en el futuro.

—Lo sé porque la mayoría de los días te acompaña ese tipo gordo, que está claro que es policía. Créeme, si uno pasa casi diez años trabajando cerca de una comisaría, al final acaba reconociendo las señales. Lo mal que les sientan los trajes, el aire de importancia. Se les nota a la legua. —Luego suaviza las facciones—. Menos en tu caso, claro.

Continuemos.

—Sigo sin entender por qué el hecho de que yo sea policía va a ayudarlo con su mujer.

—Necesito que me aconsejes, claro está.

Me relajo al instante, pues sé que dentro de diez minutos estaré riéndome de esto. Estaré haciendo chistes con el equipo acerca del tipo que confundió a la Policía Metropolitana con el Departamento de Terapia de Pareja. Es lo mismo que el idiota que pidió a Parnell (el tal «tipo gordo») que detuviera a sus vecinos porque tenían un árbol que estaba bloqueando la señal de su antena parabólica y le impedía ver la lucha libre.

Aun así, soy una profesional, de forma que rápidamente adopto el apropiado tono de solemnidad.

—Mire, siento mucho que tenga problemas, lo siento de verdad, pero ese no es asunto de la policía. Seguro que tiene algún amigo o familiar con el que pueda consultarlo. Y si de verdad le preocupa el estado mental de su mujer, quizá debiera acudir a un médico que...

—¿Un médico! ¿Que si me preocupa mi mujer? —Lanza una potente carcajada teñida de rencor —. No lo entiendes. No estoy preocupado por ella, sino por mí. Mi mujer es una persona inestable. Me ha amenazado, y varias veces.

Esto cambia las cosas. De momento no voy a poder servirme de esta historia para contar chistes.

—Ah, bueno, las amenazas sí que son asunto de la policía. ¿Lo ha amenazado físicamente? Porque, en ese caso, esas cosas nos las tomamos muy en serio. Pero tiene que ir a la comisaría de su barrio y presentar una denuncia oficial. Ese es mi consejo.

Casanova mueve las manos con gesto nervioso.

—No son amenazas físicas, ella es demasiado lista para hacer algo así. Es muy sutil. Retorcida. La gente la subestima.

—¿Puede concretar un poco más?

—¿Concretar?

Soy prudente a la hora de poner palabras en su boca, pero es que el tiempo apremia y tengo una pila de declaraciones de testigos que examinar: un caso de agresión con arma blanca en un establecimiento de comida para llevar de Caledonian Road en el que, aunque cueste trabajo creerlo, todo el mundo estaba demasiado ocupado comprando pescado para percatarse de que un metro más allá estaba cometándose un asesinato.

—Por ejemplo, ¿le ha hecho chantaje? ¿Ha causado desperfectos en enseres de su propiedad?

—No, no, nada que ver. —Su tono de voz indica que se siente frustrado conmigo. Joder, soy yo la que se siente frustrada con él. Tengo la sensación de no estar captando el sentido oculto—. Es más que eso. En fin, no deja de repetir que va a hacerme sufrir, que va a hacerme pagar. Y ahora me lo dice casi a diario. Los cambios de humor, las amenazas. ¿Lo consideras lo suficientemente concreto?

Concreto sí es. Criminal, no. Aunque existe una zona gris que poco a poco va agrandándose. A los ojos de la ley, las palabras no constituyen un arma, pero, con la nueva legislación que está por llegar, hacerle la vida insoportable a una persona ya no se tolera igual que antiguamente, y yo estoy de acuerdo con eso.

—¿Y por qué quiere hacerlo pagar? Perdone que lo pregunte, pero es que en esta clase de denuncias el contexto es muy importante.

Casanova suprime una sonrisa y me invita a que lo adivine.

—¿Qué puedo decir? Nadie es perfecto, Cat. Yo nunca he afirmado ser el marido más honorable del mundo.

Una afirmación que hacen únicamente el diez por ciento de los maridos.

En este momento tomo una decisión: lanzarle un hueso y salir de aquí cagando leches. Regresar a la caótica seguridad de la sala de reuniones del Equipo 4 de Investigación de Homicidios (MIT4). Incluso estoy dispuesta a regalarle a Swaines una de esas cafeteras tan sofisticadas con tal de no tener que volver a poner un pie en este lugar.

—Mire, lo único que le puedo decir es que si la situación se está volviendo cotidiana, es posible, y recalco la palabra *posible*, que pueda presentar una denuncia por conducta controladora y coercitiva. —Casanova, embelesado, se inclina hacia delante..., un poco demasiado hacia

delante y un poco demasiado embelesado para mi gusto; no entiende en qué consiste respetar el espacio personal—. Se trata de un delito bastante nuevo que tiene que ver con los malos tratos psicológicos dentro de una relación. Sin embargo, no existen muchos precedentes, y ya le aviso de que resulta muy difícil de demostrar.

—Conducta controladora y coercitiva —repite él con los ojos brillantes, tanteando la envergadura de la expresión—. Gracias.

Me levanto y recojo los cafés, que ya están templados.

—Ya le digo que, sin tener más datos, ni siquiera sé con seguridad si se puede aplicar en este caso, y me temo que no entra dentro de mi especialidad. Pero hable con los de la comisaría de su zona, a ver qué opinan ellos.

Casanova hace un gesto negativo con la cabeza.

—No. No, no necesito hablar con nadie más. Tú me has sido de muchísima ayuda. —Yo no estoy tan segura de ello, pero todavía estoy menos segura de querer serle de ayuda—. Y, además, lo cierto es que no voy a presentar ninguna denuncia. Ni siquiera voy a decirle a mi mujer que he estado hablando contigo. Ese no es el objeto de esta conversación. —Esboza una sonrisa que hace que se estremezcan mis órganos internos—. Lo único que pretendo es salvaguardar mi posición, nada más. Para pensar con qué puedo amenazarla yo más adelante si su conducta empeora.

Esto es una sinrazón. Yo solo he venido aquí a comprar tres cafés cubanos y una tortita de albaricoque.

Casanova me acompaña hasta la puerta y se sitúa delante del tirador.

—Y bien, Cat, ¿cuál es tu especialidad? Déjame adivinarlo..., ¿los homicidios?

—He participado en un caso.

Esto lo divierte.

—¿En serio? Lo he dicho en broma. Se te ve demasiado... dulce para tratar con casos de asesinato. Debe de ser por los rizos, y también por esas pecas, naturalmente. —Me da un golpecito en el puente de la nariz, un movimiento tan rápido y superficial que apenas tengo tiempo para dar un respingo, y mucho menos para darle una patada en los huevos—. Dime, ¿cuánto tiempo hace que eres policía?

—La semana pasada hizo cinco años. —Señalo la puerta con la cabeza—. Y si quiero llegar a los seis, tengo que marcharme ya mismo.

—Vaya, ¿cinco años y sigues viniendo a por los cafés? —Sonríe como si supiera mucho, aunque ya me gustaría saber qué es lo que cree saber—. Será porque pones mucho interés.

Ahí aparece por fin: esa autoridad de tío pijo, ese reflejo motivado por el ego, que supone que esto lo hago por él.

—En ese caso, deberías aceptar esto. De hecho, insisto en que lo aceptes, a modo de agradecimiento. —Coge un adorno de madera tallada que hay detrás de mí. Es una máscara demoníaca en colores rojo y negro, ajada y grotesca—. El regalo que tradicionalmente corresponde a un aniversario de cinco años ha de ser de madera, y de todas formas ya llevaba un tiempo queriendo librarme de esta máscara. Asusta a los clientes, sobre todo a los niños. Pero es antigua y posee mucho valor. —Se la acerca a la cara y mira con sus ojos color ámbar a través de las estrechas ranuras—. La compré en un viaje de trabajo que hice a Huehuetenango. Está en Guatemala, por si no te suena. Se supone que representa al Conductor, también conocido por ser el principal ayudante de Lucifer.

Le ofrezco una sonrisa tensa al tiempo que recupero mis modales, ocultos en alguna parte.

—Gracias, es muy amable de su parte, pero me temo que no puedo aceptarla. Va contra las normas aceptar regalos del público, y yo soy muy puntillosa con las normas.

Lo cual es una afirmación que raya en la parodia, teniendo en cuenta las mentiras que he contado y los límites que he sobrepasado. Pero, oye, nunca he afirmado ser la policía más honorable del mundo.

Otra afirmación hecha únicamente por el diez por ciento de los policías.

2
Noviembre de 2017
Martes

Hasta que se marcha la última ambulancia y aparece la pintada totalmente a la vista no me doy cuenta de que ya he estado anteriormente en Coronation Gardens. De hecho, he estado más de una vez. Deben de haber pasado casi veinte años desde que estuve sentada en la sala de estar del número treinta y nueve aporreando el piano de cola de la señora Flint al son de una canción infantil, y aun así el sombrío eslogan continúa colgado por encima de los contenedores de basura con ruedas, apenas ajado por la intemperie y por el paso del tiempo:

«VEO HUMANOS, PERO NO VEO HUMANIDAD»

La señora Flint sí que debe de estar ya muy ajada por el paso del tiempo. Debe de tener por lo menos ochenta años, puede que más. De hecho, teniendo en cuenta que nunca gozó de muy buena salud, ni siquiera en aquella época, pues siempre lucía una palidez casi traslúcida y sufría una tos capaz de arrancar el empapelado de las paredes, creo que no me equivocaría mucho al suponer que probablemente ya habrá muerto.

Mientras que Naomi Lockhart está muerta sin duda alguna. Y solo tenía veintidós años.

—Una frase muy alegre —comenta Parnell a la vez que cierra la cremallera de su traje de forense—. Resulta estupendo ver este cartel cada vez que uno sale de la casa. No es precisamente algo que te suba la moral. —Me pasa un par de fundas de plástico para los zapatos—. Aunque yo diría que hoy resulta bastante apropiado, ¿no te lo parece a ti?

Le respondo afirmando con un gruñido, pero sinceramente no estoy segura. Yo veo humanidad a lo largo de todo el cordón exterior. La veo en las voces de los pensionistas, que miran la escena con cara de asombro, se quejan y rememoran la época en la que uno podía dejar abierta la puerta de la calle y los policías no parecían niños de pecho. La veo en las frentes fruncidas de los padres, que aferran a sus hijos un poco más fuerte y les prometen un rato más para jugar esta noche, una recompensa que se han ganado por el simple hecho de estar vivos. La veo en los gritos de los colegiales, que se ríen del perro que levanta la pata y la apoya contra la rueda del Audi de Steele, y en otros críos un poco mayores que, cuando nos ven pasar a Parnell y a mí con nuestros trajes de papel ondeando al viento, exclaman: «¡Mirad, son los Teletubbies!».

Hay humanidad por todas partes. Enseña la cara en las situaciones mejores y en las peores. De hecho resulta bastante infrecuente que se abra el socavón y se trague todo lo que es puro, leve y lleno de esperanza.

Y cuando se lo traga es cuando entra en acción gente como la del Equipo 4 de Investigación de Homicidios.

El parque de Coronation Gardens es un laberinto de casitas de color gris y tejado plano, todas

idénticas entre sí y cada una de ellas flanqueada por un conjunto de muros de hormigón que proporcionan mucha intimidación, pero quitan mucha luz, ya sea en sentido literal o metafórico. No es más que una urbanización pequeña y deprimente ubicada en una deprimente calle secundaria del norte de Londres, a unos cinco minutos a pie del ajetreo de Turnpike Lane, que es un área de una gran riqueza multicultural, si uno hace caso de lo que afirman las agencias inmobiliarias. Un área rica en delincuencia y en establecimientos cutres, si uno hace caso de lo que afirma Parnell.

Dicho de otro modo, el típico sitio en el que uno termina viviendo si cuenta con un presupuesto ajustado y no muchas opciones, lo cual es el caso de la mayoría de los londinenses que tienen menos de treinta años.

Aunque es mejor haber vivido aquí que haber muerto aquí, claro está.

—Veintidós años. Esta es la víctima de homicidio más joven que he tenido —le comento a Parnell mientras hacemos tiempo frente al número cincuenta, a la espera de obtener el visto bueno del agente uniformado. Técnicamente deberíamos poder marcharnos ya, pero él ha recibido la orden estricta de Mo Vickery, nuestra patóloga, que es un sol, de «no permitir que venga hurgando nadie más, me da igual si es el comisario o el arzobispo de Canterbury», y, a juzgar por el gesto avinagrado que luce en la cara, yo diría que ya ha sufrido los ladridos de Vickery o puede que incluso algún que otro mordisco. De hecho, se diferencian en muy poco; ambos producen escalofríos.

Parnell está sorprendido.

—¿La más joven? ¿Con veintidós? Pues tienes mucha suerte. El segundo caso que tuve yo fue el de un niño de seis años que apareció tirado en unos columpios del parque Violet Hill. Te ahorraré los detalles, pero digamos simplemente que pasé un mes casi sin poder comer. Adelgacé un montón.

Está pidiendo a gritos la pregunta:

—¿Y cuánto llevas adelgazado ahora, entonces?

Parnell se pasa las manos por el estómago, notoriamente más flaco.

—Diez kilos. No es que sea el tipo más esbelto del año, pero no estoy mal, ¿no?

—¿Kilos? Solo los fanáticos del entrenamiento hablan de kilos. Exprésate en cristiano, por favor.

—Aproximadamente quince libras y media. Y no soy un fanático del entrenamiento, Kinsella; tan solo estoy adoptando un estilo de vida más saludable.

—Ya sé de qué va la cosa —replico, intentando sin éxito mantener la cara seria—. Suspendiste el examen de forma física, ¿verdad?

—Te equivocas.

Le propino un codazo.

—Venga, a mí me lo puedes contar.

—Y te lo estoy contando: no lo suspendí.

Sacudo la cabeza en un gesto negativo.

—Qué va, no me lo creo. No habrías cambiado el pollo frito por las semillas de chía a no ser que la jefa te hubiera puesto a dieta.

La jefa. La inspectora jefa Kate Steele. La mujer por la que de mil amores atravesamos paredes de ladrillos y la persona con la que jamás podré llegar yo a medirme. Parnell no la tiene en el mismo pedestal, porque él la conoce desde hace mucho; desde cuando ella cometía algún que otro desaguisado, por lo visto.

«Excepto que lo que hice yo no fue un desaguisado, sino un encubrimiento en toda regla.»

—Kate Steele no ha tenido nada que ver con ello —insiste Parnell—. Para que lo sepas, fue

Maggie la que me obligó a que me sometiera a una exploración en la consulta del médico. Es como la ITV para los vejestorios.

—¿Y qué te dijeron?

—Que no pasaba la ITV. El colesterol por las nubes, riesgo de contraer diabetes, gota, etcétera.

—Yo creía que la gota atacaba solo a las clases pudientes.

—Lo que me preocupa no es la gota, sino la posibilidad de un infarto. —Se pone sumamente serio—. No puedo permitirme el lujo de sufrir un patatús; todavía tengo hijos que llevan pantalón corto.

—Pues gracias a ello estás estupendo —le digo con sinceridad, aunque lo que quiero decir es que tiene mejor aspecto. No estoy segura de que Luigi Parnell haya estado estupendo en toda su vida. Incluso en las fotos de su boda luce una imagen de cierto abandono—. Y también me gusta ese traje nuevo. El azul marino es tu color.

—Me alegro. Me ha costado casi seiscientas libras.

—Oye, eso es un dineral. Qué barbaridad. A mí me ha costado menos equipar todo mi apartamento.

—Kinsella, ya sabes lo que digo siempre: el que compra barato compra dos veces.

«El que compra barato compra dos veces. El perro que persigue a dos liebres no atrapa a ninguna.» Parnell tiene un dicho para todo, una característica suya que eché de menos cuando estuve destinada en la oficina del alcalde este mismo año. Tengo que reconocer que el horario era bueno y que las máquinas expendedoras funcionaban mejor, pero, aparte de eso, todo era bastante prosaico: reuniones, informes, hojas de cálculo y reproches.

Claro que tampoco había cadáveres de veintidós años. Hay que tener cuidado con lo que se desea.

De repente aparece Vickery en el portal.

—Ah, bien, sois vosotros.

Me siento tentada de mirar a ver si hay alguien más a nuestra espalda, tal vez la detective Renée Akwa, porque Renée le cae bien a todo el mundo, o el detective Seth Wakeman, que por lo general se libra de los desprecios que suele lanzar Vickery gracias a que ambos estudiaron en Oxford.

—Nos alegramos de que nos buscaras, Mo. —Parnell da un tímido paso adelante—. ¿Podemos?

—Podéis. —Vickery se hace a un lado—. Me preocupaba que fuera otra vez ese tal Flowers. No es que tenga nada personal contra él, pero es que abulta más que un elefante y nuestra escena del crimen, como veis, es más bien pequeña.

La puerta nos conduce directamente hacia una cocina enana y cutre. Medirá menos de nueve metros cuadrados y está abarrotada de armarios y de diversos electrodomésticos que dan la sensación de necesitar un buen manotazo para ponerse en funcionamiento.

Y otro objeto que abarrota la cocina, naturalmente, es el cadáver de Naomi Lockhart.

Cabello largo y de color lila, ojos maquillados con purpurina, bonitos: el típico cadáver que las revistas basura insisten en denominar *curvy* para referirse a que es una chica normalmente nutrida y que seguramente usa una talla por encima de la 36. Se halla tendida de espaldas y lleva un vestido plateado subido hasta los muslos. El brazo izquierdo está retorcido hacia arriba, mientras que el otro está caído pesadamente a un costado, y en la muñeca luce una pulsera con colgantitos formada por ocho abalorios de color rosa que forman la palabra *CONEJITO*. Lleva las uñas de los pies pintadas de color verde menta y tiene las manos metidas en bolsas, etiquetadas y selladas.

Vickery se queda mirando fijamente el cadáver.

—Un caso de lo más desagradable.

—Como todos —replica Parnell—. Bien, ¿qué es lo que tenemos?

Nos agachamos en cuclillas con diversos grados de facilidad: el crujido que hacen las articulaciones de Parnell ya es un fijo en todas las escenas del crimen.

—La causa de la muerte es, casi con toda seguridad, un traumatismo craneoencefálico, un fuerte golpe recibido en la parte posterior de la cabeza que, también casi con toda seguridad, ha sido causado por esto. —Señala la esquina afilada y manchada de sangre de un pequeño armario de cristal—. Si os apetece, podéis llamar a todos los expertos en manchas de sangre, lo cual le corresponde a Steele y a su presupuesto, pero estoy segura de que hasta la detective Kinsella, aquí presente, es capaz de reconstruir lo que casi con toda seguridad ha ocurrido. —Le dirijo una mirada totalmente inexpresiva, contenta de que lo haya explicado con tanto detalle—. A la víctima le golpearon la cabeza contra este borde afilado con una fuerza considerable, lo cual la hizo caer al suelo y terminar desangrada. Todavía no sé decir a qué velocidad, aunque sí puedo decir que todo el cadáver huele bastante a alcohol, y, como quizá sepáis, o no, el alcohol disminuye la densidad de la sangre, lo cual incrementa las hemorragias, de forma que debemos tomar en cuenta ese dato.

Junto al microondas hay un juego de cuchillos, y al lado del fregadero, unas tijeras. Me sorprende verlos, pues habrían sido armas más fáciles.

—¿No cabe la posibilidad de que haya sido un accidente? ¿Que resbalara y se cayera de espaldas?

Tengo que preguntarlo. En una ocasión Parnell tuvo un caso en el que resultó que la víctima estaba practicando saltos en sentadillas delante de un vídeo de YouTube cuando de pronto resbaló y se golpeó la cabeza contra la chimenea. Acabó perdiendo la vida, y todo por querer tener más espacio entre los muslos. Decir que fue algo trágico es quedarse muy corto.

—No, no, claro que no —responde Vickery. Naturalmente—. La tremenda fuerza que se deduce del daño sufrido por el cráneo apunta a algo violento, al igual que las tenues marcas que presenta la chica en el cuello y debajo de la barbilla, que sugieren que la agarraron y la empujaron hacia atrás. —Toca el rostro de Naomi con su linterna de bolsillo, con gesto desapasionado, tal como debe hacer todo buen patólogo—. Además, este ligero hematoma de la mejilla derecha sugiere que poco antes de la muerte tuvo lugar alguna clase de altercado. Yo diría que le dieron una bofetada, dado que los hematomas son paralelos y lineales, lo cual es típico de una mano abierta más que de un puño o un objeto.

Miro a Parnell a los ojos; los dos estamos pensando lo mismo. En primer lugar: es más probable que las bofetadas las propine una mujer; no constituye una verdad científica, pero hay muchas probabilidades de no equivocarse al suponerlo. En segundo lugar: por lo general una bofetada es un reflejo que expresa cólera más que un verdadero intento de hacer daño, lo cual quiere decir que si el autor fue un varón, seguramente era alguien que conocía a Naomi, y que sentía algo por ella, aunque fuera un cretino y un pirado.

Dicho de otro modo, esto ha sido algo personal. O por lo menos esa impresión nos da, y las «impresiones» son lo único que tenemos en las etapas iniciales de un caso.

—¿Ha habido agresión sexual? —pregunta Parnell.

—No hay nada que lo sugiera, de momento. —Lo cual quiere decir que te esperes al informe de la autopsia, pesado—. Obviamente, tiene el vestido levantado, pero eso podría deberse a la forma en que cayó al suelo. La ropa interior se ve intacta, y no hay hematomas externos.

—¿Se ha encontrado algo debajo de las uñas?

—Nada digno de ser mencionado, a primera vista. Desde luego, no hay daños superficiales en las uñas ni en las manos.

Lo cual significa que no fue una pelea entre iguales, y entramos en todo un nivel nuevo de depresión.

—¿Hora de la muerte? —pregunto.

Vickery se incorpora.

—Tengo entendido por la inspectora Steele que la víctima fue vista por última vez el sábado por la noche en una fiesta, pero la hora exacta todavía está por establecer. Teniendo en cuenta que presenta un ligero ablandamiento de los muslos, posterior al *rigor mortis*, yo calcularía que murió dentro de las doce horas siguientes después de salir de esa fiesta, como muy tarde el domingo por la mañana. —De pronto hay algo que atrae su mirada—. Ah, inspectora Steele, precisamente estaba hablando de usted. Acabo de poner a estos dos al día, a grandes rasgos, y me marcho ya.

A Steele se le aproxima el director de escenas del crimen, que se presenta como el Poderoso Bal Sangha, pese a contar con una estatura no demasiado «poderosa». Solo le saca una frente a Steele, que, calzada con los zapatos planos que suele llevar a las escenas del crimen, prácticamente mide lo mismo que una jarra de cerveza. Sangha saluda con un gesto de cabeza a Parnell, el cual parece conocerlo, y a mí me dirige un saludo minúsculo. Aguardamos unos pocos minutos, comentando lo horroroso de la escena, mientras Vickery recoge sus cosas y se marcha sin decirnos siquiera adiós.

Cuando ya tengo la seguridad de que Vickery no va a poder oírnos, le digo a Steele:

—Permiso para formular una pregunta sin sentirme imbécil.

—Permiso más o menos concedido.

—¿Quién ha encontrado el cadáver?

—Su compañero de piso. Se llama Kieran Drake y tiene treinta y cuatro años. Es entrenador personal, tiene toda la pinta. Renée está tomándole declaración en estos momentos, pero el resumen es que lleva sin venir por casa desde el sábado a la hora de comer; ha estado de fiesta con unos amigos en Hounslow. Ha regresado sobre la una y media de la tarde de hoy. Tenía que volver porque los martes por la tarde recibe clases de HIIT, sea eso lo que sea.

—Entrenamiento de alta intensidad a intervalos —tercia Parnell, muy orgulloso de sí mismo—. Es de lo más popular. Los jóvenes creen que es algo nuevo, pero ya apostó por ello Sebastian Coe.

—Sí, gracias por la información, Lu, muy aclaratorio. —La expresión de Steele lo dice todo, y no es la única que está bregando con esta nueva versión de Parnell. La cosa es que, mientras todos aceptamos que lo que está haciendo es algo bueno, a la mayoría nos gustaba bastante la versión anterior, la versión que pesaba diez kilos más, que desayunaba empanadas de cerdo y compraba donuts «porque es martes»—. Sea como sea, Drake dice que la última vez que vio a Naomi, que, por cierto, es australiana, fue el sábado por la mañana. No hablaron mucho porque ella estaba ocupada en las tareas domésticas, pasar la aspiradora, cambiar las sábanas, cosas así. No sé muy bien cómo es la relación entre ellos; Drake es bastante mayor que ella, lo cual es poco frecuente entre las personas que comparten piso. Pero parece sincero. Se le nota conmovido, turbado, y, según Renée, ha vomitado.

—¿Pero? —Ya me he contagiado del tono de Steele.

—Pero no hay señales de un allanamiento de morada. De manera que Naomi conocía a su asesino y le dejó entrar en la vivienda, o entró él por sí mismo, o ya estaba dentro. Un compañero de piso encaja con todas las hipótesis.

—Ya, bueno, pero si él estuvo de fiesta en Hounslow, habrá testigos a montones, ¿no?

Steele se aparta a un lado para dejar pasar a un grupo de tres técnicos de la policía científica que traen material de iluminación.

—Entiendo a qué te refieres, pero, a no ser que aparezca un testigo creíble que haya pasado pegado a él toda la noche del sábado y la mañana del domingo, Drake continúa siendo un posible sospechoso. Hay que atribuirle el hecho de que no hubo allanamiento de morada y, más importante todavía, el hecho de que...

Ya sé lo que va a decir a continuación. Es del curso básico de Hendon. La formación policial equivalente a aprender a contar hasta diez.

—Ya, ya, el hecho de que el sospechoso más obvio suele ser el acertado.

Parnell se vuelve hacia mí.

—Mira, ya sé que tú desprecias todo lo que queda más allá de la Zona 3, pero Hounslow no es exactamente Tombuctú. Un par de horas para escabullirse sin que nadie se percatase, eso es todo lo que Drake habría necesitado.

—En el timbre de la puerta no hay huellas claras —dice el Poderoso Bal Sangha, concediendo más credibilidad a la idea de que se tratara de alguien provisto de una llave—. Es posible que las hayan limpiado, pero no es raro que dejen manchas borrosas, así que no hay forma de saber nada. Y dudo que obtengamos gran cosa por fuera. El sábado llovió, acuérdense.

Decir que «llovió» es quedarse corto. Cayó el diluvio universal. Como si los dioses quisieran vengarse. Aiden y yo veníamos dando un paseo por el parque Victoria, después del típico asado de fin de semana, y tuvimos que guarecernos en el quiosco de música. Habría resultado muy romántico si no hubiera sido por las otras veinte personas que habían tenido exactamente la misma idea.

—¿Se ha encontrado algo en el cadáver? —pregunta Sangha.

—Hemos recogido varios cabellos ajenos. Y otro par de ellos en la cama.

—¿Y el teléfono de la víctima?

Steele hace un gesto negativo con la cabeza.

—Ya efectuaremos un registro como es debido cuando hayan terminado los técnicos, pero...

—Olvidalo —dice Parnell—. Una chica de veintidós años jamás se separa ni un metro de su teléfono. Si lo encontramos, estará en algún lugar obvio.

—Si ha desaparecido, por lo menos eso querrá decir que dentro de él hay algo que vincula a la víctima con su asesino —sugiero yo—. Los datos que contienen los teléfonos arrojan cierta luz.

—Me encanta esa actitud mental tan positiva —comenta Steele—. Está claro que ese novio que tienes te está transformando.

Pongo los ojos en blanco. Vale, tía, lo que tú digas.

—Vickery ha mencionado que la víctima estuvo en una fiesta el sábado por la noche. ¿Cómo lo sabemos? Por Drake.

—Hum, a eso iba. Cuando han introducido el nombre de Naomi en el sistema —probablemente haya sido Ben Swaines, que rara vez se aventura muy lejos de la oficina, el pobre—, han descubierto una llamada a la policía local realizada por una compañera de trabajo que estaba preocupada porque Naomi no se había presentado a trabajar por segundo día consecutivo. Dicha compañera es la que mencionó que había habido una especie de fiesta en la casa de su jefa. —Da unos golpecitos en el teléfono—. La jefa se llama Kirstie Connor y dirige una empresa de selección de personal.

—¿Y nadie hizo un seguimiento de esa llamada? —pregunta Parnell.

Steele hace una mueca de disgusto.

—Parece ser que no.

Claro que tampoco habría servido de nada, puesto que para entonces Naomi ya hacía mucho que había muerto. Tan solo habría servido para traernos a nosotros a este mismo punto unas tres horas antes, pero esos detalles son los que entusiasman a la prensa sensacionalista. Ya estoy viendo los titulares: «Descartada una compañera de trabajo que estaba preocupada, entre otros aciertos de la policía».

Steele también se los está imaginando.

—Mira, gracias a Dios, ese problema no es nuestro. Pero, si sirve de algo, se ha procedido según el manual. Naomi solo era una empleada temporal, le pagaban por semanas. No tenía ningún vínculo fuerte con la empresa y tampoco había ninguna bandera roja. No estaba deprimida, que la compañera supiera. Se la habría considerado un riesgo bastante bajo. Ya sé que no es gran cosa, pero, en fin, estamos donde estamos.

Una manera oficial de decir que «vamos a tener que tragarnos este sapo».

Con la llegada de otro equipo de la policía científica, la cocina está empezando a parecerse a una fiesta casera de adolescentes, y urge la necesidad de irse a otra parte, a donde sea.

—¿Le parece bien que echemos un vistazo a la habitación de Naomi? —le pregunto a Sangha, refiriéndome a Parnell y a mí misma—. Solo para conocerla un poco mejor.

Sangha duda un instante, pero después accede.

Meto prisa a Parnell para que salga de la cocina y eche a andar por un corto pasillo revestido con un acabado Artex cuyas paredes están llenas de manchas de nicotina y cuya moqueta tiene el color de la nieve sucia. En el pasillo hay solo dos dormitorios, el de Naomi y el de Drake, lo cual quiere decir que el cuarto de baño debe de encontrarse situado enfrente de la cocina, y no hay sala de estar ni ningún espacio común. Es un piso de un solo dormitorio, reformado para constar de dos.

Bienvenidos al mercado del alquiler de Londres en 2017.

El dormitorio de Naomi es el más grande de los dos, y probablemente era la antigua sala de estar porque todavía hay una estufa de tres quemadores montada en la pared y la moqueta tiene un hoyo que debe de corresponder a donde estaba antiguamente el sofá. Lo primero que se me viene a la cabeza es que, fuera cual fuese la cantidad que Naomi estaba pagando, claramente era excesiva, porque, aunque la habitación está immaculada, recogida y amueblada con todos los elementos básicos que uno espera encontrar, como un armario ropero, una cama, una mesilla de noche y una mesa escritorio, la cama es cutre e individual, al ropero le falta una puerta y la mesa escritorio se ve calzada con un cartón porque no está equilibrada del todo.

En cambio, la mesilla de noche es bonita. Barata pero decorativa. Es muy probable que se la haya comprado la propia Naomi.

De forma que intentó darle a su habitación un aire hogareño, por lo menos habitable, y no sé muy bien si lo que me tiene compungida es el edredón con alegres soles dibujados o las orejas de Mickey Mouse que cuelgan por encima de la cama, pero tengo un nudo en la garganta que se me está resistiendo bastante.

Hace no mucho, lo que me apabullaba era la sangre: las heridas, el estropicio, la indignidad que representaba toquetear el cadáver de una persona oliendo todavía su perfume, pero últimamente lo que más me conmueve son las pertenencias de las víctimas. Sus enseres, sus cachivaches y su ropa, todo tirado por el suelo. Al fin y al cabo, sus cosas son lo que retiene la esencia de lo que fue esa persona y lo que dicha persona amaba. Su cadáver, cuando ya nos hemos familiarizado con él, tan solo contiene sus órganos.

—Le gustaba la música —dice Parnell mirando fijamente un montón de entradas de conciertos sujetas con chinchetas en un corcho.

Rihanna, Little Mix, Ariana Grande, Adele.

Una chica admiradora de otras chicas.

—Esto le parte a uno el corazón —comento—. Era jovencísima.

—Kinsella, por Dios, puede que tú tengas el alma vieja, pero no eres precisamente lo que se dice una vieja.

—Ya, pero este trabajo envejece. Igual que pasa con la edad de los perros; calculo que en el tiempo que llevo siendo policía he envejecido noventa y siete años. Además, hay jóvenes y jóvenes. —Señalo el gigantesco cartel que domina la pared del fondo—. Para empezar, yo no opino que «CUANTO MÁS FUERTE SEA LA TORMENTA, MÁS GRANDE SERÁ EL ARCO IRIS».

—No te preocupes, a los veintiséis sigues siendo una niña.

—Ooh, es una edad muy peligrosa. Hay muchos famosos que murieron al cumplir los veintisiete, ¿no? Hendrix, Joplin, Morrison, Cobain, Winehouse. Todos los grandes.

—En ese caso, a Kinsella no le ocurrirá nada.

Steele ha aparecido en el umbral de la puerta.

—Eso me temo. Todos ellos murieron por ser demasiado desbocados. Yo últimamente soy de lo más aburrida que hay.

—Será por el señor X —replica Parnell guiñándole un ojo a Steele—. Sea quien sea, ha logrado tranquilizarla.

El señor X. Aiden Doyle. Que mi novio, que es encantador y un libro abierto, se cubra con ese velo de misterio resultaría risible si no fuera un hecho tan vital.

Observo fijamente la cama deshecha de Naomi buscando una razón para cambiar de tema.

—Oiga, jefa, ¿no ha dicho el compañero de piso que Naomi cambió las sábanas el sábado por la mañana? Cabría pensar que, ya que las cambió, también hizo la cama. De todas formas es lógico suponerlo, porque el resto de la habitación sugiere una persona bastante ordenada.

—¿Qué es lo que pretendes decir?

—Tan solo digo que, aunque obviamente acabó por regresar a la cocina, en algún momento del sábado por la noche debió de meterse en la cama.

—No lleva ropa de dormir —replica Parnell—. No soy experto en moda femenina, pero ese vestido plateado que lleva puesto no es un camisón, ¿no?

Hago una mueca.

—Por favor, sargento. Yo siempre caigo en la cama completamente vestida después de haberme tomado unas copas.

—Me dejas sorprendido. —Parnell está en modo paternal total, puntilloso y reprobatorio.

Lo cual me recuerda que este domingo tengo que llamar a mi padre verdadero. Entre cinco y diez minutos de conversación incómoda y banal, y de una codependencia tóxica. Aun así, eso mantiene contenta a mi hermana Jacqui, y de ese modo la vida nos resulta más fácil.

«Aunque no es que nos merezcamos tener una vida fácil, después de lo que hemos hecho.»

Steele interrumpe mis pensamientos.

—Bien, de manera que cuando llegó a casa se metió en la cama. ¿Qué nos dice eso?

—No lo sé muy bien. —Ya hace mucho tiempo que dejé de intentar echarme faroles con Steele—. Pero que las sábanas estén limpias sí nos dice una cosa.

—Continúa.

—Si el sábado por la mañana estaban recién puestas, hay muchas posibilidades de que los cabellos que se han encontrado fueran del sábado por la noche.

Steele hace un gesto de asentimiento con la cabeza, prudente.

—Hum, es posible, pero aun corriendo el riesgo de hablar igual que un demonio del lado

oscuro... —Se refiere a la defensa. Ya está pensando en una condena, incluso antes de contar con un sospechoso—. Siempre hay que vérselas con la temida alternativa de que las pruebas hayan sido colocadas a propósito por alguien, y los jurados no condenan basándose en una «posibilidad».

—Lo sé, lo sé. Pero la presencia de un amante es una teoría. ¿Naomi cambió las sábanas el sábado por la mañana porque esperaba la visita de alguien especial el sábado por la noche?

Steele esboza una sonrisita maliciosa.

—¿Esa es la única vez que tú cambias las sábanas? ¿Cuándo esperas tener una noche de pasión?

—La verdad es que las cambio cada quince días. Y el que diga que las cambia con más frecuencia está mintiendo o es un obseso de los microbios.

—O tiene una empleada de la limpieza. —Parnell me sonrío de oreja a oreja, aunque el comentario va dirigido a Steele.

Ella se lo toma con buen humor.

—Ya. De acuerdo, he delatado que provengo de la clase trabajadora. Pido perdón por trabajar setenta horas a la semana y no tener tiempo para limpiarme el culo, así que mucho menos para pasar la mopa a los suelos de mi casa. —Se levanta la manga para mirar el reloj, un TAG de oro rosado que yo he estado fantaseando con robar—. Hablando de tiempo, tenemos que irnos ya al trabajo de verdad, muchachos. Tengo a Festín y a Hambruna yendo casa por casa. —Se refiere al fornido sargento Flowers y al flaco detective Cooke—. Quiero que vayáis a ver a esa jefa, Kirstie Connor, y averigüéis qué ocurrió en esa fiesta. Con quién se mezcló Naomi, cualquier otra cosa que ella considere que debemos saber nosotros...

Dicho de otro modo, olvidarnos de la «colocación intencionada de pruebas», de los «traumatismos craneoencefálicos» y de todas las demás cosas que necesita entender todo buen detective sin obsesionarse, y en lugar de eso concentrarnos en lo que mejor sabemos hacer. En lo que nos impulsa a levantarnos todas las mañanas. O, haciendo más honor a la verdad, en lo que nos impide dormir por las noches.

Las personas. Los sospechosos. Los testigos.

Las mentiras.

O, dicho en palabras de nuestra jefa, el trabajo de verdad.

El dinero. La política. El sexo. La religión. Cuatro temas que por lo general conviene evitar, pero si estamos hablando con un residente de Londres, hay que sumar otro a la lista: los códigos postales.

Reconozco que estoy pontificando.

—Este lugar siempre da la impresión de estar un poco demasiado encantado de conocerse —comento mientras caminamos por Muswell Hill Broadway, sorteando a las últimas madres que han acudido a recoger a sus hijos del colegio en sus todoterrenos y sus monovolúmenes de tamaño familiar—. Es como si mirase por encima del hombro al resto del norte de Londres. Sabes lo que quiero decir, ¿no? Sé que sabes lo que quiero decir.

Para ser justos, Muswell Hill, el perfecto enclave urbano situado tan solo a diez minutos en coche de su casi perfecto primo, Turnpike Lane, es cualquier cosa menos despectivo. A pesar de encontrarse a varias millas de las luces brillantes y el bullicio de la Zona 1, su ubicación en lo alto de una de las colinas de Londres lo convierte en la atalaya perfecta para contemplar todo cuanto ofrece la ciudad. Los puentes, los pináculos, los rascacielos, la suciedad. Muswell Hill supervisa toda esa locura sin verse nunca obligado a sumarse a ella. Ni siquiera tiene estación de metro, lo cual no hace sino acentuar su aura de exclusividad.

—Ah, lo que tienes es envidia —dice Parnell mirando el semáforo con el ceño fruncido, como si con su sola fuerza de voluntad pudiera ponerlo en verde—. Nosotros tenemos amigos aquí, y les encanta esta sensación de vivir en un pueblo, la sensación de comunidad. Calculan que es casi imposible salir a comprar un cartón de leche sin tropezarse por lo menos con cinco conocidos. ¿No te parece maravilloso? Dios, la única vez que hablo yo con un vecino de nuestra calle es cuando salen a firmar la entrega de un paquete o cuando salta la alarma de un coche. —Por fin cambia el semáforo y avanzamos de nuevo, muy despacio—. Sí, las buenas gentes de Muswell Hill tienen mucho que enseñarnos. Las personas deberían saludarse. Deberían cuidarse más unas a otras.

Sé que Parnell tiene razón, pero su discurso no surte efecto en mí. Yo adoro el anonimato de Londres, la idea de poder salirme del radar y que la ciudad no derrame ni una sola lágrima.

—Seguro que tus amigos no son policías. En esta zona, con tu salario no podrías alquilar ni un garaje.

—¡Un garaje! Ya nos costaría mucho poder alquilar una plaza, pequeña.

Sonrío.

—Bueno, ese es el precio que hay que pagar para tener buenos colegios y panaderías artesanas.

—Es el precio que hay que pagar para tener seguridad, querrás decir. —Retira la mano de la palanca de cambios para levantar en alto cuatro dedos regordetes—. Estas son las agresiones con arma blanca que tuve el mes pasado. Todos eran unos críos, uno de ellos tenía solo catorce años. Te lo digo en serio: si me tocara la lotería... A propósito, mañana hay un bote acumulado de catorce millones de libras.

—Eh, la mitad de eso es para mí, acuérdate. —Parnell insiste en que ambos debemos tener un

microgrupo propio. Afirma que no merece la pena ganar el bote de la lotería si tenemos que repartirlo con todos los miembros del equipo—. Y, de todas maneras, ¿quién ha dicho que Muswell Hill es un lugar seguro? ¿Qué pasa con Dennis Nilsen? ¿No vivía por aquí?

Doblamos a la izquierda. Parnell se esfuerza en mirar a través del parabrisas, intentando distinguir los números de las casas.

—Por Dios, eso ocurrió hace casi cuarenta años, Kinsella. Me parece que desde entonces ya han conseguido librarse de los asesinos en serie. —Toca el freno—. Aquí está, ya hemos llegado.

—Ah, ¿pero eso cómo lo sabemos, sargento? Circulan entre nosotros, ¿no es eso lo que dicen de los asesinos los que se encargan de trazar perfiles? —Señalo con el dedo el número 22 de West Pool Avenue—. Nunca se sabe, podríamos estar a punto de tropezarnos con uno.

Parnell saca unas pinzas de depilar de la guantera de la puerta.

—En ese caso, mejor será que me arregle un poco los pelillos de la nariz. Esos asesinos en serie son de lo más quisquillosos...

Mientras que Muswell Hill es innegablemente elegante, con sus bares, sus tiendecitas y sus galerías de arte urbano, el número 22 de West Pool Avenue no lo es en absoluto. Al igual que muchos otros, por lo visto los Connor han hecho caso del antiguo adagio que afirma que es mejor comprar la peor casa de la mejor zona, porque desde luego no hay nada de elegante en el canalón flojo y en la fachada delantera en estado de desintegración. Sería mejor decir en estado cochambroso. Cochambroso sin el glamur. Una mancha en lo que, por lo demás, es una pulcra hilera de casas de ladrillo rojo de estilo eduardiano.

—Maldición, qué horror. Será mejor que entren.

De pie en el porche, vestido con una malla amarilla de ciclista y luciendo una expresión absolutamente atónita, se encuentra la fibrosa figura de Marcus Connor, que es el primero en poner cara de perplejidad. Lo acompañamos hasta una cocina americana a medio terminar de construir que huele a patatas hervidas y a queso derretido, una mezcla que resulta estimulante cuando uno no ha comido nada desde que desayunó, aparte de una chocolatina.

Descubrimos a una chica adolescente y a otra mujer algo mayor que parece su doble, supuestamente su madre, sentadas en sendas banquetas ante el mostrador del desayuno. Las dos tienen un cabello rubio de playa que al instante me recuerda a mi hermana Jacqui, y además la chica también se parece a Jacqui en la actitud: inquieta y curiosa, con la nariz respingona, como si estuviera olfateando de qué manera puede beneficiarse de nuestra visita incluso antes de saber quiénes somos ni a qué hemos venido.

La mujer es totalmente lo contrario. Gira la cabeza para mirarnos, pero apenas reacciona; simplemente espera a ser presentada con un silencio que raya en la histeria.

—Hum, estas son mi hermana Rachel y mi sobrina Clara. Chicas, os presento a la policía. —Marcus se frota la calva con una mano—. Dios, esto es terrible. Voy a buscar a Kirstie; está afuera con Danny.

Ya es de noche, pero por la ventana alcanzo a distinguir la mancha borrosa de un niño pequeño que está correteando sin rumbo fijo encima de una cama elástica.

Parnell saluda a las dos mujeres con un solemne gesto de cabeza.

—Detective Luigi Parnell, y esta es la detective Cat Kinsella.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta la hermana, preocupada, pero todavía tan tranquila como una balsa de aceite.

—Ahora mismo se lo explicamos, señora..., señorita...

—Señora Madden, pero puede llamarme Rachel.

La sobrina, Clara, le dirige a Parnell una sonrisa arrogante.

—Oiga, no es mi intención ser graciosa, pero no tiene usted pinta de llamarse Luigi.

Parnell responde con una media sonrisa.

—Nací la noche en que Italia ganó el Festival de Eurovisión. Mi madre había apostado dos libras por Italia, así que pensó que era un buen presagio. En aquella época, dos libras eran mucho dinero.

He oído diversas variantes de esta historia. Una habla de una cantante de ópera, otra tiene que ver con un vendedor de helados. En cierta ocasión Steele me contó que a Luigi le pusieron al nacer el nombre normal de Lewis Parnell, pero que él, en un arranque desafiante, se lo cambió, aunque también es posible que la jefa me estuviera tomando el pelo.

Se abre la puerta trasera y entra Kirstie Connor, una arrolladora masa de tirabuzones y prendas de ropa artísticamente descoordinadas. Durante una fracción de segundo tengo la impresión de que va a agredirnos. No sería tan raro. La advertencia de «No maten al mensajero» suele esfumarse por la ventana cuando hay por medio una muerte repentina. Gracias a Dios, frena como a treinta centímetros de nosotros y nos habla con una voz temblorosa pero estridente.

—¡Marcus me dice que Naomi ha muerto! No es posible que sea verdad, ¿no?

Marcus pone los ojos en blanco ante la sugerencia de que él pueda haber entendido mal.

—¡Ha muerto alguien! —exclama Rachel elevando mucho las cejas.

—¿Quién es Naomi? —pregunta Clara.

Kirstie grita por encima de las dos.

—¿Cómo es posible que haya muerto? Quiero decir, ¿cuándo..., qué demonios ha pasado?

Parnell toma la iniciativa.

—Por el momento no podemos decirles gran cosa, pero estamos convencidos de que la han asesinado, señora Connor. Y como usted es una de las últimas personas que la vieron, necesitamos que...

—Yo no la he visto desde el sábado —replica ella, erizada al instante.

—Pensamos que lleva muerta varios días.

—Oh, Dios mío. —Se agarra al borde del fregadero para conservar el equilibrio—. Oh, Dios mío.

—Voy a hacer té con azúcar. —La hermana, Rachel, va a por el hervidor de agua, pero antes se detiene un momento para bajar la potencia del horno; se le nota que en la semicocina de su hermano se siente como en casa. Es una mujer alta, tan alta como una modelo, y aun así se conduce con movimientos tan leves y tan tímidos que uno casi podría olvidarse de que está aquí. Es como si fuera una presencia meramente fortuita.

—Déjate de hacer té, Rach. —En Kirstie Connor no hay timidez alguna—. ¿Tenemos coñac? ¡Dios! ¿Dice que la han asesinado?

Marcus Connor hurga dentro de un armario, sale de él con las manos vacías y, en mi opinión, con un enfado desproporcionado, dadas las circunstancias.

—El sábado, había aquí dentro una botella de coñac de cincuenta libras, Kirst. ¡Malditos ladronzuelos!

Así que va a ser el té.

Parnell se apoya contra el frigorífico. A un lado y otro de su cabeza hay imanes con las letras del abecedario que forman las palabras «PERRO» y «HUEVO».

—Tenemos entendido que Naomi asistió a una fiesta que se celebró aquí el sábado.

—No era una fiesta —dice Kirstie, toda a la defensiva—. Hice una cazuela grande de chile con carne y lanzamos unos cuantos fuegos artificiales, nada más. Todavía no estamos en la etapa de

organizar fiestas con la gente del trabajo, pero estos últimos meses han sido duros y yo quería hacer algo.

—Entonces —intervengo—, ¿cuándo fue la última vez que vio usted a Naomi?

Es una pregunta bastante simple; sin embargo, ella pone cara de prepararse para el combate: los brazos cruzados, el mentón hacia fuera.

—Mire, no me acuerdo. Estaba un poco cabreada, la verdad. Lo veo todo como en una nebulosa.

—¿Una nebulosa? —se mofa Marcus—. Di más bien como un agujero negro. Acababas de salir de él.

—No estaba tan perjudicada.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿te acuerdas de que te metiste en la ducha con los vaqueros puestos? ¿Recuerdas que llamaste a Rachel y que comparaste a Joseph con Hitler?

Normalmente no soporto a los que humillan a los borrachos, pero Kirstie Connor ya resulta bastante abrasiva estando sobria, de forma que debe de ser una pesadilla después de cogerse una buena curda.

—Señor Connor, ¿tiene usted la memoria más despejada?

—Si lo que me pregunta es cuándo vi a Naomi por última vez, no tengo ni idea. Los empleados de Kirstie se fueron alrededor de las diez, créame que estuve mirando el reloj. Supongo que Naomi se marchó al mismo tiempo que ellos.

—¿Cómo estaba Naomi ese día? —pregunta Parnell.

—Hombre, no sé cómo está normalmente, pero parecía bastante agradable, educada, ¿sabe? Había traído una ensalada de patata, que ya era más de lo que trajeron los otros chupasangres. —Desvió un momento la mirada hacia Kirstie, que bulle en silencio—. Pero ya no puedo decirle nada más. Lo cierto es que no hablé con ella más que para decirle hola. Los empleados de Kirstie estuvieron sobre todo dentro de la casa o fumando en el jardín, y yo estaba en la sala de estar con Rachel y Joseph, que es mi cuñado.

—Y conmigo —añade Clara, deseosa de dejar claro su lugar en la historia—. Por lo menos, durante una hora o así.

—Naomi estaba bien, completamente normal —insiste Kirstie—. Aunque yo tampoco hablé mucho con ella. Estuve moviéndome entre la gente, ocupándome de que no faltara la bebida, y ella estaba..., no sé cómo expresarlo..., bastante distante, supongo. Si uno no hablaba con ella, ella no hablaba contigo; era esa clase de chica.

Esbozo una media sonrisa.

—Entonces, quizá más que distante era tímida.

—Puede ser. —Me mira con expresión de desconcierto, como si nunca se hubiera parado a pensar en la diferencia—. Si he de serle sincera, Naomi no encajaba muy bien en la cultura de equipo. Pero tampoco podía invitar a todos los demás y a ella no, ¿no le parece?

—¿Había problemas con alguien del trabajo? —pregunta Parnell.

—Dios, no. Naomi era un poco aburrida, pero yo no diría que caía mal a la gente.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para usted?

Kirstie se pasa una mano por la frente. Lleva las uñas cortadas en punta y pintadas de un vivo color coral.

—Demonios, las fechas se me dan fatal, pero no pudo ser más de nueve o diez semanas. Era una empleada temporal. Me parece que tenía visado para un año.

Vuelvo a tomar yo la iniciativa.

—¿En qué consistía su trabajo? Es más, ¿en qué consiste el trabajo de usted?

—Dirijo una empresa de selección de personal denominada Elite Fashion. Nos asociamos con firmas de élite para buscarles los mejores talentos que haya en el mercado, a cambio de una comisión, naturalmente. Naomi es una especie de ayudante personal... Quiero decir «era». ¡Dios! Hacía un poco de contabilidad, gestionaba mi agenda, las facturas. Fundamentalmente, todo lo que se me da mal a mí.

—¿Sabe usted dónde trabajaba antes? ¿O el nombre de alguna amiga suya? Necesitamos construir una imagen tan amplia como nos sea posible.

—Amigas tuyas, no conozco a ninguna. —Calla unos instantes—. Pero estoy segura de que mencionó que estaba viéndose con alguien, aunque no tengo ni idea de quién podía ser. Y en cuanto a sus otros trabajos, pregunten a la agencia, pero me parece que este era el primer empleo que tenía en el Reino Unido. Estaba recién salida del cascarón, como se suele decir. Ya he contratado anteriormente a otras chicas como ella, son muy entusiastas y muy trabajadoras.

—Más baratas, más obedientes —agrega Marcus.

Kirstie va despacio hasta la puerta de la cocina y la abre con un gesto teatral.

—Marcus, vete a la mierda. Ya sabemos todos que no querías que yo organizara esa fiesta, pero en este caso no puedes reprocharme nada, así que por qué no te vas con tus comentarios sarcásticos y te largas otra vez con tu monísima bicicleta. Ah, tengo una idea nueva: ¿por qué no haces algo útil, para variar, como llevar a Danny a que le corten el pelo? Está que parece un vagabundo.

Marcus, encantado de tener una escapatoria, sale pitando hacia la puerta.

Sin embargo, Parnell aún no ha terminado.

—Me temo que todavía no, señor Connor. ¿Por qué no quería usted esa fiesta?

Marcus se detiene en la puerta. Casi roza el marco superior con la coronilla. A juzgar por su estatura y la de su hermana, los padres de ambos debían de ser gigantes.

—Llámeme Marcus, por favor. —Como de costumbre, las personas que tienen menos de sesenta años piden que las tuteen al cabo de unos minutos. Kirstie Connor no lo ha pedido, aunque dicho detalle no resulta significativo, sino tan solo irritante—. Le voy a decir por qué me oponía. Hace dos semanas, nuestro hijo tuvo su fiesta de cumpleaños. Cumplía cuatro, y tuvimos toda clase de artículos infantiles: lanzadores de confeti, pistolas de juguete, dulces de todos los colores, de todo. Y a pesar de ello la casa quedó en mejor estado que cuando se fueron los empleados de Kirstie. —Parnell asiente con la cabeza para indicar que lo ha entendido, lo cual espolea todavía más a Marcus—. Verá, por lo general no me precipito en sacar conclusiones, pero esos eran simplemente una panda de pijos ricachones que pueden sobrevivir con el mísero sueldo que les paga Kirstie porque sus papás les envían más dinero en una semana de lo que la mayoría de la gente gana en un mes. Sinceramente, lo de Naomi ha sido terrible; esa chica daba la impresión de ser la más agradable de todos, desde luego la que más tenía los pies en el suelo.

¿Todo por una ensalada de patata? Y encima dice que no se precipita en sacar conclusiones.

Kirstie está aproximándose al punto de ebullición.

—Ya empezamos otra vez, Marcus el gran socialista. No eras tan defensor del poder para el pueblo cuando aceptaste tu insignia de Miembro de la Orden del Imperio Británico, ¿eh?

Marcus se siente violento. No sé muy bien si por la vehemencia del exabrupto de su mujer o porque hay algo de verdad en lo que ha dicho esta, pero, sea por lo uno o por lo otro, siente la necesidad de explicarse.

—Me la concedieron por mi ONG, Be A Good Sport, o BAGS, como la llamamos nosotros. Es una iniciativa que fomenta el deporte buscando el cambio social. Trabajamos con antiguos delincuentes, los embarcamos en proyectos deportivos con jóvenes discapacitados. De ese modo

ellos encuentran un objetivo y los chicos pasan unas horas fuera de las calles, como mínimo.

—Y luego dice que la que trabaja con depravados soy yo —replica Kirstie.

Uno no puede por menos de maravillarse de que estos dos decidieran juntarse. Claro que a lo mejor todas las relaciones a largo plazo están destinadas a acabar así. Intercambiando insultos de un lado al otro de una cocina que no pueden permitirse terminar de ampliar porque han estirado demasiado el presupuesto persiguiendo el sueño de un estilo de vida elegante.

Parnell corta el mal de raíz, como el padre curtido que es.

—Señora Connor, ¿no se preocupó usted el lunes, cuando vio que Naomi no acudía al trabajo?

En este momento empieza a silbar el hervidor de agua y Rachel cobra vida de nuevo. Al pasar, le da un apretón solidario a Kirstie en el brazo.

—El lunes estuve trabajando desde casa. No me sentía demasiado bien. —Habla dirigiéndose a mí—. Créame, dentro de otros diez años más sabrá lo que es una resaca de dos días. —Después se gira hacia Parnell y le dice—: Sea como sea, le mandé a Naomi un correo electrónico para decirle que no me molestase a no ser que hubiera algo urgente, y como no me contestó supuse que se lo había tomado en sentido literal y no pensé más. Para serle sincera, me alegré de poder disfrutar de un poco de tranquilidad. Más tarde sí que me envió un mensaje un miembro de mi equipo, para comunicarme que Naomi no se había presentado en la oficina, pero ¿qué puedo decir? No sería la primera vez que un empleado temporal me deja en la estacada para aceptar una oferta mejor. —Dirige una sonrisa gélida a su marido—. Tal como ha señalado Marcus tan amablemente, yo no pago sueldos muy altos. Lo que atrae a la gente son las marcas con las que trabajamos, como Hellys, Jo Sebastian, Cutler Couture.

¿No? Yo tampoco.

Kirstie continúa:

—Luego me quedé pensando si no me había dicho que el lunes no iba a venir a trabajar y se me había olvidado. No se me da muy bien llevar la cuenta de las vacaciones del personal, son cosas del departamento de Recursos Humanos. Lo mío son más bien las relaciones.

A Marcus Connor no le pasa inadvertida la ironía que contiene esa frase y se arriesga a lanzar una mirada burlona a su hermana.

La siguiente pregunta se la dirijo a todos, paseando la mirada por la sala.

—¿Alguno de ustedes hizo fotos? Necesitaremos verlas.

Clara y Marcus niegan con la cabeza.

—Me parece que yo tengo unas cuantas —dice Rachel, y hace un alto en la operación de preparar el té para sacar su teléfono del bolso: un Nokia viejo y cochambroso del que hasta Parnell huiría horrorizado.

Otra mirada irónica de Marcus, aunque esta vez lleva un barniz de afecto.

—En serio, Rach, tengo un cajón lleno de teléfonos viejos. Hazme el favor de coger uno de ellos. —Luego se vuelve hacia su sobrina con una ancha sonrisa—. Quiero decir que da vergüenza, ¿a que sí?

—A mamá no le da vergüenza nada, tío M. Una persona que escribe cartas de agradecimiento a los profesores después de una reunión de padres no sabe lo que significa la palabra *vergüenza*.

Rachel no levanta la vista.

—Ah, de forma que ahora ser educado es una vergüenza, ¿no? Además, Marcus, no quiero un teléfono nuevo. ¿Qué pasa si pierdo todos los números de la agenda?

—¿Los cinco que tienes?

Rachel no muerde el anzuelo y deja que Marcus continúe con lo de jugar a ser el hermano fastidioso. Puestos a adivinar, yo diría que juega a ser el hermano pequeño fastidioso, pero resulta

difícil saberlo con exactitud; la luz de los fluorescentes desnudos que hay aquí no nos ayuda mucho a ninguno.

Por fin Rachel deja el teléfono.

—Me temo que no tengo gran cosa. Solo un par de fotos de Clara y Danny jugando con la pelota, y encima son de ese mismo día por la mañana.

—Yo tendré que mirar luego —añade Kirstie—. Esta mañana a Danny se le ha caído mi teléfono en el inodoro y todavía está secándose. Tener hijos, para qué.

—No digas eso, Kirst —la reprende Rachel con suavidad al tiempo que le entrega una taza de té—. Crecen muy deprisa, ¿sabes? Dentro de nada estarán solicitando una plaza en la universidad y tú estarás pensando que ojalá volvieran a tener otra vez cuatro añitos y se les cayera el teléfono por el váter.

Clara hace el gesto de vomitar.

—Ya vale, mamá, no te pongas tan empalagosa. —Clava en mí sus ojos de color gris paloma, el mismo color que tienen los de su empalagosa madre—. Espero poder estudiar Derecho Penal o Criminología en la universidad, así que tengo que decir que todo esto me resulta de lo más fascinante.

—Yo creo que lo que quieres decir es «horripilante», Clara —le dice Rachel mirándola con ademán severo, o por lo menos todo lo severo de lo que yo la supongo capaz—. Discúlpenos. Mi hija suele destacar en todo menos en el sentido del tacto.

Clara intenta adoptar una expresión contrita, pero lo cierto es que hacer de penitente no le sienta nada bien.

—Bueno, ¿y cuál era, tía Kirst?

—La australiana.

—No me acuerdo de ninguna australiana. Para entonces yo ya debía de haberme ido. —Habla casi desilusionada.

—¿Te refieres a la del pelo de color violeta? —pregunta Rachel con voz queda.

Parnell está entusiasmado.

—La misma. ¿Habló usted con ella?

Reflexiona unos instantes. Más por la avidez de complacer, percibo, que por algo que pueda resultar esperanzador.

—No, me parece que no. Yo estuve principalmente en la sala de estar, con los viejos. —Kirstie Connor no se siente impresionada al oír esta descripción—. Bueno, no es que Kirstie se considere a sí misma una «vieja», pero es que sus empleadas no son mucho mayores que Clara. Consiguen que yo me sienta como una anciana.

Dista mucho de parecer una anciana. Sus facciones alargadas y delicadas le confieren una apariencia casi intemporal, igual que una condesa en un retrato del siglo dieciocho. En cambio, tiene un acento puro de la clase trabajadora de Londres. Pedestre, nasal y melódico, como el que tenía yo antes de que me lo sanearan en un colegio privado.

—¿Así que no vio a Naomi relacionándose con nadie en particular? ¿Ni tampoco discutiendo con nadie?

Dibuja una media sonrisa.

—Las únicas discusiones que vi tuvieron lugar entre Marcus y Joseph, que es mi marido. Uno de ellos abrió el melón del tema del *brex*it y la armó.

Me entrega una taza de té que de ninguna manera me voy a beber. El exceso de leche y la escasez de tiempo forman mala pareja, y tanto a Parnell como a mí nos está vibrando ya en el bolsillo una llamada de Steele, que quiere que la pongamos al corriente.

—Vamos a tener que hablar con su marido.

Kirstie se ríe con un bufido.

—Yo no perdería el tiempo hablando con Joseph. Mi marido no habla con nadie, a no ser que sea alguien que tenga un CI tan alto como los de Mensa o una cuenta bancaria en Coutts¹. Y dudo que Naomi tuviera lo uno o lo otro.

—Se trata de la investigación de un asesinato. Así que merece la pena hablar con todo el mundo —dice Parnell—. Lo cierto es que vamos a necesitar una lista de todas las personas que estuvieron aquí. Nombres, teléfonos de contacto, direcciones, si usted tiene todo eso.

Esto empuja a Kirstie a un frenesí de actividad: empieza a pasar la mano por las estanterías, a abrir cajones y a murmurar «boli, boli, boli» como si a duras penas recordase lo que es un bolígrafo y mucho menos dónde puede encontrar uno. Rachel, con toda calma, descubre uno en el alféizar de la ventana y se lo pasa. Kirstie se apoya en el mostrador de desayunar y empieza a garabatear con furia. Una chica de cartel para los zurdos: enérgica, creativa, impulsiva.

—En estos momentos mi marido se encuentra en Barcelona —dice Rachel observándola—. Vuelve mañana, creo. ¿Quiere que le pida que los llame a ustedes?

—Vuelve esta noche —la corrige Clara—. ¡Viva, papá vuelve a casa!

—Si puede facilitarnos su domicilio, esta noche le enviaremos a un agente para que le tome declaración —dice Parnell.

Rachel esboza otra media sonrisa.

—Pues que tenga suerte. Después de un viaje de trabajo, Joseph suele estar hecho unos zorros. Claro que trece reuniones en dos días son demasiadas.

Marcus continúa en la puerta, con el ceño fruncido y rascándose la calva con gesto ausente.

—Oigan, ¿están seguros de que no ha sido un intento de robo que ha terminado mal, o algo así? No es que por ese motivo esto vaya a ser menos horrible, pero es que Kieran tiene un equipo de pinchadiscos bastante caro, o por lo menos lo tenía. Si alguien lo vio entrando con eso en casa...

Se establece una carrera entre Parnell y yo, y gana Parnell por estrecho margen.

—Oh, oh, ¿está diciendo que conoce a Kieran Drake, el compañero de piso de Naomi?

El ceño fruncido de Marcus se intensifica.

—Bueno, sí, pero no muy bien. Hace un tiempo estuvo trabajando en un par de proyectos de BAGS y es amigo mío en Facebook. La verdad es que hace mucho que no lo veo. Y cuando digo «mucho» quiero decir años.

—¿Así que es un antiguo delincuente? —Procuró emplear un tono que le quite hierro a la pregunta, pero fracaso de manera estrepitosa. Marcus ve adónde conduce esto.

—Eh, un momento. Kieran no es un exdelincuente violento. Por lo menos, no tan violento como para cometer un asesinato.

Es una distinción bastante adecuada. Existe la violencia de poca monta por un ajuste de cuentas y la violencia en la que a uno le hacen añicos el cráneo. Uno puede ser un maestro de la primera e incapaz de perpetrar la segunda. Aun así, por deformación profesional pongo cara de escéptica.

—¿Y cómo terminó Naomi compartiendo piso con Kieran?

—Fue algo totalmente casual. Kieran publicó en Facebook que necesitaba un inquilino nuevo, y yo se lo mencioné de pasada a Kirstie, solo como ejemplo de que a uno de nuestros chicos al parecer todavía le estaban yendo bien las cosas. Entonces ella me dijo que tenía una empleada temporal nueva que estaba buscando un alojamiento barato.

A partir de aquí se encarga Kirstie del relato.

—Naomi se quedaba en un hostel que está cerca del aeropuerto y siempre tenía problemas con los trenes, de manera que por lo menos una vez por semana llegaba tarde. Eso no me conviene a

mí, así que la puse en contacto con Kieran a través de Facebook. No pensé que fuera a dar ningún resultado, la verdad, pero lo cierto es que Naomi se mudó.

—Para dejarlo claro, yo no tuve nada que ver en ello —dice Marcus levantando las manos, como diciendo «a mí no me echen la culpa».

—A Marcus no le pareció bien —dice Kirstie en tono desagradable—, porque, a pesar de todo lo que les cuenta a los periodistas y a los peces gordos del Ayuntamiento, sabe que en general las personas no cambian su forma de ser, y Drake tiene una ficha de antecedentes penales más larga que mi brazo.

Marcus niega furiosamente con la cabeza.

—No era que no me pareciese bien, sino que, teniendo en cuenta lo que me dijo Kirstie, pensé que iban a ser extraños compañeros de piso. Para empezar, él es más de diez años mayor que ella, y además..., en fin... —Le sostengo la mirada, empeñada en que diga lo que tanto se está esforzando en no decir—. Es que parecían dos personas muy diferentes, eso es todo.

Vuelvo a centrar la atención en Kirstie.

—Entonces, si usted opina que las personas no cambian, ¿por qué le facilitó a Naomi que se mudase a vivir con Kieran?

Kirstie se encrespa.

—Voy a dejarle clara una cosa: yo no facilité nada. Yo los puse a los dos en contacto, y punto. Yo no me encargué de organizarles el alojamiento ni de organizarles ninguna otra cosa, si está pensando en eso. Fui la jefa de Naomi durante unos meses, no su madre. —Aunque sus palabras parecen frías, el temblor de su voz la delata. Bajo esa agresividad hay un sentimiento de culpa.

Bien que lo conozco yo.

La palabra *madre* parece dar pie a un plañidero «mamááá» proveniente del exterior de la casa, y en cuanto Marcus abre la puerta entra el hijo pequeño como una exhalación, blandiendo un paquete de bengalas que quiere abrir «¡ahora mismo!». Es un niño que tiene una carita de portada de catálogo, la expresión de un ángel y, tal como señaló su madre, el cabello revuelto típico de un mendigo de la calle.

—A ver, muchachote. —Kirstie se lo apoya en la cadera derecha y finge hundirse bajo su peso—. Dentro de poco ya no vamos a poder hacer estas cosas, pesará demasiado para que mamá te haga mimitos, ¿eh, Danny?

Creo que se supone que nosotros debemos enternecernos ante esta escena. Yo también me enternecería si no fuera porque en Australia hay una madre que nunca más va a recibir mimitos de su hija, y posiblemente porque a la madre de este niño le pareció acertado poner a esa hija, su niñita pequeña, en contacto con un delincuente condenado.

—Mamá, ven a jugar —exige Danny al tiempo que golpea a Kirstie en la cabeza con el paquete de bengalas.

—Mamá está hablando con estos señores. Estabas estupendamente jugando tú solo. —Lo deposita en el suelo y abre la puerta trasera—. Venga, vete, que enseguida vuelvo a salir yo.

Danny se baja de un salto, pero Marcus lo agarra de la mano justo a tiempo.

—Vamos, colega, se acabó el jugar. —Le revuelve la pelambreira—. Vamos a ir a que te corten estas melenas, ¿eh? Tienes demasiado pelo y papá no tiene suficiente, según dice mamá. Mamá no sabe qué es lo que quiere, ¿a que no? —Coge la pequeña parka azul que está colgada del respaldo de una silla de la cocina y se lleva a Danny por el pasillo, pero antes deja un último comentario incisivo—: Y para que conste, Kirst, es demasiado tarde para que Danny esté jugando en la calle solo. Alguien podría saltar la valla con toda facilidad. En Muswell Hill también hay maleantes, ¿sabes? No son todo cafeterías independientes y magnates de los medios de comunicación.

Enarco una ceja en dirección a Parnell.

—¿Ves? Ese es el problema que tengo con Marcus —dice Kirstie mirando a su cuñada en busca de apoyo, pero sin recibir nada excepto la sempiterna media sonrisa—. No es capaz de decidirse acerca de la naturaleza humana. Siempre está diciendo que hay que ver el lado bueno de las personas, principalmente de sus estupendos exdelincuentes, pero, en cambio, no puede evitar buscar el lado malo. Y no se pueden tener ambas cosas, ¿no es cierto?

Con esa manera de pensar en blanco y negro, Kirstie Connor sería un agente de policía penoso. Pero, claro, yo, con mi penoso guardarropa en blanco y negro, seguro que sería un desastre como directora de una empresa de selección de personal para el mundo de la moda.

Pero, sinceramente, no se puede ver a un mismo tiempo lo bueno y lo malo que hay en las personas.

Ah, ojalá fuera tan sencillo.

¹ Banco privado y gestor de patrimonio del Reino Unido. (*N. de la T.*)

Diez minutos más tarde, después de esquivar con educación las solicitudes de Clara Madden de entrevistarnos para que constara como trabajo de curso para sus estudios de criminología, nos hallamos sentados frente a la casa de los Connor, contemplando maravillados las explosiones de fuegos artificiales dorados y verdes que iluminan el cielo... y no tan maravillados al observar lo previsible de los antecedentes penales de Kieran Drake. Repasando sus correos electrónicos, Parnell recita su contenido en tono inexpresivo y mecánico, el mismo que emplean todos los agentes curtidos en mil batallas que han conocido demasiados sacos de escoria a lo largo de su ardua carrera.

—Posesión de una sustancia controlada. Tres reyertas. Posesión con intención de comerciar. Agresión física.

Y suma y sigue.

Un delincuente de lo más corriente.

En cambio, se muestra un poco más animado con el tema de la paternidad.

—Estoy de acuerdo con el marido, sin ninguna duda. Yo no consiento por nada del mundo que mis hijos jueguen en la calle cuando ya se ha hecho de noche. Antes dejábamos salir a los dos mayores, pero ahora ya no, en los tiempos que corren. Y lo preocupante no son solo los locos que andan sueltos, sino también los traficantes y los pandilleros. Los tipos como este Kieran Drake.

Supongo que lleva razón. No estoy segura de ser la persona más adecuada para opinar. Mi única referencia es mi sobrino Finn, que a la tierna edad de siete años, tristemente, se interesa más por matar zombis en su Xbox que por corretear por el jardín trasero de su casa, lo cual quiere decir que lo único que debemos temer es que sufra alguna lesión por esfuerzo repetitivo.

O que algún adulto depredador intente conversar con él fuera de internet.

—Muy bien, así que Drake tiene antecedentes —digo—. Pero en realidad eso no significa nada.

Con este comentario me gano una mirada irónica.

—Un sentimiento encantador, Kinsella, pero no somos trabajadores de la beneficencia, sino policías, y vivimos en el mundo real.

El mundo real, en el que más del cincuenta por ciento de los delincuentes vuelven a delinquir.

Aun así, no me da en la nariz.

—Venga, sargento, hasta una agresión física está a años luz de un delito de asesinato. Kirstie Connor ha recordado que Naomi estaba viéndose con alguien. Yo me inclinaría a buscar por ahí.

—Todo está a años luz de un delito de asesinato. —Parnell deja ese comentario flotando en el aire mientras marca el número de su buzón de voz. En el silencio del coche, lo único que alcanzo a distinguir es que se trata de Steele. Transcurrido un minuto, Parnell cuelga y mete el teléfono en el portavasos—. Se ha informado a los padres —me dice en tono triste—. Allí ni siquiera son las cuatro de la madrugada... Dios, vaya una llamada de alarma para despertarlo a uno. Pero por lo menos ahora ya lo saben. Algo es algo.

Algo es algo. Es una sensación de alivio horrible, pero alivio al fin y al cabo. El hecho de que

nosotros sepamos que se ha segado una vida, que los órganos de una víctima están descomponiéndose y que está empezando a instaurarse el *rigor mortis*, cuando los familiares dan por hecho que todavía está en el mundo, viviendo su vida, haciendo sus cosas, siempre representa una pesada carga.

—Sea como sea, su majestad quiere que regresemos y presionemos otro poco más a Drake, ahora que sabemos lo que sabemos. —Introduce la llave en el contacto—. Por lo visto tiene coartadas, pero son endebles.

Lo cual quiere decir que no estamos hablando precisamente del cura del pueblo.

De pronto me suena el teléfono. Aparece parpadeando una A. Aiden ya se ha quedado para siempre como una inicial, solo por prudencia. Soy lo que se dice una paranoica.

—Perdona, tengo que coger esta llamada. —Ya estoy medio fuera del coche, me giro y miro a Parnell poniendo mi mejor cara de súplica—. Dos minutos, te lo prometo.

Él esboza una sonrisa ladeada.

—Oye, que puedes decir bobaditas cariñosas dentro del coche. No va a ser nada que no haya oído ya antes. El romanticismo no es un invento de los jóvenes.

—Ya, ya.

Cierro de un portazo.

—Hola. —Contesto al teléfono sonriendo. Ha pasado menos de un año y todavía nos encontramos en la fase de sonreír de forma involuntaria. Los Connor también debieron de pasar por esa etapa, antes de que los hijos y las ampliaciones de cocina los hicieran fruncir el ceño también involuntariamente.

—*Dobré ráno!* —El acento podría ser de cualquier cosa, pero voy a dar por hecho que el idioma es el checo, teniendo en cuenta que dentro de pocas semanas vamos a hacer una escapada a Praga y que Aiden no es una persona que haga las cosas a medias. Cuando aterricemos ya se habrá aprendido el idioma, la historia, la renta per cápita y quién ha sido el máximo goleador de todos los tiempos—. Es tontería, en realidad *dobré ráno* significa ‘buenos días’, no buenas noches. Me parece que nunca acabaré de pillarle el tranquillo a esto. Cabría pensar que si soy capaz de hablar irlandés a la perfección, también debería hablar el puñetero checo.

Veo que Parnell me está mirando mientras da caladas a su vapedor.

—Primero: tú no hablas el irlandés a la perfección. Juro que la mitad de esas palabras te las has inventado, no te creas que no me doy cuenta. Y segundo: ya te he dicho muchas veces que no vamos a tener que hablar checo, que en todos los lugares turísticos se habla inglés.

—Bueno, pues bien por ellos, y una vergüenza para nosotros. —De repente el cielo se ilumina con otro estallido de fuegos artificiales, esta vez de color azul y rosa—. Dios, en este país están obsesionados con los fuegos artificiales. Se llama la Noche de los Fuegos Artificiales, no la Semana. ¿Es que nunca van a acabarse?

—Oh, no seas un angustias. —De nuevo levanto la vista hacia el cielo, boquiabierto, igual que una niña de cinco años mirando a Santa Claus—. A mí me parecen muy bonitos.

—A mí también me parece muy bonita tú, pero no quiero que me tengas una semana entera sin dejarme dormir por la noche... Espera un momento, eso no es cierto del todo, ¿no? —Lanzo una carcajada y le doy la espalda a Parnell—. Pero, hablando en serio, ya eran las tres de la madrugada y todavía estaban con los fuegos artificiales. Esos cabrones me despertaron de golpe. Casi me muero, creí que era el disparo de una pistola.

—Y podría haberlo sido, en tu vecindario.

Se le nota en la voz que está sonriendo.

—Ah, se me olvidaba que al sur del río no existe la delincuencia, ¿no? Tooting es un barrio tan

seguro como un museo.

—El mes pasado se denunciaron ciento setenta y seis delitos en Tooting, en comparación con los doscientos ochenta y nueve denunciados en Mile End, no te digo más.

—Dios, está claro que tengo todas las de perder con esta fiera de las estadísticas. De todas formas, me gusta vivir en la orilla del río, y, desde luego, en la zona este los pubs son claramente mejores. En tu zona es imposible encontrar una pinta de cerveza como Dios manda, no hay más que ginebra y cerveza de barril.

Aiden ha aceptado bien las normas de su hogar adoptivo: ya sea el norte, el sur, el este o el oeste, uno escoge una zona de Londres en la que apoyar la cabeza y luego la defiende hasta desgañitarse. Sus pubs, sus parques, su red de metro, hasta sus palomas.

Parnell toca el claxon. Yo le hago el gesto de la V de la victoria por encima del hombro.

—Vale, oye, estoy ocupada, chico del East End. ¿Qué es lo que quieres?

—Esto..., ¿qué tal una novia que no me diga «Qué es lo que quieres» cuando la llame para charlar un rato? No estaría mal para empezar. —No pasa nada, es nuestra forma de funcionar: Aiden proclamando que soy la peor novia del mundo, pero tratándome todo el tiempo como si fuera la mejor. Y yo aceptándolo toda entusiasmada y dándome un batacazo más fuerte cada día—. Aparte de eso, sería genial que me facilitaras una hora de llegada estimada. Me toca a mí ir a tu casa, ¿no?

—Sí.

—Pero acuérdate de que no voy a quedarme a dormir. Mañana voy a casa de mi madre.

—Lo recuerdo. De vez en cuando escucho.

—No me digas. Pues ni siquiera has contestado a mi pregunta. ¿Hora de llegada estimada?

—Ah, perdona. Hum..., ¿las siete y media? Bueno, sobre esa hora.

Un chasqueo de lengua. Probablemente acompañado de esos ojos azul mar, los mismos que los de su hermana muerta, poniéndose en blanco.

—Tú siempre con ambigüedades, ¿eh? Te aseguro que en mi casa encajarías a la perfección; allí tampoco tienen sentido de la puntualidad. ¿Sabes que, en Mulderrin, cuando uno dice que llegará dentro de un minuto en realidad eso puede querer decir entre una hora y tres días enteros? Es una verdad científica.

—¿En serio? Pues yo tengo otra verdad para ti: los hombres de Mulderrin...

—¿Están más colgados que un caballo? Ya conozco ese dicho, y es verdad.

—Lo has oído mal: es más colgados que un hámster, no que un caballo. No, los hombres de Mulderrin dicen más tonterías por minuto que el resto de toda la población masculina junta.

—Conque sí, ¿eh? ¿Y si te digo que te quiero y que estoy deseando verte luego? ¿Eso es decir tonterías?

—Depende de cómo lo digas.

—No te entiendo.

Mi sonrisa se hace más ancha.

—Dilo en checo y a lo mejor te creo.

—No hay problema: *Jdi do prdele!*

Me quedo impresionada.

—En serio, ¿eso quiere decir ‘te quiero’?

—Qué va, quiere decir ‘que te jodan’.

Todavía estoy riéndome cuando vuelvo a entrar en el coche, un coche que ahora huele a flan de plátano, el último vapeo de Parnell.

—Pues has tardado más de dos minutos —me comenta—. El señor X debía de tener

muchísimas bobaditas cariñosas que susurrar.

—Por Dios, sargento, eso huele fatal. —Bajo la ventanilla, prefiero congelarme antes que asfixiarme—. Y el señor X no dice bobadas cariñosas; se limita a refunfuñar, igual que tú.

—Pues en ese caso me llevaría bien con él. Lástima que lo tengas tan escondido. —No le hago caso y me concentro en hurgar en mi bolso en busca de una barra de cacao para los labios—. ¿Y qué era lo que le preocupaba?

Yo continúo rebuscando, abriendo cremalleras de bolsillos.

—El idioma checo. Mi sentido de la puntualidad. Los fuegos artificiales. ¿Ya estás contento?

—¿Los fuegos artificiales? No se lo reprocho; el sábado pasado tuve que pagar casi treinta libras por ver el espectáculo desde Byron Park. Les dije a Maggie y a los niños que podíamos quedarnos tranquilamente sentados en el aparcamiento y ver los fuegos gratis, pero, ¡ah, no!, se me pusieron todos en contra, como de costumbre. ¿El señor X también es un pelele como yo?

Me vuelvo hacia él con un gesto que dice que no pienso responder a más preguntas. Cuento con que chasqueará la lengua y tirará la toalla como siempre, pero por primera vez me sostiene la mirada y me observa con una expresión significativa. Percibiendo que las cosas están a punto de tornarse incómodas, intento atajarlo.

—¿Byron Park? ¿Eso no está en Harrow? Mi tía Carmel vivía antes por allí, pero...

—¿Está casado, Cat?

Es una pregunta tan inesperada y tan fuera de tema que no hago otra cosa que parpadear durante unos segundos, acusando el impacto. Por un momento contemplo la posibilidad de responder que sí, porque de ese modo quizá se acabasen todas las preguntas, pero ni siquiera para eso me atrevo a mentir en este tema, a convertirme en esa clase de persona a los ojos de Parnell.

—Porque... —prosigue él sin apartar la vista un momento—, no sé, todo este secretismo, todo esto de no querer hablar en absoluto de él... He estado pensando, y lo único que me encaja es que sea un hombre casado. O es eso, o es alguien del trabajo y te da miedo que Steele se ponga como un basilisco.

—No es nadie del trabajo. —Me resulta tan extraña la idea de que Parnell me imagine liada en una historia de amor clandestino con Swaines, o con Seth, o, Dios me libre, con Pete Flowers, que hasta se me olvida añadir la importante frase de «y tampoco es un hombre casado».

—En fin, mientras sepas lo que haces, yo no soy quién para juzgar nada. Probablemente te daría algún consejo de anciano sabio que tú te pasarías por el forro, pero no voy a criticar nada. —De pronto se ruboriza—. Lo que intento decirte, pequeña, es que me preocupa lo que te pase y que puedes confiar en mí. Puedes contarme lo que sea.

Le concedo todo el mérito del mundo a este hombre tan encantador; está profundamente convencido de lo que dice. Y tan solo sería necesario un momento de debilidad e insultante ingenuidad por mi parte para creérmelo también y acabar del todo con mi carrera. Mi relación quedaría destrozada.

Mi padre y yo iríamos a la cárcel.

Todo comenzó el mes de diciembre pasado. Con el cadáver de una mujer arrojado en una pintoresca plaza de Londres. Horroroso, pero, tristemente, nada extraño. Un caso como tantos otros, con un automóvil captado por una cámara y un furtivo cónyuge convertido en nuestro principal sospechoso. Sin embargo, lo que sucedió después fue un viaje al infierno, más concretamente un viaje a mi pasado. Un pasado en el que siempre sospeché que mi padre había tenido algo que ver con la desaparición de Maryanne Doyle, una adolescente de la costa occidental de Irlanda que fue vista por última vez al mismo tiempo que un familiar mío, mi padre, estaba allí de visita.

Una adolescente que al hacerse mayor se había convertido exactamente en la misma mujer que después apareció muerta en una pintoresca plaza de Londres, a un paso del querido pub de mi padre.

A menudo he fantaseado con la idea de contarle toda esa horrible historia a Parnell. De hecho, se me pasó por la cabeza cada vez que estábamos un momento los dos solos. En el coche. En el pub. En nuestro peregrinaje semanal a Brick Lane para comprar bocadillos de lomo de cerdo. «¿Y si se lo contara?», pensaba. Al fin y al cabo, cuando se comparte un problema, dicho problema se reduce a la mitad.

La cosa es que ya no hay ningún problema que compartir. No lo hay desde que me meé encima de mi juramento policial y lo resolví todo. Ahora lo único que queda es un ponzoñoso y agotador sentimiento de culpa, y si bien un problema compartido se reduce a la mitad, un sentimiento de culpa compartido se multiplica por dos. Y yo no desearía cargar con eso a nadie, y mucho menos a Parnell.

Además, ¿por dónde iba a empezar? ¿Contando que mi padre siempre ha caminado por el filo de la navaja, a solo un paso de ser un delincuente? ¿Contando que yo siempre, durante una gran parte de mi vida, estuve casi segura de que era un asesino? ¿O yendo directa al grano y confesando que desde el principio de la investigación conocía la vinculación que tenía mi padre con Maryanne y nunca jamás consideré oportuno desvelarla, ni a Steele, ni a él, ni a nadie? ¿Me lo jugaría todo y le diría que mi padre supo todo el tiempo quién había asesinado a Maryanne, y que yo le exprimí hasta el último detalle y después le dejé marcharse de rositas mientras detenía al «verdadero» culpable?

O, por lo menos, esa es la manera de consolarme.

¿Y reconocería que el señor X es Aiden, el hermano de Maryanne? ¿Confesaría que, incluso habiendo transcurrido casi un año, él no sabe nada que merezca la pena saber acerca de la alegre y servicial agente de policía de la que se enamoró?

De quién soy y qué hice.

—No está casado —termino diciendo, probablemente demasiado tarde para que resulte creíble—. Es solo que las cosas están yendo muy bien y no quiero estropearlas. Ya sé que tal vez a ti te sonará raro, pero es la irlandesa que llevo dentro. Somos gente supersticiosa. —Alargo el brazo y giro la llave de contacto—. De todas maneras, vamos a dejar de hablar de mí, ¿quieres? Juguemos a ver si este Kieran Drake es de verdad un chico tan malo. —Parnell me lanza una última mirada, un último gesto de negación con la cabeza, y a continuación arranca el coche. Siento que me relajo un poco—. Si nosotros nos hemos ocupado de Drake, ¿quién va a interrogar a los pijos ricachones?

—Seth y Emily. Steele opina que ellos les sacarán más que tú y que yo.

Me cruzo de brazos y finjo sentirme ofendida.

—A Steele se le olvida que yo también tengo un poco de pija ricachona. Acuérdate de que estudié en un colegio privado.

Parnell sonrío de oreja a oreja.

—Ah, pero tú no eres de los auténticos, ¿a que no?

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Lo digo por la manera en que sorbes el té. Un pijo de verdad te distinguiría a un kilómetro de distancia.

Suelto una carcajada, aunque sé que no es verdad lo que dice. Me he vuelto tan ducha en engañar a la gente que a veces incluso me engaño a mí misma. Hay veces que sigo creyendo que soy una persona de buen corazón. Que no soy una mentirosa ni una cobarde, y, si realmente me

trago el suero de la verdad, que tampoco soy una policía corrupta.

Pero, claro, todos enmascaramos nuestra verdadera personalidad. No hay más que fijarse en Parnell, con todo eso de aumentar la intensidad y reducir las grasas. Todas las mañanas lo veo con la vista clavada en mi *pain au chocolat*. Veo cómo encorva los hombros cuando se dirige de mala gana a su sesión en el gimnasio. Y luego está el detective Seth Wakeman. Seth siempre resta importancia a su sangre azul contando que va a jugar a los dardos y que la compra semanal la hace en un supermercado Aldi, pero yo sé que su bisabuelo era conde: el décimo conde de Ramsay; lo he buscado en Google. No merece la pena intentar ser lo que no se es en los tiempos que corren, ahora que tenemos internet, que todo lo puede y todo lo sabe.

Pero lo que soy yo no puedo encontrarlo en internet. No radica en si llevo los hombros encorvados o si tengo arrugas en la cara. La vergüenza es un sentimiento demasiado íntimo para que llegue a aflorar a la superficie, a la capa externa que uno muestra a los demás. La vergüenza está enterrada tan profundamente que al final nuestro falso yo se transforma en el yo verdadero, y nadie llega a acercarse tanto como para saber quién eres en realidad.

Las cosas que eres capaz de hacer.

Hasta dónde llegarías con tal de protegerte.

Kieran Drake no quiere abogado. Tampoco quiere un vaso de agua. En cambio, sería capaz de asesinar otra Coca-Cola *light* si la hubiera —son palabras literales tuyas, no mías—, y para él lo ideal sería que esto acabara rápidamente. Mañana por la mañana tiene que impartir una clase de *spinning* y no es capaz de funcionar si no ha dormido ocho horas completas.

—No dormir lo suficiente constituye un factor importante a la hora de engordar, ¿lo sabía usted? —Su expresión es solemne, como si acabara de revelarme la cura del cáncer—. Adivino que usted tiene un horario de trabajo demencial.

Será caradura, el muy cabrón.

¿Pero será también culpable? Llevamos ya veinte minutos y aún no estoy convencida. Está tenso, eso es obvio. Respira de forma superficial, y ese constante subir y bajar la cremallera del chándal del gimnasio no solo resulta molesto, es que además delata su nerviosismo. Pero, claro, ¿quién no se sentiría tenso? Hace menos de seis horas que encontró muerta a su compañera de piso y, a juzgar por el número de latas que hay en la mesa, está de cafeína hasta las cejas. Y, naturalmente, sabe moverse dentro del sistema. Debe de tener cierta idea de lo que sigue a continuación, de lo que debemos de estar pensando nosotros. Debe de saber que para muchas personas, incluidos los agentes de policía, la idea de la rehabilitación es, en el mejor de los casos, un objetivo idealizado, y en el peor, una farsa simbólica.

Pero para mí no lo es. Yo tengo que creer en alguna clase de redención. Solo de esa manera soporto mirarme al espejo.

—Oye, Kieran, ¿puedes limitarte a responder a la pregunta? ¿Cuándo viste a Naomi por última vez?

No debería dejar ver que estoy irritada, pero ya es tarde y estoy que me caigo, y lo único que hemos conseguido hasta este momento es un tipo con fachada de chanchullero y un consejo para adelgazar.

Drake se reclina en su asiento con las piernas muy separadas. Tiene unos muslos que parecen troncos.

—¿Otra vez? Ya he hablado de todo eso con esa policía negra. ¿Es que no se fía de que ella haya sabido hacer su trabajo, es eso? Pues eso es racismo, lisa y llanamente.

—Lo cierto es que estoy segura de que la detective Akwa es capaz de hacer hasta el trabajo del primer ministro, pero desde entonces las cosas han cambiado un poco, Kieran. En las primeras horas de una investigación es mucho lo que se averigua.

De repente interviene Parnell, que todavía no quiere jugar sus cartas.

—Vuelve a contarnos esa acogedora escena doméstica del sábado por la mañana. La de Naomi y tú jugando a las casitas.

—Ya lo he contado todo. Solo la vi durante veinte minutos. —Está jugueteando otra vez con la cremallera, arriba y abajo, recorriendo una y otra vez el mismo trozo de tela—. Ella estaba limpiando, poniendo la lavadora con su ropa. Y haciendo un ruido tremendo, dicho sea de paso. Yo había llegado a casa a las cuatro y, como he dicho, necesitaba dormir.

—¿Así que discutisteis? —dice Parnell en tono razonable, como si no hubiera vergüenza alguna en admitirlo.

Kieran se incorpora de golpe, enfadado, indignado.

—Eso es una puta mentira, tío. ¿Quién le ha dicho eso?

—Nadie, Kieran. Se llama plantear hipótesis. —Parnell se echa hacia atrás y estira las piernas, en vivo contraste con la postura de Kieran—. Venga, hombre, ¿estás seguro de que no tuvisteis unas palabras? Porque yo sé cómo son esas cosas, colega. Yo trabajo cinco turnos de noche seguidos, y justo cuando estoy intentando echarme a dormir, mi parienta empieza con la aspiradora.

Maggie Parnell, madre de cuatro hijos y propietaria de una próspera empresa de alquiler de carpas, no es la «parienta» de nadie, y Parnell maneja la aspiradora tanto como ella. No obstante, también es un convencido de que hay que ponerse al nivel del sospechoso, y con Kieran Drake eso significa bajar mucho. Hasta el sótano.

Drake lanza un suspiro.

—Ya le digo que no estuvimos discutiendo y que ella no era mi pareja.

—Pero a ti te gustaba, te hacías ilusiones de ligártela.

—Y una mierda. ¿Quién ha dicho tal cosa? —Tarda unos pocos segundos en derrumbarse de nuevo, con una ancha sonrisa—. Ah, ya. Está planteando hipótesis. Ya lo pillo.

—Tienes que reconocer que es una hipótesis potente —tercio yo metiendo el pie debajo del muslo, adoptando una postura de seguridad en mí misma—. A ver, tú eres un chico guapo, ¿por qué no ibas a hacerte ilusiones? —No pretendo ser retorcida, es cierto que es guapo. Un poco demasiado musculitos y con demasiado cuello de toro para mi gusto, pero mirándolo de forma objetiva entiendo que pueda resultar atractivo—. Pero ¿qué sucedió, Kieran? ¿A ella no le apetecía esa vez?

Kieran se frota los ojos de sueño; los tres días de borrachera en Hounslow están empezando a pasarle factura.

—No me ha escuchado. Naomi no me gustaba.

La hermana de Naomi nos ha enviado varias fotos por correo electrónico. Siempre me asombra que las personas consigan seguir funcionando, ser productivas y serviciales, cuando el dolor todavía es tan reciente que las despelleja vivas. Esparzo las fotos sobre la mesa y acerco a Drake la más conmovedora de todas, una en la que se ve a Naomi, rubia como la miel, dando un salto en el aire con las piernas y los brazos abiertos, llena de vitalidad y de chispa, vestida con un vaquero corto y descolorido y una camiseta que dice «NUEVA YORK EN MI CORAZÓN».

—Verás, Kieran, me cuesta mucho creerte. —Le acerco la foto otro poco más—. Mírala. Era una joven muy atractiva. ¿Las jóvenes atractivas no son tu tipo?

A Kieran no le está gustando que cuestionen su fogosidad.

—No era mi tipo ella en concreto, ¿de acuerdo? No teníamos nada en común. La mitad de las veces yo no sabía de qué hablar con ella.

Parnell sigue estirado como un gato, un poco más y quedará en posición horizontal.

—Vale, de forma que para que te guste una chica necesitas que haya una conexión intelectual, ¿es eso lo que estás diciendo?

—Naomi era una cría, eso es lo que estoy diciendo. Le gustaban los conciertos de música pop y todo eso. Y, de todas formas, estaba saliendo con alguien.

Parnell se echa a reír.

—Muy honorable por tu parte, Kieran.

—¿Tú viste al novio? —pregunto yo con un hormigueo de esperanza.

—Qué va, simplemente ella lo mencionó en un par de ocasiones. Es un tío ricachón que tiene negocio propio, piso en el centro, coche de lujo, ya sabe: el típico cretino con suerte... —Tomo mi bolígrafo—. Y no, no tengo detalles, no sé cómo se llama.

Parnell se incorpora y acerca un poco su silla.

—He de decir que se te da muy bien predecir las preguntas que vamos a hacerte, Kieran. Pero, claro, estás muy versado en interrogatorios policiales, ¿verdad?

Kieran pone cara de sentirse decepcionado con nosotros. Con nuestra estrechez de miras. Con nuestra tendencia a verlo todo a través de un cristal lleno de mierda.

—Ah, vale. Ya lo pillo. Como tengo antecedentes, ustedes creen que se me dan bien estas cosas. —Se da un golpecito en la sien—. Joder, ¿están mal de la cabeza o qué? Como si yo hubiera matado a alguien. ¡Hay que joderse! —Se le ve sinceramente asqueado, lleno de indignación. Si está mintiendo, desde luego es muy buen actor—. Venga, denme un respiro, ¿vale? Llevo años sin hacer nada ilegal. Últimamente soy igual que un monje.

Parnell lo mira con gesto escéptico, pero me doy cuenta de que está a punto de creerlo. Y, en efecto, le hace una seña para que se incline hacia delante, como si fuera a confiarle un secreto, un código que es necesario descifrar—. Escúchame, Kieran: si la persona que ha matado a Naomi no entró en la casa por sí misma, Naomi tuvo que abrirle la puerta, porque no hay señales de que hayan forzado la entrada. —Drake no es ningún descifrador de códigos; muestra un semblante totalmente inexpresivo—. ¿A quién conoces tú al que Naomi haya podido abrirle la puerta?

Drake parpadea muy despacio, al parecer la pregunta lo ha dejado sin habla. Yo reprimo el impulso de arrearle un guantazo en esa cabezota de atontado que tiene.

—¡Tus amigos, Kieran! —grito exasperada—. ¿Naomi conoció a algún amigo tuyo? ¿A alguien que pudiera haberse pasado por el apartamento el sábado por la noche o el domingo por la mañana?

—¿Qué quiere, que le dé nombres? ¿Que traicione a unas cuantas personas? Ni hablar.

Sea monje o no, hay principios que son difíciles de erradicar.

—Solo los estarás delatando si han hecho algo. —Le enseño otra foto más. En esta aparece Naomi cuando tenía unos dieciocho años, sonriente e iluminada por el sol, y al parecer riendo mientras se come un helado de chocolate; un momento de inconsciente felicidad captado en el tiempo—. Y sí, esperamos que delates a alguna persona si sospechas que ha podido hacer esto. —Dejo la fotografía sobre la mesa y saco de la carpeta una instantánea de la escena del crimen, un brutal primer plano de la herida de la cabeza, toda ensangrentada. A Drake se le va todo el color del rostro.

Pero el truco ha funcionado.

—Verán, sí, Naomi conoció a mi primo Rocco cuando vino a casa de permiso, pero volvió a Kabul y ahora ya lleva un mes allí. Y también conoció a mi novia, bueno, mi medio novia. Y ya está. No conoció a nadie más, que yo sepa.

—¿Y qué opinaba tu medio novia de que fueras a compartir piso con Naomi?

—Bueno, no estaba precisamente entusiasmada, pero yo necesitaba el dinero y Naomi podía mudarse de inmediato. Además, eso no era asunto de ella, y así se lo dije. —Mira a Parnell esperando recibir una palabra de elogio, pero no obtiene ninguna.

—¿De forma que tu novia es de las posesivas?

Drake sonríe.

—Es una cruz que llevo auestas, ¿sabe? Las mujeres posesivas.

Lo trágico es que no lo dudo. Solo hay una cosa que un determinado tipo de mujeres adoran más que un chico malo, y es un chico malo reformado.

—Entonces, ¿esa medio novia tuya estuvo contigo el sábado pasado?

—No, fue un fin de semana solo para tíos. Sin caprichitos, sin ir de compras, sin nadie que requiera tu atención a todas horas.

Sin la mentalidad del siglo veintiuno.

—¿Cuántas veces vio a Naomi?

—Unas pocas, no muchas. Normalmente nos vemos en su casa. Tiene un hijo.

—¿Y ella alguna vez habló de Naomi?

—La verdad es que no. No hablamos mucho. Un poco menos de conversación y un poco más de acción, no sé si me entiende.

—Un poco más de conversación y un poco menos de gilipollices tal vez te sirvieran para salir antes de aquí, Kieran.

Al instante me arrepiento de haber empleado esa palabra. Parnell, si bien defiende que hay que bajar al nivel del sospechoso, insiste en la limpieza. Utilizar lenguaje sucio resta autoridad, me explica; vuelve borrosa la sagrada barrera que siempre debe existir entre «nosotros» y «ellos».

—¿Puedes facilitarnos el nombre de tu novia, por favor? —le pide Parnell en tono directo y oficial.

De repente a Kieran se le ilumina el semblante.

—Que me jodan, ¿están pensando que el autor de esto puede haber sido mi novia? ¿Que quiso vengarse de Naomi? —Suelta una carcajada y chasquea los dedos como si fuera el mejor chiste que le han contado en todo el año—. Pues verán, ahora que lo mencionan, sí que está un poco loca. Loca de celosa que es, quiero decir. Eso es estupendo en la cama, pero le complica mucho la vida a uno, ¿me entienden?

Parnell no se inmuta.

—El nombre, Kieran. Y después podrás marcharte, por ahora.

—Kelly Gillette, como la marca de cuchillas de afeitar. Pero lleva en casa de una amiga suya de Cardiff desde el viernes pasado, así que por ahí van mal encaminados. Sería divertido ver cómo la detienen.

—Esto no tiene nada de divertido, Kieran. —Parnell habla sin energía, está agotado física y emocionalmente. Y a mí no me falta mucho—. Esta noche cuando te vayas a la cama, o mañana en la clase de *spinning*, reflexiona sobre todo esto, ¿vale? Piensa en los familiares de Naomi. Piensa en ella, en cómo ha muerto. Y después, si hay alguna cosa más que quieras contarnos, vuelves a venir aquí, hijo. Porque vamos a averiguar quién ha hecho esto, te lo prometo.

Salvo que no está prometiendo nada. Es una cosa que les decimos a los sospechosos, pero nunca a los familiares de las víctimas. Es un grito de batalla en vano, nada más, si se tiene en cuenta que una cuarta parte de los asesinatos quedan sin resolver.

Pero, bueno, suena bien. Y por lo visto ha causado gran impresión a Kieran Drake, que echa a andar hacia la puerta con mucha menos confianza en sí mismo que cuando entró pavoneándose.

—¿Cuándo podré volver a mi apartamento? —pregunta deteniéndose un momento en el pasillo—. Tendré que quedarme en casa de Kelly, supongo, pero no es lo ideal, con el niño y todo eso.

Le respondo en tono deliberadamente impreciso, solo para molestarlo.

—No estoy segura, lo siento. Ya te lo haremos saber. Aunque míralo por el lado bueno: por lo menos ahora Kelly te tendrá enterito para ella sola. Siendo tan celosa como es, pensará que han llegado los Reyes Magos.

Ya me estoy poniendo realmente sarcástica. Me ha llegado la hora de marcharme a casa.

Cuando yo estaba buscando piso, tenía dos condiciones: en primer lugar, debía encontrarse en una vía concurrida y céntrica. Créanme, cuando uno tiene por costumbre volver tarde a casa después de haber pasado una jornada entera siendo testigo de la falta de humanidad de unos seres humanos para con otros, el último sitio en el que le apetece estar a las dos de la madrugada es en una fantasmagórica calle secundaria de Londres, batallando contra el silencio sepulcral y contra la iluminación insuficiente.

En segundo lugar, y más importante, tenía que encontrarse al sur del río. Necesariamente.

Mi lema personal, mi política fundamental, es que necesito que haya una separación entre donde vivo y donde trabajo. Lo digo en sentido literal. Necesito el Támesis. Necesito esa cinta ancha y curva, esa línea de demarcación respecto de la ciudad para separar el ocuparme de la delincuencia de ocuparme del placer, o por lo menos de ocuparme de comerme una tostada en la cama y viendo Netflix.

Lo cierto es que jamás ha ocurrido nada parecido. Crucé el Rubicón para irme al sur por un único motivo: mandar a tomar por saco a mi padre en sentido geográfico. Fue un rechazo al lugar en que me crié y una rebelión contra el hombre que me crió allí. El hombre que equipara el sur de Londres con el desierto de Gobi. El que afirma que, se corte por donde se corte, el norte de Londres es más grande, mejor, menos peligroso y más divertido.

Pero, claro, a mí siempre me ha encantado lo que no es favorito, y por lo tanto me encanta el sur, indignado y provocador.

Pero no puedo decir que me encante lo de tener que ir y venir todos los días. Cuando salgo de la oficina son las siete y cuarto; las siete y media cuando me veo envasada al vacío en la Northern Line del metro para recorrer las trece paradas que hay hasta donde vivo; a las ocho menos cuarto me estoy empezando a cuestionar, una vez más, por qué me causo este sufrimiento a mí misma todos los días. A las ocho y cuarto estoy entrando por la puerta de mi encantador y minúsculo nuevo hogar.

Aunque en realidad no es nuevo, ya no. Han pasado más de tres meses desde que Parnell me ayudó a subir mis pertenencias por la implacable escalera de piedra, tiempo suficiente para conocer ya a la mezcolanza de residentes, el favorito de los cuales es Jerry, que afirma haber dado la vuelta al mundo con los Rolling Stones a pesar de que jamás ha tenido pasaporte. «Jagger tenía autoridad y solucionaba todas esas cosas.»

Me encanta escuchar sus mentiras tanto como a él le encanta contarlas. Y, de todos modos, únicamente son mentiras si causan daño a alguien; en caso contrario, son meras lamentaciones.

Yo estoy en el último piso de los seis que hay. La vida en un ático con todos sus inconvenientes, cuando uno tiene que luchar contra un ascensor ruidoso y cascarrabias y un tejado con goteras que el casero lleva prometiendo que va a arreglar desde que se firmó la Carta Magna, según asegura Jerry. Dicho esto, se vive con bastante tranquilidad entre las agujas de las iglesias y las copas de los árboles. Resulta terapéutico observar cómo las nubes se dan caza unas a otras cuando hace una mañana fresca y ventosa, o contemplar el azul marino del cielo cuando me

desvelo por la noche.

Parnell lo odia. Parnell opina que yo estaría mejor compartiendo un animado apartamento, con personas de mi edad que preparasen la cena y discutiesen por la factura del gas. No está convencido de que sea sano que una «jovencita» pase todas las noches enclaustrada en el último piso de un sombrío edificio victoriano o bebiendo cerveza negra en compañía de un tipo de setenta años que afirma haber escrito la letra de la canción *Jumpin' Jack Flash*.

Pero, claro, eso no ocurre todas las noches. Por ejemplo, esta noche no. Esta noche viene Aiden y necesito prepararme. Y cuando digo prepararme no me refiero a depilarme las piernas y encender unas velitas, sino a prepararme mentalmente. Me refiero a hacer acopio de fuerzas para ser la persona que Aiden cree que soy, solo una noche más, antes de obrar de forma decente y dejarlo marchar.

Eso nunca sucede, por supuesto. Aiden Doyle es un hombre al que cuesta muchísimo trabajo dejar marchar. Su manera de reír, el lunar que tiene en el párpado izquierdo, esa insistencia suya en ir por el lado de fuera de la acera para protegerme del tráfico; todas esas cosas han ido contribuyendo a que lo de «solo una noche más» se haya transformado en casi un año entero, y ya se me están agotando las maneras de engañarme a mí misma diciéndome que puedo dejarlo cuando quiera.

¿Terminaremos esta noche? Hoy sería un momento tan bueno como cualquier otro. Probablemente sería mejor que otros, dado que mañana tiene que irse a Irlanda para asistir a una boda, lo cual significa que podría olvidarse de mí durante cuatro días consecutivos a causa del alcohol, o a causa de tirarse a otra, aunque la idea de que se acueste con otra mujer me provoca un cortocircuito cerebral.

Así que puede que no.

Contemplo la posibilidad de una ducha rápida, pero bajo el grifo es cuando más me agobio pensando; algo tiene el agua corriente que me revoluciona las neuronas del estrés. En lugar de eso, opto por simplificar y me meto en las redes sociales, para consultar mi hilo de noticias con el cerebro desconectado.

Fotos de perritos. Fotos de vacaciones. Intolerancia. Comida.

Puede que la vida de Naomi Lockhart haya terminado, pero el mundo sigue adelante.

Rápidamente encuentro a Naomi. En su foto de perfil es rubia y aparece tan retocada que recuerda a un dibujo animado. Pero no me da mucho tiempo a entretenerme con ella porque de pronto oigo que llaman a la puerta. Es la forma de llamar de Aiden, desenvuelto y seguro de sí mismo. Una forma de llamar que dice: «Sé que te va a encantar verme». Me rocío con una nube de desodorante y verifico que no hay fotos de escenas del crimen desperdigadas por ahí.

Aiden llama otra vez.

—¿Tienes otro hombre aquí dentro, Kinsella? Tráemelo aquí, que lucharé a muerte con él.

Abro la puerta y lo hago entrar de un tirón.

—No grites, so tonto. Este edificio es de gente respetable.

—Ya, claro. Si uno no se fija en que abajo hay un laboratorio de metanfetamina.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? No es un laboratorio de metanfetamina. —Arrojo su petate y su abrigo mojado encima de mi cama limpia y pulcra—. Es una peluquera que trabaja en casa. Lo que huele es el líquido de la permanente.

—¿Y el tufo a marihuana que sale del apartamento número cuatro? ¿También es de otro producto para el pelo?

Es marihuana. No resulta algo precisamente fácil de ignorar cuando se es policía, sobre todo cuando se es un policía al que antes le gustaba fumarse un porrito de vez en cuando.

—Ah, vive y deja vivir. —Me voy hacia la diminuta cocina, que esencialmente es un nicho en el que hay un frigorífico, una cocina, un microondas y un fregadero—. He estado vigilando a ese vecino y, por lo que he podido ver, no se dedica a traficar.

—Muy liberal por tu parte. Oye, no pasaría nada por que comprases dos sillas. —Se deja caer sobre la mesa de centro, nervioso, con razón, por si no fuera lo bastante robusta—. Y tampoco pasaría nada por que encendieras la calefacción. Esperaba acabar desnudo en algún momento.

—La calefacción está encendida, pero para notarla tienes que restregarte contra el radiador. —Hago un gesto con la mano en dirección al ropero, un mueble de IKEA que montó Parnell tras aceptar un soborno. Un soborno consistente en mi eterna gratitud y un sándwich de huevo frito—. También puedes ponerte una de mis sudaderas. La del equipo irlandés de rugby es bastante grande, seguro que te vale.

—Tienes un grave problema de dismorfia corporal. Mírame, abulto el doble que tú. De todas formas, no te preocupes por eso, ya me aguanto. Soy de la costa occidental de Irlanda, y allí somos todos unos chicarrones muy fuertes.

—Tú mismo. —Abro la puerta del frigorífico—. Mierda, se me ha olvidado comprar vino.

—Pues menos mal que me he acordado yo. Pero no es ese aguachirle de vino blanco. —Recoge su petate y saca de él una botella de un vino tinto chileno que tiene pinta de ser caro—. Y también he encargado unos *fettuccine* Alfredo al tipo del local de enfrente. ¿Te parece bien?

El tipo del local de enfrente se llama Leonardo y no suele preparar comida para llevar, pero conmigo hace una excepción por el «incidente» que tuvo lugar en una despedida de soltero, en la que consiguió cobrar la minuta porque yo enseñé mi placa.

—Más que bien. Aunque ¿cómo has sabido que yo no había preparado nada?

—Porque Mercurio no se ha alineado con Saturno, que yo sepa.

Le lanzo el corcho de la botella a la cabeza.

—Ya, bueno, la última vez que preparé algo me dijiste que no sabía cocinar. Una chica se ofende con esas cosas. —Abro el congelador—. Ah, mira, tengo unos Magnum para después. No soy una anfitriona tan desastrosa.

Aiden me rodea con los brazos. Huele a lluvia y a alcohol, aunque no a alcohol de cerveza como es costumbre en él, sino a otro más limpio, menos procesado.

—Solo me interesa lo de después.

—¡Después! Estás de broma. Nadie practica el sexo después de haber comido pasta. Es demasiado pesada.

Posa su boca en la mía.

—Muy bien, entonces, ¿a qué estamos esperando?

—¿Cómo, ahora? —Me zafó de él—. La comida va a llegar dentro de diez minutos.

Aiden vuelve a abrazarme.

—Genial, nos da tiempo a hacerlo dos veces.

La jornada de trabajo se disuelve en risas mientras Aiden empieza a desabotonarme la blusa, pero en ese momento suena el timbre de la puerta y nos obliga a separarnos de mala gana, mirándonos como diciendo «espera y verás». Aiden se apresura a bajar para recibir el pedido mientras yo hago acopio de cubertería y despejo de trastos la mesa. El aroma sube por la escalera, y cuando Aiden regresa con los paquetes de comida, prácticamente se los arranco de las manos.

—Perdona, es que me muero de hambre. —Me siento en el suelo con la espalda apoyada en la butaca—. Esta misma tarde he estado en una casa en la que olía a patatas rellenas al horno. Te juro que se me hizo la boca agua.

—¿De quién era la casa? —pregunta Aiden al tiempo que se sienta en el suelo a mi lado y yo

extiende las piernas por encima de las suyas.

—Oh, de unos testigos de un caso nuevo que tengo. ¿Te apetece pimienta negra?

—No, pero me apetece un beso. —Le doy el gusto—. Así que tienes un caso nuevo. Pues menos mal que no pensabas venir a Irlanda conmigo; seguro que habrías tenido que cancelar el viaje.

—Lo más probable. Bueno, habría tenido que escoger entre Irlanda y Praga, con toda seguridad. —Enrollo unos cuantos *fettuccine* en mi tenedor—. El problema es que somos demasiado pocos en el equipo. Craig Cooke, ya sabes, el que llamamos Hambruna, el que acaba de tener un hijo, actualmente parece un muerto viviente, y Emily es casi una inútil. —Mastico los *fettuccine* mientras reflexiono sobre esta última afirmación—. Bueno, no es una inútil, he sido un poco injusta, pero no tiene mucha iniciativa; hay que darle todas las instrucciones muy masticadas.

—Dios, mándamela a mí. No me vendrían mal unas cuantas personas que se limiten a hacer lo que les digan. —Lo miro como diciéndole que espero que no me esté incluyendo a mí—. No lo digo en broma. Estoy hasta las narices de aguantar a universitarios con iniciativa. Son una carga..., bueno, algunos.

Aiden trabaja en el departamento de gestión de riesgos de una empresa de apuestas deportivas. Citando lo que él mismo dice, «empleo algoritmos predictivos, análisis humano e información en tiempo real para generar las mejores oportunidades de apuestas para mis clientes».

En esencia, se trata de ganar dinero, una cosa en la que yo no soy experta.

A diferencia de la gestión del riesgo, cosa que entiendo a la perfección.

—¿Pero vendrás la próxima vez? Para el treinta cumpleaños de mi primo. —Creía que había conseguido apartar a un lado el tema de Irlanda, pero parece ser que no—. Espera, lo voy a decir de otra forma: la próxima vez vendrás. —No recibe la expresión facial que esperaba recibir de mí—. Oh, vamos, Cat, vas a venir, dime que sí.

—No lo sé, quizá. —Me meto más pasta en la boca, como si el hecho de amortiguar lo que estoy diciendo pudiera restarle impacto—. Si puedo, iré. Es que... ya sabes cómo es lo del trabajo.

—Debe de resultar muy duro ser una persona tan importante, tan indispensable. —Lo ha dicho en un tono mordaz, pero se debe a que se siente herido, no al rencor. Estaba deseando exhibirme en la boda. Lo sé.

Lanzo un suspiro.

—Esta noche no, cariño. He tenido un día muy largo y mañana tengo que empezar a las ocho.

—Yo empiezo todos los días a las siete.

Estos momentos son delicados. Los momentos en los que a una le entran ganas de decir «ya, pero tú no tienes que aguantar el tipo delante de un asesino, ni ver cómo levantan la piel de la cara de un cadáver en medio de una autopsia». Pero, como es natural, una no puede decir esas cosas porque suenan paternalistas. Seamos sinceros: son paternalistas. Por cada asesinato que es necesario resolver, hay un algoritmo que construir o una modelo de élite que contratar. La vida no puede tratar solo de la muerte. Ya lo sé.

—¿A qué hora sale mañana tu vuelo? —pregunto, intentando evitar la discusión.

—Tengo que estar en el aeropuerto a las seis. —Consulta el reloj y después sirve más vino—. Mierda, me quedan menos de nueve horas y todavía ni he hecho la maleta. Y tampoco he redactado el discurso que voy a pronunciar. ¿Qué te parece, soy oficialmente el peor padrino del mundo?

—No sé por qué te entra el pánico. La boda no es hasta el viernes, y no tienes nada más que hacer.

Me dirige una mirada de reojo.

—Tú no conoces a mi tía Bridie. En cuanto yo llegue, empezará a pedirme que haga de todo: «Lleva a tal persona en coche a tal sitio. Pon estos sándwiches ahí. Ah, y en el prado de abajo se ha caído una valla, a ver si la arreglas cuando tengas un minuto. Y, claro, ya que estás, podrías reunir las vacas»...

—Bien, así no tendrás tiempo para tontear con ninguna antigua novia —le digo a la vez que le doy un leve empujón con el pie—. ¿Con cuántas mujeres asistentes a esa boda te has acostado, exactamente?

—Con cuatro. —Bebe un sorbo de vino—. Bueno, no, con tres. —No le pregunto nada—. Da igual, no tengo la intención de tontear con ninguna. Solo quiero estar con mis primos, hacer un brindis por mi madre... —No menciona a su padre, que está muerto, pero nadie lo llora, porque era un «gilipollas de primer orden»—. Y luego, el sábado por la mañana, si después de la boda no estoy hecho polvo, voy a plantar un árbol por Maryanne. ¿Te parece una tontería? —Noto que se me hunde el estómago, pero a duras penas consigo hacer un gesto negativo con la cabeza y esbozar una sonrisa—. Iba a ser enterrada en el puto Surrey por culpa del imbécil de su marido, pero nació en Mulderrin y eso tiene su importancia, ¿no crees?

Maryanne. El mero hecho de oír pronunciar su nombre hace que deje de ser la agradable Cat Kinsella y me transforme en una vil serpiente.

—Bueno, ya estoy llena —anuncio abruptamente. Me levanto y llevo mi plato al fregadero, dejando que mi cuerpo tome las riendas mientras mi mente intenta el encefalograma plano.

«Mantente activa. Mantente ocupada. Mantente en movimiento. Mantente serena.»

Para cuando he aclarado el plato, mi pulso ya se ha normalizado hasta alcanzar un nivel no tan fatal. Pecando de prudente, miro a mi alrededor en busca de alguna otra cosa más que hacer y termino pasando la bayeta al interior del microondas.

Aiden no se deja engañar.

—No te hace gracia que mencione a Maryanne, ¿verdad que no?

Se me encoge el corazón, pero mis manos continúan trabajando.

—¿Por qué lo dices?

De pronto lo tengo a mi espalda, con las manos apoyadas en mis hombros, obligándome a volverme para que lo mire.

—Porque tengo ojos y cada vez que la menciono das un respingo.

La mentira se me ocurre enseguida. Me repugna que se me haya ocurrido tan deprisa.

—Oh, perdona. Es que me recuerda cómo nos conocimos y la línea que rebasé cuando empecé a salir contigo. —Él, en absoluto molesto, se encoge de hombros—. Venga, Aiden, tú eres el hermano de Maryanne, de mi «víctima». No deberíamos haber empezado a salir mientras el caso aún estaba abierto. Ello implicaba infringir todos los códigos y, lo siento, pero todavía me produce incomodidad. —Hago un esfuerzo para mirarlo—. Y me causa tristeza no poder presentarte a mis compañeros de trabajo. Bueno, por lo menos a algunos de ellos. A Parnell le caerías genial.

Aiden endurece el gesto, y ya sé lo que va a pasar a continuación. Qué idiota soy, yo sola me he metido en esto.

—Ah, de forma que a Parnell le caería genial, pero a tu querida familia no.

—Aiden, basta. —Me zafo de él con ademán agresivo—. Hoy no tengo ganas de entrar en ese tema.

—Pero ahora que lo has sacado a colación, Cat, tengo que decir que más o menos entiendo por qué no quieres presentarme a tus colegas, aunque no sé por qué no puedes mentir y decir que nos hemos conocido más tarde. Pero no existe absolutamente ninguna razón para que no me presentes a

tu familia, aparte del hecho de que no te apetezca. Y eso me duele, ¿sabes? Es un sentimiento doloroso de verdad.

«Absolutamente ninguna razón. Aparte del hecho de que mi padre conocía a tu hermana y desempeñó cierto papel en su desgracia.»

—Por favor. —No se me ocurre nada más que decir, aparte de esas simples palabras—. Vamos a pasar varios días sin vernos, te ruego que no nos peleemos por esto. Vamos a hablar del fútbol gaélico, o del riesgo cuantitativo, o de lo que quieras. Hasta de esas malditas vacas. Pero otra vez de esto no, por favor.

Aiden me suelta, pero no suelta el tema.

—Sí, otra vez de esto sí, Cat. Porque este fin de semana mi familia, mis tíos y tías y mis doscientos primos van a preguntarme por ti y no quiero inventarme que somos algo que no somos. Si para ti esto es solo un pasatiempo, no quiero reír todas las bromas de «el siguiente serás tú».

De repente sufro un ataque de furia. Pero no estoy furiosa con Aiden, sino conmigo misma. Y también con mi padre, con mi trabajo, con el mundo y hasta con Cupido, pero por desgracia el único que está aquí para ser el blanco de mis flechas es Aiden.

—¡Venga ya! Estás diciendo cosas ridículas. ¿Por qué se te ocurre semejante bobada?

—Porque lo único que se me ocurre pensar es que debes de avergonzarte de mí. Lo sabes todo de mí, sabes que no provengo de una familia lo que se dice aristocrática, de manera que a lo mejor no soy lo bastante bueno para una relación a largo plazo. A lo mejor solo valgo para un revolcón y una cena a base de comida para llevar un par de noches por semana, pero...

—¿Te has vuelto loco? —Me siento presa del pánico, atacada. Y cuando uno se siente así, pasa al contraataque y golpea más fuerte—. En serio, ¿estás borracho? ¿Has estado dándole a la *grappa* con Leonardo antes de venir? Lo sabía, joder. Te lo he notado en el aliento.

Aiden pone la mandíbula en tensión.

—Sí, he tomado un par, ¿y qué? Como dijiste a las siete y media, supuse que llegarías a las ocho. ¿Y qué iba a hacer? ¿Esperar sentado en la puerta hasta que la importante detective volviera de esas calles en las que reina el mal?

—Está claro que han sido un par de más. —Me preparo para herirlo de lleno donde más le duele—. ¿Sabes, Aiden?, a lo mejor no eres tan distinto de tu padre. ¿No era esto lo que hacía él después de tomarse demasiadas copas, soltar toda clase de chorradas y paranoias por esa boquita?

Aiden, con la cabeza ladeada, me observa por espacio de unos instantes que se me antojan eternos, y yo no puedo hacer otra cosa que abrigar la esperanza de que me odie más de lo que se odia a sí mismo en este momento. En el piso de abajo se oye una puerta que se cierra y a alguien que sube las escaleras a toda prisa y cantando; resulta tan alegre y despreocupado que me cuesta creer que sea real.

—Voy a olvidar lo que acabas de decir. —En sus labios se dibuja una sonrisa dolorida—. Verás, la cosa es que no resultas muy convincente, Cat Kinsella. Sé que solo has dicho eso para que me vaya, y así no tendrás que enfrentarte a esta conversación. —Me lo quedo mirando, en el intento de salir del paso con elegancia, pero Aiden me tiene muy bien tomada la medida—. Bueno, pues el plan te ha funcionado. Me voy. —Recoge su petate y su abrigo meneando la cabeza en un gesto de negación—. Ojalá reconocieras de quién te avergüenzas, si de ellos o de mí. Aunque si te avergüenzas de ellos después de saber lo que sabes de mi familia...

Abre la puerta, pero permanece unos instantes en el umbral, probablemente esperando a que yo arregle las cosas, a que vuelva a hacerlo entrar con una explicación, si no con una disculpa.

Pero yo ya he mentido bastante por una noche.

Ya he mentido bastante para toda una vida.

—No me avergüenzo de nadie, Aiden. —Doy un paso hacia él y lo hago retroceder—.
Simplemente no me llevo bien con mi familia y considero que tú deberías respetar eso.

Me da un beso en la mejilla, pero superficial.

—No. No, eso no es suficiente, Cat. No puedes decir sin más que no te llevas bien con tu familia y dejarlo tal cual. Quiero entender por qué. Quiero entenderte a ti.

—Hablas igual que Oprah —replico, y añado una risa plañidera.

—Y tú hablas como alguien que tiene mucho miedo de algo. —Se vuelve para mirarme desde lo alto de la escalera—. Pero te juro por lo más sagrado que no tengo ni idea de qué puede ser.

Miércoles

De forma que nos reunimos.

En esta sala no hay una sola persona que no haya aprendido por las malas que lo de las ocho de la mañana significa las ocho menos cuarto. Y, para jugar sobre seguro, las siete y media.

Verán, Kate Steele no dispone de mucho tiempo para excusas. ¿Dices que te has encontrado un atasco? Pues haber salido antes de casa. ¿Que el tren vino con retraso? ¿Es que no sabes que existe el autobús?

De vez en cuando se permite ser un poco más benévola con los que tienen hijos, hijos de corta edad, claro. Es muy duro echarle la bronca a alguien que se ha pasado media noche cantando *You Are My Sunshine* a un niño pequeño que está echando los dientes. Pero para el resto de nosotros las normas son firmes y simples: para cuando ella entra en la sala, ya debemos estar desayunados, con la vejiga vaciada y con todas las conversaciones sobre el partido/pelea/espagueti boloñesa concluidas.

Sin embargo, ella no se aplica esas mismas reglas, como es natural. En estos momentos ella está en la cabecera de la sala sosteniendo un bollito con nueces en una mano y el teléfono móvil en la otra, escribiendo un mensaje de texto que, a juzgar por la sonrisa lasciva que tiene en la cara, no debe de ser precisamente de un tema de trabajo. Y tampoco Parnell se aplica las reglas, de ello tienen la culpa los veintitantos años que lleva trabajando con Steele, la cual lo saluda con un relajado «Hola, Lu» cuando entra en la sala a las ocho menos un minuto y sus compañeros lo reciben con una avalancha de silbidos de aclamación al verlo luciendo traje nuevo otra vez.

—Bien, ¿empezamos? —Steele deja el teléfono encima de uno de los varios pupitres que están vacíos, monumentos a los recortes policiales que nos recuerdan que nunca tenemos suficiente personal—. Confío en que todos estaréis ya al corriente del quién y del cómo, así que voy a saltarme el precalentamiento y pasaré a ponerlos al día del punto en que nos encontramos, ¿de acuerdo? Respecto a las huellas dactilares, olvidaos; de momento no tenemos nada. Bal dice que es probable que nuestro hombre llevara guantes, guantes lisos, porque si fueran de lana, habrían dejado fibras sueltas. En lo referente a los demás datos forenses, más adelante llegará nueva información. ¿Qué más? He estado hablando con un tipo muy agradable, un tal agente Wilson..., o puede que fuera Wilton..., de la Policía del Sur de Australia. Los padres de Naomi ya vienen para acá. Aterrizarán en Heathrow mañana alrededor de las cinco de la madrugada. —Desgarra con los dedos un trozo del bollito y lo agita en el aire mientras continúa hablando—. La cosa es que, por más que me fastidie, necesitamos que la autopsia se lleve a cabo hoy mismo, de forma que no podemos esperar a que la familia identifique a la víctima. Tendrá que encargarse de ello el compañero de piso.

Lo cual quiere decir que, a pesar de los tiernos cuidados que sin duda han aplicado Vickery y su equipo, para cuando lleguen los padres Naomi va a tener un aspecto todavía peor, si es que eso es posible. Abierta y vuelta a coser. Montada de nuevo, como un monstruo de Frankenstein. Con la melena afeitada y el cuerpo como un lienzo lleno de manchas, marcado con las incisiones en forma

de Y.

Ya no será una chica, sino un cadáver.

—¿De qué parte de Australia era? —pregunta Flowers—. Imagino que de Sídney.

—Eso está en la costa este, Einstein. Y la jefa ha dicho «sur» de Australia. —Lo corrijo, aunque no tengo ni idea de lo que constituye el sur. En el colegio suspendí geografía para aprobar latín.

AURIBUS TENEO LUPUM.

Que significa ‘sujeto a un lobo por las orejas’. Una situación insostenible en la que resulta igual de peligroso no hacer nada que hacer algo.

Aiden.

—Era de Adelaide —responde Steele interrumpiendo mis pensamientos—. De una población de las afueras más bien pequeña, denominada Golden Grove. Muchos espacios verdes, familias jóvenes, bajo índice de delincuencia.

Un lugar idílico de clase media, aunque a mí me suena más a la película *Las mujeres perfectas*. Mi subsistencia depende de que haya un alto índice de delincuencia, y nunca me han gustado los grandes espacios abiertos.

Y en cuanto a lo de las familias...

En cambio, Parnell está escuchando con expresión soñadora, contemplando la llovizna de noviembre, otra más, que se ve al otro lado de la ventana.

—Me pregunto por qué se marcharía de un lugar así para venir a encontrarse con esto.

—Bueno, pues deja de preguntártelo. —Steele apoya el trasero contra mi pupitre. Huele maravillosamente bien, como siempre; hoy se ha puesto algo suave y cosquilleante, como la madera de sándalo—. El agente Wilson, o Wilton, o como se llame, me ha dado el informe completo. Naomi tuvo una relación que terminó bastante mal y su ex era un poco «intenso», de forma que sus padres le sugirieron que escapara y pusiera tierra de por medio. De hecho, fueron ellos quienes le propusieron que viniera al Reino Unido, más bien insistieron masivamente en ello, y le financiaron el viaje. —Parnell cierra los ojos y Renée deja escapar un silbido en voz baja. Hasta Flowers muestra un retazo de compasión susurrando «pobre gente»—. Sí, ya sé que resulta muy doloroso. Es un sentimiento de culpa que los va a perseguir durante todo lo que les quede de vida. No es lógico, pero ya sabemos...

Ya sabemos.

Y también sabemos que, a no ser que capturemos a la persona que hizo esto, ellos jamás van a encontrar un sitio donde aparcar su dolor, otra persona en quien descargar la culpa.

Hago la pregunta obvia:

—Y entonces, ¿qué pasa con ese exnovio tan «intenso»?

—Apenas sabemos nada. Desde que Naomi le dio puerta ha hecho vida de ermitaño, y el único testigo de coartada que ha podido proporcionar lo vio por última vez el viernes a la hora de comer, de forma que técnicamente existe una pequeña posibilidad. Pero no sé. Viajar hasta la otra punta del mundo para terminar un asuntillo con tu exnovia no es ser intenso, sino más bien obsesivo. —Abro la boca, pero Steele ya lo tenía previsto—. Naturalmente, consultaremos a las líneas aéreas, pediremos las listas de pasajeros y lo que sea necesario, pero va a suponer una pérdida de tiempo, estoy segura. —A continuación se frota las manos con gesto cómico, escogiendo una víctima, mientras todos intentamos evitar el contacto visual—. Ems, encárgate tú de ese tema, por favor.

No sé qué habrá hecho Emily para merecer esto. O qué no habrá hecho, más bien. Por lo general, Emily no causa problemas; prefiere quedarse sentada, con sus cejas perfectas,

aguardando instrucciones. Sin embargo, esta instrucción no le gusta. A nadie le gusta meterse en una tarea que con toda seguridad es un callejón sin salida.

—Oh, Ems, sécate los ojos —le dice Steele. Lo de llamarla «Ems» es nuevo—. Si hay alguien aquí que deba estar cabreada, soy yo. En estos momentos debería estar yendo camino de Calcot Manor a pasar dos días recibiendo masajes y estar con mi hermana, y todos vosotros aquí metidos haciendo reverencias al inspector jefe Gilipollas.

—Terry Bostock no es tan horrible —dice Parnell con una ancha sonrisa.

—Será para ti, Lu, que tienes pene. A nuestras tres amigas no les iría tan bien. —Doy por sentado que las «tres amigas» somos Ems, Renée y yo—. El jefe pasaría todo el tiempo intentando que acabaran despedidas o embarazadas.

—Ah, de modo, jefa, que te has quedado para protegernos de ese hombre malo. Estoy conmovida. —Lo digo en tono de broma, pero con sinceridad. Aunque la persona rastrera y servil que llevo dentro habría disfrutado trabajando codo con codo con el inspector jefe Bostock, ese reputado imbécil.

—Ya, bueno, pues no te conmuevas tanto. Lo cierto es que yo preferiría pasar un día entero mirando a la muerte cara a cara antes que pasar cinco minutos metida en una bañera y hablando con mi hermana de terapia hormonal sustitutiva, pero es que me pilló en un momento de debilidad y me intimidó hasta que le respondí que sí. El pretexto perfecto para escabullirme fue que tengo un caso nuevo.

No me imagino a Steele viéndose intimidada por nadie para hacer nada, hurra por la hermana; en cambio, hoy me solidarizo totalmente con su necesidad de buscar un pretexto. En estos últimos meses yo me he servido del pretexto del «trabajo» para anular una salida para ir de compras, una comida el domingo, una clase de aeróbic en el agua y una invitación para ayudar a construir una caseta en el jardín, todo con mi hermana. A decir verdad, lo de construir la caseta habría sido divertido. Jacqui y yo nos llevamos mejor cuando hacemos algo productivo y nos concentramos en una tarea en vez de remover el pasado. No obstante, por mucho que nos estemos divirtiendo, ya sea quejándonos del precio que cobran por las bolsas en Selfridges o partiéndonos las uñas con tablones de madera contrachapada, sé que siempre vamos a terminar hablando otra vez de papá: de qué tal nos va, de si vamos a vernos pronto..., y no tengo la energía necesaria para seguir mintiendo. Para seguir dándole a Jacqui las respuestas edulcoradas que tanto ansía.

—De forma que vamos a investigar los allanamientos de morada que haya habido recientemente en esa finca y en los alrededores. —La voz de Steele me devuelve al presente—. En los últimos quince días ha habido dos. Uno fue interrumpido y los ladrones huyeron bastante deprisa, pero por lo visto el propietario es un cabrón que da miedo verlo, así que no es de sorprender que les entrara el pánico. Un poquito diferente del caso de nuestra Naomi.

Nuestra Naomi. Los padres nos han pasado el relevo a nosotros. Ellos fueron los responsables en vida, y ahora nosotros somos los responsables tras su muerte.

—Sin embargo, esto no tiene pinta de ser un robo domiciliario que salió mal. El teléfono de Naomi ha desaparecido, pero el bolso seguía en la casa, junto con unos cuantos objetos muy caros y el equipo de pinchadiscos de Kieran Drake. —Gira el cuerpo para mirarme a mí—. Cat, ¿está todo el mundo informado del interrogatorio de Drake? —Yo afirmo con un gesto de cabeza—. ¿Y de los otros interrogatorios, el de la jefa, Kirstie Connor? —Afirmo otra vez—. Genial. Bueno, pues en ese caso me callo ya y procedo a comerme este maldito bollito. ¿A quién le toca ahora?

Supone que va a relevarla Parnell, pero yo los sorprendo a los dos tomando la iniciativa.

—De acuerdo, entonces la pregunta del millón tiene que ser: ¿quién es el novio? Tanto su jefa como su compañero de piso dicen que Naomi mencionó que estaba saliendo con alguien, y sin

embargo no tenemos ningún nombre, ningún avistamiento, ninguna prueba circunstancial de ese hombre misterioso, aparte de unos cuantos cabellos aparecidos en la cama que puede que le pertenecieran a él o no, y de todos modos no nos servirán de nada, a menos que ese tipo esté dentro de la base de datos de ADN.

—Es la primera vez que la familia se entera de que había un novio —dice Steele, incapaz de permanecer callada durante un minuto entero—. Su hermana mayor, sobre todo, está asombrada. Ambas estaban muy unidas y se lo contaban todo la una a la otra, o eso pensaba ella.

—¿La hermana también va a venir?

—Eso espero, dentro de unos días. Es madre soltera, de forma que lo tiene difícil. Está intentando buscar a alguien que le cuide al niño.

Swaines levanta la mano con ademán cansado. A juzgar por la cara que tiene, ha pasado toda la noche de borrachera o encadenado a su mesa de trabajo. Cualquiera de las dos cosas es posible.

—También hemos consultado a sus amigas de Australia. Todas han dicho que daba la impresión de estar pasándolo muy bien, disfrutando del paisaje y de la «experiencia de Londres», sea eso lo que sea.

—¿Que todo el mundo ignora a todo el mundo y paga cinco libras por una cerveza? —propone Flowers, un chico súper del norte que probablemente debería regresar de nuevo a Barnsley.

Swaines, tal vez validando el comentario de Flowers, hace caso omiso de él.

—Pero tenían conocimiento cero de que Naomi estuviera saliendo con alguien. En las redes sociales tampoco hay rastro de ningún novio, aunque, según dice una amiga, Naomi se cuidaba de publicar demasiados selfis de estar pasándolo bomba para no herir los sentimientos de su ex, así que todos eran bastante aburridos. Fotos de Marble Arch al amanecer, taxis negros, anguilas en gelatina. Lo de esto último tampoco es broma.

Tardo un segundo en procesar toda esta información.

—Así que a las personas con las que no tenía una relación muy estrecha, como su jefa y su compañero de piso, les dijo que estaba saliendo con alguien; en cambio, a sus más íntimos y sus seres más queridos no les dijo ni una palabra.

Parnell se incorpora en su asiento para quitarse la chaqueta.

—Cabría pensar que a estas alturas ya debería conocerte bastante, pero ¿eso ha sido una observación o una pregunta?

—Es un pensamiento expresado en voz alta. —Me arriesgo y miro a Steele. Steele no es amiga de hacer conjeturas, sobre todo en una primera reunión informativa. Ella quiere información actualizada, hechos o, como mínimo, probabilidades. Por suerte para mí, tiene la boca llena de bollito con nueces—. A ver, por lo que podemos deducir, la jefa y el compañero de piso no iban a mostrar demasiado o ningún interés por ese tema, dado que Naomi no conversaba mucho con ninguno de los dos; en cambio, tu familia o tus amigas de toda la vida, si les dices que estás saliendo con alguien, van a pedirte toda clase de detalles. El hecho de que Naomi no les dijera nada sugiere que no quería que le preguntaran demasiado por ese novio.

Interviene Seth Wakeman.

—¿Y por qué no?

¿Y por qué sí? Me trago la bilis que me arde en la garganta desde lo de anoche con Aiden.

—Porque no todo el mundo es tan elegible como vos, lord Wakeman. O quizá porque fuera un hombre casado. —Miro fugazmente a Parnell; aún no estoy convencida del todo de que se haya creído lo mío con el señor X—. O quizá porque era un maleante.

Parnell está poniéndose de nuevo la chaqueta; desde que tomó conciencia de su salud, su termostato se ha vuelto loco.

—Kieran Drake es un maleante —asegura.

—Un exmaleante —lo corrijo yo.

—A medida que te haces mayor, te vas volviendo más caritativa, Kinsella. Pido disculpas: un exmaleante. Aun así, no es el típico tío que una joven llevaría a casa para presentárselo a su madre, así que tal vez estaba enrollado con Naomi y desviando la atención de sí mismo.

—Entonces, ¿sigue siendo un sospechoso? —pregunta Emily—. Yo pensaba que ya le habíamos adjudicado una coartada.

Parnell arquea una ceja.

—Sus coartadas son amigos suyos, y menuda panda de angelitos son todos.

De repente se me ocurre una idea.

—Oye, ¿no dijo Kirstie Connor que Naomi se había quedado durante una temporada en un hotel? Podría haber conocido allí a ese hombre misterioso, aunque un tipo así no pegaría mucho con la descripción de «piso en el centro, coche de lujo» que nos hizo Kieran Drake.

—Al salir de aquí iré para allá —anuncia Renée—. Dejadlo de mi cuenta. —Una sonrisa maliciosa se le extiende por la cara—. A propósito, ya que hablamos de coartadas, hemos verificado a la novia «loca» de Drake. Excepto que no estaba en Cardiff en casa de una amiga. —Renée está radiante, lo cual anuncia algo bueno—. Estaba en París con un modelo de gimnasio llamado Johan. Un tipo gigantesco, con pinta de poder luchar con un toro. De manera que no estaba tan necesitada. Se lo tiene bien merecido Drake, por arrogante.

Son estas pequeñas cosas las que hacen que este trabajo merezca la pena.

—Bien, pasemos a las cámaras de seguridad. ¿Quién se está ocupando de eso? —Steele ha vuelto a la carga, ya finiquitado el bollito.

Craig Cooke se aproxima con paso cansino al tablero llevando en las manos un fajo de fotografías de las cámaras de seguridad y un cubo de café, lo único que le sirve como antídoto contra el tiovivo de biberones nocturnos y cólicos del lactante en el que lleva varios meses montado.

—De acuerdo, no tenemos ninguna imagen de Naomi saliendo de la casa de los Connor. Resulta sorprendente, pero allí hay muy pocas cámaras de seguridad, cosa rara. Y la única vez que hemos logrado captarla ha sido el sábado a las 21:25, saliendo del Nazar's News 'N' Wine, que está cerca de la estación de Turnpike Lane, a unos cinco minutos andando de su casa. Hemos tenido una breve conversación con el señor Nazar y nos ha dicho que él la vio totalmente normal. Quizá un poco bebida porque hablaba más de lo habitual y lo llamó «cielo» cuando él le devolvió el cambio. Pero, aparte de eso, bastante normal. Como podéis ver, en cuanto gira a la derecha para tomar Langham Road, la perdemos.

—¿Qué estuvo comprando? —pregunto yo.

—Un refresco con gas.

De acuerdo, así que no compró condones. Ni algo de picar para dos personas. Ni una botella de vino decente para impresionar al «ricachón» cuando este se presentara en casa más tarde para echar un polvo entre las sábanas limpias.

Cooke pincha otra fotografía en el tablero.

—También nos hemos interesado por este tipo que va andando por Downhills Way, como a medio kilómetro de la casa de Naomi, a las 23:49. Es necesario observar atentamente las imágenes para entender lo que quiero decir, pero va caminando bastante rápido, como si llevara prisa. Podría ser completamente inocente, por supuesto, pero...

Pero es algo.

Steele vuelve a centrar la atención en otra cosa.

—Ben, ¿qué nos dices de las llamadas telefónicas?

—Justo acababan de enviarme el listado, así que por el momento no tengo nada que contar, jefa. Pero sí que tengo una cosa. —Una estrategia inteligente por parte de Swaines: no dejar nunca a Steele con las manos vacías, si puede evitarlo—. La hermana me ha reenviado un mensaje que Naomi le mandó el sábado a la hora de comer y que dice lo siguiente: «Esta tarde tengo trabajo. No me apetece nada, pero tengo que hacer un esfuerzo. ¿Te llamo mañana a eso de las once? Besos». La hermana insiste en que Naomi se refería a las once de la mañana de Australia, lo que equivale a las doce y media de la noche del sábado de aquí. —Se reclina en su silla y hace una pausa para causar efecto—. No llegó a efectuar tal llamada, y lo normal es ajustar la hora del reloj según lo que dijo ella, al parecer.

Eso le gusta a Steele.

—Lo cual sugiere que para las doce y media de la noche ya estaba muerta o por lo menos incapacitada. Bien hecho, Benny.

—¿Y los vecinos? —pregunta Parnell—. ¿Alguno vio u oyó algo?

—No hemos tenido esa suerte —responde Flowers—. En esa finca vive principalmente gente mayor. Los bungalós son populares entre las personas mayores, y la mayoría de ellas ya estaban en la cama para las diez y media, de forma que no cuentan. Sí que he hablado con un individuo que volvía del pub a eso de las doce y media. Venía andando por el callejón que discurre por detrás del edificio de Naomi. Le «parece» haber visto una luz encendida en lo que debía de ser el dormitorio de Naomi; la vislumbró a duras penas por encima de la tapia. El problema es que ha admitido alegremente que..., tápense los oídos, señoras..., «llevaba un pedo monumental» y que por lo tanto no puede saberlo con seguridad. Y parece ser que no vio nada más, únicamente la luz.

Me sitúo junto a Cooke, delante del tablero.

—De acuerdo, de forma que si a las 21:25 Naomi estaba cerca de su casa, eso quiere decir que no salió de la casa de los Connor con los pijos ricachones. Estos no se marcharon hasta aproximadamente las diez; ese extremo lo ha dejado claro Marcus Connor. Estaba deseando que se fueran, así que estuvo todo el tiempo pendiente. —Me vuelvo hacia Seth—. Emily y tú habéis interrogado a los pijos ricachones, ¿verdad? ¿Mencionó Naomi adónde iba, cuando se fue de la fiesta?

—Si te refieres a si se lo mencionó a sus compañeros de trabajo, la respuesta es no. Ni siquiera se despidió.

—Venga, Seth, sigue el juego: llámalos pijos ricachones.

Seth se endereza su corbata Hermès y se la arregla con gesto teatral.

—Son pijos, eso te lo puedo conceder. ¿Pero ricachones? Por favor. Como mucho, clase media-alta, querida. —Nos mira a todos sonriente—. Veréis, Emily y yo les hemos tomado declaración a todos. En muchos detalles presentaron diferencias, mucho reírse de que estaban agotados de tanto trabajar, un montón de bobadas pueriles, la verdad. Pero lo único que tenían todos claro es que la tal Naomi estaba allí un momento antes y un momento después dejó de estar. Aunque al parecer no les importó. Me dio la sensación de que la chica no caía muy bien. No por algo siniestro, debo decir, sino más bien porque el hecho de ser la secretaria personal de Kirstie la distanciaba un poco del resto.

—¿No parece raro que se fuera temprano y sin decir palabra? —pregunta Parnell.

—¿En qué estás pensando, Lu?

Seth, desde que ascendió a sargento, es todo «Lu esto» y «Lu lo otro». A Parnell no le importaría que yo también lo llamase por su nombre de pila, pero por lo general me atengo a llamarlo «sargento». Puede que para mí sea como un padre y un buen compañero, todo junto, pero,

cosa sorprendente, me gusta tratarlo con deferencia. Me siento más segura.

—Yo no lo considero necesariamente raro —respondo—. Yo siempre me voy de las fiestas sin despedirme cuando estoy aburrida o cansada. De lo contrario, para cuando uno termina de despedirse de todo el mundo, ya ha pasado media hora. —Se oye un murmullo general de aprobación, somos una panda de antisociales—. Naturalmente, eso también podría querer decir que se sentía molesta por algo.

—O que la había llamado alguien —agrega Renée.

—Sí, eso también. ¿Y qué pasa con la chica que llamó a la policía local? ¿Ha dicho algo?

Emily me mira con cautela.

—¿Evie Whitlock? No mucho. ¿Por qué?

—Es que se me ha ocurrido que, como ella fue la única que pareció preocuparse por el hecho de que Naomi no hubiera ido a trabajar, a lo mejor era amiga íntima de ella.

—Bueno, desde luego no es esa la impresión que dio, pero, bueno, había muchas personas a las que interrogar. Seth y yo hicimos bien en tomar declaración en aquel momento. Además, yo tuve que volver para interrogar a Joseph Madden. —Me suena el nombre, pero mi gesto pregunta «¿Quién?»—. Es el cuñado de los Connor. Acababa de regresar de Barcelona. Con él también hemos perdido el tiempo; apenas se acordaba de sobre quién le estaba hablando yo.

Parnell sonrío con bondad.

—Emily, nadie está insinuando que no hayas formulado las preguntas adecuadas, pero Cat lleva un poco de razón. Si nadie más dio la impresión de tomarse la molestia, ¿qué empujó a Evie Whitlock a encargarse de llamar a la policía? A lo mejor vio algo en la fiesta, pero necesita un poco más de estímulo.

—La cosa es que ella no asistió a la fiesta —replica Emily con un tono de ligero retintín por el que más tarde la reprenderá Parnell—. Estaba con gripe.

Lo cual a mí me huele a cuerno quemado.

—Si el sábado estaba con gripe, no pudo estar trabajando el lunes. La gripe te deja dos días fuera de combate.

—Y si eres hombre, más. —Steele lanza una sonrisita al pobre Seth, a quien, de manera bastante injusta, le ha caído el sambenito de pedir bajas por enfermedad porque en una ocasión estuvo cuatro días sin ir a trabajar por culpa de una tonsilitis—. ¿Adónde pretendes llegar?

—A que tal vez haya otra razón para que Naomi no fuera al trabajo. Podría estar totalmente equivocada, pero me gustaría interrogar de nuevo a esa compañera. —Este comentario me coloca en la lista negra de Emily—. Dentro de un rato Parnell y yo vamos a ir a la oficina de Naomi, de forma que puedo aprovechar para retenerla cinco minutos. No gran cosa.

Esto último se lo dirijo a Emily, hacia la que ahora me siento un poco contrita.

—Sí, lo que quieras, me parece bien. No se pierde nada. —Steele se inclina hacia delante para mirar su teléfono—. Bueno, queridos, ¿hay algo más? A las nueve tengo que estar arriba.

Arriba. Esa tierra mítica en la que se toman decisiones, se confeccionan presupuestos y se preparan bolas de mierda que lanzar rodando cuesta abajo.

—Sí, yo tengo una cosa más. —Todas las cabezas se giran al mismo tiempo. Flowers no suele aguantar una reunión informativa que dure mucho; siempre está chasqueando la lengua porque la gente alarga demasiado las cosas—. Cooke y yo hemos visitado a los vecinos de la calle donde viven los Connor, para ver si alguno había visto a Naomi saliendo de la casa. Bueno, pues ninguno la vio, pero un tipo que vive enfrente, un tal Eddie Gallon, cree recordar haber visto a un individuo merodeando por el callejón lateral de la casa de los Connor a eso de las cinco. Está seguro de la hora porque estaba escuchando los resultados de fútbol en la radio. Pero de todas

formas no sabe con exactitud lo que ocurrió después, porque su mujer lo llamó para que fuera a la cocina, pero unos minutos más tarde volvió a verlo en la calle.

Steele lo interrumpe.

—Bueno, ¿y quién era?

—Marcus Connor no lo sabe. No recuerda que se acercara nadie a la puerta después de las tres. Que fue cuando llegó la hermana de Kirstie Connor para llevarse a Danny, el hijo, a dormir a su casa. No obstante, Kirstie dijo que en un momento dado llamó al timbre un limpiaventanas ofreciendo sus servicios. Pero no está segura de la hora que era; lo único que sabe es que ya casi era de noche, aunque no del todo.

—Una hora muy rara para que un limpiaventanas venga a ofrecer sus servicios —comenta Parnell—. Un sábado a última hora de la tarde.

Flowers asiente con la cabeza.

—Eso fue lo que pensé yo, así que pregunté a varios vecinos y me contestaron que ellos no habían recibido la visita de ningún limpiaventanas. Podría no ser nada, pero resulta extraño que ese tipo fuera a la casa de los Connor y a las otras no.

—A lo mejor los Connor tienen las ventanas más sucias que nadie. —Puede que Steele parezca frívola, pero lo cierto es que no deja nada al alzar—. Id a echar un vistazo a las calles circundantes y, si es necesario, llamad a todas las casas. Tal como dices, podría no ser nada, pero es necesario cortar ese cabo suelto.

Y, quién sabe, a lo mejor ello abre alguna puerta. Lo de «podría no ser nada» resuelve más casos que las corazonadas de un policía intrépido o los golpes de suerte de un policía afortunado.

Tomamos la decisión de no ir en coche. Bueno, la toma Parnell, porque yo no tengo ni voz ni voto. Parnell quiere hacer todo lo posible por cumplir el objetivo de caminar diez mil pasos diarios, y, para ser justos, hace un día bastante agradable, el típico día ni-sí ni-no de Londres a finales del otoño, y nuestra oficina se encuentra como a medio kilómetro del extremo oriental de Oxford Street, aunque con las aglomeraciones de la hora del almuerzo ese medio kilómetro fácilmente da la sensación de multiplicarse por diez.

Denominarlo el «extremo oriental» es ser generoso. El término que se emplea más comúnmente es el de «extremo asqueroso»; el séptimo círculo del infierno de turistas, en el que las tiendas de *souvenirs* ofrecen bolas de cristal que llevan dentro hojas de cannabis al lado de teteras que conmemoran el casamiento de Guillermo y Kate, y en el que los letreros que pregonan porciones de pizza por una libra deberían llevar al lado una advertencia de las autoridades sanitarias o por lo menos ir acompañados de un antidiarreico. Cuesta mucho emplear el término *adecuado* para describir cualquier cosa que haya en este lugar, y cuesta mucho más decir que hay algo que sea de «élite», y sin embargo es aquí donde encontramos la empresa Elite Fashion, ubicada dos plantas por encima de un café internet con olor a rancio y un local al lado que afirma desbloquear *¡CUALQUIER!* teléfono móvil.

No es que, al entrar en la oficina principal, esperásemos encontrarnos precisamente con toda una exhibición de brazaletes negros ni con un libro de condolencias, pero no estaría mal que el ambiente estuviera un poco atenuado, que en todas partes flotara una cierta tristeza. Lo que nos encontramos es un ambiente de oficina normal. Kiss FM emitiendo clásicos de la vieja escuela de Ibiza que se esparcen por un espacio sin columnas. Risas. Palabrotas. La palabra ¡MIÉRCOLES! escrita con tiza en una pizarra al lado de la obligatoria firma del artista: una polla eyaculando y un par de testículos.

Aparte de la música y de la obra de arte, esta oficina no es muy diferente de la nuestra, en el sentido de que también es de color gris, es funcional y está abarrotada. En cambio, aquí cuentan con una licuadora sofisticada, de las que es necesario tener un máster para saber manejarlas, y tampoco pueden apartarse a un lado para poner las alfombrillas de yoga, sin duda producto de algún curso de agotador entrenamiento físico: «¡Vende mientras estiras!».

El rostro de Parnell es un poema mientras esperamos junto al mostrador de la recepción, atrayendo miradas y comentarios cuchicheados entre los empleados vestidos con elegancia.

—Ahí va, no me puedo creer que esto vuelva a estar de actualidad —murmura al paso de una pelirroja ataviada con un pantalón de campana de terciopelo azul—. Yo tenía uno igual que ese a finales de los setenta, y para entonces ya estaba pasado de moda.

—Ni idea, sargento. De todos modos, una verdadera especialista en moda no necesita seguir las tendencias. Ella es toda originalidad.

—O él —me corrige Parnell.

—O él.

Aunque los hombres, tres he contado mentalmente, no son originales en absoluto. Con sus

camisas blancas almidonadas y sus trajes tan esbeltos, bien podrían ser asesores fiscales, si bien asesores fiscales elegantes.

Parnell frunce el ceño.

—¿Y lo de ¡MIÉRCOLES!? ¿A qué viene?

—Viene a que si es miércoles, uno ya ha superado la mitad de la semana. Ya está más cerca del fin de semana. ¿Entiendes?

—Entiendo. —Va hasta la pizarra y levanta la voz para imponerse a la música de la radio—. Para Naomi Lockhart no va a haber fin de semana. ¿Alguno de ustedes se ha parado a pensar en eso?

Se ve a unos cuantos avergonzados, aunque no sé muy bien si es por ellos o por Parnell. Puede que últimamente Parnell lleve trajes más elegantes, pero sigue estando fuera de moda.

Kirstie Connor, despampanante con una sencilla camiseta blanca y una falda de tafetán negro, tiene el detalle, o por lo menos el sentido común, de parecer mortificada.

—Borrad esa mierda de la pizarra —ruge en dirección a la primera hilera de mesas de trabajo. Una chica ataviada con un vestido a cuadros escoceses da un brinco en el sitio—. Se supone que la pizarra es para anotar posibles clientes, listas de mejores candidatos, temas de trabajo. Y ya que estáis, bajad el volumen de esa radio, o mejor todavía: apagalda. ¿No tenéis clientes a quienes llamar? —La chica del vestido a cuadros escoceses no sabe si reír o llorar, y, a juzgar por la mezcla de diversión y horror que veo en la cara de todos los demás, yo diría que Kirstie Connor no echa broncas muy a menudo—. Lo siento mucho —dice al tiempo que se gira hacia nosotros—. Acompáñenme.

Nos lleva hacia su despacho, que es esencialmente otra mesa de trabajo separada de las demás por una mampara de cristal que lleva grabado en relieve el logo de Elite Fashion. La mesa de Naomi está situada junto a la de Kirstie, pero, debido a que la oficina tiene forma de L, lo que ve Kirstie es su imperio y al fondo la torre de BT, mientras que Naomi pasaba los días contemplando una pared de piedra gris, desnuda, salvo por un cartel de instrucciones para casos de incendio. No es de extrañar que tuviera su dormitorio abarrotado de soles y arcos iris.

—Esto no es tan glamuroso como me lo había imaginado.

Es una observación que me sale de manera instintiva, pero Kirstie se la toma como una crítica; me mira de arriba abajo de una forma que sugiere que yo tampoco soy tan glamurosa.

—Pues lamento mucho decepcionarla, detective... Perdone, se me ha olvidado su nombre.

—Puede llamarme Cat, y le pido disculpas, no era mi intención ofender. Es que el distrito W1 es bastante glamuroso, nada más. Debe de irle muy bien con su empresa.

Kirstie nos indica con una seña que nos sentemos; creo que vuelvo a estar rehabilitada, por los pelos.

—Tengo mis altibajos, como cualquier negocio. Simplemente no considero que merezca la pena poner cuadros sofisticados ni sillones giratorios de quinientas libras cada uno cuando esto —hace un gesto que abarca la oficina— sirve solo para la administración de la empresa y para alguna que otra reunión. Si mi gente hace su trabajo como debe ser, lo normal es que la mayor parte del tiempo estén por la calle, reuniéndose con clientes y generando confianza.

Me vuelvo hacia el núcleo de la oficina.

—Hoy hay mucha gente aquí. Imagino que no les apetecerá ir a ver clientes y tener que adoptar una actitud profesional.

—A mí desde luego que no. —Se deja caer pesadamente en su sillón—. Verán: ayer, cuando ustedes vinieron a casa, creo que me encontraba en estado de *shock*. Debí de parecerles un tanto..., en fin, un tanto fría, supongo. Es que me costó asimilarlo, y luego, con Marcus tomándola

conmigo... —La escuchamos asintiendo con la cabeza, solidarizados con ella—. En fin, simplemente quería decirles que lo siento mucho, eso es todo. —Agito una mano para quitarle importancia al asunto, pero ella está atascada en modo contricción—. Y también quisiera poder decirle a Naomi que lo siento mucho. Ojalá hubiera sido más amable con ella. No es que fuera cruel ni nada parecido, pero, si he de serle sincera, me resultaba un poco irritante. Las personas apocadas no se me dan bien. Las trato a patadas, ya lo sé. Pero ahora me siento fatal. Seguramente ella me consideraba una arpía.

Como soy incapaz de resistirme cuando veo a alguien que hace examen de conciencia, noto que me ablando ligeramente.

—Seguimos necesitando las fotos de la fiesta, señora Connor. ¿Consiguió que terminara de secarse el teléfono?

—Llámeme Kirstie, por favor. —Deja escapar una risa corta—. Sí, por fin se secó. Por lo menos hasta la próxima vez. Es la tercera vez que termina en la taza del váter.

Tomo un lápiz de Elite Fashion (¿quién usa ya lápices?) y escribo mi dirección de correo electrónico en una hoja suelta de papel.

—Puede enviarme las fotos a mí directamente. Así se ahorrará el engorro de otra visita de nuestro equipo de forenses.

El ordenador de Naomi ya no está. Sí que se da prisa esta gente.

Parnell gira la cabeza hacia la mesa de Naomi.

—La verdad es que deberíamos ponernos con el tema. Iremos todo lo deprisa que podamos, bueno, todo lo deprisa que se pueda.

—En realidad, yo esperaba charlar un momento con Evie Whitlock —comento—. ¿Está aquí?

—¿Evie? —Kirstie se echa a reír de nuevo, pero la expresión de su cara es puro vinagre—. Sí, está aquí, pero no va a estar mucho tiempo más.

Sigo su mirada de enfado hasta una joven sentada en el rincón que está metiendo toda clase de objetos dentro de cajas de plástico: papel de imprenta, cereales, unas zapatillas mohosas. Kirstie me indica con un gesto que tengo vía libre, y, dejando a Parnell ya sentado en la mesa de Naomi, voy hasta donde está Evie y saco el tema más obvio.

—Deduzco que se marcha usted.

—He dimitido esta misma mañana —responde ella mirando con gesto indeciso unas gafas de sol de montura dorada antes de arrojarlas al interior de la caja—. Mi jefa me ha dicho que me fuera inmediatamente. No es algo tan raro en este sector. No quieren que robes contactos al sistema.

Evie es mayor que los demás miembros del equipo, no demasiado, puede que tenga veintimuchos años, pero sí lo suficiente para marcar una diferencia, y, a juzgar por la impresión que me está dando, es una diferencia negativa.

—Evie, ¿le importa descansar un momento? ¿Hay algún sitio en el que podamos hablar?

Otro par de gafas de sol muerde el polvo.

—Ya he hablado de Naomi con otra persona.

—Ya lo sé, pero yo tengo unas pocas preguntas más. Solo nos llevará unos minutos.

Evie afirma con la cabeza, pero continúa recogiendo sus cosas.

—Está bien, pero necesito terminar con esto, y de todas formas en esta oficina no existe la intimidad, aparte de eso que llaman sala de reuniones, y en este momento está ocupada. Pregúnteme aquí lo que tenga que preguntar. —Una mirada rápida a los que dentro de poco van a ser sus excompañeros de trabajo—. De todas formas, a toda esta gente no le importa nada; están todos emocionados porque va a entrar Liberty como cliente, y, obviamente, eso es mucho más

importante que la muerte de una persona.

—¿Y qué tal la gripe? —pregunto sin molestarme lo más mínimo en parecer sincera.

Evie sabe adónde quiero ir a parar.

—Mire, el sábado no fui porque sabía que el lunes iba a dimitir. Habría resultado de lo más extraño.

—Hoy es miércoles.

—No caí en la cuenta de que el lunes Kirstie iba a «trabajar desde casa». —Es bueno ser una zorra. Ser una zorra genera resentimiento, y las personas resentidas son mejores testigos. Por lo menos, son testigos mejor dispuestos—. Al principio me dio igual. Pensé en hacerlo por teléfono, solo por quitármelo de encima, pero después, cuando Naomi faltó al trabajo, las cosas se complicaron. Y ayer..., bueno, ayer fue un día obviamente difícil. No parecía el momento adecuado.

«¿Y el día siguiente sí lo es?»

—¿Y por qué se marcha? ¿Ha recibido una oferta mejor?

—No —responde Evie en tono desafiante y mirándome a los ojos por primera vez—. Simplemente he llegado a la conclusión de que la vida es demasiado corta para vivirla siendo infeliz. Ya no me gusta la cultura de empresa que hay aquí, los valores.

—Entonces, ¿ha cambiado usted o ha cambiado la cultura de empresa?

—Oh, la cultura de empresa, al cien por cien. Antes había dos directoras: Kirstie y Anna, Anna Nugent. Hace un tiempo, ambas se pelearon y la cosa terminó en que Kirstie compró la parte de Anna. Una decisión ridícula, en mi opinión. Anna era el cerebro de la empresa, la verdadera empresaria. No buscaba a toda costa obtener beneficios a corto plazo, ella quería construir algo.

—¿Y Kirstie?

Evie lanza un bufido de desdén.

—Kirstie haría lo que fuera con tal de ganar dinero deprisa.

—¿Por ejemplo?

Evie empieza a contar con los dedos.

—En primer lugar, mandar a la gente a un puesto de trabajo antes de que tengamos la documentación adecuada; eso, ya de entrada, son malas prácticas. En segundo lugar, publicar empleos que no existen, solo para que entre trabajo. —A continuación se inclina hacia delante y baja el tono de voz—. Y la asistente personal que estaba antes que Naomi me dijo que Kirstie a veces factura a los clientes utilizando su cuenta bancaria particular. Eso resulta sospechoso, ¿no?

¿Lo ven? Las personas agraviadas lo cuentan todo. Son auténticas pepitas de oro para una investigación.

—Además, de un tiempo a esta parte, aquí todo es de lo más vacío. —Su tristeza parece sincera, y me inclino a pensar que la mayoría de las cosas que está diciendo son ciertas, aun cuando lleven un poco de picante añadido—. Anna contrataba a reclutadores con experiencia y los instruía acerca de lo que era el mundillo de la moda. Kirstie contrata a niñas obsesionadas con la ropa e intenta enseñarles lo que es la selección de personal, pero no le funciona. Esas chicas no tienen interés en trabajar con una amplia lista de clientes, solo quieren la marca que tenga el mejor bolso.

Decido reencauzar la conversación.

—Naomi tampoco encajaba del todo en esta cultura, así lo ha reconocido Kirstie. ¿Eso quiere decir que Naomi y usted tenían una relación estrecha?

—¿Estrecha? En absoluto. —Otra vez ha vuelto a la actividad de antes, ahora está arrojando un libro de autoayuda tras otro a la caja de plástico: *El poder del ahora*, *El camino menos trillado*,

Cómo dejar de preocuparse y empezar a vivir; yo los he leído todos, si seré tonta—. Nos llevábamos bien, pero no éramos amigas; esa es la manera más acertada de describirlo. Yo me quejaba de Kirstie y ella se quejaba de su compañero de piso o de lo cara que está la vida en Londres, pero nada más.

Procuro adoptar un tono de naturalidad.

—No me diga. ¿Pues qué problemas tenía con su compañero de piso?

—Los normales. Que él era un guarro y ella era muy ordenada. Por lo visto, él tenía la sensación de que a las chicas les gusta limpiar. Y, bueno, a Naomi le parecía un poco..., no lo que se dice un tipo extraño, no sería justo llamarlo así, pero se tomaba demasiadas confianzas. No sé, a mí no me parecía que fuera para tanto. Cuando Naomi iba a salir, él le decía que estaba muy guapa, cosas así, pero ella no se sentía cómoda. —Se encoge de hombros—. No está de más aceptar un cumplido, digo yo.

—¿Alguna vez mencionó que tuviera novio?

—Hum..., no me acuerdo muy bien. —Mueve la cabeza adelante y atrás, buscando la respuesta—. No —contesta al fin—. No mencionó a nadie concreto, pero yo creo que sí tenía a alguien. Hace unas semanas recibió flores, un ramo enorme lleno de cintas y adornos. Un poco chabacano, para mi gusto. Le pregunté quién se lo había enviado, y ella se rio y me contestó que para qué quería saberlo, lo cual era absurdo porque a mí me daba completamente igual. Se lo pregunté por mera cortesía.

Buf, ahora hay que investigar los envíos de flores. Dar con una floristería en el centro de Londres hace que lo de encontrar una aguja en un pajar parezca una tarea fácil. Espero que dicha búsqueda lleve escrito el nombre de Swaines.

—¿Y por qué llamó usted a la policía local? —le pregunto, cambiando de tema—. Sí, sin duda era lo más apropiado, pero por lo visto nadie más se preocupó tanto como para llamar.

—Me lo dijo mi madre. —Evie sonrío como diciendo: «Sí, ya sé, a mi edad»—. Me llamó para preguntarme si ya me había despedido de la empresa, y yo le contesté que todavía no, porque nuestra empleada temporal no había venido a trabajar, y entonces me dijo que convenía que...

Se interrumpe en mitad de la frase, porque hay algo a mi espalda que le ha llamado la atención. De pronto me percaté de que hay alguien dando voces: Kirstie Connor, muy alterada, que está diciendo: «¡No, no, eso no tiene sentido!», y después Parnell imponiéndose: «Kirstie, le pido que no lo toque».

¿Se referirán al teléfono de Naomi? ¡No habremos tenido tanta suerte!

Dejo a Evie empaquetando cosas y me dirijo hacia donde está Parnell. Por el camino voy rezando al dios de las investigaciones criminales que me encuentre a punto de tomar en mis manos una prueba que constituya el santo grial.

Pero no se trata de un teléfono. No es ningún dispositivo, ni tampoco un diario, ni ningún objeto que prometa simplificarnos el trabajo de manera significativa. Es una caja de regalo totalmente cuadrada. Brillante, plateada y a punto de ser metida por Parnell en una bolsa.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esto? —pregunto percibiendo algo importante. Kirstie se está tapando la boca con la mano y negando con la cabeza, al tiempo que murmura repetidamente «no, no, no».

Parnell sella la bolsa transparente y me la entrega a mí, indicando con un gesto la tarjeta sencilla y de color blanco que se ve debajo de una cinta negra. El mensaje que lleva escrito está muy claro, tan claro que resulta surrealista. Casi caligráfico:

Con todo mi cariño, J besos

—Houston, tenemos un novio —proclama Parnell.

Estoy desconcertada. Por lo general, Parnell es la última persona que se precipitaría en sacar conclusiones. Incluso el ramo de flores podría haberlo enviado una amiga, un familiar, un cliente de Elite Fashion.

—Espera un minuto, sargento, eso no lo sabemos con seguridad. Esto podría haberlo enviado cualquiera. ¿Qué había dentro? ¿Dónde lo has encontrado?

—Estaba en el último cajón de su mesa y está vacío. Y sabemos que procede de un chico, bueno, de un hombre. Kirstie cree saber a quién corresponde la J.

—No creo saberlo, lo sé con seguridad. Corresponde a Joseph, el cuñado de Marcus. Ayer conocieron ustedes a Rachel, ¿se acuerdan? Pues Joseph es su marido.

Joseph Madden. El que estaba de viaje en Barcelona. El que dijo a Emily que Naomi apenas le sonaba de nada.

Su primera mentira.

Algo con lo que empezar.

Kirstie regresa a su mesa y alarga la mano para coger su teléfono. Cosa sorprendente, Parnell es igual de rápido que ella, y las manos de ambos luchan durante unos instantes por la posesión del aparato hasta que Parnell se retira, pero con una advertencia:

—Kirstie, no se ponga en contacto con nadie, todavía no. Hasta que yo se lo diga. —Luego suaviza el tono—. Haga el favor de tranquilizarse un momento. ¿Cómo puede estar tan segura de que es la letra de su cuñado?

—Porque es de lo más distintiva, si le parece a usted. Llevo bastantes años viéndola. —Con cada palabra va elevando el tono de voz y llamando la atención de los miembros de su equipo, que empiezan a aproximarse al despacho fingiendo que necesitan usar la trituradora de papeles o la fotocopidora, llenar una botella de agua, lo que sea. Unos cuantos ni siquiera se toman la molestia de valerse de una excusa—. Joseph es una persona muy particular. Se enorgullece de todo, hasta de su letra. Es la suya, sin ningún género de dudas.

Parnell le lanza otra advertencia.

—Está bien, pero es necesario que nosotros hablemos con él primero. Es imprescindible. Usted no puede llamar a nadie que pueda...

—No iba a llamar a nadie —replica Kirstie—. Pretendía enseñarle un cosa. —Explora el menú de su teléfono al tiempo que murmura «joder, joder, joder»—. Iba a enviarles a ustedes las fotos y de repente me encontré con una cosa. Al principio no me pareció muy importante, pero ahora... —Se queda mirando fijamente la caja de regalo, como si temiera que tuviera poderes o la capacidad de provocar un caos indecible en su vida—. Miren. Miren esto. —Me pasa el teléfono.

Se trata de una escena bastante inofensiva: varios integrantes de la «gente guapa» en la cocina de los Connor, sentados ante el mostrador de desayunar. Un rosario de privilegios y dientes de un blanco deslumbrante.

—¿Qué es esto? —pregunto mientras intento descubrir algún defecto en las personas de la foto.

—Deme.

Kirstie recupera el teléfono y amplía la imagen hasta que varias de las figuras del fondo se ven más grandes, si bien un tanto borrosas. Dos de ellas están charlando, nada más, pero una de las dos resulta ser Naomi, con lo cual dicha charla cobra una nueva relevancia.

—¡Ese es Joseph! —exclama Kirstie señalando la foto con la uña; hoy la lleva pintada de un tono azul eléctrico, no coral, lo cual quiere decir que se las repintó anoche, después de enterarse de lo de Naomi. Procuero no criticar—. Anoche, cuando ese otro detective le tomó declaración, yo estaba presente. Había llevado a casa a Rachel y a Clara después de la cena, porque el coche de

Rachel estaba sin gasolina y habían venido en autobús, y... —Calla unos instantes para recuperar el aliento—. Joseph estaba allí, hablando con el detective, y dijo con toda claridad que no se acordaba de Naomi. Y sí, en ocasiones puede ser superficial respecto de la gente, pero no tiene mala memoria, ni mucho menos. —Vuelve a explorar las fotos del teléfono y se detiene en un atractivo individuo de cuarenta y tantos años que tiene una copa de vino en la mano y está mirando a la cámara igual que una antigua estrella del *rock* que sabe que todavía conserva su encanto—. Véan, este es Joseph ese mismo día, un poco antes. Pueden observar que lleva la misma camisa. No hay duda de que el que está hablando con Naomi es él.

Lo primero que me viene a la cabeza es: «¿por qué me arde la cara?».

Lo segundo que me viene a la cabeza es: «¿debería haber reconocido el nombre?».

Lo tercero que me viene a la cabeza es que la respuesta a esta última pregunta es casi con toda seguridad que no. Estoy bastante segura de que él nunca me lo ha dicho, y yo tampoco se lo he preguntado. ¿Por qué iba a preguntárselo? Era simplemente el individuo del Grindhouse que me servía cafés y me decía algún piropo de vez en cuando.

Hasta el día en que me puso los pelos de punta con la historia de su mujer.

—Sargento —digo en voz alta para superar la electricidad estática que me zumba dentro de la cabeza—, no te lo vas a creer, pero yo conozco a este tipo. Conozco personalmente a Joseph Madden.

—Por el amor de Dios, no es que lo conozca tanto, tanto.

Han pasado dos horas y me encuentro en el despacho de Steele, dando marcha atrás a toda velocidad. La puerta está cerrada y las persianas están bajadas, lo cual por estos lares se conoce como una situación «B o C»: alguien está recibiendo una Bronca o sufriendo una Crisis nerviosa.

Steele está en su trono, trabajándose el flequillo para transformarlo en un bonito tupé de estilo retro. Yo estoy de pie, con la mirada gacha, recordando la última vez que terminé recalando en el despacho de mi jefe. Fue con ocasión de un descuido sufrido con un quemador de laboratorio que podría haber diezmado el colegio.

—Bien, yo lo veo de la forma siguiente —dice Steele mientras se rocía el tupé con abundante laca—. Tienes una única pregunta sencilla que responder, mientras que yo tengo cien decisiones difíciles que tomar, de modo que dime: ¿quién tiene más derecho a estar ahí de pie con cara de haber pisado una caca de perro? ¿Tú o yo?

—Usted.

—Exacto. Así que voy a preguntártelo otra vez: ¿conoces a nuestro sospechoso o no lo conoces? Tienes que empezar a contar la historia tal como fue en realidad, querida.

Levanto la mirada.

—¿Que la cuente tal como fue? Parece que hubiera hecho algo malo.

Steele extrae una caja de polvos compactos de su bolsa de maquillaje y se acerca al espejo para aplicárselos.

—No estamos hablando de que hayas hecho nada malo ni bueno, sino del hecho de que dentro de un momento va a llegar el abogado de Madden y, la verdad, no me apetece enfrentarme a un conflicto de intereses. No andamos precisamente sobrados de personal.

—¿Un conflicto de intereses? En absoluto. A ver, Madden dirige el Grindhouse, vale. Esa cafetería tan estirada de la que antes Swaines se reía. Pero ya hace varios meses que no lo veo, porque...

—Vale. Te sirvió unos cuantos cafés con leche. Con eso nos basta. —Cierra el estuche de polvos compactos, tema zanjado—. Dile a Ben que se ponga a trabajar, haz el favor. Ya puede empezar a visitar floristerías.

—Espere un minuto, jefa. —Tomo asiento sin que me hayan invitado, lo cual, ya de por sí, dispara el sensor de Steele—. Lo que iba a decir es que llevo varios meses sin ir por ahí porque la última vez que fui me rogó unos minutos para hablar conmigo y..., en fin, me contó varias cosas bastante extrañas sobre su esposa. Después de aquello, dejé de ir por la cafetería y le dije a Swaines que fuera él mismo a comprarse el café.

—Dios, si dices que te contó cosas extrañas, empiezas a preocuparme. Define «extrañas».

—Me dijo que su mujer le había amenazado, no de forma física, sino haciéndolo pagar por haber sido un mal marido, esencialmente «haciéndolo sufrir», esa fue la expresión que empleó él, creo recordar.

—¿Y no se lo comentaste a nadie?

—Lo cierto es que sí que lo hice. Se lo conté a Seth, y me parece que también estaba presente Emily. Echamos unas risas al respecto y después volvimos a lo que estábamos haciendo, ya sabe: resolver asesinatos, no dirimir rencillas entre pedantes expertos en café y sus chifladas esposas.

—A la esposa la conociste ayer. ¿Te pareció una chiflada?

Rememoro a Rachel Madden preparando té calmosamente y buscando bolígrafos mientras en el domicilio de los Connor flotaba el espectro de la mala noticia.

—No, en absoluto. Se la veía una persona callada. Si acaso, un poco llorosa.

Steele lanza un profundo suspiro de cansancio.

—Entonces, ¿debo suponer que en aquel momento no lo registraste como una información profunda y significativa de nuestro sospechoso?

Miro a Steele directamente a los ojos.

—No, no lo registré. No había nada que registrar, no era una denuncia oficial. Simplemente ese tipo desprendía una sensación extraña, nada más, y, que yo sepa, una sensación no es algo que se pueda catalogar como un rasgo sospechoso. —Mi intención es mostrarme desafiante, pero me sale un tono defensivo. Hago una mínima pausa, para dar tiempo a que se enfríe mi indignación—. A ver, todo ello fue un tanto raro, sí, ¿pero usted no se ha encontrado nunca en una cena con alguien que la aburre mortalmente hablándole de los coches que aparcan de forma ilegal en su calle? Bueno, pues esto fue algo parecido, solo que más extraño.

Steele se abalanza de inmediato.

—Extraño, ¿por qué?

—Pues porque antes había estado coqueteando un poco, y de repente va y se pone a hablarme de su mujer...

Steele levanta las manos.

—Para un momento. ¿Estuvo coqueteando contigo? Eso cambia mucho la situación.

—No fue nada, pequeñas discusiones entre el té y el café. —Y una invitación a llevarme a Viena, pero ese detalle no lo menciono—. Sinceramente, jefa, un rato antes me picaba diciéndome que yo era una persona vulgar porque prefería el té y un momento después estaba preguntándome si la amenaza de «hacer sufrir» a alguien se consideraba un delito.

—¿Y qué le respondiste tú?

—Lo menos posible. Le dije que quizá, solo quizá, pudiera tratarse de un delito de conducta controladora y coercitiva, pero que debía acudir a la comisaría de su barrio y ver qué le aconsejaban. Entonces fue cuando dijo que no deseaba presentar una denuncia oficial, que solo quería saber qué opciones tenía. Con qué podía amenazar a su mujer si empeoraba la situación.

—¡Hay que joderse! De forma que eso es lo que se define como matrimonio en estos tiempos, ¿no? —Lanza otro profundo suspiro y gira primero a la derecha y después a la izquierda en su sillón del trono, sopesando sus opciones—. Muy bien, dado que ya estamos con el mínimo de personal, lo cierto es que no puedo permitirme el lujo de perderte a ti. Pero no debes acercarte siquiera a Joseph Madden, ¿estamos? Ya ha tenido Renée una breve charla con él para poder hacer el interrogatorio con Parnell cuando llegue aquí el informe. —Calla unos instantes—. ¿Hay alguna otra cosa que yo deba saber? —Hago un gesto negativo con la cabeza—. Maravilloso. Respuesta correcta. Pues venga, vámonos de aquí. Por más que me gusten nuestras conversaciones de chicas, hay trabajo que hacer. —Abre la puerta—. Tú primero.

Hace solamente unos días, el ambiente de esta sala era muy distinto. Llevábamos semanas sin tener nada nuevo, y si alguien nos hubiera visto con el volumen apagado, nos habría confundido con cualquier otra oficina: la de una correduría de seguros o una agencia de viajes. Éramos un grupo de personas aburridas, vestidas con ropa elegante pero informal, compartiendo galletas y

rellenando impresos. En cambio, ahora hay algo que vibra en el aire, la inimitable tensión que nace no solo de tener un caso nuevo, sino también de contar con un posible sospechoso. Todo el mundo está más despierto y más concentrado. Como los que inician una dieta para adelgazar el día de Año Nuevo: rebosantes de promesas y de una fe inquebrantable.

—Jefa. —Emily prácticamente le hace un placaje de rugby a Steele—. He repasado la declaración de Madden palabra por palabra. Ha dicho: «Jamás hablé con ella. Apenas recuerdo haberla visto siquiera».

—Ah, estupendo, Ems. Ya tenemos la fotografía que desmiente eso. Renée, ¿ya ha dicho algo?

Renée, que está tecleando algo a una velocidad frenética, recita la conversación que han tenido.

—Cuando se fue de la fiesta y volvió a casa, tuvo una pequeña bronca marital con su mujer y salió a dar un paseo para calmarse. No está seguro de la hora, pero debían de ser alrededor de las 23:45, porque estuvo solo una media hora y recuerda haber consultado el reloj cuando volvió y eran las 00:15. No sabe quién era Naomi ni lo que le ha sucedido, pero está dispuesto a hacer todo lo que pueda para ayudar. La verdad es que está mostrándose muy colaborador. Un verdadero encanto.

¿Un encanto? A mí no me lo pareció. Pero, claro, a mí no me va la intensidad; a mí me van la tranquilidad y los ánimos templados cualquier día de la semana.

Aiden.

—Eso también está bien —concluye Steele—. La caja de regalo demuestra, o sugiere, alguna relación anterior, de manera que ya lo hemos pillado en dos mentiras.

En eso llega Swaines dando saltos. Se ha arreglado un poco y ya no da la impresión de haber dormido dentro de un contenedor.

—Hemos visionado las imágenes de las cámaras de seguridad y, bueno, están un poco granuladas, pero hay muchas probabilidades de que Madden sea la persona que fue vista yendo en dirección a la casa de Naomi no mucho antes de las doce.

—Ah, bien, otro detalle en su contra, aunque lo de que fuera «yendo en dirección» no es lo que se dice una prueba contundente, ¿no?

—Nada de lo que tenemos es una prueba concluyente —replica Parnell, un tanto aguafiestas—. Que Madden haya mentido diciendo que no conocía a Naomi no prueba que la haya asesinado.

Flowers deja el teléfono en la mesa.

—Acabo de hablar con recepción, jefa. Ya ha llegado el abogado de Madden. ¿Quiere bajar usted?

—No, dentro de una hora tengo que estar en la sala de autopsias. —Camina hasta el centro de la sala y gira sobre sus tacones de diez centímetros para que todos la oigamos con claridad—. Escuchad, Lu tiene razón cuando dice que no tenemos ninguna prueba concluyente. Entre la foto, la caja de regalo y las imágenes de las cámaras de seguridad, puedo argumentar débilmente que cuento con una «base razonable», pero no os confundáis, *mes amis*, estamos pisando terreno peligroso. Si tengo que acudir al superintendente jefe Blake a suplicarle una ampliación, voy a necesitar algo que sea más consistente que un mentiroso que fue visto paseando por la noche más o menos cerca de donde vivía la víctima.

—Yo tengo otra cosa que tampoco la va a ayudar mucho en dicha súplica, lo siento. —Un rasgo peculiar de Swaines es la necesidad que siente de pedir disculpas cuando no consigue que una prueba circunstancial encaje, como si fuera responsabilidad suya aliviar la carga de Steele—. La cosa es que el número de Joseph Madden no aparece por ninguna parte en las llamadas telefónicas de Naomi. Todavía hay unos cuantos números de pago que tenemos que investigar, pero solo

aparecen un par de veces y corresponden a llamadas bastante breves.

—¿Y las redes sociales? —pregunta Emily.

Swaines responde con un gesto negativo.

—Todavía estamos intentando acceder a la cuenta de Facebook de Naomi, y Madden no lo usa, lo hemos comprobado. Supongo que es posible que tenga otra cuenta con otro nombre, y los del departamento forense digital están examinándolo, pero por el momento no hay nada que sugiera un contacto habitual entre ellos. Nada que sugiera una relación.

—A lo mejor no tenían una relación —aventura Parnell—. A lo mejor era algo totalmente unilateral, y Madden perseguía a Naomi, le enviaba regalos y flores. Eso explicaría que ahora esté intentando distanciarse. —Calla unos instantes porque acaba de detectar un fallo—. El único problema es que en esa foto los dos dan la impresión de estar charlando en tono amistoso, y Naomi no tendría ganas de charlar con un tipo molesto que la estuviera importunando.

Intento ponerme en el lugar de Naomi.

—Vale, imagina que eres una chica joven, que llevas poco tiempo en este país, que tienes un carácter «apocado», por emplear la descripción que nos ha dado Kirstie Connor, y que estás en la casa de tu jefa intentando hacer amigos, y de repente entra el tipo que te está persiguiendo y que resulta ser el cuñado de tu jefa. ¿Vas a montar una escena si se pone a hablar contigo? Lo más seguro es que no. —Hay varios gestos de asentimiento, pero nadie está seguro de esto, y yo aún menos—. Pero, para que conste, yo sigo apostando a que existía una relación. Sabemos que Naomi estaba viéndose con alguien.

—Pero cabría esperar que hubiera algún contacto telefónico entre ellos —insiste Swaines.

Me encojo de hombros.

—La primera regla para salir con un hombre casado... —Noto que Parnell me está mirando fijamente—. Bueno, la primera regla es no salir con ninguno, porque es una vulgaridad, pero la segunda regla es la de reducir los contactos al mínimo.

—Sabias palabras. —Steele echa a andar otra vez hacia su despacho, pero antes hace un alto junto a mi pupitre—. Kinsella, ve a hacer una visita al domicilio de Madden, ahora te facilito la dirección. Seth ya ha hecho la parte más difícil, de modo que ahora quiero que tú le tomes la medida a la esposa y que me llames en cuanto hayas terminado. Inmediatamente. No me obligues a llamarte yo.

Lo de la «parte más difícil» se refiere a la ropa de Madden, su coche, todos los dispositivos electrónicos de la familia, absolutamente todo lo que pueda relacionarlo con Naomi. Sería estupendo que apareciera algún objeto manchado de sangre de ella, en el sentido más deprimente de la palabra «estupendo».

Ocurre muy rara vez, pero soñar no cuesta nada.

Construida en la década de 1960 y luciendo toda la pinta de tener dicha antigüedad, la urbanización Pendown Estate es un reino de hormigón que se extiende a lo largo de casi un kilómetro. Representa un triste monumento erigido al fracaso del experimento de viviendas sociales que realizó Inglaterra, y es una de las urbanizaciones más degradadas del norte de Londres. La novena peor urbanización del Reino Unido, según una inútil encuesta llevada a cabo recientemente. El típico sitio en el que «hasta los perros se lo piensan dos veces para salir a pasear», si hemos de creer lo que publicaba determinado periódico.

Y, desde luego, no es un lugar en el que yo hubiera imaginado que viviera Joseph Madden.

No sé por qué —imagino que por ceder perezosamente a los estereotipos—, pero cuando Steele me dijo que fuera a hacer una visita al domicilio de Madden supuse que iba a tener que ir a Muswell Hill, la villa de los privilegiados, o por lo menos a un lugar ubicado en sus alrededores, igual de maravilloso. A ver, no sé cuánto ganan los propietarios de una cafetería ni si aquellos billetes en primera clase a Viena eran más bien un timo de primera clase, pero, que yo recuerde, Joseph Madden tenía un no sé qué —su actitud, su seguridad en sí mismo y, en sentido menos figurado, sus camisas de diseño— que pregonaba a gritos que tenía dinero. O por lo menos comodidades, lo cual en Londres, en los tiempos que corren, debe considerarse ya bastante afortunado.

Y, sin embargo, Pendown pregona a gritos un estado de abandono y necesidad. En las ventanas tapiadas con tablones y los canalones atascados de basura. En la clara falta de inversión, aunque es evidente que aquí la gente no carece de sentido del humor, porque en el mapa de la urbanización que hay en la entrada algún gracioso ha garabateado la frase: «ABANDONE TODA ESPERANZA EL QUE ENTRE EN ESTE LUGAR».

De noche, y con un frío capaz de agrietar las aceras, echo a andar hacia la casa de los Cranford, la *opus magna* de Pendown, la más grande y más notoria de todas sus construcciones de hormigón. El viento se enrosca con agresividad en torno al bloque de la torre y levanta miniciclones de basuras y cacas de perro; y a juzgar por lo desierto que está el patio, ha expulsado incluso hasta a los residentes más tenaces: los pandilleros, los narcotraficantes, los merodeadores, los ladrones.

Resulta increíble que el mal tiempo sea capaz de conseguir lo que nunca ha logrado la policía patrullando esta comunidad durante años: una noche tranquila en Pendown, por una vez.

El superintendente jefe Blake estará contento.

En cambio, Kirstie Connor no.

—Al parecer, Kirstie está proporcionando apoyo moral —dice Seth rebuscando en un armario del vestíbulo, con el brazo metido hasta el codo en un fajo de recibos de la luz y folletos de pizzerías—. Lo cual, por lo visto, significa golpear el suelo con los pies y gritarme a mí. Pero su marido, el hermano de Rachel, está con ella. Él parece más dispuesto a razonar, aunque, francamente, eso no sería muy difícil.

—Joder, esto parece Fort Knox. —Detrás de la puerta de entrada hay un complicado sistema

de cerrojos, cerraduras y pestillos—. Resulta un poco excesivo, ¿no te parece? Incluso en esta urbanización.

Seth deja de rebuscar.

—No tengo ni idea. No he pasado mucho rato hablando con ellos. Solo les he dicho que no se movieran del salón hasta que yo hubiera terminado.

Entro en el salón —las «salas de estar» son para los bisnietos de los condes— y encuentro a Rachel Madden de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en el gris opresivo del horizonte, y a Kirstie Connor pintándose las cejas en un espejo de la pared, observada por su marido. La habitación está immaculada. Acaban de limpiarla, a juzgar por el intenso olor a pino que todavía flota en el ambiente. Pero, tal como dice ese antiguo adagio, «da igual que uno le pinte a un muerto los labios con carmín», porque, desde el sofá marrón y lleno de bultos hasta las paredes salpicadas de manchas de humedad, la casa entera desprende un aire de abandono. El de un casero que no quiere renovar la pintura y unas vidas que no han transcurrido del todo como uno esperaba.

—Ah, es usted.

Anoche, en el domicilio de los Connor, Rachel Madden fue simplemente una flotante sombra de cabello rubio dedicada a servir un té francamente malo. Hoy, en su propio entorno, es a todas luces una mujer de carne y hueso. Luce una expresión de aturdimiento en el rostro, está descalza y lleva un pantalón de chándal de los que cuestan cinco libras. Aunque no sé quién está más sorprendida: si Rachel al ver cómo se está desmantelando su hogar o yo por el hecho de que Joseph Madden, el afable, pijo y erudito Joseph Madden, viva aquí. En este dúplex sórdido y triste, a años luz del café sofisticado y de los campos de golf de Gleneagles.

Y, un detalle crucial, a años luz del ricachón, el cretino con suerte que describió Kieran Drake.

Kirstie Connor se vuelve hacia nosotros y se nombra a sí misma portavoz principal.

—¡Por fin! Alguien que sabe lo que hace. —Estoy a punto de romper a reír imaginando la cara que pondría Steele—. Verán, entendemos que hayan querido interrogar a Joseph; entendemos que hayan confiscado sus cosas; ¿pero el teléfono de Rachel y el portátil de Clara?

—Por favor —susurra Rachel con voz rota y reseca—. Clara lo necesita para hacer los trabajos del curso, para las solicitudes de plaza en la universidad. Es un momento crítico, no puede quedarse rezagada.

Resulta extraño que haga hincapié en esto cuando su marido está siendo investigado por la policía.

—¿Tienen por lo menos permiso para llevarse esas cosas? —exige Kirstie—. Marcus, ¿lo tienen? ¿Pueden llevarse el portátil de Clara aunque dentro haya cosas importantes para sus estudios?

La expresión de Marcus indica que se siente desconcertado por esta pregunta, por el hecho mismo de estar aquí. Mientras que anoche, en la casa de ellos, Rachel daba la impresión de sentirse muy cómoda, aquí a Kirstie y a Marcus se los ve perdidos. Como si no supieran muy bien dónde ponerse. Dudo que vengan mucho por aquí, a pesar de que Muswell Hill se encuentra a menos de cinco kilómetros.

—No tengo la menor idea —responde Marcus con un gesto de impotencia—. Puede que trabaje con exconvictos, pero esto para mí es territorio desconocido, igual que para ti.

Se levanta y se sube las mangas de la camisa. En el antebrazo lleva un tatuaje descolorido de una calavera dentro de un sombrero de copa, fumando un cigarrillo. Justo debajo dice «1982». ¿Una referencia al año en que nació, tal vez? Supongo que, dejando a un lado las arrugas de la frente y la calvicie prematura, sí que puede tener unos treinta y cinco años. Todavía conserva un cierto aire de adolescente en su forma de andar atlética y elástica, y posee unos ojos azules como

los de los niños pequeños, destinados a no perder jamás el brillo, ni siquiera en la vejez. No tiene un atractivo clásico, pero con su estatura está claro que resulta llamativo.

Rachel, que parece haber despertado de su sopor, se coloca al lado de su cuñada.

—Vamos, Kirst, compréndelo, ¿cómo demonios va a saberlo Marcus? No es un puñetero abogado. No tiene una puñetera bola de cristal.

Si el estallido de Rachel me ha dejado atónita, más lo estoy todavía por la reacción de Kirstie, o por la ausencia de reacción. Agacha la cabeza y se repliega en sí misma.

—Perdóname, Rach. Lo siento. Es que...

—No, no, perdóname tú. —Rachel va donde está Kirstie y se funde con ella en un abrazo de oso dejando a Marcus fuera, como si fuese una pieza de repuesto de un metro ochenta—. No debería haber saltado así. Es que me cuesta pensar con claridad. Todo esto es una auténtica pesadilla.

—Para responder a su pregunta —digo dirigiéndome a Kirstie y desbaratando este momento tan conmovedor—, le diré que todos tenemos permiso para llevarnos esas cosas. Es un procedimiento estándar confiscar todos los dispositivos a los que pueda tener acceso un sospechoso. —La palabra «sospechoso» actúa igual que un espasmo muscular y sacude a los tres—. Los devolveremos lo antes posible, una vez que hayamos quedado convencidos de que no contienen nada que resulte pertinente al caso.

Kirstie no puede reprimirse.

—Es absurdo. Como si Joseph fuera a utilizar el teléfono de Rachel para sus asuntillos. ¡O el portátil de su hija!

Hago caso omiso de ella y tomo nota mentalmente de esos «asuntillos» de Joseph para más tarde.

—Bien, ¿eso es todo, Rachel? Evidentemente tenemos el teléfono de Joseph, ¿pero tenemos algún otro dispositivo más?

Las dos mujeres intercambian una mirada. Yo las observo con gesto expectante y les concedo unos diez segundos antes de empezar a ponerme insolente.

Marcus les concede dos segundos.

—Por el amor de Dios, hablad, esto es serio. Rach, tienes que decírselo. —Guía a su hermana hasta el sofá con ademanes delicados, igual que un joven que estuviera ayudando a una ancianita a cruzar la calle.

Rachel se deja caer.

—Es que... Bueno, no sé si ahora tendrá otro, yo desde luego no se lo he visto, pero..., en fin..., antes tenía dos teléfonos. —Acto seguido se agarra la cabeza con las manos, incapaz de continuar.

Kirstie toma el relevo.

—Lo que ocurre es que Joseph tiene antecedentes penales.

Rachel levanta la cabeza de golpe, con ojos suplicantes.

—Joseph es débil, ya lo sé, pero es incapaz de hacer algo como esto, de cometer un asesinato. —Se levanta de un salto y empieza a pasear de un lado al otro, agitando las manos a los costados—. ¿Va a volver a casa esta noche? ¿Sí? Porque, siendo así, voy a tener que aclararlo todo otra vez. Se pondrá furioso al ver que usted ha estado hurgando en sus cosas. —Parece casi preocupada por mí, pero enseguida rectifica—: En realidad, se pondrá furioso conmigo por haberle permitido hurgar. Necesito que se vayan ustedes. Necesito ponerlo todo en orden.

Me pongo delante de ella para que deje de pasear de un lado para otro, en un intento de sacarla de ese nerviosismo.

—Rachel, escúcheme. —La sacudo con suavidad agarrándola por los hombros—. Escúcheme.

Necesito hacerle unas preguntas. No sé cuándo volverá Joseph a casa, pero lo que sí sé es que si usted no me miente, si responde a mis preguntas diciendo la verdad, todo esto se resolverá mucho más deprisa, ¿de acuerdo? —Soy consciente de que le estoy hablando como le hablaría a un niño que fuera testigo: despacio, con claridad y empleando un tono amable y tranquilizador. A continuación le preguntaré si entiende la diferencia que hay entre una verdad y una mentira y mandaré a alguien que vaya a comprarle su pizza favorita—. Así que, para que yo me aclare, ¿por qué antes Joseph tenía dos teléfonos?

Rachel vuelve a sentarse, levanta una rodilla a la altura del pecho y se coge el pie descalzo con las manos.

—Seguro que puede usted adivinarlo. No es necesario que me ponga en evidencia.

Mi paciencia se está agotando.

—No es mi intención ponerla en evidencia, Rachel, lo único que quiero es...

—Por sus amiguitas, naturalmente. Sus amantes. —Escupe la palabra con lujuria, como si dicho concepto la excitase y la horrorizase al mismo tiempo.

—Entonces, ¿Naomi Lockhart era amante suya?

Ausencia total de emoción.

—No tengo ni idea.

—¿Tenía usted la impresión de que Joseph estaba viéndose con alguien?

—Siempre tengo esa impresión. —Me fulmina con una mirada de desprecio, no sé muy bien si hacia mí o hacia Joseph.

Reduzco la amplitud de la pregunta.

—De acuerdo, ¿pero alguna vez ha mencionado a Naomi? Sabemos que estuvo hablando con ella en la fiesta y tenemos imágenes grabadas por las cámaras de seguridad que lo sitúan cerca del domicilio de Naomi en las últimas horas del sábado. También hemos encontrado entre las cosas de Naomi un estuche de regalo procedente de Joseph. Imagino que Kirstie ya la habrá informado de todo eso.

Nada de lo que acabo de decirle parece haberla afectado lo más mínimo. La energía maniaca de antes ha sido reemplazada por algo distinto, una especie de resignación.

—Es difícil que haya mencionado a esa chica si en verdad era quien usted está diciendo que era. Y respecto a lo del sábado por la noche, cuando llegó a casa tuvimos una pelea y después se marchó. No fue nada. Estaba enfadado conmigo porque fumo, nada más. Dice que el tabaco me afea, y tiene razón. —Kirstie murmura algo, tan solo alcanzo a distinguir la palabra «cabrón»—. Yo creía que se había ido al Cocked Hat, el pub que hay en la esquina. Los fines de semana cierran el local para algunos clientes fuera del horario. —De pronto se lleva una mano a la boca—. Ay, Dios, no debería haberle contado esto. ¿Les va a ocasionar algún problema? El casero es una persona muy agradable y ha tenido cáncer, le han dado doce sesiones de quimioterapia. Olvide lo que he dicho. Joseph siempre está diciendo que nunca pienso antes de abrir esta estúpida boca. Y en eso también tiene razón.

Marcus y Kirstie intercambian una mirada de cansancio.

—Bien, ¿y a qué hora regresó Joseph? —pregunto, en el intento de que vuelva a concentrarse.

—No lo sé. Estuve despierta hasta más de la una, y a esa hora todavía no había vuelto.

—¿No se despertó cuando él se metió en la cama?

—Cuando nos peleamos nunca viene a la cama. Se queda levantado, viendo programas científicos o documentales de pintores, sabe mucho de esos temas, y luego por lo general termina quedándose dormido en el sofá. Sobre todo si ha estado bebiendo y se ha tomado un Tammie.

Un Tammie. Se refiere a un Temazepam, el fármaco preferido de los insomnes recalcitrantes.

En cierta ocasión pensé yo en tomarme uno, hace un año, cuando cayó por primera vez la bomba del asunto de Maryanne.

—Entonces, ¿cuándo fue la última vez que lo vio usted? ¿Estaba en el sofá a la mañana siguiente?

—Pues sí. —Rachel titubea y apoya el mentón en la rodilla—. Pero no bajé al piso de abajo hasta aproximadamente las once. Necesitaba quedarme un rato en la cama, y, bueno, si he de ser sincera, estaba nerviosa pensando que pudiéramos empezar otra vez con la pelea.

—¿Y empezaron otra vez? —Quiero calibrar el estado de ánimo que tenía Joseph el domingo por la mañana. ¿Estaba taciturno? ¿Agitado? ¿Extrañamente contento?

—No, no pasó nada. —Habla en tono animado, como si estuviera reviviendo de nuevo el alivio que debió de experimentar—. Ni siquiera mencionó la pelea. Simplemente seguimos adelante con toda normalidad. Hizo cordero asado con patatas para comer. Es un cocinero fantástico.

Culto. Inteligente. El domingo prepara un asado fantástico. Se acercaría bastante al hombre perfecto si no fuera porque parece ser un insufrible donjuán.

En este momento aparece Seth en la puerta con la cara enrojecida después de haber estado levantando colchones y desplazando muebles. Quizá debería haberlo ayudado yo, pero es que Steele me dijo que le tomase la medida a Rachel Madden, y todavía no se la he tomado, ni por lo más remoto. No es tanto un enigma como simplemente una persona desconcertante. Apenas es una persona por derecho propio, es más un producto de las crueles opiniones de su marido.

—Señora Madden —le dice Seth—, ¿dónde está el coche de su marido? Y también voy a necesitar las llaves, por favor.

—No sé dónde está el coche, tendrá que preguntárselo a él. Pero hace un tiempo que no lo veo. Joseph estuvo hablando de alquilar un garaje, así que a lo mejor lo ha hecho. Le preocupa que la gente pueda robárselo, siendo tan caro.

Recorro la habitación con la mirada y me cuesta trabajo encontrar un objeto que sea caro. Hasta el televisor es un aparato portátil de los antiguos, pequeño de tamaño, pero de una tonelada de peso.

Marcus suelta una risita.

—Joseph tiene un Mazda descapotable de quince años, no un maldito Aston Martin. Está paranoico del todo.

—¿Por eso hay tantos cerrojos en la puerta? —le pregunto a Rachel—. ¿Por la paranoia de Joseph?

Rachel no tiene ocasión de responder, porque se le adelanta Kirstie.

—¡Pero qué dice! ¡Joseph no se gasta el dinero en proteger a su familia, solo se lo gasta en sí mismo! ¿Cuánto te costó esa última cerradura, Rach? ¿Unas quinientas libras?

—Joseph pasa mucho tiempo fuera de casa por motivos de trabajo —explica Rachel—. Y cuando me quedo sola con Clara, me entra miedo. —Vuelve la cabeza hacia su hermano—. El dinero me lo dio Marcus.

Un dato que, claramente, la mujer de Marcus desconoce.

—¿Me puedes explicar esto, Marcus? ¿De modo que nos partimos el lomo comprando esa casa para que Danny pueda ir al colegio de Muswell Hill y tú andas por ahí regalando dinero?

Marcus hace un gesto negativo con la cabeza en dirección a Rachel que quiere decir: «Sí, bien hecho, bocazas».

Aunque Rachel debería considerarse afortunada: el inútil de mi hermano, Noel, una vez me robó esa suma de dinero a mí.

—Oye, Kirst, fueron solo quinientas libras. Esa cantidad no iba a sacarnos de pobres. Ella lanza un bufido.

—Ah, bueno, ya me quedo más tranquila. ¿Te das cuenta de que la mayoría de los niños que estudian en Muswell Hill contratan un profesor particular ya a partir de segundo curso si quieren como mínimo plantearse ingresar en Latymer Grammar? ¿Tienes idea de lo que cuesta un profesor particular? Créeme, esas quinientas libras nos habrían venido pero que muy bien. —Se sienta al lado de Rachel y la toma de la mano—. A propósito, no estoy enfadada contigo, Rach. Marcus no piensa las cosas, él siempre tiene que ser el bueno de la película...

Rachel se zafa de su mano.

—Tú y tu colegio de Muswell Hill y tu Latymer —replica con un gesto de burla, más marcado de lo que yo la hubiera creído capaz—. En ninguno de los colegios a los que ha ido Clara había criterios de selección, y le está yendo bien. Mejor que bien. Y sin la ayuda de ningún profesor particular que nos tione. —Se vuelve hacia mí—. En mi opinión, si una persona es inteligente, es inteligente.

Esta dinámica no es inusual. Familiares políticos discutiendo por el derecho de presumir más que el otro. El hijo de quién aprendió antes a andar, o a hablar, u obtuvo el papel de protagonista en la función de teatro del colegio. Lo chocante es que esté ocurriendo ahora, que se le esté dando tanta importancia a algo que sin duda en estos momentos no debería importar.

«Han asesinado a una chica, por el amor de Dios. Una persona cercana a vosotros se encuentra en entredicho.»

Vuelve a intervenir Seth.

—Señora Madden, necesitamos la ropa que llevaba puesta Joseph el fin de semana. ¿Le importa enseñarme dónde está, por favor?

—Claro, claro. Lo que necesite. —Rachel se levanta de un salto, contenta de tener una tarea trivial en la que concentrarse—. Debe de estar todavía en el cesto; esta semana llevo un poco de retraso. He estado muy ocupada solicitando plaza para Clara en las universidades, y como Joseph estaba en Barcelona, he pensado que era mejor esperar a que volviera él para poner una lavadora grande. —Se vuelve hacia mí buscando validación. Qué poco sabe ella que está mirando a una persona que todavía no se ha comprado una lavadora—. Bueno, me parece que llevaba puesta la camisa de Hugo Boss y los vaqueros de Paul Smith...

Joseph Madden no gasta pantalones de chándal de cinco libras.

Marcus espera a que Rachel ya no pueda oírlo.

—Esas cerraduras de la puerta, ¿sabe usted por qué las puso? Pues porque Joseph se fue de viaje de trabajo y le dijo que en esta urbanización había habido un brote de robos con violencia. Que a varios vecinos, mujeres, les habían dado una paliza tremenda. Como es natural, yo me preocupé e investigué un poco. Gracias a mi trabajo de voluntario cuento con varios contactos dentro de la policía. —A continuación baja el tono de voz—. No ha habido tales robos con violencia. Ni uno solo. Durante muchos meses. A Joseph le gusta aterrorizar a Rachel, por eso lo dijo.

Hago un gesto de asentimiento con la cabeza mientras asimilo esta información, aunque no sé muy bien para qué va a servirnos, aparte de para saber que al propio Joseph Madden no le vendría mal una buena paliza que le hiciera papilla.

Kirstie se agarra de mi brazo como si fuéramos dos antiguas amigas cotilleando en el cuarto de baño acerca de la vida amorosa de otra amiga.

—En serio, ahora sin tonterías. —«¿Cómo que tonterías?»—. Usted no creerá de verdad que esto pueda haberlo hecho Joseph.

Recupero mi brazo.

—¿Y ustedes? —Les dirijo la pregunta a los dos.

Kirstie calla unos instantes y frunce los labios.

—No. No, por supuesto que no. —Ya no importa lo que diga a continuación, esta pausa me lo dice todo. Me dice que en su blindaje hay un punto débil y que en su mente hay una duda, por microscópica que sea—. A ver, desde luego no nos apreciamos; Joseph como marido es un cerdo y como padre es un hombre intimidatorio, ¿pero un asesino?

—Para empezar, no se mancharía las manos —agrega Marcus.

—Pero ha negado que conociera a Naomi —les digo—. Y a eso nosotros lo denominamos una mentira demostrable. A falta de una confesión, es lo mejor que tenemos.

Esta es otra frase que suena bien, pero, por desgracia, no es cierta del todo. Clara Madden, con su afición por el derecho y la criminología, sin ninguna duda me retaría al respecto y me recitaría todas las razones por las que mienten las personas y que no necesariamente indican culpabilidad. Pero, oye, Clara Madden no está aquí y, como ha señalado Rachel, los Connor no son «puñeteros abogados». Aceptarán lo que yo diga sin discutirlo.

Kirstie, incrédula, menea la cabeza en un gesto de negación.

—Es que me resulta de lo más raro la idea de que Joseph estuviera con Naomi. Esa chica no era su tipo, a él le gustan las mujeres más refinadas. Las mujeres, no las crías como Naomi. Le gustan mayores, más hechas.

—Lo que quiere decir mi mujer —tercia Marcus— es que le gustan más ricas.

—Bueno, Kirstie, ya ha visto usted la foto, y también la caja de regalo. —Dejo que cale esto último—. ¿Alguna vez vio a Joseph por los alrededores de su oficina? ¿O lo vio aparecer de improviso, desde que Naomi empezó a trabajar para usted?

—No, nunca ha estado en la oficina, no tengo ninguna duda. —Kirstie va hasta la puerta y la cierra, pero no del todo—. Sin embargo, de vez en cuando va a tomar algo al mismo sitio que nosotros: el Scarfes Bar que hay dentro del Rosewood. Ya sabe, el extremo de High Holborn que da a Covent Garden. —No tengo ni la más remota idea. Pensar en arrastrar a mi equipo a un bar de hotel donde cobran veinte libras por un cóctel me resulta ridículo, incluso peregrino—. En fin, los viernes después del trabajo está muy concurrido, y como The Grindhouse no está lejos, no es raro verlo a él allí. Aunque tampoco se mezcla con nosotros; él está con sus colegas y yo con los míos. La verdad es que no nos caemos muy bien.

«Y una mierda.»

—Pero podría haber conocido a Naomi allí, ¿es eso lo que está diciendo usted?

—Podría, supongo que sí...

—Suéltelo, Kirstie.

—Bueno, es que Joseph no suele llegar a ese sitio hasta más tarde. The Grindhouse no cierra hasta las siete, y Naomi solo salía a tomarse un par de copas, de modo que hay muchas posibilidades de que cuando llegara Joseph ella probablemente ya se hubiera marchado.

—¿Probablemente?

—Sí, probablemente. —Lo dice en tono firme, rayando en la irritación—. No llevo un libro de registro.

En esto se abre la puerta y Kirstie enmudece de inmediato a la vez que pone en la cara una ancha sonrisa que resulta de lo más falso. Tan solo un imbécil no se daría cuenta de que estaban hablando de él, pero, a juzgar por la expresión que trae Rachel, se nota que tiene cosas más importantes de las que preocuparse. Seth me señala algo que hay por encima de la cabeza de ella, pero como con él no tengo la conexión telepática que tengo con Parnell, no alcanzo a entender qué

es lo que está intentando decirme. Podría ser que estuviera a punto de estornudar.

—No encuentro la ropa de Joseph. —Rachel corre hasta donde está Marcus y le tira de la mano, sin resuello a causa de la angustia—. He mirado en todas partes. En el cesto de la ropa sucia, en la lavadora, en su armario, por si acaso la hubiera lavado él mismo y la hubiera vuelto a colgar. —Kirstie no puede resistirse a emitir un «ya, claro»—. ¿Te importa mirar tú, Marcus? ¿O tú, Kirst? A lo mejor es que no he sabido mirar, tengo la cabeza hecha un lío. —A continuación se vuelve hacia mí con una expresión de terror en los ojos—. Usted no lo entiende. Si no encuentro la ropa, Joseph se pondrá como loco. Siempre me está diciendo que no sé buscar las cosas. Me echará la culpa a mí. Siempre me echa la culpa a mí.

La tomo suavemente por los hombros y al instante se calma igual que un recién nacido, tranquilizada por el contacto físico.

—Mire, no se deje dominar por el pánico. —Pronuncio cada palabra muy despacio—. Nadie va a echarle la culpa a usted. El sargento Wakeman va a echar otro vistazo, y mientras tanto, ¿por qué uno de ustedes no nos prepara a todos una bebida caliente? —Marcus hace un gesto afirmativo, pero Kirstie ya ha salido por la puerta—. De modo que relájese, ¿de acuerdo? Si la ropa de Joseph está en esta casa, la encontraremos, se lo prometo.

Ella sacude la cabeza. Confusión total.

—¿Qué quiere decir «si está en esta casa»? ¿Y dónde iba a estar si no?

Eso, ¿dónde iba a estar?

¿En una hoguera?

¿En el Támesis?

¿En un contenedor situado al otro lado del puente de Blackfriars?

Si por algo es famosa esta ciudad, es por saber guardar los secretos sucios.

Cuando nos vamos de la urbanización Pendown, Londres se encuentra ya en su mejor momento: ruidosa, mugrienta y rezumante de agresividad en las calles. Automóviles que expulsan nubes de humo; conductores que gritan «¡que te jodan!» a todo aquel que osa estar deseando llegar a su casa, igual que ellos; peatones que caminan a toda prisa por las aceras o corren para alcanzar el autobús, muchos de ellos ya sin energía tras una dura jornada de trabajo en esta colonia de hormigas que denominamos hogar. Mientras que una parte de mí anhela permanecer unos minutos de pie, mareada por toda esta velocidad y disfrutando de la sinfonía de bocinazos y palabrotas propia de la hora punta, mi prioridad más urgente —órdenes de mi jefa, de hecho— es la de telefonar a Steele, y para eso necesito silencio.

Un banco de madera del parque que hay enfrente me proporciona un breve refugio. A mi espalda tengo una hilera de lápidas de tumbas en estado decrepito que miran hacia una desierta cancha de *netball* a modo de macabros espectadores, y aunque no suelo ser de las que se asustan con facilidad, siento alivio al ver que no estoy sola: por compañía tengo a una mujer con un niño pequeño y a un juguetero perrito de color canela.

Steele contesta de inmediato y va directa al grano.

—Este Madden es un bicho raro, no me digas. Solo llegué a ver el final del interrogatorio, pero lo encontré demasiado tranquilo para mi gusto. Allí sentado, con una estúpida sonrisita en la cara, como si para él todo aquello fuera una novedad, un pasatiempo. En fin, Blake ha aprobado la ampliación de la custodia a doce horas, de manera que esta noche Madden la podrá pasar en una celda. A ver si eso es suficiente novedad para él. Ya sé que proporcionarle cama y comida supone agotar el tiempo máximo que podemos tenerlo bajo custodia, pero espero que mañana nos lleguen más datos de los forenses.

—Su coartada es dudosa —le digo—. Su mujer ha confirmado que tuvieron una pelea y que él se fue de la casa, pero no tiene ni idea de la hora a la que volvió. Pero decididamente fue más tarde de la una, porque ella estuvo despierta hasta entonces. —Steele deja escapar un silbido, y después exclama «adiós, coartada» en dirección a quienquiera que se encuentre en la sala de crisis—. Y hay más: la ropa que Joseph llevaba puesta el sábado ha desaparecido. Eso no pinta nada bien.

—Para nosotros, sí. —Imagino a Steele lanzando un puñetazo al aire—. ¿Y qué te ha parecido la esposa?

—Ella también es un bicho raro, pero está convencida de que su marido es inocente. Está al tanto de sus aventuras; en cambio, se la ve bastante resignada, la verdad sea dicha. Cuesta trabajo reconocerla según la descripción de psicótica que hizo Joseph, desde luego. Como mucho, yo diría que le tiene miedo. Joseph la maltrata psicológicamente, sin duda. —De pronto el niño pequeño viene correteando hacia mí y me habla de forma acalorada de salchichas y de otra cosa que no alcanzo a descifrar—. ¿Ha habido algún resultado interesante de la autopsia? —le pregunto al tiempo que sonrío a este pequeño ser humano tan alborotado.

—No gran cosa que no supiéramos ya. La causa de la muerte es la que esperábamos. No hay señales de agresión sexual ni de actividad sexual reciente. Ah, y gozaba de una salud física excelente hasta que algún cabrón le hizo un agujero en el cráneo.

Gozaba de una salud física excelente y en una ocasión también fue un pequeño ser humano que parloteaba acerca de salchichas, o de lo que la apasionara a ella. La verdad es que resulta terrible el hecho de que todos vamos por la vida corriendo la baqueta. No hay razón que explique por qué unos hallan una muerte violenta en la veintena y otros llegan felizmente a alcanzar una edad avanzada.

Aparco a un lado mi angustia existencial.

—¿Y qué ha contado?

—¿Madden? ¿Aparte de ponerse a patalear porque le han confiscado el Rolex?

—¿Lleva un Rolex? ¿En serio? Ese reloj vale mucho más que todo lo que hay dentro de su apartamento. —Tomo nota mentalmente de que lo primero que tengo que hacer es visitar la agencia inmobiliaria—. Bueno, vale, aparte de eso.

—Adivina.

—¿Una confesión completa y la promesa de declararse culpable?

—No. Prueba otra vez.

—Pues..., a ver..., ¿sin comentarios?

—Acertaste, más o menos. Ha dicho que hará todo lo que esté en su mano para ayudar. «Sin comentarios» acerca de dónde está su coche. «Sin comentarios» acerca de todas las pruebas circunstanciales. De verdad, esto es peor que tener un acúfeno...

—Nada nuevo, pues.

—Cierto. ¿Pero sabes lo que sí es nuevo? Que un sospechoso solicite ser interrogado por un agente en concreto. —Siento un aleteo en el estómago, y no de los agradables: mi cuerpo está preparando a mi cerebro para la llegada de una mala noticia—. Oh sí, no es broma. Por lo visto, solo hay dos personas con las que está dispuesto a hablar. Una es su esposa, y está claro que con ella no va a hablar, y la otra eres tú, querida.

—¿Yo? —Me paso el teléfono al otro oído—. ¿Por qué? ¿A qué viene esto?

—A saber. ¿Porque supone que tú vas a ser más comprensiva? ¿Porque eres más agradable a la vista que Parnell?

Debería sentirme complacida. Normalmente paso el rato pegada a la puerta de la sala de

interrogatorios, deseando participar y experimentando un agravio pueril al ver que no me lo permiten. Pero el hecho de que Madden haya solicitado mi presencia me pone nerviosa. Joder, me provoca desconfianza. Un sentimiento poco habitual en una persona como yo, que se lanza a ciegas.

—Imagino que usted le habrá dicho que ponga los pies en la tierra. —En la línea se hace el silencio, salvo por alguien al fondo que grita: «La mía que sea una hawaiana grande». Supongo que será Cooke—. ¿No me había dicho que no quería que me acercara a él?

Steele, obviamente sumida en un dilema, lanza un suspiro.

—Y no quiero. Pero necesitamos que hable. Solo podremos pillarlo en un fallo si habla.

De pronto se oye un pitido en la línea, está entrando otra llamada. El corazón me dice que es Aiden, puesto que no hemos hablado en todo el día y eso es bastante insólito, pero la cabeza me dice que es Jacqui, que me llama para desahogarse contándome algún drama ocurrido al ir a recoger a Danny al colegio.

—Vale, así que ahora ha recaído sobre mis hombros la responsabilidad de remediar ese silencio, ¿no?

Otro suspiro.

—¿Es una de tus referencias bíblicas, Kinsella? Venga, deja de presumir de haber estudiado en un colegio católico y... —Se interrumpe para ladrarle a alguien «¡Sin pepinillos!» y un momento después vuelve conmigo—. Bueno, no va a recaer todo sobre ti. No vamos a concederle a Madden una audiencia en privado, te acompañará Parnell. Y de hecho, ya que lo mencionas, Madden no ha guardado un silencio total; ha reconocido una cosa.

—No me diga.

—Que lo de Barcelona era una trola. Que no estuvo allí a principios de semana.

—¿Y dónde estuvo?

—En Croydon.

—¿En Croydon? —Se me escapa una risa, una exhalación que necesitaba mucho—. Bueno, en algo se parecen. En las dos hay tranvía.

—Al parecer, tiene allí una «amiga». Estuvo con ella el lunes y el martes, y después fue a trabajar normalmente durante el día.

«No he sido el mejor de los maridos.»

—Eso supone correr un gran riesgo. ¿Y si lo hubiera visto alguien y se lo hubiera contado a su mujer?

—Según lo que dijiste tú, le daría lo mismo. Y, de todas formas, es una persona arrogante. Y la arrogancia empuja a la gente a correr riesgos.

¿Eso me convierte en arrogante a mí? En este preciso momento, todo mi mundo está construido en una zona de riesgo. Encima de una falla geológica que podría explotar de un momento a otro.

Me vuelve a pitar el teléfono.

—Jefa, me está entrando otra llamada. ¿Quiere que vuelva a la oficina?

—No, no es necesario. Acuéstate pronto y estate preparada para un torneo mental, eso es lo mejor que puedes hacer. Cat, vas a necesitar dormir ocho horas enteras para enfrentarte a ese tipo; es muy retorcido. —Lo cual es exactamente lo que dijo él de su mujer aquel día en The Grindhouse—. Y además tiene de abogado a Lucas Stein. No sé cómo puede permitirse pagar los honorarios que cobra ese tipo; de hecho, vamos a tener que investigarlo...

Nos despedimos precipitadamente y de pronto me quedo sola, mirando la pantalla de mi teléfono con una sensación de miedo tan aguda que no me atrevo a ponerme de pie.

Llamada perdida: el contacto «Papá» llamó a las 18:15 del 8 de noviembre, pero no dejó ningún mensaje.

Llamada perdida: el contacto «Papá» llamó a las 18:16 del 8 de noviembre, pero no dejó ningún mensaje.

Dos alertas.

Dos fisuras en la falla geológica.

Si se tratara del padre de otra persona, no sería nada. Una anécdota ocurrida durante una operación de bricolaje que no merece un mensaje de voz, o bien una diatriba contra el imbécil que lo adelantó indebidamente en la autopista de circunvalación.

Pero mi padre no. Mi padre me llama, o yo lo llamo a él, a una hora fija todas las semanas: a las doce de la mañana del domingo, y hablamos durante unos diez minutos, no más. Rara vez nos comunicamos fuera de ese horario establecido. Es una llamada de cortesía, así de simple. Y más de cortesía con Jacqui que del uno con el otro. Si no fuera por Jacqui, a lo mejor no hablaríamos nunca.

Así que dos llamadas perdidas de mi padre un miércoles a última hora de la tarde solo pueden significar una cosa.

Problemas.

11

Jueves

Haciendo caso del consejo que me dio Steele de que estuviera en forma para hoy, anoche me fui temprano a la cama. Cabe decir que «subí» a la cama, dado que duermo en una litera situada un metro ochenta por encima del suelo. Un rasgo muy común de las «viviendas joya», según el adolescente agente inmobiliario que me la alquiló.

Ha empezado a gustarme esto de dormir en una litera. Cada vez que me acuesto, me siento extravagante, igual que Heidi trepando por las balas de heno, y no se puede negar que aquí duermo mejor de lo que he dormido en ninguna parte durante mucho tiempo. Parnell bromea diciendo que se debe a todo el esfuerzo que me exige; yo bromeo diciendo que se debe a que así duermo más cerca de Dios.

Lo de esta noche no ha sido ninguna broma. Ocho horas de sueño inquieto, sufriendo y preguntándome para qué querrá hablar conmigo mi padre y por qué Aiden está claro que no quiere.

Aunque estoy segura de que Steele me mostrará lo que es el verdadero sufrimiento antes de que me haya tomado los cereales del desayuno.

—Muy bien, señores, hemos hablado mucho de la muerte de Naomi Lockhart, así que durante un minuto quiero que hablemos de su vida. Me he reunido con sus padres, y os aseguro que os van a entrar ganas de daros de cabezazos contra la pared.

Se genera tensión en el ambiente. Los presentes se miran unos a otros. Cuando Steele está visiblemente alterada, uno sabe que debe adoptar la posición de agarrarse a algo.

—Bien, Naomi nació con una hernia diafragmática congénita, una afección grave que ya me cuesta trabajo pronunciar correctamente y todavía más trabajo explicar, pero en síntesis es un problema que no conviene que tenga un recién nacido si quiere sobrevivir. Por suerte, se recuperó completamente, pero durante un tiempo su salud fue delicada y necesitó ayuda para respirar hasta que cumplió los dos años. A partir de ahí se dedicó a recaudar fondos para el hospital que cuidó de ella: vendiendo tartas, organizando carreras populares, hasta se lanzó desde un avión nada más cumplir dieciocho años. En esa ocasión consiguió recaudar casi dos mil dólares.

Todo lo cual quiere decir que hemos perdido a una persona muy valiosa. Y da igual que repitamos que todas las víctimas son iguales, porque unas duelen más que otras. Comprobado.

Y aún hay más.

—También se vio involucrada en un grave accidente de tráfico que tuvo lugar hace unos años. Un idiota que iba escribiendo mensajes en el teléfono mientras conducía volvió a mandarla al mismo hospital por espacio de tres semanas. De nuevo se recuperó completamente y un par de meses más tarde aprobó los exámenes de contabilidad. —Steele mantiene un tono de voz uniforme, pero tiene las manos cerradas en dos puños—. Y luego, después de librar todas esas batallas, viene al Reino Unido a divertirse un poco y ver mundo, y dos meses más tarde la asesinan. En nuestro territorio. Yo, por mi parte, me lo voy a tomar como algo personal. —Recorre la sala con la mirada, va estableciendo contacto visual con cada uno de nosotros—. De

manera que quiero que alguien, quien sea, me dé alguna buena noticia, por favor.

El problema es que nadie tiene una buena noticia. Y nadie es lo bastante valiente como para intentar sacar algo de donde no hay.

—El Rolex es falso —aporto yo, aunque no estoy segura de que este dato sea ni muy bueno ni muy novedoso—. Cuando venía hacia aquí hice una investigación rápida. Y ni siquiera es una buena falsificación.

—Ah, de forma que tú eres una experta, ¿no? —Por lo menos, ahora Steele está sonriendo.

—En realidad, un poco sí. Todo radica en la manecilla que marca los segundos. Un Rolex auténtico tiene un segundero que avanza con suavidad; en cambio, el falso avanza dando saltitos. A mi padre le gustan mucho los relojes —agrego a modo de explicación—. Los relojes caros y las mujeres baratas.

No debería haber dicho esto. Puede que mi padre haya conseguido volar por debajo del radar que detecta a los delincuentes, pero nombrarlo en esta oficina es un error y contamina el ambiente.

«Tengo que devolverle la llamada. ¿Qué demonios querría?»

Renée levanta la mano.

—Yo tengo varios datos nuevos. La casa de la amiga de Croydon con la que estuvo Madden está limpia. La ropa desaparecida no está allí, y la amiga en cuestión, que se llama Sadie Paulson, retrocedió espantada cuando le sugerimos que podría haberla lavado ella; encargarse de la colada no forma parte de la descripción de su puesto de trabajo, no sé si me entendéis. Yo diría que es una de esas..., bueno, como se llame el equivalente femenino de un viejo forrado de pasta. No es que sea mucho mayor que él, yo le calculo más o menos mi edad, cincuenta como máximo, pero está casada y forrada. Dirige una empresa propia de relaciones públicas. Ah, y le está pagando el abogado a Madden.

—¿Dices que está casada? —pregunta Steele, tan confusa como yo—. Madden pasó dos noches en su apartamento. ¿Dónde estaba el marido mientras Madden le calentaba la cama?

—En Edimburgo. Ella trabaja durante la semana en el sur y los fines de semana va a casa.

—¿Estamos seguros de eso? —pregunto—. ¿Tiene una coartada firme? Si creía que su cama era la única que calentaba Madden, la situación podría tornarse desagradable. Sobre todo cuando Naomi tenía la mitad de años que ella.

Renée hace un gesto afirmativo.

—Tiene como cien coartadas, entre ellas dos políticos y un consejero de la reina. Fue la fiesta del 50.º cumpleaños de su marido. De una manera o de otra, es un cacique.

—¿Así que ella le está pagando el abogado? —Parnell se siente intrigado—. La mayoría de los maridos infieles salen corriendo al primer indicio de problemas. Este debe de ser todo un donjuán.

«Un casanova.»

—¿No será que ella está pagando para que la cosa no vaya a más? —sugiero yo—. Si esto llega a los tribunales, tendrá que testificar, cosa que no le conviene dado que está casada. —Me vuelvo hacia Renée—. Doy por sentado que en ningún momento ha sido violento con ella, que no tenemos nada que podamos utilizar contra él.

—Ah, Cat, tengo una cosa que te va a encantar. —Renée rebusca entre sus apuntes—. Ah, aquí está. «Joseph no es un hombre violento, aunque desde luego es un amante muy vigoroso. Pero, claro, yo difícilmente pondría en peligro mi reputación y un acuerdo prematrimonial muy caro por cinco minutos practicando la postura del misionero, ¿no le parece?»

—Joder, pues yo sí —contesta Cooke en tono lastimero—. Llevo sin siquiera acercarme a mi Karen desde el segundo trimestre. Esta vez me hago la vasectomía, lo juro.

Los hombres presentes se remueven inquietos. Steele vuelve a meterlos a todos en vereda con una sola palabra:

—¡Teléfonos!

Swaines cobra vida con un respingo.

—Ah, vale, bien, el departamento forense está trabajando en el material borrado, pero a primera vista todo parece bastante aburrido. El teléfono de Rachel Madden es bastante malo, de forma que no vamos a sacar de él tanto como de un *smartphone*. Y, de todas formas, por lo visto no lo utiliza mucho. Por el momento, lo único que resaltaría yo es la falta de contactos entre los Madden; durante estos últimos meses no ha habido prácticamente ninguno, aparte de algún que otro mensaje de Rachel para preguntar si él iba a venir a casa, para poder echar el cerrojo a la puerta. El portátil de la hija es la otra cosa que resulta ligeramente rara, bueno, más bien su historial de búsqueda. Es un poco siniestro.

—¿Siniestro? —exclama Steele—. ¿Qué quieres decir con «siniestro»? ¿Un poquito inmoral? ¿O totalmente pervertido? Escucha, Ben: Joseph Madden podría haber tenido acceso a ese portátil, de manera que si en él hay algo pertinente al caso, lo que sea, necesitamos saberlo ahora. Estos dos... —nos señala a Parnell y a mí, y acto seguido nos hace un gesto con la mano para indicarnos que ya podemos irnos— dentro de dos minutos van a verse las caras con ese zalamero, y necesitamos cualquier cosa, por pequeña que sea, que pueda ayudarlos.

Swaines se pone rojo como la grana, pero hay que reconocerle el mérito de que logre aguantar el tipo.

—Bueno, jefa, no quiero decir que contenga muchas búsquedas de «Cómo salir impune de un asesinato». A la hija le interesa la actividad criminal, eso es todo. —Toma una hoja impresa—. Sitios como www.crimespree.com o www.release.org.uk. Contienen investigaciones de diversos casos, y me refiero a una gran cantidad de investigaciones. Ah, sí, y también buscó en Google «Naomi australiana asesinada norte Londres», a las 21:52 de la noche del sábado.

—Yo no le daría mucha importancia a todo eso —comento al tiempo que me echo el pelo hacia atrás para recogerlo en una coleta y aliso los rizos que Joseph Madden consideraba tan «dulces»—. Esa chica quiere estudiar criminología; por lo tanto, es lógico que se interese por un delito cometido tan cerca de su casa.

¿Pero cuán cerca de su casa?

Con un poco de suerte, estamos a punto de averiguarlo.

Los abogados caros se dividen en dos categorías muy claras: los exhibicionistas, que desempeñan su oficio haciendo uso de ampulósidades, fanfarronadas y el engaño puro y duro, y los tranquilizadores, que trabajan sin despeinarse —y a menudo triunfan— sin servirse más que de una dosis mínima de seguridad en sí mismos y de una actitud positiva.

A Lucas Stein por algo le han puesto el sobrenombre de Lucas el Frío.

Muy pocas cosas perturban a Lucas Stein, un hombre dotado de un gran carisma y de una mente serena y calculadora. Stein posee la astucia de un zorro y los latidos cardiacos de una tortuga que está hibernando, dos cosas que logra contagiar a sus clientes, y a ninguno más que a Joseph Madden, por lo visto. Cuando entramos en la sala, uno y otro se encuentran de pie junto a la mesa atornillada al suelo, charlando amigablemente, con la actitud relajada de dos hombres que están atendiendo la barbacoa con una cerveza fría en la mano.

Nuestro sospechoso tiene buena cara; está todavía más guapo de lo que yo lo recordaba. La mayoría de las personas muestran un semblante apagado en medio del gris oscuro de una sala de interrogatorios; con Joseph Madden sucede lo contrario: él ilumina el recinto.

Stein nos tiende una mano.

—Lu, me alegro de volver a verte. Detective Kinsella.

A mí no me estrecha la mano; simplemente me dirige una sonrisa capaz de derretir el carbón.

Parnell toma asiento con una advertencia:

—Espero, Joseph, que hoy se sienta con más ganas de charlar. Lo de anoche no resultó divertido para nadie.

Madden no lo oye. No lo oye, no lo ve, no repara en la presencia de nadie salvo la mía, y esto lo digo sin el menor atisbo de falsa modestia: hoy no me encuentro en mi mejor momento; es lo que tiene haber dormido fatal y llevar puesto un vestido viejo de punto que ya perdió la forma en 2015. Sin embargo, a Madden no le importa. Él me contempla con esa ternura fervorosa que uno reserva para los recién nacidos.

Es como ahogarse en aceite.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Cat —me dice radiante de gratitud—. No estaba seguro de que fueras a venir... Bueno, no estaba seguro de que te lo fueran a permitir. Lo cierto es que he probado a ver si tenía suerte. —Me sonrío para hacerme formar parte de una conspiración que no comprendo—. En serio, muchas gracias. Ahora que estás tú aquí, podemos aclarar ese asunto. La última vez me fuiste de gran ayuda.

Parnell da comienzo a la grabación, y con ello pone fin, gracias a Dios, a las adulaciones de Madden.

—Para que conste en la cinta, hoy es jueves, nueve de noviembre de 2017, y son las nueve y cuarto de la mañana. Se hallan presentes el sargento detective Luigi Parnell, la detective Cat Kinsella, Joseph Madden y su abogado, Lucas Stein. De conformidad con la Circular 50/1995 del Ministerio del Interior, estoy obligado a informarlos de que este interrogatorio está siendo monitorizado a distancia y de que la grabación va refrendada por los nombres de los agentes encargados de monitorizarla.

Solo hay un agente: la detective inspectora jefe Kate Steele, que estaba tan deseosa de sentarse en primera fila para presenciar este interrogatorio que a punto ha estado de traer un cucurucho de palomitas. Madden localiza la cámara ubicada en el rincón del fondo y la saluda elegantemente con la mano.

Me imagino a Steele devolviéndole el gesto, levantando el dedo medio en el aire.

—Oiga, sargento Parnell, quisiera saber... —Madden me sonrío a mí, como si me fuera a encantar lo que va a decir a continuación—. ¿Es usted pariente de Charles?

Parnell hojea un expediente sin mostrar interés.

—¿De quién?

Madden reacciona con falsa sorpresa.

—¡No me diga que no ha oído hablar de Charles Stewart Parnell! ¡El nacionalista irlandés, el líder de la lucha por el Gobierno autónomo a finales del siglo diecinueve!

Parnell levanta la vista.

—No me suena de nada. En cambio, soy pariente de Roger Parnell, capitán del equipo de billar del bar Hog and Hen, si le resulta de interés.

Madden vuelve a posar la mirada en mí.

—Seguro que tú sí has oído hablar de él, Cat. Se te ve muy inteligente, y, apellidándote Kinsella, debes de ser irlandesa.

En este momento interviene Lucas Stein frenando con delicadeza a su cliente.

—Bien, vamos a explicar lo sucedido ayer. Joseph se encontraba aquejado de una ligera migraña y no estaba en condiciones de responder a muchas preguntas, de ahí que pueda haber

dado la impresión de no querer colaborar. No obstante, ya han oído lo que acaba de decir. Está deseando aclarar las cosas en este interrogatorio, de modo que formulen las preguntas que necesiten. Mi cliente no tiene nada que ocultar.

Observo a Madden con frialdad y además agrego unas gotas de sosa cáustica. Parnell siempre dice que debería patentar esta mirada. Yo he intentado enseñarle cómo se hace, pero en su caso la mirada cáustica parece un gesto mohíno.

—Debería habernos dicho que tenía migraña, Joseph. Habríamos llamado a un médico.

Él se encoge de hombros.

—Yo no voy al médico. No siento mucho respeto por lo que hacen. Llevo cuarenta y tres años viviendo dentro de este cuerpo y creo que eso me convierte a mí en el experto que conoce cómo funciona, ¿no te parece? Y, de todas formas, poseo un umbral para el dolor muy por encima de lo corriente. —Se inclina hacia delante, y a mí me entran ganas de pasarme al asiento de Parnell, porque tenerlo en un ángulo de cuarenta y cinco grados resulta menos íntimo que tenerlo de frente—. Una vez, cuando era pequeño, me hice un corte en el pie con una navaja, y digamos simplemente que mi madre tampoco creía en los médicos. Así que ¿sabes lo que hice, Cat? Primero mezclé agua con sal para lavar la herida, después robé el hilo de pescar más fino que pude encontrar en el garaje de mis vecinos y me cosí la herida yo mismo, en silencio, mientras mi madre estaba en el piso de abajo haciéndole una mamada a su novio y viendo la serie *Dallas*. En aquella época tenía solo siete años. Los médicos tienen que formarse durante siete años, ¿lo sabías? —Vuelve a reclinarsse en la silla, satisfecho de haber dicho lo que quería decir.

—Usted toma Temazepam —le digo—. Nos lo ha dicho su mujer. Esas pastillas tiene que habérselas recetado un médico, porque no será usted tan idiota como para haberlas comprado por internet, ¿no?

—Me las ha recetado un médico —concede Joseph—. Pero se trata de uno que es muy amigo mío y por lo tanto del cual me fío. Ahí estriba la diferencia.

Parnell está con el bolígrafo preparado.

—El nombre, por favor.

—¿El nombre? Vale, como quiera. Es la doctora Siobhan Casey. —A continuación se lo deletrea—. Trabaja en Harley Street. Su campo es la medicina musculoesquelética y es la segunda especialista más joven del país, tengo entendido. No hay muchas mujeres que entiendan el cuerpo como lo entiende Siobhan. —Esboza otra sonrisa—. Soy excepcionalmente afortunado.

Con el fin de ir avanzando antes de que me entren ganas de arrearle un puñetazo o de arrojarle algo, tomo la fotografía del expediente y se la pongo debajo de sus narices. Ampliada, se ve un poco más borrosa de lo que nos gustaría, pero no tanto como para que Stein empiece a dar el coñazo.

—¿Qué puede decirnos de esta foto? Si de verdad quiere aclarar las cosas, va a tener que explicarnos por qué lo han fotografiado interactuando con una mujer a la que, según ha afirmado en su declaración como testigo, apenas recuerda haber visto.

—Y me ratifico en dicha declaración. —Estira los brazos haciendo crujir las articulaciones—. Lo único que ha hecho esa foto es captar un momento efímero en el que yo estaba saludando a alguien que me estaba saludando a mí. Eso es lo único que pueden probar con esa foto, un milisegundo de «interacción», como lo llaman ustedes.

Stein está impresionado de ver a Joseph Madden haciendo por él el trabajo por el que va a cobrarle setecientas cincuenta libras por hora. Yo desvío la mirada en un intento de transmitir una actitud de desdén, pero lo cierto es que lo que ha dicho Joseph es verdad. Las fotografías captan el color, el ambiente y hasta el sentimiento. Pero lo que no pueden captar es el contexto, y el

contexto lo es todo.

Parnell continúa presionando.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Naomi lo saludó a usted primero? Entonces pensó que pretendía ligar con usted, ¿es eso?

Stein se remueve en su asiento y se prepara para justificar sus honorarios, pero Madden no tiene inconveniente en responder.

—En absoluto. Pensé que pretendía llegar hasta los panecillos y que, como tenía que apartarme a mí a un lado para alcanzarlos, y dado que vivimos en una sociedad civilizada y que la mayoría de las personas tienen modales, de paso me dijo hola. Y lo cierto es que ahí se termina la historia.

En este momento interviene Stein dando unos golpecitos en la foto.

—Como puede ver, los panecillos aparecen a la derecha de Joseph.

Suena ridículo, pero a esto acaban reduciéndose tantos casos: a los detalles triviales, casi cómicos. Madden no va a salir de esta sala dentro de unos instantes contoneándose como un pavo, apoyado en un cestillo de bollos, pero sí que hay un cierto peso en los detalles, una cierta plausibilidad en lo que se está diciendo. Y todavía habrá más si el caso llega a los tribunales y ese detalle pasa a ser un tema crucial en las manos de un abogado defensor que hable con una voz engolada y ampulosa y que en sus ratos libres trabaje de monologuista. En serio, he conocido a abogados defensores capaces de hacer que un panecillo resulte un detalle tan crucial como el ADN.

Aun así, persistimos.

—Ahora está reconociendo que sí habló con Naomi —afirmo—. Entonces, ¿por qué afirmó inicialmente que no se acordaba de ella?

—Porque se me había olvidado, así de sencillo. —Endereza la fotografía hacia sí—. No era precisamente una chica que resultase memorable.

—Tenía el pelo largo y de color lila —replico—. Yo diría que resulta bastante memorable.

—Actualmente todas llevan el pelo de colores raros. Todas tienen algún detalle poco habitual. Todo el mundo está tan desesperado por ser distinto que terminan siendo todos iguales. La individualidad ha muerto y lo que reina es la uniformidad.

—Es usted todo un filósofo, Joseph, pero eso no responde a la pregunta.

—Verán, yo trabajo en negocios al por menor. Cada día he de saludar a más de cien personas. Rara vez me fijo en ellas.

—¿También envía regalos a cien personas cada día? —le pregunta Parnell, completamente impávido—. Usted sabe que hemos encontrado una caja de regalo en la mesa de trabajo de Naomi, y no ha negado el hecho de que el texto escrito en la tarjeta lleva su letra.

—Sí, lo sé, pero he estado reflexionando sobre eso y creo poder explicar qué ha sucedido. —Acerca un poco la silla, deseoso de contarnos sus conclusiones, pero ni la mitad de lo deseosos que estamos nosotros de que nos las cuente—. A lo largo de los años he ido enviando varios regalos a Kirstie, normalmente a su lugar de trabajo, dado que en casa rara vez hay alguien para recibirlos. Esa caja de regalo podría ser una de las que le he enviado a Kirstie. Es posible que llevara años en la mesa de esa chica.

—¿Le enviaba regalos a Kirstie Connor? —A Kirstie, que lo ha llamado cabrón. Por no mencionar lo de cerdo e intimidatorio—. Eso resulta un tanto... inusual.

No soy ninguna experta en dinámica de familia, pero aun así.

Madden reprime un bostezo.

—Yo compro personalmente todos los regalos que hago. Opino que es un auténtico arte escoger el objeto perfecto para una persona y, en fin, no lo dejaría en manos de Rachel. Rachel no tiene

muy buen gusto que digamos.

«Es evidente.»

—Perdóneme —dice Parnell fingiendo estar impresionado—. Yo no tengo ni idea de lo que le regalé a mi mujer las navidades pasadas. Sé cuánto costó porque vi el importe en el extracto de la tarjeta de crédito, pero no sabría decir qué era. Supongo que lo mismo les sucede a muchos hombres.

—Ah, pero es que yo no soy como los demás hombres, sargento. No me parezco a ellos en absoluto.

Y lo escalofriante es que lo dice sin alardear de ello. Es simplemente una afirmación dicha con una frialdad tal que cubre toda la sala con una escarcha glacial.

—Kirstie Connor asegura no haber visto jamás ese estuche, pero, en fin, ha sido un buen intento —replico yo en el afán de descongelar el aire. Pongo encima de la mesa las imágenes captadas por las cámaras de seguridad—. ¿Puede confirmar que este de aquí es usted, por favor, Joseph?

Por primera vez, Madden parece contento de ceder el protagonismo a Stein, el cual responde:

—Que este de aquí sea o no Joseph es algo más bien irrelevante, dado que la imagen se tomó a setecientos cuarenta metros del domicilio de Naomi Lockhart. No en su calle, ni tampoco en ninguna de las calles adyacentes, sino a setecientos cuarenta metros de allí.

«Alguien ha estado trabajando mucho.»

—Ah, pero el detalle que lo convierte en un dato interesante es este. —Parnell apoya un dedo en la hora que aparece impresa en la foto—. Fíjese: marca las 23:47. Tenemos motivos para creer que Naomi fue agredida dentro de la hora siguiente.

Stein se pone las dos manos detrás de la cabeza, la clásica postura de vacaciones.

—Y eso yo no me atrevería a rebatirlo, Lu. Al menos por el momento. Pero, escucha, anoche saqué a pasear a Brandy, que por cierto es mi perrita, por los alrededores de Hoxton Square, y diría que a setecientos cuarenta metros de donde yo me encontraba se estaban cometiendo un buen número de delitos, ¿no crees tú? —Le muestra las muñecas—. ¿Quieres ponerme las esposas? ¿Entiendes adónde quiero ir a parar?

Parnell se lo queda mirando al mismo tiempo que vuelve a dirigirse a Madden.

—Háblenos de la discusión que tuvo con su esposa el sábado por la noche.

Madden lanza un suspiro, como dando a entender que todo lo que se diga de Rachel es una pérdida de tiempo.

—Se suponía que había dejado de fumar, otra vez. —Otro suspiro—. De verdad, es muy triste. Cuando nos conocimos era una chica que rebosaba salud; de hecho, era bailarina profesional. La verdad es que no sé qué ocurrió... Da igual; en la fiesta la sorprendí en la calle, en el callejón que discurre por un costado de la casa, dando caladas a un cigarrillo como si le fuera la vida en ello, y cuando volvimos a casa le recordé, otra vez, que el tabaco es un vicio asqueroso en el que únicamente caen las personas muy débiles. Nada más. Esa fue la discusión.

Aparte de echar algún que otro porro, yo nunca he sido lo que se llama una fumadora en toda regla; en cambio, con Joseph Madden me entran ganas de fumarme cuarenta cigarrillos Marlboro seguidos, con tal de poder toserle en la cara durante un buen rato.

Agarro los apuntes de Renée, los que tomó cuando llegó Joseph Madden solo, sin su abogado, y, ver para creer, también sin migraña alguna.

—Joseph, usted le dijo a la detective Akwa que tras esa discusión salió a dar un paseo para calmarse, pero que no estuvo fuera más de treinta minutos y que regresó a casa alrededor de las doce y cuarto. ¿Lo sigue manteniendo?

—Sí, por supuesto que sí.

A continuación le lanzo nuestra mejor arma.

—Verá, el problema que tenemos es que la declaración de su mujer contradice la suya. A la una de la madrugada su mujer estaba todavía despierta, y dice que a esa hora usted todavía no había vuelto. ¿Está equivocada?

Madden suelta una carcajada.

—¿Qué? ¿Equivocada respecto de que yo entré en el dormitorio y le arrebaté el edredón? ¿Equivocada acerca de que me arrojó una foto enmarcada a la cabeza?

Todavía se le ve relajado, pero su voz ha adquirido un cierto tono histérico.

Vamos progresando.

—De manera que Rachel miente, ¿es eso lo que está diciendo usted? Verá, Joseph, yo he hablado con ella y la he encontrado muy alterada. No se cree ni por un segundo que usted haya sido capaz de cometer este crimen, de modo que no tiene motivos para mentir.

—Miente porque es lo que hace habitualmente. Es una persona inestable. Resulta imposible vivir con ella. Ya te lo comenté a ti hace unos meses.

Estoy preparada para esto. Por dentro estoy hirviendo de rabia, pero por fuera soy una androide: fría, calmada y totalmente impasible.

—Joseph, para que conste en la grabación, ¿le importa explicar a qué se refiere?

Joseph se queda sorprendido. No se esperaba que yo aceptara con tanta facilidad hablar de ese punto escabroso.

—Ya sabes a lo que me refiero. Te conté que mi mujer estaba empeñada en joderme.

Lo cual es cierto, pero necesitamos más detalles. Me aclaro la garganta y me concentro en hablar despacio y con claridad.

—Para que conste en la grabación, durante el mes de agosto de 2017, no puedo indicar con precisión la fecha, pero fue hacia finales de mes, Joseph Madden me pidió consejo de manera informal en relación con un problema que tenía con su esposa. Si bien no estaba convencida de que fuera un asunto de competencia de la policía, le sugerí que hablase con un agente de la comisaría de su zona, el cual podría asesorarlo con mayor detalle y decidiría la mejor manera de actuar. Joseph, ¿estaría usted de acuerdo en que lo que acabo de decir reproduce fielmente nuestra breve conversación?

Porque la reproduce. Si suprimimos el coqueteo y el extraño momento en que me enseñó aquella máscara demoníaca, lo que acabo de relatar, para que conste en la grabación, reproduce todo cuanto se habló.

—Sí, supongo que la reproduce fielmente. —Relájate—. Pero, para dejarlo claro, el «problema con mi esposa» era una serie de amenazas que me había lanzado ella para hacerme sufrir, y eso es exactamente lo que está haciendo ahora: mentir respecto de la hora a la que volví a casa, para hacerme parecer culpable.

Parnell pone cara de estar reflexionando profundamente sobre ello.

—¿Dónde está su coche, Joseph? —pregunta después.

Este brusco giro en el interrogatorio lo deja desconcertado.

—¿Mi coche?

—Sí, sabemos que tiene un Mazda descapotable, con matrícula SB52 VDX. Las cámaras que vigilan el tráfico lo sitúan en la zona de Arnos Grove, así que lo encontraremos. Solo es cuestión de tiempo.

—Me sorprende que no lo hayan encontrado todavía. No tenían más que preguntarle a Rachel.

—Y se lo hemos preguntado. No lo sabía.

Joseph inclina la cabeza hacia un lado.

—¿No lo sabía? ¿No sabía que durante estas últimas semanas no ha salido del taller y que por eso he estado utilizando su viejo cacharro para poder ir a la cancha de prácticas del campo de golf? —Dibuja una ancha sonrisa y asiente muy despacio, como si por fin hubiera comprendido las reglas del juego—. Ah, ya lo pilló. Esto es lo que entiende Rachel por diversión: distorsionar las cosas, intentar provocarme. —Suelta una carcajada—. ¿Saben?, en estos últimos meses le han salido un buen par de agallas. Si no fuera tan tedioso, resultaría sexi.

—Vamos a necesitar el nombre de ese taller, por favor —digo con gesto inexpresivo, sin darle la reacción que está esperando—. Y tampoco hemos podido localizar la ropa que llevaba usted puesta el sábado por la noche. A lo mejor también puede arrojar algo de luz sobre ese punto.

—Estará en el cesto de la ropa sucia o en mi armario si ya se ha lavado, lo cual es probable. En lo relativo a las tareas domésticas y a los deberes del colegio de Clara, Rachel es sumamente rigurosa.

—Rachel miró en ambos lugares, y también un agente de nuestro equipo, debo añadir. Su ropa no estaba.

Otra carcajada, está vez más fría que una piedra.

—¿Es que no ves de qué va todo esto? Ya te dije que mi mujer estaba amenazándome con castigarme y ahora tiene la oportunidad perfecta. Está mintiendo acerca de la hora en que yo volví a casa y está mintiendo acerca de mi ropa. Estaba en el cesto, yo mismo la dejé allí. Es obvio que ella la ha escondido, o que la ha destruido, quizá.

Parnell no reacciona.

—Joseph, va a ir un equipo a su casa a efectuar un registro y a llevarse todo objeto que pueda ser de interés para esta investigación. Si su ropa está allí, la encontraremos, no se preocupe. Y si hallamos alguna prueba de que su esposa la ha escondido, se procederá con ella como es debido, puede estar seguro.

Madden se inclina en sentido diagonal hacia Parnell, con los brazos cruzados sobre la mesa, de hombre a hombre.

—Mire, déjeme que hable con Rachel, ¿de acuerdo? Ella ya se ha divertido, ha jugado su jueguito, y ahora es el momento de darnos un besito y hacer las paces. No pasará nada. Yo la haré entrar en razón.

—Me temo que eso no va a ser posible.

De pronto descarga un puñetazo contra la mesa.

—¿Se me permite realizar una llamada telefónica, y exijo hablar con mi mujer!

Se ha equivocado de hombre al plantear esta exigencia. A Parnell le encanta corregir esta falsa idea, tan común.

—Me temo que ha estado viendo demasiada televisión, Joseph. Usted no tiene derecho a hablar con nadie; sin embargo, podemos hacerle llegar un mensaje a su esposa.

Madden mira a Stein, el cual le confirma la mala noticia.

—Mire, lo crea o no, estamos intentando ayudarlo. —Se lo digo, aunque sé que es demasiado inteligente para creérselo—. ¿Alguna vez ha oído esa frase que dice que «todo contacto deja un rastro»? Pues nosotros tenemos cabellos, fibras. Y no vamos a tardar mucho tiempo en averiguar a quién pertenecen.

—Tal como acaba de reconocer mi cliente, Naomi Lockhart pasó brevemente por su lado en la casa de los Connor. Van a tener que hacer algo más.

—No te preocupes, Lucas, lo tengo controlado —le dice Madden al tiempo que le apoya una mano en el brazo, un gesto que logra hacerlo callar, y me mira directamente a mí, me perfora con la mirada—. Tú y tu amigo el gordo aquí presente podéis hacer todas las pruebas que queráis. Y

cuando en dichas pruebas no encontréis nada y os hayáis disculpado debidamente conmigo, me iré a mi casa y yo mismo le entregaré un mensaje a Rachel. Uno que no olvidará en mucho tiempo.

—Es una persona encantadora.

—No te equivocas, mi amigo el gordo.

Parnell se pellizca varios centímetros de carne y finge sentirse ofendido.

—¡Qué descarado tiene ese tío! Mira, si estuviera en los años ochenta le habría arreado un puñetazo. Ahora, lo único que puedo hacer es consolarme comiendo. Tendré que hacer cien flexiones para eliminar una de estas lorzras traicioneras.

Ha pasado un rato y estamos comentando en el despacho de Steele, asimilando todo lo sucedido y deglutiendo unas albóndigas de pollo tailandesas. Una comida rápida para celebrar la noticia de que el superintendente jefe Blake nos ha dado el visto bueno para el noventa y seis: la orden de detención más larga que podemos solicitar.

—Me sorprende que Blake haya accedido —comento a la vez que sumerjo una albóndiga en mi tarrina de salsa curri, con lo cual me gano una mirada corrosiva por parte de Parnell—. Me refiero a que todo lo que tenemos es circunstancial.

—«Todo lo que tenemos es circunstancial.» —Steele me imita empleando esa vocecilla aguda e infantil que utiliza para parodiar a alguien que la ha irritado—. Sois unos críos. Os lleváis un disgusto con todo aquello que es «circunstancial». Pues voy a deciros una cosa: antes de que hubiera huellas dactilares, pruebas de ADN y la puta captura de imágenes en las pisadas, lo único que teníamos eran pruebas «circunstanciales», y aun así las cárceles estaban llenas. Los policías seguían deteniendo a delincuentes.

Tiene razón, naturalmente. Son muchos los casos que se ganan basándose en pruebas circunstanciales. De hecho, es bastante infrecuente que las cosas vengan todas juntas, atadas con un lazo, a modo de pista infalible en un juego de detectives.

Ser policía en las calles no es ningún juego.

—¿Y qué tal les ha ido en The Grindhouse? —pregunto—. ¿Algún altar erigido en honor a Naomi, por casualidad? ¿Alguna taquilla llena de bragas de ella sucias?

—¿Algún otro teléfono? —agrega Parnell—. Porque, si no hay rastro de contactos digitales entre ellos, yo sigo apostando a que no tenían una aventura, sino que él la perseguía.

—¡Ah, mierda! —A Steele se le cae una albóndiga en su blusa de seda color melocotón. No es que eso sea un problema, dado que su despacho es en parte el epicentro de toda investigación y en parte un vestidor—. No, no, nada tan concreto, por desgracia. —Se limpia la mancha con una servilleta—. Pero tampoco ha sido una visita inútil del todo, ni mucho menos. Seth y Emily pasaron un buen rato con los empleados, y por lo visto nuestro Joseph Madden es un poco como Walter Mitty.² Para ti, Kinsella, como Pedrito el Cuentista.

—Eh, que ya sé quién es Walter Mitty.

—Bueno, ¿y sobre qué ha estado contando trolas? —pregunta Parnell—. No me lo digas: los fines de semana se convierte en corredor de Fórmula Uno.

—¿O afirma que fue él quien inventó el *capuccino*? —propongo yo, sumándome.

Steele suelta una carcajada.

—No precisamente, pero no es el dueño del Grindhouse, tal como tú creías. Ni siquiera es el que lo dirige. Es simplemente un ayudante de cáterin, y vaya todo mi respeto para los ayudantes de cáterin, dicho sea de paso, que yo también curré como camarera en mi época. Sea como sea, Joseph es el empleado que lleva allí más tiempo y es el único que trabaja a jornada completa, de forma que es lógico que tenga responsabilidades adicionales, pero, a fin de cuentas, lo que hace es trabajar de criado para un tal Stu Graham a cambio de poco más del salario mínimo que se paga en Londres. Graham es propietario de tres negocios y va revoloteando de uno a otro, así que confía a Madden la tarea de tenerlo informado de cómo van las existencias y demás, pero, en último término, Madden no es más que un friegaplatos con pretensiones.

—De modo que lo de Barcelona, Viena, Guatemala, todos esos viajes... ¿era todo inventado? —Steele me mira extrañada; es la primera vez que oye nombrar los dos últimos—. En fin, eso explica muchas cosas —comento, avanzando rápidamente—: El sitio donde vive, el coche de quince años...

—Hablando del coche —dice Steele—, lo hemos confiscado hace unas horas. La documentación concuerda. Llevaba en el taller Shelby's de Arnos Grove desde el 25 de octubre, tal como dijo él. No sé muy bien si ese dato nos servirá para algo, pero debemos «remover Roma con Santiago», órdenes de Blake. —Pincha otra albóndiga, esta vez con mayor éxito—. Qué cabrón, como si yo me dedicara a llevar investigaciones a medias.

Parnell reflexiona mientras mastica y agita el tenedor.

—Vale, y entonces, ¿cómo hace para conquistar a una doctora de Harley Street y a..., cuál era la otra?

—Una gurú de las relaciones públicas —le recuerdo yo.

—Eso. ¿Cómo hace para ligarse a mujeres así sin tener ni un penique a su nombre?

—Fácil —responde Steele—. Finge ser una especie de empresario del café, va lanzando por ahí muestras en grano para que las huelan, o lo que sea que haga esa gente. Aunque no se gane tanto, resulta bastante glamuroso, ¿no? —Pincha un fajo de papeles con el tenedor—. Y como tiene una deuda gigantesca en la tarjeta de crédito, obviamente no le da miedo gastar un poco de dinero en mantener esa fantasía. Renée ha ido a ver a la tal doctora Siobhan Casey, y ella le ha dicho que, aunque ya se había dado cuenta de que Joseph no era rico, sí que supuso que estaría económicamente bien. Casi se le cayó la mandíbula al suelo cuando se enteró de que había estado bailando el foxtrot horizontal con un friegaplatos. ¿Sabéis lo que le dijo él del Temazepam? Que lo necesitaba porque tanta cafeína y tanto desfase horario estaba causando estragos en sus pautas de sueño. Joder, casi hay que reconocerle que tiene mérito...

—Casi se le descuelga la mandíbula a ella —repito, prácticamente relamiéndome—. Su propia esposa cree que es un empresario del café. Ha transformado ese apartamento en una fortaleza para protegerse ella y a su hija cuando su amo y señor está en un viaje de trabajo, ¿y durante todo ese tiempo él está jugando a las casitas con sus amiguitas ricachonas? Qué cabrón.

—Mira, no creo que solo tenga que ver con que esas mujeres sean ricas. Buf, he comido demasiado. —Steele se deja caer contra el asiento y se agarra la cintura—. Yo creo que tiene que ver con el estatus. La tal Siobhan Casey, por ejemplo. Joseph estaba deseando contarnos que es una doctora que trabaja en Harley Street y que es la segunda especialista más joven del país y todas esas chorradas.

—¿Y qué estatus tiene Kinsella? —replica Parnell conteniendo un eructo; hacía meses que no tomaba comida picante—. Porque desde luego daba la impresión de estar chiflado por ella.

Steele me dirige una mirada evaluadora, como si ella tampoco lograra entenderlo del todo.

—Supongo que el motivo es que era la única mujer presente en la sala —termina deduciendo

— Los empleados del Grindhouse dicen que se le da de maravilla coquetear. Y además Kinsella está en una posición de poder. Y poder equivale a estatus.

—¿Lo estoy? —pregunto—. Pues ojalá me lo hubieran dicho. Estoy aquí sentada, sufriendo de ganas de ir al baño porque me daba miedo que usted me pegase un grito si llegaba tarde a la reunión.

—Por Dios, ¿tan tirana soy? —Para mérito suyo, está sinceramente sorprendida—. Aunque si pudieras aguantar un poquito más, sería estupendo. Yo me voy dentro de diez minutos, estoy segura de que puedes esperar ese rato. Tienes veintiséis años, en serio; seguro que tienes el suelo pélvico más duro que una trampa para osos.

Respondo cruzando las piernas en un gesto exagerado.

—Bueno, ¿y qué más dijeron los empleados del Grindhouse? Doy por hecho que en ningún momento vieron por allí a Naomi.

—No, pero por la descripción que facilitaron dos de ellos, es posible que vieran a la hija de Joseph en un par de ocasiones, pero supusieron que era su novia y le tomaron el pelo acerca de la edad de la chica. —Hago una mueca de desagrado—. Ya, sí, pues la cosa es peor todavía: él no los sacó de su error.

—Dios, es asqueroso. Ese tipo está loco de atar.

—Nunca hay que subestimar la vanidad masculina, Kinsella. Sobre todo la de un varón de mediana edad.

Parnell estudia la posibilidad de defender a los integrantes de su sexo, pero se conforma con afanar la última albóndiga.

—En términos generales, yo diría que Joseph Madden es un tipo un tanto fantasioso.

—¿Un fantasioso o un estafador? —replico.

—Lo cierto es que no estafa a esas mujeres para sacarles nada —razona Steele—. La impresión que sacó Renée de Siobhan Casey, y también de la otra, Sadie Paulson, es que a las dos les gustaba darle caprichos, hacerle regalos caros, comprarle ropa de diseño, tirárselo en hoteles caros y cosas así, pero él nunca les ha pedido dinero. Sadie Paulson insistió en pagarle el abogado, no se lo pidió él. En lo único en lo que las está estafando es acerca de quién es en realidad, y eso es un poco diferente. Es más propio de un fantasioso.

—Kieran Drake dijo que el tipo con el que salía Naomi era rico y tenía un piso en el centro. Madden no podría irse de rositas después de decir tamaña mentira. —Me enfrento al toro y propongo una teoría totalmente carente de fundamento—. A lo mejor le soltó esa trola a Naomi y luego ella, cuando lo vio en la casa de los Connor, oyó a alguien decir algo que sugería que Madden era simplemente un criado, se lo dijo y él se enfureció.

—Es posible —dice Parnell en tono prudente—. No creo que se tomara de buen grado que alguien le descubriera la tapadera. Es evidente que su imagen es muy importante para él. Yo diría que es un poco narcisista, como mínimo se le acerca bastante. Todas esas tonterías que dijo acerca de Charles Stewart Parnell... Necesita sentirse intelectualmente superior a todo el mundo, incluso a Lucas Stein, que es una enciclopedia con patas. «No te preocupes, Lucas, lo tengo controlado.»

Steele aporta otro ejemplo.

—«Poseo un umbral para el dolor muy por encima de lo corriente.»

—Sí, eso también —concuerta Parnell riéndose de otra terrible imitación—. Es el clásico alarde del narcisista.

Steele emite un gruñido.

—Fantasioso. Narcisista. ¿Algún otro más «ista», ya que estamos?

—Sí, sexista —contesto yo—. Todo eso que dijo de las tareas domésticas y los deberes del

colegio de su hija, y de que Rachel es muy rigurosa en esas cosas. Este tipo es odioso.

—Estoy de acuerdo. —Sigue una larga pausa durante la cual Steele se pasa una mano por la cara. Al parecer está librando una lucha interna—. ¿Pero es claramente el culpable? ¿Qué fue lo que dijo de su mujer? ¿Podría ser...?

Parnell lanza un suspiro que le agita todo el pecho. En un principio lo tomo como una señal de indigestión, pero no lo es: es exasperación.

—Kate, no. —No la llama «jefa», sino «Kate»; está claro que intenta apelar a su sentido común—. Por favor, dime que no te has creído todas esas estupideces. Precisamente tú.

Una frase que implica que a mí sí me incluiría.

Animada por la mente abierta de Steele, decido exponer en voz alta una cosa que lleva varias horas dándome vueltas por la cabeza.

—¿Sabéis?, considero que no podemos ignorar el hecho de que Joseph dijera hace tres meses, es decir, bastantes semanas antes de que Naomi pisara siquiera el asfalto de Heathrow, que su mujer estaba mostrando una conducta extraña y que lo estaba amenazando con hacerlo sufrir. Y después, hete aquí que a su mujer le surge una oportunidad en bandeja de plata cuando aparecemos nosotros. —Parnell niega con la cabeza; está claro que no quiere cambiar de idea—. Mira, no estoy diciendo que lo considere inocente; tenemos más material que sugiere que es culpable. Pero también pienso que la esposa podría estar mintiendo acerca de la coartada de Joseph con el fin de perjudicarlo. Podría. Aunque lo de destruir su ropa, no sé..., eso parece propio de una mente más calculadora.

—Ahí es más o menos donde estoy yo —dice Steele con una sonrisa—. Bien, Kinsella, ¿qué posibilidades hay de que tú y yo estemos en la misma onda?

Aun así, no es una onda tan acogedora como la de estar del lado de Parnell. Estoy muy acostumbrada a eso de nosotros dos contra los malos. Nosotros dos contra Steele. Me entristece pensar que Parnell duda de mí, que cuestiona mi criterio. Me siento un poco huérfana, aunque suene patético.

—Lu, escúchame un momento —dice Steele en tono cariñoso, ahora convertida en «Kate»—. Todavía no sé qué creer, esa es la verdad. Lo único que sé es que hasta que tengamos pruebas forenses más contundentes, porque no nos conviene que mañana a un jurado le entren escalofríos con las pruebas circunstanciales, como le ocurre a Kinsella, la ropa desaparecida de Madden y las contradicciones de su esposa respecto de su coartada son las pruebas más firmes con que contamos, de modo que tenemos que asegurarnos de que ella está más limpia que una patena. No podemos correr el riesgo de que esto nos salga caro más adelante, dentro de unas semanas o unos meses, cuando la esposa cambie de opinión porque han hecho las paces. Opino que necesitamos examinar a esa mujer más detenidamente, eso está claro. —Apoya las manos en la mesa y tamborilea levemente con los dedos—. Ya está, ya lo he dicho.

Parnell continúa escéptico.

—Si la retenemos bajo custodia, eso le indicará a Stein que estamos dando crédito a lo que ha dicho Madden. ¿Estás segura de que quieres hacer eso?

Steele tarda cinco segundos enteros en resolver el problema.

—Pues entonces hagámoslo de manera informal. Sin necesidad de que la esposa se acerque siquiera por esta comisaría. Lo investigamos todo en secreto, todo aquello que intentará captar Stein para demostrar que Rachel está empeñada en perjudicar a Joseph: las llamadas del teléfono, los extractos del banco, lo de siempre. Mientras tanto tú, Cat, puedes hacer el papel de agente de comunicación con la familia con guante de seda. —Va exponiendo el plan sin interrupciones; se nota a las claras que ha estado todo el día pensando en la estrategia—. Pero mira que digo «con

guante de seda». En este caso no se necesita una dedicación completa. Sigo necesitando que estés aquí, pero también quiero que te hagas un poco amiga de Rachel, ¿de acuerdo? Mantenla informada de lo que va ocurriendo. Suéltale el típico discurso de que ella también es una víctima y todo eso. En estos momentos, Rachel Madden es nuestro mejor testigo, nuestra principal prueba, y te la confío a ti, querida. ¿Vas a dar la talla?

Tardo dos segundos enteros en apartar a un lado mis dudas.

Misión aceptada.

² Personaje de ficción de la obra *La vida secreta de Walter Mitty*. El protagonista lleva una vida aburrida, pero, gracias a su imaginación, se traslada a escenarios imaginarios llenos de acción y heroísmo. (*N. de la T.*)

—¿Está de broma? Esto es un chiste, ¿no? —exclama Rachel con una risa forzada, llena de desesperación—. A ver, obviamente ya sabía que de alguna manera sería culpa mía, pero es que esta vez a Joseph se le ha ido la cabeza del todo.

Tercera vez esta tarde que tengo suerte, o por lo menos tercera vez que me siento menos estresada.

Este es mi tercer encuentro con Rachel Madden, pero el primero sin que esté presente Kirstie Connor, y, la verdad, es igual que respirar a menor altitud: infinitamente más agradable. Sin la presencia impositiva y nerviosa de Kirstie, Rachel parece menos constreñida, más comunicativa.

—Así que yo le he escondido la ropa, ¿no? Estoy mintiendo acerca de su coartada, ¿no?

Estamos sentadas la una frente a la otra en la sala de estar de los Madden, donde reina un calor sofocante. Yo, en un puf forrado de cuero, o como demonios se llame esta cosa tan incómoda, y ella en la butaca, vestida con una bata guateada de color rosa que añade un poco de bulto a su constitución menuda. En el aire flota un olor denso y empalagoso a velas baratas, y todas las sillas y todas las superficies están abarrotadas de montones de ropa recién planchada. Al parecer, citando las propias palabras de Joseph, en lo relativo a las tareas domésticas Rachel es ciertamente muy rigurosa.

—¿Y que además le he amenazado? —Lo dice como si fuera una idea disparatada—. ¿Y con qué le he amenazado, exactamente? ¿Con tener un poco de vida propia? ¿Con volverme menos dependiente de él? Porque es con eso con lo que él se siente amenazado: con la idea de que Clara se vaya de casa y yo empiece a volar con mis propias alas.

—Dijo que usted lo amenazó con hacerlo sufrir —le digo—. Para hacerlo pagar por haber sido tan mal marido.

Rachel abre unos ojos como platos, más sorprendida que furiosa.

—Bueno, es posible que haya dicho algo parecido en el calor de una discusión, alguna vez. Probablemente más de una vez. ¿Pero en serio que Joseph ha denunciado eso? —Sacude la cabeza en un gesto negativo, exasperada—. Dios, sabía que esto estaba yendo a peor, pero... —Deja la frase sin terminar y agacha la cabeza.

—No ha sido exactamente una denuncia. Simplemente estaba preocupado por lo que pudiera hacer usted.

Rachel levanta la cabeza de golpe.

—¿Qué, como por ejemplo esperar a que asesinaran a un empleado temporal o a un pariente para incriminarlo a él? ¿Es que se ha vuelto loco? ¿O se ha vuelto loca usted?

En el despacho de Steele todo parecía la mar de sencillo, mis instrucciones estaban sumamente claras. Explicar las acusaciones a Rachel Madden. Escuchar. Evaluar. Regresar e informar. En cambio, ahora me siento idiota incluso por el hecho de estar aquí. Por formular estas preguntas. Por tomar a broma lo que ha dicho Joseph Madden, que seguramente son bobadas.

Mantengo un tono de voz firme y sereno.

—Mire, he venido a ayudarla, ¿de acuerdo? A mantenerla informada, a ser una especie de

amiga suya, por extraño que pueda parecer. Pero eso significa que también voy a tener que hacerle preguntas difíciles. Y antes de que me responda quiero que recuerde dos cosas. Una: que tengo la obligación de preguntárselas. No la estoy acusando de nada ni implicando en nada, simplemente estoy haciendo mi trabajo, ¿de acuerdo? —Rachel se encoge de hombros, cómoda hasta donde puede con esta primera parte—. Dos: que ha muerto una joven. Usted debe imaginársela como una chica de veintidós años, joven e impresionable, no mucho mayor que Clara. —Dejo que esto vaya calando mientras acerco un poco más el puf en que estoy sentada; no es una maniobra estratégica, es que la estufa de gas me está chamuscando la espalda—. Necesitamos saber la verdad de lo que le sucedió. Necesitan saberla sus padres.

No sé muy bien si ha sido por la referencia a Clara o por la de los padres de Naomi, pero esto nos ha permitido formar una frágil alianza.

—Bien, pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Sabe usted dónde está la ropa de Joseph? La que llevaba puesta el sábado por la noche.

—No.

Tan perfecta como un testigo entrenado dirigiéndose a un jurado. Con voz firme pero sin estridencias. Insistente pero no maleducada. Sin melodramas. Sin retintín. Diciendo simplemente no.

—¿Y mintió acerca de la hora en que volvió a casa?

—No —repite Rachel, esta vez un poco más recelosa—. Pero ya le dije que no sé con exactitud a qué hora volvió. Lo único que sé es que Kirstie llamó a eso de la una, eso es algo que podrá comprobar en mi teléfono, ¿no? Kirstie estaba preocupada por mí —agrega adelantándose a mi siguiente pregunta—. Ella sabía que Joseph iba a echarme la bronca por lo de fumar y simplemente quería saber si estaba bien. De todas formas, estuvimos hablando unos minutos, pero ella estaba todavía tan borracha que decía cosas sin sentido. Después de eso intenté leer unas cuantas páginas de mi libro, pero estaba demasiado achispada y creo que leí la misma frase diez veces, así que apagué la luz y me dormí. Debía de ser alrededor de la una y cuarto, y desde luego Joseph no había vuelto.

—Entonces, ¿no entró en el dormitorio como una tromba ni le arrebató el edredón? ¿Usted no le arrojó una foto enmarcada?

—¡No! ¿Es eso lo que está diciendo? —La estupefacción inicial da paso a una risa entrecortada—. Bueno, no sé, parece justamente algo que podría haber pasado en alguna ocasión. Y probablemente ha pasado. Pero el sábado por la noche no, desde luego que no.

De pronto empieza a oírse una música procedente del cuarto que está justo encima de nosotras. Una música con los tonos distantes y lastimeros de Drake, que lloran la pérdida de un amante que ha tenido la osadía de pasar página.

Giro la cabeza hacia el techo.

—¿Y qué me dice de Clara? A lo mejor ella oyó algo.

—No oyó nada. —Rachel cambia ligeramente de postura, una leve perturbación en la superficie de un mar por lo demás totalmente sereno—. Nos oyó discutir cuando llegamos a casa, de modo que se puso los auriculares. Y se quedó dormida con ellos puestos. Es su forma de aislarse cuando nosotros nos peleamos.

Me vienen recuerdos a la memoria. Yo tenía siete años y me consolaba comiendo patatas fritas y bebiendo Fanta, ambas cosas sustraídas del sótano del pub, mientras mis padres se arrancaban la piel a tiras en el piso de arriba. Haciendo correr el tiempo otros siete años más, ya no me consolaba con patatas fritas, sino con vodka. Vodka y chicos mayores.

Clara ha tenido una buena idea: la música es una muleta mucho menos peligrosa.

—Hemos encontrado el coche de Joseph —le digo a Rachel al tiempo que empujo esos recuerdos al fondo de mi cerebro, la zona que cobra vida a las tres de la madrugada—. Había entrado en el taller Shelby's de Arnos Grove el 25 de octubre. —Rachel cambia otra vez de postura, no sabe muy bien adónde quiero ir a parar con esto—. La cosa es que Joseph afirma que usted estaba enterada, porque él ha estado utilizando el coche de usted mientras el suyo permanecía en el taller. Y si eso es cierto, Rachel, entonces usted tiene muy mala memoria o deliberadamente ha ocultado esa información a la policía. ¿Cuál de las dos cosas es?

—¿Volvió a llevarlo a Shelby's? Pues en ese caso no me sorprende que hayan tardado tanto en dárselo. Está siempre presumiendo de que Marc Shelby le hace un precio de amigo, pero por lo visto no se da cuenta de que por eso Shelby lo pone el último de la lista. —Yo la miro con un gesto que dice que está desviándose del tema—. Sí, vale, ahora que lo menciona, últimamente ha estado utilizando mi coche, pero eso no es tan raro. A menudo usa mi coche cuando el suyo se ha quedado sin gasolina y no tiene un céntimo. Sinceramente, no tenía ni idea de que el coche estaba en el taller; desde luego él no me lo dijo. Claro que últimamente hay muchas cosas que no me dice. —Se inclina hacia delante y se rodea con los brazos, un ademán de protección más que un gesto defensivo—. Antes era todo lo contrario, ¿sabe? Me llamaba por teléfono diez o quince veces al día, y yo, Dios me libre, no contestaba. Siempre me pareció un tanto excesivo, un poco posesivo, pero quizá eso sea mejor que verse ignorada.

—Joseph ha solicitado verla —le digo, sin saber muy bien si mi intención es provocarla o consolarla—. No va a ser posible, pero...

—¡No! Ni hablar, estando así. —Aferra los brazos de la butaca como si la aterrorizase que yo pueda obligarla a salir de la casa y enfrentarla a su marido—. A ver, sí que quiero verlo, por supuesto que sí. Quiero que venga a casa, por el amor de Dios. Pero es que va a enfadarse mucho conmigo. —Aferra la butaca con más fuerza, hasta que los nudillos se le tornan de un blanco perlado—. ¿Durante cuánto tiempo van a retenerlo?

—Nos han concedido tres días más.

La expresión de su rostro es de indignación, pero su lenguaje corporal la delata: afloja las manos y relaja los hombros. Acaba de inundarla una oleada de alivio. Tres días de paz.

—¿Puedo verlo yo?

Clara Madden, convertida en una sombra de la chica que la otra noche en la cocina de los Connor dedicaba anchas sonrisas a todo el mundo y lanzaba agudas frases ofensivas, aparece ahora en la puerta, vestida con unos pantalones cortos de tamaño microscópico y una camiseta ceñida o, como decía mi abuela, un «atuendo que no daría de sí ni para un cuervo».

Rachel acude a su lado y le toma la cara entre las manos para mirarla a los ojos.

—No, cielo, no es muy buena idea. En estos momentos papá está un poco estresado y solo te alteraría. Ya sabes que te alteras muy fácilmente.

—De todas formas no te lo iban a permitir —le digo yo— mientras lo estén interrogando.

De repente Clara explota y golpea el marco de la puerta con las dos manos. El golpe seco me hace dar un respingo; en cambio, ella apenas se inmuta.

—¡Es una puta injusticia! —exclama—. ¿Sabes que todo este asunto está ya circulando por todo Snapchat? Bueno, por lo menos según me han contado, dado que ya no tengo ni teléfono ni portátil.

Le ofrezco una media sonrisa, neutral, casi pidiendo disculpas.

—Mañana veré cómo llevan ese asunto, ya no deben de tardar mucho.

—«Ya no deben de tardar mucho» —repito parodiándome, al tiempo que pasa al interior de la sala—. ¿Usted tiene la menor idea de lo que se siente cuando la gente obviamente está hablando

de ti, pero sin tener ni idea de qué va la cosa? Es peor que una tortura.

—Quizá sea mejor no saberlo —respondo.

—Quizá sea mejor no decir topicazos inútiles.

Ay. Hemos tocado una fibra sensible.

Rachel intenta abrazar a su hija, pero esta la empuja y la aparta; es evidente que no está de humor para carantoñas.

—Como si no tuviera ya bastantes problemas en el instituto, mamá. ¿Por qué puñetas está ocurriendo esto? —Antes de que Rachel pueda responder, Clara sale huyendo de la habitación, descarga otro golpe contra el marco de la puerta y vuelve a subir la escalera a toda velocidad. A mitad de camino se la oye exclamar—: ¡A la mierda mi vida y a la mierda mi padre!

Rachel se gira de nuevo hacia mí, pero menos molesta de lo que yo esperaba.

—Lo siento mucho. Así son las chicas de diecisiete años, explosivas cuando están de buenas, y ahora esto.

—No hace falta que se disculpe. Ella también es una víctima. Si tiene una relación estrecha con su padre, se portará mal.

—¿Una relación estrecha con Joseph? —Este es un concepto desconocido para Rachel, a juzgar por la expresión de su cara—. Clara ansía la aprobación de su padre, aunque ella no quiera admitirlo, pero yo no diría que tienen una relación estrecha. —Su expresión se transforma—. Oiga, ¿le apetece tomar algo?

La verdad es que me apetece muchísimo. Aunque, por descontado, lo que me gustaría realmente es que mi padre no me hubiera hecho esa llamada y que Aiden no hubiera dejado de llamarme. Y que Naomi siguiera estando viva. Pero como es poco lo que puedo hacer para remediar esas cosas, me apetece beber suficiente vino como para limar mis asperezas y suficiente vodka como para convencerme de que me da todo igual.

Es una lástima, por lo tanto, que la costumbre de tomar copas durante el trabajo desapareciese en los años setenta, junto con los Ford Cortina de color marrón y el grupo de los Bay City Rollers.

—Bueno, yo voy a tomarme una copa —anuncia Rachel sin esperar respuesta.

La acompaño hasta una cocina estrecha y alargada que hace que los Bay City Rollers parezcan modernos: gruesos armarios de madera de roble, azulejos de terracota y una ventana para servir, también cubierta de madera; todo ello le confiere sin querer un aire retro. A un lado hay una botella medio llena de ginebra de supermercado, lo cual seguramente explica por qué Rachel parece estar más relajada de lo habitual.

—Vale, tengo ginebra, cerveza, sidra..., la de pera o la normal. —Abre la puerta del frigorífico—. Y también tengo vino, aunque lleva abierto una semana. O agua mineral, pero es de Joseph, de modo que mejor no la abrimos. No bebe agua del grifo, dice que el agua del grifo es como la del váter, pero que lleva anticonceptivos añadidos. Si se piensa un poco, tiene razón.

«Te pillé, Joseph Madden. Ya he leído ese artículo en *The New York Times*. Y sonreí al leer esa misma frase. Puede que tu esposa crea que eres un sabio, un tipo muy ingenioso que posee mucho mundo, pero yo sé que eres un perverso que exhibe las opiniones de otros como si fueran tuyas. No eres tan listo como crees.»

Este pensamiento me levanta enormemente el ánimo.

—Aunque me gustaría mucho tomarme una copa, me vale con un vaso de agua del váter. —Iba a explicarle que estoy de servicio, pero ahora que he apartado a un lado las preguntas incómodas, ha llegado el momento de la Operación Coleguitas, como si fuera una noche solo de chicas—. Malditos antibióticos —añado chasqueando la lengua—. Mejor no beber.

Rachel se sirve una copa: tres partes de ginebra y una parte de lima, y se apoya contra la

encimera.

—Eso es un mito, ¿sabe? Solo hay unos cuantos antibióticos que no se deben mezclar con alcohol: metronidazol, eritromicina y... —Cierra los ojos e intenta hacer memoria—. Vaya, ahora no me acuerdo de los demás. Es que ya ha pasado una eternidad.

—¿De qué?

—De la vida que tenía yo antes de Joseph. Antes de entrar en Coach and Horses de Greek Street y de que el hombre más guapo que había visto en mi vida me pidiera fuego. —Da vueltas a la bebida en el vaso, ensimismada en los recuerdos—. En aquella época no estaba tan en contra del tabaco.

—¿Y lo de los antibióticos?

—Ah, sí, perdone. Cuando conocí a Joseph, estaba estudiando para enfermera. Y también era bailarina. Clara llegó al mundo al año de aquello, y tuve que dejar las dos cosas.

—¿Qué era lo que bailaba? —Estoy mostrando una sonrisa que pudiera ser en parte sincera—. Yo, de joven, hacía danza irlandesa. En mi caso, tuve que dejarla por los chicos.

Rachel sonrío.

—Oh, yo hacía un poco de todo. De jovencita era una promesa del *ballet*. Incluso se mencionó la Royal Academy, aunque habría necesitado obtener una beca porque mis padres no eran ricos. Y tampoco tenían tanto interés, y si uno quiere triunfar en la vida tiene que tener unos padres que se interesen, creo yo. No me entienda mal, no eran malos padres, simplemente eran... pasivos, un poco fríos. Nos daban de comer y de vestir, seguridad y un techo, y pensaban que con eso ya era suficiente, supongo. Misión cumplida.

—¿De modo que no continuó con el *ballet*?

—Engordé demasiado. —Le dirijo una mirada de incredulidad—. Sí, ya sé que cuesta creerlo. Pero es que ese mundillo es muy cruel. La mínima insinuación de un pecho o una cadera le recuerda al público que eres un ser humano, y se supone que no has de ser un ser humano; has de ser arte.

Decido cambiar el rumbo de la conversación, porque la ginebra y el remordimiento no casan bien.

—¿Tuvo a Clara siendo muy joven? —Yo le calcularía una edad en torno a los treinta y muchos años, pero si tiene más, una dosis de halago no le vendrá mal a la Operación Coleguitas.

—A los veintiuno. —Así pues, dado que Clara tiene diecisiete, Rachel tiene treinta y ocho. Decididamente, la hermana mayor—. Supongo que eso fue tenerla de muy joven. Desde luego, mis padres no se alegraron precisamente. En aquella época el dolor de cabeza era Marcus; nada grave, simplemente era un poco alocado. Se suponía que la buena era yo. De la que podían presumir en la British Legion, la que tenía una estupenda carrera de enfermera, un marido estable con un comercio estable, una casa bonita y más tarde quizá un par de niños calzados con las zapatillas deportivas a la última moda. —Aspira un poco por la nariz—. ¡Una casa bonita! ¿Quién tiene en Londres una casa bonita, aparte de los famosos y los que trabajan en la City?

—Marcus y Kirstie, sí. Bueno, será bonita cuando esté terminada.

—A saber cuándo. No se lo pueden permitir económicamente, ¿sabe? Usted solo ha visto la cocina. Debería subir a la planta de arriba y ver el cuarto de baño: es como si hubiera sufrido un bombardeo. Y la casa entera necesita una mano de pintura, y también renovar el cableado eléctrico. Joseph les dijo que estaban comprando algo que iba a ser un pozo sin fondo, pero ellos no le hicieron caso. Para ellos lo importante es el código postal, la zona de influencia. Ellos apuntan muy alto, ¿sabe?

Hay algo en esta última afirmación que no acabo de entender. Pero esa inquietud pasa

enseguida, y sin darme cuenta ya me toca hablar otra vez.

Regreso a temas anteriores.

—¿Así que después de tener a Clara no volvió a retomar la enfermería?

—No. Pasados unos años, perdí la seguridad en mí misma. Y de todas formas me encantaba ser madre a jornada completa. Y todavía me gusta. No sé qué voy a hacer cuando Clara se vaya a la universidad.

—Entonces, ¿usted no trabaja?

—Hago trabajillos aquí y allá. Cuido de Danny una vez por semana. Kirstie y Marcus me pagan una pequeña cantidad, y yo soy mucho más barata que la mayoría de las canguros de Muswell Hill. ¡Una de ellas pedía ciento cinco libras al día! Le dije a Kirstie: «¿Qué es lo que les dan de comer? ¿*Foie gras*?». —Ya casi se ha terminado la copa, y aunque no es que tenga la pronunciación gangosa, está hablando de forma relajada, con los hombros caídos—. También trabajo unas ocho horas a la semana para Marcus, le llevo la administración de BAGS. De hecho, mañana tengo que ir a su casa. No sé si eso me ayudará a quitarme las preocupaciones de la cabeza o si lo que pretendo es esconderme del mundo. ¿Qué opina usted que debería hacer?

—Sus padres deben de estar orgullosos de Marcus —comento, sin responder a la pregunta.

Una risa estridente.

—No sé. Ninguno de los dos los ha visto en estos años. Yo tuve una bronca con ellos por motivo de Joseph, y Marcus se puso más bien de mi parte. Y, bueno, a causa de eso ellos también se enfadaron con él. Por Navidad nos intercambiamos alguna que otra tarjeta de felicitación, pero nada más.

—¿Están en Londres?

—En Uxbridge, si es que eso puede considerarse Londres. Allí fue donde nos criamos Marcus y yo. Es un sitio de lo más curioso: forma parte de un distrito de Londres, pero no es lo que se dice Londres Londres, no sé si me entiende. Es una zona limitada a los que viven allí, como vivir en un pueblo. Era justo lo que hacían mis padres: la única vez que venían al Londres propiamente dicho era para ver las luces de Navidad de Oxford Street; el resto del tiempo se quedaban en Uxbridge, hacían la compra en el supermercado de allí y acudían a los pubs de allí. A Joseph aquello lo ponía furioso. No lo entendía. Estaba deseando marcharse de Sheerness.

Intento ubicar ese sitio, pero fracaso tristemente.

—Perdone, en geografía estoy fatal.

—No tiene por qué haber oído hablar de ese lugar. Está en la isla de Sheppey, en la costa norte de Kent, prácticamente.

—¿Y cuándo se mudó Joseph a Londres?

—En cuanto pudo. Al cumplir los dieciséis, calcula él. Lo más probable es que sea una exageración, pero se entiende lo que quiere decir. Londres le estaba esperando para conquistarlo, así es como lo ve él. Así es como lo ve todo. Aunque Kirstie es igual: ella es de un pueblo de las Midlands y Londres siempre fue lo más, ¿comprende? Lo más de lo más. Yo creo que cuando uno se ha criado en Londres, o prácticamente en Londres, como nos ha ocurrido a Marcus y a mí, uno lo lleva en la médula de los huesos, pero no se siente tan impresionado. Te resbala un poco.

Entiendo lo que está diciendo Rachel, pero discrepo respetuosamente. Yo todos los días me siento primero fascinada, luego horrorizada y después estimulada por esta ciudad. Hay ocasiones en las que experimento esas tres sensaciones en el espacio de una hora.

—Marcus y usted parecen estar muy unidos —comento, para ir avanzando.

—Supongo. Aunque seguramente en estos últimos tiempos estoy más unida a Kirstie. Desde luego, a ella la veo más.

—Siempre es bueno tener una buena amistad con la familia política.

—¿Amistad? —repite Rachel, sorprendida—. No sé muy bien si yo lo consideraría precisamente amistad. Ninguna de las dos tiene muchas amigas, ese es el problema. Kirstie, porque trata muy mal a la gente; y yo, porque soy muy reservada, y supongo que por eso hemos terminado apoyándonos la una en la otra. ¿Eso nos convierte en amigas? No lo sé. Sin embargo, ella representa un buen modelo para Clara, eso hay que reconocerlo.

—¿En qué sentido?

—Bueno, como digo, es una persona que tiene ambiciones, y yo quiero que Clara también las tenga. Quiero que haga algo importante en la vida. —En el aire queda flotando la insinuación de «que no sea como yo», a modo de reproche contra sí misma—. Oiga, ¿le importa que fume? Pero tendré que abrir la puerta de la calle, para que Joseph no note el olor a humo cuando vuelva.

—Claro, fume cuanto quiera. Pero debería probar el vapeador —agrego con amistosa preocupación—. Mi jefe lo defiende a capa y espada. Bueno, actualmente; antes lo odiaba a muerte.

Rachel esboza una media sonrisa enturbiada por la ginebra y va hacia la puerta de la calle para abrirla.

—Ya probé el vapeador en una ocasión —rememora—, pero Joseph dice que es una debilidad, que no sustituye a la fuerza de voluntad. Por supuesto, él dejó el tabaco de golpe. —Chasquea los dedos y regresa conmigo—. Me parece que Clara también ha empezado a fumar, porque se lo noto en la ropa, y el aliento le huele a menta. Eso también va a ser culpa mía, ya verá. Bueno, en realidad es culpa mía, pero no se lo puedo reprochar, claro. Además, últimamente ha estado bastante estresada.

—¿Ha mencionado algún problema en el instituto?

De repente resurge la madre tigresa.

—Otras personas tienen problemas, ese es el problema. —Aguardo unos instantes a que se explique y entretanto me pregunto si llegará a servirme ese vaso de agua del grifo que me ha prometido o tendré que servírmelo yo. Tengo la boca reseca—. El problema es que Clara es inteligente. Muy inteligente. Iba a presentarse al examen de entrada en Cambridge, hasta que Joseph le quitó la idea, y, claro, si una es inteligente y a la vez guapa, a algunas chicas eso no les hace ninguna gracia.

Muy cierto. A algunas chicas no les hace gracia, sobre todo a esa edad. Pero tengo la impresión, esa intuición de detective que resulta tan aguda, tan clarividente, de que seguramente aquí hay más miga. Al fin y al cabo, se puede ser inteligente, guapa y caer estupendamente bien. Lo que ocurre es que Clara Madden, con su insolencia y esa lengua tan sucia, no cae bien. Y vaya toda mi admiración hacia ella, he de decir.

Así y todo, no hay nada que lave tanto la imagen de uno como el amor de una madre.

—¿Y por qué Joseph le quitó la idea de ir a estudiar a Cambridge?

Rachel todavía está rabiosa.

—La convenció de que no iba ser capaz de soportar la presión. Yo estaba furiosa. En serio, hace no tanto tiempo pensar en Oxford o en Cambridge habría resultado ridículo; en cambio, ahora están muy centrados en la diversidad, en dar la oportunidad a alumnos de las clases trabajadoras, en intentar elevar la tasa de solicitudes. Y Joseph solo tuvo que hacer unos cuantos comentarios supuestamente «útiles», pero de hecho totalmente negativos, para que a Clara le entrase miedo y decidiera aparcar la idea.

Da otra calada al cigarrillo, para calmarse, y contempla cómo va elevándose la tenue nube de humo.

—A Joseph no le gustan mucho las universidades; dice que lo único que hacen es llenarle a uno la cabeza con dogmas de otras personas. Y él, por lo menos, quiere quedarse en Londres. Cerca de casa. Pero Clara tiene la ilusión de ir a York, Exeter; me parece que lo que más le apetece en estos momentos es Leeds. —Todas son grandes universidades y, un detalle interesante, todas se encuentran a trescientos kilómetros de distancia—. Yo lo único que quiero es que vaya allí donde esté contenta. Se esfuerza mucho, y no me refiero solo al instituto. Trabaja cuatro turnos por semana recogiendo vasos en no sé qué pequeño pub de Wood Green y también le hace algunas cosas a Kirstie: buzoneo, limpiar la base de datos, de todo. Clara sabe que no podemos permitirnos mandarla a la universidad, de modo que intenta juntar todo el dinero que pueda. —Da un golpe en la mesa con la copa, mostrando por fin lo injusto que le parece todo eso—. ¿Sabe?, todo esto está ocurriendo en el peor momento, ahora que Clara está precisamente enviando las solicitudes. El plazo finaliza en enero. Esto no puede estropearle el futuro, de ninguna manera. Se ha esforzado muchísimo. Yo también me he esforzado muchísimo.

«Y no pienso tolerar que la muerte de la hija de otro eche a perder el futuro de la mía.» Estupendo.

—Rachel, tengo que decir que parece estar más preocupada por el futuro de Clara que por Joseph. La mayoría de las personas estarían echando humo.

—La mayoría de las personas no están casadas con Joseph. A mí ya no me sorprende nada.

—¿Y aun así está segura de que él no ha podido hacer esto?

Se gira hacia mí con el codo apoyado en la cadera y el cigarrillo apuntando hacia el techo.

—¿Usted tiene novio, agente? —Respondo con un «no» mudo, en parte porque no estoy segura de seguir teniéndolo, pero principalmente porque ya he manchado lo suficiente la reputación de Aiden por el mero hecho de estar con él, y desde luego su nombre no debe mencionarse en el interior de esta cocina asfixiante y carente de alegría—. Bueno, pues entonces es posible que no me entienda, pero cuando se quiere a una persona, y me refiero a quererla de verdad, incluidos sus defectos, se la conoce muy a fondo. Uno llega a saber qué cosas es capaz de hacer, pero también sabe dónde pone los límites. Joseph no lleva un asesino dentro.

—¿Y lleva dentro fingir que se ha ido a un viaje de trabajo cuando en realidad está acostándose con otra mujer, en Londres, bajo sus propias narices? —Rachel se muerde el labio, y yo experimento una punzada de culpabilidad. Pero se me pasa al pensar en Naomi y su edredón estampado de soles—. Usted afirma conocerlo a fondo, pero ni siquiera sabe de qué forma se gana la vida de verdad. Joseph jamás ha puesto un pie fuera del Grindhouse. Jamás ha ido ni a Barcelona ni a ninguna otra parte.

Esperaba que Rachel se replegara sobre sí misma, pero lo que hace es expandirse y cuadrar sus exiguos hombros.

—No siempre ha trabajado en el Grindhouse, ¿sabe? Hace años tenía un empleo estupendo en la City, en una agencia de contratación de personal de informática. Estaba totalmente encantado con aquel empleo: la cultura de empresa, el prestigio. En cuanto al dinero, tenía sus ventajas y sus inconvenientes: bajo salario base, altas comisiones, lo normal. Pero se le daba muy bien. Había más meses buenos que malos. Durante una temporada tuvimos un piso muy bonito en Tufnell Park, bueno, más bonito que este, pero cuando Joseph se quedó sin trabajo ya no pudimos conservarlo. Yo le dije que nos fuéramos de Londres y nos mudáramos a otro sitio más barato, pero, naturalmente, para Joseph abandonar Londres es como reconocer que ha fracasado.

—¿Y por qué se quedó sin trabajo? —pregunto, esperando otro drama de la política de restricción de créditos bancarios.

—Porque hubo no sé qué bronca con un compañero, algo que tenía que ver con quién había

conseguido un cliente, me parece. Sea como sea, Joseph lo dejó. Les dijo a los de la empresa que se metieran el empleo por donde les cupiese. —Hace un leve gesto de admiración, como diciendo: «A mi marido no lo controla nadie».

—¡Pero si estaba ganando un buen sueldo! ¿No podría haberlo contratado Kirstie?

—En aquella época Kirstie también era una esclava. Y, de todas formas, la contratación de personal para el mundo de la moda y para la informática son completamente distintas. Así y todo, Joseph la asesoró mucho cuando ella montó su propia empresa. Es muy inteligente, muy listo.

La ginebra de supermercado. Las baldosas agrietadas. El montón de facturas impagadas pegadas en la puerta de un frigorífico hecho polvo...

—No era tan listo cuando dejó un empleo donde le estaban pagando bien.

Rachel abre la boca y la vuelve a cerrar rápidamente, pero si piensa que va a escabullirse de esta, más vale que se lo piense de nuevo.

—¿Rachel?

—¿Qué? —Endereza la postura, de pronto de lo más resuelta—. Ay, perdone, al final no le he puesto nada de beber. Qué maleducada soy. Discúlpeme, no sé dónde tengo la cabeza. ¿Seguro que solo quiere agua?

—Rachel, ¿iba a decir algo acerca del trabajo de Joseph?

—No era nada. —Hago uso del silencio y de una mirada beligerante; la pausa dura diez segundos enteros—. Es que... Bueno, la cosa pasó al plano físico, me parece. No conozco los detalles, no quise saber nada. Pero sí sé que la culpa la tuve yo. —Inclino la cabeza hacia un lado, sinceramente intrigada por saber cómo se las arregló Joseph para dar ese giro a la situación—. No lo apoyaba lo suficiente en casa —explica Rachel, no lo bastante cáustica para mi gusto—. En cuanto Joseph entraba por la puerta, yo comenzaba a estresarlo. Al parecer, eso hizo que perdiera los nervios en el trabajo.

—De forma que es evidente que Joseph tiene mal genio.

—Lo que tiene es mucha rabia. —Rachel se aprieta el puño contra el estómago—. Le nace de aquí. Es él contra el mundo. Le encanta considerarse un lobo solitario. En gran parte, esto tiene que ver con su familia. No llegó a conocer a su padre, y a su madre le gustaba mucho la fiesta. Yo no la conocí, pero Joseph dice que no era capaz de dar de comer ni a un conejo, así que mucho menos de educar a un hijo. Ya no vive.

—¿De modo que siente rabia hacia las mujeres?

—Siente rabia hacia mí, está claro. Kirstie también lo pone furioso a veces, pero, aparte de eso, no veo a Joseph con otras mujeres. Sin embargo, tengo entendido que suele caerles bien.

—Ah, ¿sí? ¿Quién le ha comentado eso?

—Él, naturalmente. —Apaga el cigarrillo aplastándolo con tanta fuerza contra el cenicero que queda reducido a una masa informe y a un poco de ceniza—. Con todo lujo de detalles, de hecho.

Más tarde, arrellanada en el único sillón que tengo con lo que ampulosamente llamo una bandeja de carne y de queso, que es en esencia dos muslos de pollo y un Babybel, repaso las llamadas de teléfono de Rachel Madden, sin dejarme intimidar por lo que ha escrito Swaines en la cabecera de la página.

Le he echado un vistazo rápido durante estas semanas, pero no he encontrado nada interesante. Una pena. ☹

Sí, una pena. De un tiempo a esta parte, el mundo de Rachel Madden es tan reducido que resulta trágico. Los cuatro mismos números, repetidos una y otra vez: Clara, Kirstie, un 0345, que

estoy bastante segura de que corresponde a una banca telefónica, y alguna que otra llamada ocasional de Marcus.

Joseph Madden no aparece desde el 3 de octubre, hace más de cinco semanas.

Sin embargo, lo que me interesa es lo que figura tres meses antes, o más. Al principio la pauta continúa, más o menos: Clara, Kirstie, la banca telefónica, Marcus de vez en cuando. Hay un número suelto de Londres que resulta ser el de las oficinas de Elite Fashion. También aparece en un par de ocasiones Caribbean, un establecimiento de comida para llevar. Durante unos momentos me siento intrigada por un número de móvil desconocido desde el que se han efectuado varias llamadas, más o menos en las mismas fechas en que Joseph Madden afirmó que su mujer se había vuelto chiflada (palabras textuales tuyas, no mías); sin embargo, dicha intriga dura poco, porque resulta ser el teléfono de una vulgar agencia de gestión de reclamaciones que recientemente ha sido sancionada por molestar a la gente con sus llamadas.

Pero de pronto, cuando el reloj ya va acercándose a las doce de la noche y fuera, en la calle, los borrachos empiezan a tararear *Bohemian Rhapsody*, aparece algo: varias llamadas efectuadas por Rachel a lo largo de un período de tres semanas del mes de julio.

Lo más probable es que no sea nada. Lo más probable es que sea menos que nada. Pero tras una segunda búsqueda en internet me quedo mirando fijamente la página web de Morgan Cripps LLP, un «importante bufete con oficinas centrales en Portsmouth» que tiene como objetivos «escuchar, defender, conseguir». Al principio me imagino que se trata simplemente de otro parásito picapleitos y que Rachel flipó, presentó una reclamación, les dijo que eliminasen su número de la base de datos y que se olvidasen de ella para siempre. Bien sabe Dios que esa gente tarda mucho tiempo en darse por enterada, lo cual explicaría el número de llamadas. Ocho en total.

Pero Morgan Cripps no es un bufete de abogados picapleitos, sino uno especializado en derecho de familia, y aunque pueda ser verdad que el mundo se está yendo rápidamente a la mierda, por lo menos, según afirma Parnell, no creo que hayamos llegado todavía al punto de animar a la gente a que rompa los lazos familiares.

«Hola, ¿ha llamado a usted a su cónyuge “cerdo repugnante” en más de una ocasión? En ese caso, tal vez debería estudiar nuestra oferta de divorcio exprés. Solo por consultarnos recibirá como regalo un reloj de mesa.»

¿De modo que Rachel Madden estaba pensando en divorciarse? Ello explicaría en parte lo de su conducta tan «poco característica», si es que tenemos que creer lo que dice Joseph Madden. Y si Rachel en efecto tenía la intención de «hacerlo pagar», pudo referirse al tema económico, aunque, en tal caso, eso demuestra de una vez por todas que no sabe ni una mierda acerca de su marido. El saldo actual de la cuenta bancaria de Joseph Madden hace que el mío parezca boyante.

Así y todo, constituye un salvavidas al que podría aferrarse la defensa, porque si Rachel Madden quisiera salir de su matrimonio, ese podría ser su motivo para mentir. Esa podría ser la razón de que esté disfrutando de ponerle las cosas incómodas a su marido.

Y eso arroja una «duda razonable» sobre el hecho de que haya contradicho la coartada de su marido.

Le dejo a Renée una nota en la que le pregunto si le importaría llamar a Morgan Cripps mañana por la mañana. Yo tengo que estar en otro sitio, y, de todas formas, a Renée se le da mejor que a mí lo del «secreto profesional». Renée se las ingenia para decir de forma delicada eso de «no me obligues a hacer uso de mi autoridad», mientras que yo voy directamente a hacer uso de mi autoridad. En mi defensa debo alegar que es cosa de la edad; la gente de mi generación se educó con mensajes de texto, correos electrónicos y mensajería instantánea, de manera que el teléfono no

se nos da tan bien.

Otra excusa estupenda para no devolver la llamada a mi padre.

Mi padre. Otra vez en primera fila. ¿De qué demonios tenemos que hablar, como no sea de lo del domingo por la mañana? Nuestra franja asignada de tiempo que pasar juntos, libre de peligros, con los temas de siempre.

El último drama de Jacqui con las obras de su casa.

El paradero de mi hermano Noel (según la última vez que pregunté, era la sala de custodia de la policía de Almuñécar, España).

El negocio del pub.

Mi sobrino Finn.

Mi querido Finn.

Con una fuerte palpitación, caigo en la cuenta de que a lo mejor mi padre me ha llamado para comunicarme que Finn ha sufrido otro ataque. En estos seis meses se le han estabilizado un poco, pero todos vivimos en un horrible compás de espera, aguardando a que llegue el siguiente ataque. Pero, en ese caso, ¿no me habría llamado Jacqui? De hecho, si la llamada tuviera algo que ver con nuestra familia, Jacqui estaría en medio de todo yendo como una polvorilla de un lado a otro, organizando, dando órdenes, dirigiendo el tráfico de nuestra vida. Lo cual quiere decir que la cosa no tiene que ver con la familia, sino con nosotros dos, él y yo.

Y la verdad es que en este preciso momento no puedo ocuparme de ello.

14

Viernes

Hay dos personas besándose en el metro mientras este hace su entrada en Canary Wharf, que es una distopía de Londres construida en los antiguos Docklands. Para ser justa, he de decir que casi estoy unida en sagrado matrimonio al joven profesional de la City al que he estado pegada con cola durante estos diez minutos, pero por lo menos tenemos la decencia de poner cara de sentirnos avergonzados. ¿Besándose, en serio? ¿En el metro? ¿A las ocho y media de la mañana? Y tampoco es un beso a lo esquimal, ni un somero piquito antes de separarse para iniciar la jornada de trabajo; es un beso como Dios manda: con lengua, saliva y mordiscos en los labios. Tal como Finn se ha aficionado a decir: «Aj, qué asco de ciudad».

Llego a la conclusión de que, claramente, esos dos están teniendo una aventura y les dirijo una mirada gazmoña y crítica cuando salgo del vagón para sumarme a la estampida de gente que recorre el andén.

Estoy siendo una idiota.

Ha sido una semana muy larga.

Y echo de menos a Aiden.

Hoy es la boda. La boda en Mulderrin a la que yo debería haber asistido. La de Declan, el primo de Aiden, con su novia Ava. No los conozco en persona, pero me cayeron bien al instante en cuanto leí la invitación:

Regalos no, por favor: donaciones al hospital de St Brigid.

Se aceptan niños y ancianos cascarrabias.

Obligatorio ser mal bailarín.

Mientras espero a Parnell frente a One Canada Square, esa torre tan alta que incluso cuenta con una luz de aviso para los aviones, daría cualquier cosa por estar ahora mismo en Mulderrin, enderezándole la corbata a Aiden y quejándome de la disposición de los asientos. Es tan intenso mi deseo de encontrarme allí que en vez de estar pensando en el caso busco en Google vuelos de Londres Stansted a Knock, a pesar de que la logística sería de todo punto imposible y la idea es una absoluta locura. La boda dará comienzo dentro de cinco horas, y ya solo el vuelo se merendaría todo lo que yo me gasto en comida en un mes.

Claro que Parnell se aseguraría de que no me muriera de hambre. Y también me salvarían la vida los batidos de proteínas y unos cuantos puñados de quinoa.

—Perdón, perdón. —Hablando del rey de Roma... Un rey que llega con un retraso de diez minutos y con cara de haber venido en el tren de la hora punta—. No sé cómo se las arregla la gente para hacer esto todos los días, en serio que no. —Se apoya contra una columna y se abanica con un ejemplar de la revista del metro.

—¿Una mala mañana?

—De lo peorcito. Nada más levantarme me he encontrado con que el cachorro nuevo me ha mordisqueado casi todos los zapatos que tengo, y luego, para colmo, un idiota aparcó delante de la entrada para vehículos de mi casa, de modo que no he podido sacar el coche. Por lo cual he tenido que ir andando hasta la estación de metro, y al llegar he visto que había un cartel que decía que la línea Victoria no funciona. —Se desabrocha con gestos torpes el primer botón y se afloja la corbata—. Dios, en Starsky y Hutch estas cosas no pasaban. Nunca se los veía ponerse nerviosos por que se les hubiera agotado el saldo del bonobús; simplemente se subían a su Gran Torino y arrancaban. —Levanta la vista hacia el bosque de rascacielos que nos rodean y después vuelve a bajarla hacia la avalancha de gente que está entrando por sus puertas—. ¿Sabes?, me acuerdo de cuando este sitio todavía estaba en obras. Qué digo, hasta me acuerdo de cuando era un muelle lleno de barcos, no de restaurantes de faláfel.

No es el Parnell que suele contar batallitas de abuelete. No es de sorprender que se acuerde de esos tiempos: Canary Wharf, por lo menos en su reencarnación como centro neurálgico del capitalismo, solo tiene treinta años. Luce una imagen de lo más resplandeciente o totalmente estéril, dependiendo de las preferencias estéticas de cada cual.

Le entrego un café.

—Toma, bébetelo deprisa, y que no te entre el pánico, lleva leche desnatada.

Parnell apura la mitad del café de golpe, sin preocuparse de que todavía está tan caliente como la lava.

—Dios, ya estoy hecho polvo y todavía ni siquiera ha empezado el día. Y pensar que esta mañana había empezado tan bien.

—No me digas. Así que, ahora que eres todo músculo, Maggie no te quita las manos de encima, ¿es eso?

Parnell responde con un bufido.

—No estaría mal. Los cachorros no son buenos para la vida sexual, Kinsella; ahí tienes una lección que aprender. —Se termina el resto del café—. Pero, bueno, es sexo más o menos. O la «sugerencia de sexo», como dicen nuestros amigos abogados. A las cinco de la mañana he recibido un encantador mensaje de Su Majestad. Los cabellos encontrados en el cuerpo y la cama de Naomi coinciden con los de Madden.

Hago una mueca de asombro.

—Menudo mentiroso, el tío.

—Bueno, no tan deprisa: coinciden a simple vista, por lo menos. No han podido obtener la raíz de ninguno de ellos, de modo que no se puede extraer el ADN, pero junto con otras pruebas podremos inferir una conclusión: existe un noventa por ciento de probabilidades de que Madden haya estado en la cama de Naomi.

—Sería mejor que existiera una probabilidad del cien por cien. Las imágenes de las cámaras de seguridad son prácticamente la única prueba irrefutable con que contamos en este momento, y Stein tiene razón: es una prueba endeble. Solo sirve para situar a Madden en esa zona, ni siquiera en la calle de Naomi.

—Ah, pero es que todavía no he terminado. Tengo más noticias respecto de otros cabellos. —Parnell entrega su vaso de papel a un barrendero que pasa silbando una melodía y con pinta de estar infinitamente más enamorado de la vida que los oficinistas trajeados que pasan por nuestro lado a toda velocidad—. El departamento forense también ha encontrado en el coche de Madden unos cabellos largos y de color gris, pero vistos al microscopio han resultado ser...

No le dejo terminar.

—De color lila.

Parnell asiente.

—Todavía tienen que analizar el ADN antes de que cantemos victoria, pero, en serio, ¿qué probabilidades hay?

Mi cerebro trabaja a toda velocidad.

—Y como su coche ha estado en el taller desde el 25 de octubre, eso lo sitúa con Naomi varias semanas antes de la fiesta de los Connor. —Guardo silencio unos instantes—. Sin embargo, eso supone una patada en los huevos para tu teoría de que él la perseguía. Si Naomi estuvo dentro de ese coche, es que ambos se conocían.

—Visto de esa forma... —acepta Parnell, feliz de haberse equivocado, porque con ello se simplifica la investigación—. En fin, sea como sea, mensaje recibido, pero recuérdame qué estamos haciendo aquí exactamente.

—Un poco de investigación de fondo sobre el señor Madden.

Concretamente, pruebas de mal genio que agregar a nuestra munición.

*

—¿Joseph Madden? ¡A ese le gustaban jovencitas! Ah, ese nombre me trae muchos recuerdos, y no precisamente de los buenos.

Michael Redfern, presidente ejecutivo de TechMinds, es lo que uno denominaría todo un «personaje», haciendo mucho énfasis en las comillas. Un tipo con pinta de vendedor ambulante, mofletudo, con calvicie incipiente, en edad de pensionista, dotado de la nariz de un exboxeador y los ojos vidriosos de un bebedor empedernido, aunque no haya tocado ni una gota de alcohol desde las navidades del 2013.

No tengo ni idea de por qué nos ha contado esto, ni a colación de qué ha salido el tema. Estar sentada frente a Michael Redfern, viéndolo jugar con los gemelos de la camisa en su sillón del malo de una película de James Bond, parece menos una entrevista de la policía y más bien un episodio de *Una audiencia con...* Literalmente, no para de hablar.

Aun así, me cae bien. Tiene audacia y desparpajo, y suelta más tacos que un peón de obra.

Y, además, acaba de decir que a Joseph Madden «le gustaban jovencitas».

Cling.

—Menuda prensa, ¿verdad? —Tiene una risa estridente que rebota en los paneles de madera que forran las paredes—. Claro que en aquella época la cosa estaba muy difícil. A la gente solo le interesaba ganar dinero y reírse de todo.

Le pediría que se explicara un poco más, pero Michael Redfern no necesita que lo anime nadie.

—Era todo un conquistador, el tal Joseph. Un ligón de tomo y lomo. Un día se puso a charlar con una chica en la recepción, típico de él. Pero no se dio cuenta de que la chica estaba aquí para trabajar. —Otra risotada—. Aunque, a decir verdad, parecía mayor. Podría haber pasado por tener unos diecinueve o veinte. Pero, bueno, aun así se la veía jovencita.

—¿Cuándo entró Joseph en la empresa? —le pregunto, consciente de lo sosa que parezco en comparación con este huracán parlanchín.

—Joder, cielito, yo no me acuerdo de ninguna fecha. No soy Rain Man. —Se frota un ojo intentando hacer memoria—. Debíó de ser allá por 2006, calculo. Cuando el negocio todavía iba bien. Pero me temo que no puedo darle una fecha más exacta. En aquella época todo era un poco como en el Salvaje Oeste; había menos normas, no teníamos departamentos de Recursos Humanos como tenemos ahora. La gente iba y venía, así sin más. Y rara vez nos tomábamos la molestia de pedir referencias. Más o menos, con que uno tuviera un pico de oro y ganas de hacer dinero, ya quedaba contratado. La verdad es que no me importaba mucho que la gente metiera unas cuantas

trolas en su currículum. —Sonríe para sí—. Claro que Joseph metió algunas más de la cuenta. Cuando se marchó, estuve investigando un poco, y de esa beca de Westminster School nada de nada.

—¿Y cuándo se marchó?

—De eso sí que me acuerdo: en 2008. No fue mucho después de que se hundiera Lehman y se acabara la fiesta. Recuerdo que pensé para mis adentros: «Tantos perdedores que ha traído esta crisis y este puñetero cabrón sigue beneficiándose».

Me siento confusa.

—¿Pues cómo?

Redfern se echa hacia delante y apoya los brazos en la mesa, exhibiendo los gemelos Cartier.

—La culpa de haber perdido el trabajo podría habérsela echado a la crisis, ¿no? Antes, si uno se marchaba de una agencia de colocación de empleo, era por dos motivos: uno, porque no lograba vender ni un peine; o dos, porque andaba metido en camisa de once varas. Pero estando el mercado en caída libre, había un tercer motivo: ese año, a muchos buenos reclutadores les entregaron el finiquito. Yo perdí a varios, muy valiosos. —Permanece unos instantes pensativo, un excapitán acordándose de las trincheras—. En fin. ¿Y qué es lo que ocurre? ¿Qué es lo que ha hecho ese tipo?

Parnell le suelta el discurso.

—Señor Redfern, estamos investigando un asesinato. Joseph Madden es un posible sospechoso, y tenemos noticias de que aquí tuvo una especie de altercado con un compañero de trabajo. ¿Esa es la razón de que dejara su empleo?

—¿Un asesinato? ¡Joder! —Después de exclamar durante unos instantes, Redfern recupera el dominio de sí mismo y observa a Parnell con mirada aguda y suspicaz. Un atisbo del taimado gestor que hay detrás de esta actitud de niño bueno—. Mire, todo eso ya lo resolvimos aquí dentro. No sé cuánto debería revelar. Tengo que hablar con Recursos Humanos.

—Con quien tiene que hablar es con nosotros, señor Redfern. Y nosotros tenemos que hablar con ese compañero. ¿Todavía trabaja aquí?

—¿Stacey Nash? No, se fue hace años.

Stacey.

Una mujer.

—Se fue porque iba a tener su segundo hijo, ¿comprende? Y ya no volvió. Le ofrecimos la media jornada, le dijimos que le buscaríamos un plan de conciliación. Sí, en esta empresa no hay sexismo. En esta empresa defendemos la igualdad, la diversidad y todo eso. —Lo dice con un tonillo que sugiere que él considera que esas cosas son modas inofensivas y que él es lo bastante benevolente como para tomárselas a broma.

Aunque puede que la mayor sexista sea yo: había dado por supuesto que la pelea había sido con un hombre.

Pero este podría ser el dato clave que necesitamos, y Parnell se ha dado cuenta también, porque no para de mover la rodilla izquierda por debajo de la mesa de Redfern.

—¿Así que la pelea fue con una mujer?

Redfern retuerce uno de los gemelos.

—Bueno, yo no estoy muy seguro de que fuera una pelea. Él la agredió sexualmente.

Me entran ganas de acercarme a él y plantarle un beso en esa calva llena de pecas.

—¿Pero no dio parte a la policía? —dice Parnell con una voz teñida de un tono como diciendo: «Señor, por favor, que no se nos haya pasado algo por alto»—. Joseph Madden no tiene antecedentes penales.

—Stacey no quiso que interviniera la policía, solo quiso que Joseph se fuera. Triste, pero no tan raro.

—¿A qué se refiere cuando dice «agresión sexual»? —inquire Parnell. Redfern levanta las manos.

—Verá, Stacey y Joseph nunca se llevaron bien. Ella era un poco mayor, tenía un hijo y también un padre discapacitado, si no recuerdo mal, y estaba un poco por encima de todos los juegucitos de Joseph. No la impresionaba lo más mínimo, y eso a él lo irritaba. Sea como sea, empezaron a discutir sobre quién había atraído a un posible cliente, me parece, y, según Stacey, Joseph la acorraló en la cocina, la empujó contra la pared y le metió la rodilla entre las piernas, de forma agresiva. —Es decir, no de forma agradable—. Al día siguiente, decidimos prescindir de sus servicios. Bueno, lo cierto es que le ofrecimos un acuerdo: el sueldo de dos meses si se marchaba sin armar alboroto. Naturalmente, él dijo que quería tres meses, pero yo le dije: «Ya, y también un revolcón con Halle Berry, pero no vamos a hacerte ese favor, corazón».

—¿Por qué le ofrecieron ese acuerdo? —le pregunto—. Estaba claro que había observado una mala conducta en el puesto de trabajo.

Redfern hincha los mofletes.

—Verá, no hubo testigos, era la palabra de ella contra la de él. Y no le va a gustar lo que voy a decirle, pero Stacey tenía fama de ser un poco problemática, de montarte una querrela solo con mirarte, cosas así.

—¿Y por qué se puso usted de su parte?

—¿Quiere la verdad? —dice Redfern abriendo las manos—. En aquella época, muchos tíos eran muy pesados en lo relativo a las mujeres. Eran otros tiempos, cielito. —Sonríó amablemente, aunque sospecho que estoy poniendo cara de estar estreñida—. Me pareció que había llegado la hora de dar ejemplo. De ninguna manera iba a consentir que mi negocio se viera perjudicado por una avalancha de casos de acoso sexual, así que pensé que si convertía a Joseph en el cordero del sacrificio, los demás quizá se fueran calmando. Y funcionó, la verdad. Los demás se cagaron encima al ver la rapidez con que echaba a Joseph a la calle; eso hizo que se lo pensarán dos veces antes de tener la mano tan larga. —Está encantado con su propia genialidad—. Y, de todas formas, con Joseph tampoco se perdió tanto. Tenía madera de buen reclutador, pero la mitad de las veces ponía a los clientes de los nervios. No entendía la diferencia que había entre tener seguridad en uno mismo y ser un gilipollas, ¿comprenden? Era estable, pero no era de los que más facturaban.

«O sea, que, si lo hubiera sido, a la que habrían despedido con un acuerdo económico habría sido Stacey.»

Parnell se echa hacia delante, hacia el borde de su silla, y yo hago lo mismo: ya tenemos lo que habíamos venido a buscar y no merece la pena quedarse más tiempo.

—Supongo que no sabrá usted dónde podemos encontrar a Stacey Nash —le digo al tiempo que me pongo de pie—. ¿Tiene una dirección? ¿Incluso un familiar allegado?

Redfern hace un gesto negativo con la cabeza.

—No, cielito, lo siento, pero no puedo ayudarlos. Ya ha pasado mucho tiempo. Guardamos los archivos durante siete años y luego los tiramos a la basura. Pueden probar en Linked-In, aunque no creo que siga trabajando en este sector, debió de abandonarlo hace mucho.

—Gracias, lo probaremos. —Bueno, lo probará Ben Swaines.

Redfern se reclina en su sillón, no tiene ninguna prisa por acompañarnos hasta la puerta.

—Si les sirve de algo, yo no acabo de ver aquí un caso de asesinato. —Asentimos para darle las gracias por una intuición tan incisiva y nos encaminamos hacia la puerta—. Pero voy a decirles una cosa —agrega—: Joseph siempre fue muy vengativo. Unos meses más tarde me

aparecieron unos arañazos en el coche: era un Mercedes-Benz SL de 1995, descapotable. Mi tesoro. Y varios meses después de eso, entraron a robar en mi casa.

Ahora sí que ha captado nuestra atención.

—No se llevaron gran cosa, únicamente unas treinta libras en efectivo que habíamos dejado para la señora de la limpieza y un reloj que estaba en la mesilla de noche. Aquello me dio risa; era un Rolex de imitación que había traído mi hija de Tailandia la semana anterior. Y pensé: «Que tengas buena suerte para venderlo, tío». Cualquiera que estuviera en ese mundillo vería que era falso. —Parnell y yo intercambiamos una mirada, pero Redfern no se percató—. No, me molestó más lo de la ropa interior de mi mujer: dejó bragas y sujetadores tirados por todo el suelo, hasta por la escalera, un desorden tremendo. Siempre pensé que aquello había sido obra de Joseph, que pretendía vengarse, pero, lógicamente, no tenía forma de demostrarlo.

Sin embargo, es posible que ahora sí que la haya.

Se anuncia otra conversación con Rachel Madden, pero no antes de hacer una visita rápida a la comisaría para confirmar un par de cosas.

En primer lugar, ver cómo van con los dispositivos de Rachel y de Clara. Si voy a dar una mala noticia, sería agradable entregar un buen regalo. Un terrón de azúcar para ayudar a tragar el impacto de la información aportada por la investigación forense.

En segundo lugar, quiero saber hasta qué punto Marcus Connor era antiguamente un «dolor de cabeza». Después de todo, lo que para una persona es un dolor de cabeza para otra es una oleada de crímenes, y resulta obvio que Rachel Madden pone el listón muy bajo a la hora de juzgar la mala conducta de las personas. ¿Se fumó su hermano unos cuantos porros en su juventud, rompió unos cuantos cristales? ¿Tal vez orinó demasiadas veces contra la valla del jardín de quien no debía?

¿O tiene un historial de violencia que nosotros necesitamos conocer?

Una búsqueda rápida revela que la respuesta es que no. Marcus Robert Connor fue citado por la Corte de Magistrados de Highbury Corner el 15 de agosto de 2014 por haber circulado a más velocidad de la permitida, pero, aparte de esa infracción, francamente un poco tonta, en lo que a nosotros se refiere su expediente está más limpio que una patena.

Tengo más suerte con los teléfonos y con el ordenador portátil. Los dos ya están listos para ser devueltos, y una hora más tarde me encuentro ya de nuevo en el piso de los Madden. Me abre la puerta Clara, calzada con deportivas, llevando la misma camiseta ajustada de anoche y con su escasa melena rubia apelmazada en mechones sueltos que le caen por la espalda.

—Mi madre se ha ido a trabajar —dice, frotándose los ojos. Es obvio que la he despertado—. Bueno, lo que ella llama trabajar. Contestar al teléfono, hacer el té, regar las plantas. —Frunzo el ceño y siento una punzada de instinto protector hacia Rachel. Pues ahora voy a hacer esperar a Clara antes de devolverle los dispositivos, por desagradecida—. Perdón, eso ha sonado fatal —agrega ella percibiendo mi actitud reprobatoria—. Es que mi madre tiene capacidad para hacer mucho más, pero como no se siente segura de sí misma se le dan fatal las entrevistas de trabajo. En cierta ocasión mi tía Kirst intentó darle unas cuantas indicaciones, pero es una batalla perdida. Supongo que mi tío M fue muy amable al contratarla. Porque no la necesita. Así tiene algo que hacer.

A pesar de estas palabras tan duras, lo que dice Clara no se aleja tanto de la realidad. Cuando llego a las oficinas de BAGS, que resulta ser un contenedor de barco reconvertido y que da a Regent's Canal, situado en un lugar denominado, con gran encanto, Containerville, no me da la impresión de que haya una gran actividad.

Rachel está tomándose un café con las piernas en alto, literalmente. Marcus está saliendo a la calle cargado de material de deporte, me parece que de bádminton. Su expresión se vuelve seria cuando me ve de pie en la entrada; es una faceta desagradable de este trabajo, pero una se acostumbra enseguida.

—Qué bien está esto —comento, y lo digo en serio. Comparado con Canary Wharf, aquí por lo

menos hay algo de color. Todos los contenedores, y debe de haber unos cincuenta, están provistos de una puerta de seguridad de un color vivo: rosa fuerte, verde lima, amarillo fosforescente, por nombrar solo unos pocos, y en el entablado de fuera los bancos están pintados en tonos pastel. Uno de ellos es lila, exactamente de la misma tonalidad que el cabello de Naomi.

—A nosotros nos gusta —responde Marcus—. La ubicación es estupenda y tiene pocos gastos, ¿cómo no nos va a gustar? Además, existe un auténtico sentimiento de comunidad entre los inquilinos.

—Bien. Eso es estupendo. —No estoy yo muy segura de que los demás inquilinos estén tan dispuestos a compartir sus mesas de madera cuando se propague la noticia referente a su cuñado, pero es posible que esté siendo una escéptica—. En fin, no quisiera entretenerlo. Solo quería hablar un momento con Rachel.

Marcus se vuelve hacia su hermana, la cual hace un gesto con la mano para indicar que no tiene inconveniente, que puede irse.

—Tienen un evento de equipo —dice refiriéndose a lo vacía que está la oficina. Es un espacio largo y estrecho en el que hay una hilera de mesas de trabajo mirando directamente a la pared. Al fondo hay una serie de puertas que conducen a un balcón que da al canal.

Saco de mi bolso el ordenador de Clara y a continuación los dos teléfonos.

—Cuidado con los policías que traen regalos. He pensado que le gustaría recuperar estas cosas.

Rachel sonríe y coge los dispositivos, pero es una sonrisa débil y ligeramente forzada. Sin el refuerzo de la ginebra, vuelve a caer en modo manso. Una muñeca parlante con la batería baja.

Retira los pies de la mesa y vuelve a introducirlos en sus botas Uggs de imitación.

—No estoy muy segura de que sean regalos, pero gracias. Para serle sincera, ha sido agradable no tener a Clara pegada al teléfono. De hecho, esta mañana hemos estado hablando. Se metió en mi cama y estuvimos charlando un rato, algo que llevaba años sin hacer. —Su tono de voz se reanima un poco—. Le conté lo que ha estado diciendo Joseph, por supuesto. No le oculto nada. Ya es casi una persona adulta, por mucho que me duela reconocerlo.

—¿Se encuentra bien? ¿En la medida de lo posible?

—Está furiosa, pero lo echa de menos, aunque a veces le resulte odioso. —Su pasividad me deja atónita. Es lo que hay, parece decir—. Voy a enseñarle una cosa. —Baja la mano para coger su bolso mientras yo me siento en la mesa de al lado, que supuestamente es la de un tal Steve, dado que encima de ella hay una taza rotulada como «TAZA DE STEVE», un cuaderno que dice «DIARIO DE STEVE» y otros varios objetos que llevan el mismo nombre—. Mire, esta era yo a los dieciséis años —dice sacando una foto de la cartera—. Estaba en el teatro de Sadler's Wells, en una representación de *El Cascanueces*, no como solista, únicamente formando parte del cuerpo de bailarinas. De ahí tomé el nombre de Clara, ¿sabe?, de la niña de *El Cascanueces* que se queda dormida y sueña con un príncipe. —Suelta un bufido como diciendo: «lo mismo que hacemos todas»—. Dígame, ¿le recuerda a alguien?

Observo la foto, aunque no necesito mirar una fotografía vieja y manoseada para ver similitudes. Incluso en la actualidad, Rachel, alta, rubia y con los ojos grises, es el doble de Clara, solo que dos décadas más vieja y más curtida por la vida.

—A menudo me digo que ese es el motivo de que Joseph se porte tan mal con Clara —explica—. Se parece demasiado a mí, y eso él no puede soportarlo. Aunque, en la personalidad, se parece más a él.

Lo mismo que yo. De mi madre tengo la nariz, la misma cabellera tupida y la misma tendencia a ponerme como un cangrejo cuando hace un poco de calor. De mi padre tengo el no quedarme

quieta, la imprudencia y la tendencia a joderlo todo.

Rachel mira fijamente el ordenador de Clara, que ahora descansa sobre su mesa.

—Claro que no sé cómo voy a impedirle ahora que vea este tema en internet. Por lo menos no han dicho el nombre de Joseph, y eso ya es algo.

Lo denominan un «hombre de cuarenta y cinco años del norte de Londres», lo cual resulta bastante paradójico teniendo en cuenta que tiene cuarenta y tres y que es bastante sensible en lo relativo a su edad. ¿Durante cuánto tiempo seguirá siendo una persona anónima?

Llega el momento de ser realistas.

—No revelarán su nombre a no ser que se le acuse de un delito, pero verá, Rachel, cada vez existen más probabilidades de que ocurra eso. Es lo que he venido a decirle. Tenemos pruebas forenses que revelan que Naomi estuvo dentro del coche de Joseph y que Joseph estuvo en la cama de Naomi.

Rachel sigue imperturbable.

—Eso solo demuestra que Joseph estaba acostándose con ella.

—Sí, bueno, y eso sumado a que el sábado por la noche desapareció sin dejar rastro y que faltaba su ropa... no pinta nada bien.

Rachel se coge la cabeza entre las manos y hace unas cuantas inspiraciones profundas antes de reunir fuerzas para levantarla de nuevo.

—Mire, Joseph no pudo hacerle daño a Naomi, estoy segura de ello. No haría daño a una desconocida.

Me agarro a esto último.

—¿Y qué me dice de usted? ¿Alguna vez le ha hecho daño a usted, físicamente?

Silencio. Un breve intervalo de esperanza y seguidamente me derriba.

—Sé apañármelas, Cat. De un tiempo a esta parte me he vuelto muy dura de pelar. —Y a continuación, como si pretendiera demostrármelo, se pellizca la piel del antebrazo y se clava las uñas en la carne—. Mire, tengo piel de rinoceronte.

—Rachel, sabemos que Joseph agredió a una mujer. No se marchó de TechMinds por una discusión sobre el negocio; le dijeron que se fuese porque había agredido sexualmente a una compañera de trabajo.

Rachel se pone de pie.

—Ah, vale, ¿así que ahora es un violador, además de un asesino?

—No la violó. La empujó contra una pared y le metió la rodilla entre las piernas.

La expresión de Rachel, cosa increíble, sugiere que eso no es tan grave. Ahora mismo me iría de este contenedor si no fuera porque existen bastantes probabilidades de que en efecto no sea tan grave, comparado con lo que ha soportado ella.

—Bueno, las mujeres siempre están lanzándose a los brazos de Joseph —comenta.

—Según Joseph.

—Y yo sé que estuvo acostándose con alguien de TechMinds, de modo que, tal vez, lo que sentía esa mujer era frustración. Tal vez le pidió que me abandonase a mí, y al ver que él no la complacía, mintió. —Me mira directamente a los ojos como diciéndome: «hágame caso»—. Joseph jamás me abandonaría.

Es el grito de rebeldía de una esposa engañada. Un sentimiento de orgullo. Un disparo de advertencia. Pero, salido de los labios de Rachel Madden, es la predicción más triste que se ha hecho jamás.

Me entran ganas de zarandearla.

—Rachel, hay muchas cosas de Joseph que usted no sabe. ¿Cómo puede estar tan segura de que

es inocente? ¿Es que no se pregunta dónde estuvo el sábado por la noche? ¿No le parece raro que su ropa haya desaparecido sin más?

Rachel reflexiona unos instantes sobre este punto.

—Tengo... que creer en él. Le necesito.

De verdad, me entran muchas ganas de zarandearla.

—¿Por eso no lo ha abandonado nunca, porque no se ve capaz de soportarlo?

—Si no lo he abandonado ha sido por Clara. No quería que Clara proviniera de un hogar destrozado.

¿Pero le preguntó alguna vez a Clara qué quería ella? Bien sabe Dios que yo no soy una de esas personas sensibleras que salen en televisión deseando que papá y mamá vuelvan a quererse. Yo rezaba para que mi madre abandonase a mi padre: un avemaría y dos padrenuestros todas las noches, entre los diez y los doce años. Pero mis oraciones nunca recibieron respuesta.

—Clara ya es mayor, de modo que ¿qué es lo que la detiene ahora?

—El amor, supongo. —Sale al diminuto balcón y levanta el rostro hacia el bajo sol de noviembre.

Veo ahí una grieta por la que colarme y salgo con ella al balcón. Me pongo a mirar a la gente que está corriendo, o montando en bicicleta, así como a los turistas ligeramente desconcertados que caminan por el paseo que sigue el canal, en la otra orilla.

—Rachel, dígame la verdad: ¿está segura de que no estaba pensando en divorciarse de Joseph? Porque, en caso contrario, necesitamos saberlo. Nos ayuda a hacernos una idea de lo que ha estado sucediendo en la vida de Joseph y es mucho mejor para usted... y para él —agrego, aunque me ahoga decirlo— que averigüemos estas cosas por usted.

—No. Por supuesto que no. —Basándome en los cinco años y tres meses que llevo entrevistando a mentirosos consumados, voy a decir que Rachel parece sincera; solo que lo parece, no que lo sea—. ¿Pero por qué me pregunta esto? Ah, ya sé: por Kirstie, ¿verdad? Ella es la que siempre está diciendo que debería divorciarme, y sí, a veces le doy la razón, solo para que se calle, más que nada.

—En el mes de julio, usted llamó varias veces a un bufete especializado en derecho de familia. —Rachel vuelve el rostro con una expresión confusa—. Se llama Morgan Cripps. Tienen la oficina en Portsmouth.

—Ah, esos. —Esta vez se gira del todo hacia mí y se queda mirando hacia dentro, con los codos apoyados en la repisa del balcón—. Es porque Clara estaba pensando en solicitar plaza en Portsmouth. Tiene varias amigas que están estudiando allí el primer curso y le han hablado muy bien. Y, bueno, como va a tener que costearse ella la universidad, se me ocurrió que, en vez de trabajar recogiendo vasos en otro pub cutre, podía intentar buscarse un empleo de media jornada en un bufete de abogados de allí, ya sabe, para que le sirviera para sus estudios. Siempre soy muy proactiva en lo que se refiere a la educación de Clara, de modo que llamé unas cuantas veces a ese bufete para consultar. Por lo visto, los de la recepción no conseguían pasarme con la persona adecuada, de modo que acabé dejándolo.

De repente me vibra el teléfono dentro del bolsillo. Voy a tener que interrumpir la visita por el momento, aunque hay algo que desde luego no me encaja del todo. Tal vez no sea lo que ha dicho Rachel, sino más bien la libertad con que lo ha dicho. Es lo más que ha dicho desde que llegué, y ni siquiera me ha preguntado cómo me he enterado.

Regreso al interior de la oficina y atiendo el teléfono. Es Parnell.

—Sargento.

—Vas a tener que pedir perdón —dice sin preámbulos—. ¿Te acuerdas del tipo que vive

enfrente de los Connor, el que vio a una persona merodeando por la calle el sábado por la noche?

—Sí.

—Ha venido a ver unas fotografías. ¿A que no adivinas de quién se trata?

Rachel acaba de entrar también.

—Ni idea. Ilumíname.

—Flowers ha sacado su foto de la base de datos. No es otro que el señor musculitos, Kieran Drake.

—Ah, pues genial. Gracias por decírmelo. —Supongo que Parnell pillará la indirecta de que no puedo hablar.

En efecto, la pilló.

—Ah, ¿y ya está? ¿Dónde estás, en qué parte de la ciudad?

—En Regent's Canal, como a medio camino entre Shoreditch y Angel.

—Ah, bien. Ahora me dirijo hacia el gimnasio. Reúnete allí conmigo dentro de media hora. Vamos a detenerlo.

—Ajá. De acuerdo.

—Ah, y ven andando, Kinsella. Es mucho más rápido y mucho más sano. El sitio está en una bocacalle de Old Street, así que no tienes más que continuar en línea recta.

Parnell cuelga y paso a consultar rápidamente mis mensajes. Si Renée ha logrado hablar con alguien de Morgan Cripps y resulta que Rachel era cliente, tengo el tiempo justo para comentarlo con ella y llegar a Old Street en media hora.

Pero no hay mensajes de Renée.

Tan solo uno de mi padre.

Una llamada perdida y un mensaje escrito.

12:48

Como no tengo la dirección de tu nuevo domicilio, si no me contestas, tendré que ir a buscarte al único sitio en que sé que te encontraré: el trabajo. Y ninguno de los dos quiere eso. Llámame.

En efecto, llamo a mi padre y en efecto voy hasta Old Street andando. ¿Quién dice que no sé obedecer instrucciones?

En la llamada a mi padre me da señal de comunicando, lo cual significa que la pelota sigue claramente en mi tejado. A continuación estoy a punto de ser arrollada por un payaso que cruza City Road, lo cual da pie a otro payaso a hacer el comentario de: «Alegra esa cara, cielo, puede que no suceda nunca». Ni que decir tiene que cuando llego al gimnasio no estoy de muy buen humor, y lo único que lo atenúa es la expresión que se dibuja en la cara de Kieran Drake cuando nos ve a Parnell y a mí, que parece decir: «Oh, mierda».

Es la primera vez, y la única, que intimidaré a una persona en un gimnasio.

Cuando tomamos asiento en la sala de interrogatorios n.º 3, Drake ya se ha calmado un poco, aunque ha dejado claro, varias veces y en tono quejumbroso, que preferiría ser interrogado por «esa policía de raza negra». Es obvio que le ha quedado buen recuerdo de Renée, que le proporcionó consuelo y té con azúcar cuando era simplemente el pobre diablo que había encontrado el cadáver de Naomi. Sin embargo, Renée ya no es tan popular; Drake se olvida inmediatamente de ella cuando le decimos que dicha agente en estos momentos se encuentra fuera de la oficina, comprobando por tercera vez sus coartadas, lo cual es mentira, porque en realidad está ocupada practicando el Método Renée con Joseph Madden, y a continuación, después de discutir un poco sobre si desea esperar a que venga el abogado de oficio, responde que no, que no quiere tomarse esa molestia. ¿Para qué va a necesitar un abogado si no tiene nada que ocultar?

—Hagan lo que tengan que hacer —es su última palabra al respecto.

Y eso es lo que hacemos.

Parnell es el que pone el balón en juego.

—Bien, Kieran, ¿puedes decirnos qué estabas haciendo en el número 22 de West Pool Avenue, de Muswell Hill, el sábado pasado, aproximadamente entre las cinco menos cuarto y las cinco de la tarde? El sábado 4 de noviembre, para ser más precisos.

Las fechas desconciertan a la gente. Los números la ponen nerviosa. Los números gritan: «Yo tengo mis datos confirmados. ¿Y tú?».

—No estaba en ese sitio. ¿Puedo irme ya? —Puede que Drake no parezca estar nervioso por su forma de hablar, pero su párpado izquierdo se ha vuelto loco y se agita igual que el hocico de un conejo.

—Tenemos un testigo.

—No me diga. ¿Y quién es?

Tomo la iniciativa.

—Un vecino.

—Ah, claro, un vecino cotilla —dice Kieran tamborileando con los dedos sobre la mesa en el intento de parecer tranquilo—. Siempre me han resultado un poco raritos, ¿a usted no? Con esos visillos en las ventanas.

Yo también me pongo a tamborilear.

—Kieran, voy a decirte lo que me parece raro a mí: que nosotros te demos una dirección y tú contestes automáticamente que no estabas en ese sitio, nada más, cuando la mayoría de las personas habrían contestado una de dos cosas: o «¿Quién vive ahí?» o «Ah, la casa de los Connor. Yo no estaba allí». Tu falta de curiosidad resulta un tanto sospechosa.

—Lamento no sentir curiosidad por lo que pueda creer haber visto una vieja con cataratas. — El tono enfurruñado no pega mucho que digamos con un tipo que abulta tanto como una carretilla elevadora.

—La vieja que tú dices es un antiguo controlador aéreo de cincuenta y ocho años, Kieran. Es decir, que tiene una visión perfecta y que es un testigo perfecto. —Kieran no reacciona. No dice nada. Yo dejo escapar un leve suspiro, como los que dejan escapar las madres cuando sus hijos no quieren ponerse los zapatos y están a diez segundos de perder la paciencia—. Escucha, Kieran. Mi compañero aquí presente y yo no hemos ganado un concurso para ser policías. No nos ha tocado en una rifa. Nos hemos formado para desempeñar este trabajo. Hemos hecho cursos de «Cómo detectar a un mentiroso». —El párpado izquierdo de Kieran ya se sale del gráfico; se lo restriega en el intento de mantenerlo controlado—. Te estamos haciendo un favor. Te estamos dando la oportunidad de que te sinceres con nosotros aunque, francamente, te tenemos pillado. Tenemos tu teléfono, y las antenas de los teléfonos nos lo dicen todo.

Kieran frunce el ceño; ya está nervioso sin disimulos.

—¿Pero qué es lo que quieren de mí? Tengo entendido que ya han encontrado al culpable.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién te ha dicho eso?

Kieran se encoge de hombros.

—Me he enterado a través de radio macuto. Ya sabe, como dice la canción de Stevie Wonder.

—De Marvin Gaye —lo corrige Parnell—. Tal vez conozcas mejor a Elvis que a las leyendas del soul. ¿Te suena el *Rock de la cárcel*?

Drake capta la indirecta. Empieza a tirarse del labio, está tomando decisiones a toda velocidad.

—De acuerdo, estuve allí. ¿Ya están contentos? Necesitaba decirle una cosa a Naomi. La primera vez que me interrogaron ustedes se me olvidó comentárselo, la verdad; todavía tenía la cabeza hecha un lío y, bueno, sabía que ustedes adivinarían algo si de repente cambiase el relato de los hechos, de manera que...

—¿Qué necesitabas decirle a Naomi?

—Una cosa referente a la calefacción, el temporizador. No estaba seguro de que estuviera funcionando bien.

Parnell pone su típica cara de desconcierto.

—¿Y por qué no la llamaste o le mandaste un mensaje? Y recuerda, Kieran, que tenemos tu teléfono en nuestro poder y que podemos comprobarlo.

Drake va palideciendo por momentos.

—Era demasiado complicado de explicar en un mensaje, y tampoco la llamé porque..., en fin, porque me apetecía salir con la bicicleta y recordaba dónde vivían los Connor de una vez que fui allí a recoger una cosa para un partido de fútbol de BAGS, así que pensé: «¿Por qué no?».

Está improvisando sobre la marcha, eso hay que reconocérselo. No es tan tarugo como pensé en un principio.

—¿Y qué hiciste cuando llegaste a la casa? —le pregunto.

—Hablar con Naomi. Le expliqué lo del temporizador.

—No, no, no —contesto con sentida desilusión—. ¿Cómo es que no te vio nadie más? Tú no pasas inadvertido fácilmente.

—Porque me abrió la puerta la propia Naomi y estuvimos hablando allí mismo. No tardé más de dos minutos, más o menos, y después me marché.

—¿Naomi abrió la puerta de una casa que era de otras personas? Pues vaya casualidad.

Drake afirma con la cabeza.

—Sí, fue mucha casualidad, porque yo llevaba años sin ver a Marcus y no quería perder el tiempo con todo eso de preguntarle qué tal le iba y demás chorradas.

Parnell y yo nos miramos con gesto cansado.

—Para ser te sincera, Kieran, no podemos con todas estas mentiras. Tú no te acercaste a la puerta de la casa. Tú te quedaste fuera y luego te dirigiste al callejón lateral. —Drake está derrumbado, igual que un jugador al que solo le queda una ficha que apostar—. Deja que te digamos una cosa, mi compañero y yo —señalo con un gesto de cabeza a Parnell—; esta noche no tenemos planes, así que tú eres nuestra cita romántica de hoy. Eres la persona de coartadas dudosas que tuvo un cara a cara con nuestra víctima, en un callejón, menos de doce horas antes de que fuera asesinada. Te prometo que, en el mundo en que vivimos nosotros, las citas no pueden ser ya más románticas.

Drake vuelve la cabeza y, con ademán vencido, se queda mirando fijamente la silla vacía que hay a su lado. Podría ser una forma de evitar el contacto visual, o podría estar maldiciendo su decisión de apañárselas en solitario, sin la ayuda del abogado de oficio. Rezo para que sea lo primero, porque respecto de lo segundo puede cambiar de opinión cuando quiera.

Mis plegarias hallan respuesta.

—Mire, era un asunto de drogas, ¿vale? —Resopla como si hubiera estado una eternidad reteniendo el aire en los pulmones—. Nada de importancia, solo un poco de coca. Tres gramos, nada más. A ella la había dejado tirada su proveedor habitual, y yo estaba ayudándola a superar el bache. Por eso estaba allí.

Enderezo la espalda.

—Para que conste en la grabación, ¿estabas entregando tres gramos de cocaína a Naomi Lockhart?

—¿A Naomi? Qué cojones, Naomi no se drogaba. Me refiero a Kirstie Connor.

Así que Kirstie Connor. Ya asimilare más tarde lo que significa esto. Por el momento, me alegro de que no fuera Naomi, porque, si bien no debería suceder, y me avergüenza que sí suceda, nuestra tarea resulta mucho más fácil si tenemos una víctima «perfecta» que enseñar. Una recaudadora de fondos sonriente y feliz que fue manipulada por un hombre mayor que él.

—¿Conoces bien a Kirstie Connor, pues? —le pregunta Parnell, deseoso de asimilar las cosas ya mismo.

—Lo cierto es que no mucho. Hemos sido amigos en Facebook desde que le dio mi contacto a Naomi, pero nada más. Nunca nos hemos visto en persona. Ella debió de enterarse de mi pasado a través de Marcus y pensó que merecía la pena intentar escribirme un mensaje. Se la notaba un poco desesperada, si quieren que les diga la verdad; me dijo que estaba pasando por una mala racha y que necesitaba un poco de estímulo, pero que su proveedor habitual estaba en el extranjero. Yo le dije que a quien mejor podía recurrir era a un tío de Streatham, pero que dudaba que ese tío quisiera desplazarse hasta el norte del río un sábado por la tarde para vender solo tres gramos, así que ella me propuso que le hiciera yo el recado. Le contesté que se fuera a la mierda, pero entonces me ofreció cincuenta libras por las molestias, y cincuenta libras son cincuenta libras, ¿no? Además, tengo la bici, así que no tenía que preocuparme por los atascos de tráfico.

Y así, sin más, nuestro exdelincuente deja de ser ex. No puedo fingir que no estoy decepcionada.

Otro puñetazo en el ojo, para la idea de la redención.

—Drogas, cabellos, agresiones. Dios, necesito una copa.

Steele está de puntillas, rebuscando en el primer cajón de su armario archivador, mientras Parnell y yo, Renée y Seth estamos repartidos por su despacho, en diversas sillas y cajas. Yo estoy sentada en una caja rotulada con la palabra «FRÁGIL». Hagan ustedes aquí su propio chiste.

—Puedo ofrecerles un trago de Gaviscon, aunque caducó en febrero de 2017. También podría mezclarlo con unas cuantas píldoras para la cistitis. —Cierra el cajón de golpe—. Joder, menuda inspectora jefa estoy hecha, no tengo ni una sola botella de alcohol.

—¿A alguien le apetece tomar una pinta de agua de fregar en el Tavern? —propone Seth—. Por lo menos, lo de los cabellos es algo que celebrar.

—Y lo del Rolex falso —agrega Renée mirándonos a Parnell y a mí—. Mientras vosotros dos estabais con Drake, ha venido Michael Redfern; está casi seguro de que el Rolex es el suyo. Por lo menos se le parece mucho.

Steele echa a Seth de su silla.

—Lo cual nos ayuda tanto como las tetas a un pez.

—Ocurrió hace nueve años. Solo lo tuvo durante una semana. No pudo más.

—¿Merece la pena llevarlo a los forenses para que lo analicen? —sugiero yo—. Ya sé que es poco probable que aparezca algo, pero podría haber células epiteliales de Redfern en los eslabones. Y si es efectivamente suyo, en fin, lo cierto es que no nos ayuda con Naomi, pero es otra prueba más en contra de Madden.

Steele lo piensa unos instantes y hace un chasquido con la lengua.

—Sí, por qué no. Y además podría diezmar el presupuesto ya del todo, ¿eh? A este paso, puede que tengáis que terminar trayendo las bolsitas de té de casa, pero es que en este caso necesitamos hasta la última pizca de información. El descubrimiento de los cabellos es genial, pero ya me ha llamado por teléfono Lucas Stein para quejarse de la colocación intencionada de pruebas. —Saca en la pantalla de su portátil la fotografía borrosa de Naomi con Madden—. Fijaos en esta foto. Apenas los separan diez centímetros, de manera que no sería algo tan imposible. Todavía no las tenemos todas.

Parnell está sentado en una torre de palés, con las piernas abiertas de par en par.

—Pero en el coche de Madden ha aparecido cabello de Naomi; ¿no puede explicar eso?

—Oh, claro que puede —contesta Renée—. Dice que lo hemos puesto nosotros. Bueno, en concreto, que lo has puesto tú, Lu. Afirma que la tomaste con él nada más verlo. Que ya no te encuentras en tu mejor momento y que estás desesperado por demostrar que todavía vales para algo, por lo visto.

Parnell, para mérito suyo, se echa a reír.

—Lo único que me gustaría «poner» es un puñetazo en su narizota.

—Ponte a la cola —le dice Steele, y luego agrega—: Bien, señores, Kirstie Connor y ese polvillo colombiano tan estimulante. ¿Alguna idea?

Seth se quita la corbata: señal de que se propone bajar al Tavern, incluso aunque no lo acompañe nadie.

—Está claro que no podemos fiarnos de ella.

—¿Por qué? —replico yo—. El hecho de que una persona consuma un poco de droga no implica que vaya a mentir acerca de un asesinato.

—Pero sí que le empaña mucho más la memoria.

—Ella reconoce que tiene los recuerdos borrosos. Sí, de acuerdo, dijo que era por culpa del

alcohol, pero lo suyo fue más un pecado de omisión que una mentira descarada.

Esa distinción para mí lo es todo. Es el plinto en el que se apoya mi autoestima. Es el argumento que daría a Steele si alguna vez saliera a la luz la participación de mi padre en el caso de Maryanne Doyle. Hasta es el argumento en el que me apoyaría frente a un tribunal si saliera a la luz dicho caso.

Steele agita la mano.

—Omisión, mentira, da igual. ¿Sabéis adónde nos conduce todo ello?

Yo sí lo sé.

—A un uso de influencia. —Chantaje, en lenguaje de la calle—. Ella es una empresaria de éxito, su marido dirige una ONG; no le conviene despedir un tufillo a escándalo, ¿no? De manera que la amenazamos con ello y le decimos que nos cuente toda la verdad acerca de Joseph Madden y de ese matrimonio o que se atenga a las consecuencias. Estoy bastante segura de que Madden ha sido violento con Rachel, para empezar, y eso muestra un patrón de conducta.

—¿Qué tipo de uso de influencia? —pregunta Renée—. Lo de las drogas lo hemos descubierto a toro pasado. No la hemos pillado con las manos en la masa. No hay mucho que podamos hacer, legalmente.

—Sí, bueno, estoy contando con que Kirstie no se está percatando, pero como mínimo podemos amenazarla con ponerle las cosas difíciles. Su expediente está limpio, nunca se ha metido en problemas, de modo que imagino que bastará una vaga amenaza para que se desmorone.

—Se te olvida otra cosa —dice Parnell—. El limpiaventanas fantasma, ¿te acuerdas? Kirstie Connor se lo inventó para que desviásemos la atención de Drake. Perdimos un buen número de horas/hombre siguiendo esa pista. El delito de obstrucción a la justicia no es una amenaza vaga.

Tiene razón, como siempre. Le dejo unos segundos para que se recree en su momento de éxito antes de lanzar una granada de mano.

—¿Y qué pasa con Drake? Esto también vuelve a centrar la atención de nuevo en él. Podría estar intentando desesperadamente darnos la impresión de ser un tipo insignificante que solo negoció tres gramitos, pero si todavía continúa traficando, es muy probable que guarde un buen alijo de dinero en la casa.

—Una casa que ha sido registrada de arriba abajo —advierde Steele.

—¿Se lo ha llevado, entonces? —digo yo, improvisando al cien por cien—. ¿Estuvo haciendo de proveedor en Hounslow? Ello explicaría que sus coartadas hagan tanto hincapié en protegerlo. Pero un ladrón no lo sabría, ¿no? Un ladrón, ya fuera un rival o un socio, a lo mejor se enteró de que Kieran no estaba, pensó que podría servirse la mercancía él mismo, se tropezó con Naomi y ¡zas!

—No hay señales obvias de un allanamiento —me recuerda Parnell—. Lo cual podría llevarnos de nuevo a Drake. Naomi se tropieza con él y empiezan a discutir. Sabemos que ella no consumía drogas, así que no estaría demasiado contenta. Opino que debemos apretar a las personas que le sirven de coartadas, a ver si podemos obtener alguna prueba que respalde esto.

Steele hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Sabemos con seguridad que Naomi no consumía? —pregunta Seth—. Ha llegado ya el informe toxicológico?

—Estaba limpia —confirma Steele, que de pronto se ha puesto a teclear en su portátil. Los demás esperamos a que termine, pero ella nos hace un gesto con el dedo como diciendo: «Hablad entre vosotros».

—¿Y qué pasa con Madden? —pregunta Parnell.

—Hemos efectuado un poco tarde el análisis de sangre, orina y saliva —responde Steele

levantando la vista hacia nosotros sin dejar de teclear—. A estas alturas ya habrá eliminado todo del organismo. Analizaremos los cabellos, por supuesto, pero, como sabéis, estamos trabajando con una ventana de detección de noventa días, de modo que en realidad obtendremos una insignificancia. Nos da lo mismo si hace dos meses dejó en ridículo al mismísimo Pablo Escobar en una fiesta, lo que queremos saber es qué estaba pensando el sábado pasado por la noche.

Me giro hacia Renée.

—Hablando del señor Madden, ¿qué es lo que está diciendo de la agresión sexual que perpetró en TechMinds?

Steele deja de teclear y me hace una advertencia.

—Querida, te conviene tener cuidado al emplear ese término. En estos momentos, como mucho se trata de una presunta agresión sexual, y no tenemos posibilidad alguna de utilizarla hasta que encontremos a la tal Stacey Nash. Swaines está en ello, por cierto. E incluso entonces tendríamos que demostrar el elemento sexual, y ya sabéis todos lo difícil que es eso.

—¿De verdad? Le metió una rodilla entre las piernas.

—Sí, y si por mí fuera, deberían colgarlo de las pelotas. Pero tenemos que demostrar que su motivo era la gratificación, no la intimidación. Está claro que fue una agresión, pero si incluimos la palabra *sexual* los del CPS se ponen nerviosos.

Técnicamente, de manera deprimente, tiene razón en lo del Crown Prosecution Service.

—A Naomi no la agredieron sexualmente —apunta Parnell—, de modo que valdría con decir agresión en general, sin más. Necesitamos un patrón de agresión física hacia las mujeres.

—Bueno, lo llamemos como lo llamemos, él afirma que tal cosa no sucedió —dice Renée—. Que todo fue una conspiración para echarlo.

—Parece ser que la gente tenía envidia de su talento —agrega Seth, que también ha tenido el privilegio de disfrutar hoy de la compañía de Madden.

—Menudo espécimen —comento meneando la cabeza, todavía impresionada por la fachada que se ha elaborado este tío, preguntándome si de verdad se creará su propio autobombo o si llorará todas las noches contra su almohada, afligido por el peso de la persona despreciable que es.

—Es un hijoputa de lo más descarado —dice Steele—. Kinsella, ¿en qué punto estamos con la esposa?

Eso, ¿en qué punto estamos?

Recorro con la mirada a mis cuatro compañeros, todos superiores míos, aunque Renée no lo es en cuanto al rango, pero sí en todas las cosas importantes, y noto la presión de la expectativa. La presión para que diga algo concreto, aunque todas las conversaciones que he tenido con Rachel daban la sensación de estar apoyadas en arenas movedizas.

—La esposa es..., hum..., complicada.

—Una opinión muy profunda por tu parte, gracias. ¿Pero está mintiendo para ponerle las cosas más difíciles a su marido? Eso es lo único que quiero saber.

—¿Quiere mi impresión?

—A falta de una bola de cristal, sí.

Respiro hondo.

—No, no creo que esté haciendo tal cosa, con un énfasis importante en el «creo».

—Énfasis anotado. ¿Y qué es lo que te hace «creer» eso?

—Que tiene una total dedicación a su hija. Clara se encuentra en un año crucial de la universidad, y no concibo que Rachel esté inventándose todo esto solo para hacer daño a Joseph. Es demasiado perjudicial para Clara; que detengan a tu padre por asesinato no es precisamente

una cosa que lo ayude a uno a concentrarse, ¿no?

Ya está, ya lo he dicho. «Me parece» que creo a Rachel. Tengo una ligera sensación de alivio por haber escogido tímidamente un equipo.

—En cambio, sí que creo que está mintiendo en algo. Hace unos meses estuvo barajando la idea de divorciarse, estoy segura. Hizo varias llamadas a un bufete especializado en derecho de familia de Portsmouth; Lucas Stein estará encantado de señalar ese detalle, como una forma de desacreditarla y...

Renée me interrumpe.

—Oh, perdona, mientras estabais con Drake, me devolvieron la llamada para informarme de que Rachel no era, no es, cliente de Morgan Cripps.

Esto me deja atónita por espacio de dos segundos enteros.

—Podría haber utilizado un nombre falso, dado que solo estaba efectuando llamadas provisionales por teléfono. Solo si fuera a verlos en persona tendría que mostrar el DNI, el certificado matrimonial y toda la pesca.

—¿Por qué iba a utilizar un nombre falso? —pregunta Steele—. ¿Y por qué en Portsmouth, nada menos?

Es difícil de explicar, pero lo intento.

—Tendría usted que conocerla, jefa. Que si «Joseph dice esto», que si «Joseph dice lo otro», que si «Joseph se va a enfadar». Es como si Joseph fuese un ser omnipotente que todo lo ve y todo lo sabe. Creo que quizá la ponía nerviosa utilizar su propio nombre, la preocupaba que el asunto llegase a oídos de él, lo cual ya sé que parece ridículo, pero si usted la conociera entendería lo que quiero decir. Seguramente por eso no quiso tampoco recurrir a un bufete de Londres. Aunque no tengo ni idea de por qué eligió a Morgan Cripps.

—¿Le preguntaste al respecto?

—Por supuesto. Pero lo negó. Me contó la trola de que Clara estaba pensando en irse a la universidad de Portsmouth y que ella deseaba ayudarla a buscar unas prácticas remuneradas, un empleo relacionado con sus estudios.

Steele se encoge de hombros.

—Me han contado cosas más peregrinas. ¿Qué te hace pensar que está mintiendo?

Expreso en voz alta la idea que lleva dándome vueltas en la cabeza toda la tarde.

—Verá, ya sé que suena plausible, pero la cosa es que Clara ha solicitado plaza en Leeds, Exeter, York, todas universidades del grupo Russell. En un momento dado se habló también de la de Cambridge. No es por faltarle al respeto, pero la de Portsmouth no está a la misma altura. La cosa no me cuadra.

Vuelve a hacerse el silencio mientras todo el mundo asimila esta información.

—¿Qué necesidad tiene de mentir? —pregunta Parnell—. Ya sabemos que a ese matrimonio no le va muy bien. ¿Por qué no quiere reconocer que ha estado consultando a un bufete?

—¿Porque tiene miedo de que Joseph se entere? —propone Renée—. No creo que Joseph Madden se tomase demasiado bien que Rachel se divorciara de él. O que lo amenazara con divorciarse de él.

—Es una posibilidad —coincido—. Pero también puede ser porque, a pesar de todos los fallos de Joseph, y Rachel no se amilana al señalarlos, ella insiste de manera inamovible en que su marido no ha cometido este asesinato. Insiste en que lo ama y en que está de su parte. El hecho de reconocer que ha estado pensando en el divorcio empaña un poco ese discurso.

Y lo comprendo. Yo misma soy esclava de un discurso similar. He tenido pensamientos acerca de mi padre más negros que la tinta y más fríos que una piedra y aun así lo defendería a muerte.

Ya lo he defendido a muerte.

De repente se oye que llaman a la puerta y asoma la cabeza de Ben Swaines.

A Steele se le ilumina el rostro: se nota a todas luces que siente debilidad por Swaines. Un escéptico diría, tal vez, que es porque se parece un poco a Clint Eastwood de joven. Pero cualquiera que conozca a Steele sabe que se debe a que Swaines siente una devoción total por ella y por su trabajo.

—Benny, querido, pasa, pasa. Coge una... —Mira en derredor buscando algo en lo que Ben pueda sentarse—. Toma, coge mi sillón. Yo llevo todo el día sentada, y eso a mi edad no es bueno; provoca varices.

Swaines emite una risita nerviosa y dice que está bien de pie.

—No importa, tengo que volver a mi mesa. Quiero acabar lo que me queda de la lista de floristerías antes de irme a casa. Es que he pensado que le gustaría saber una información: Stacey Nash ha muerto.

Apenas hace una pausa, pero es una pausa lo bastante larga como para que todos saquemos rápidamente la misma sórdida conclusión.

—Oh, no, no es lo que estáis pensando —sigue diciendo Swaines—. Fue un suicidio. En el año 2010. Se tiró por el balcón de su casa, un noveno piso. Fue terrible.

Me vuelvo hacia Parnell.

—¿No dijo Redfern que Stacey se había marchado de TechMinds para tener a su segundo hijo? Pobres criaturas.

—¿Depresión posparto? —preguntan al mismo tiempo Seth y Renée.

Swaines interrumpe.

—En realidad, esperad un momento, perdón, debería haberlo mencionado: fue un «presunto suicidio». El forense dejó el tema abierto. No había ninguna nota para el juez, ni tampoco un historial de depresión ni de lesiones autoinfligidas. Sus familiares dijeron que en los días anteriores estaba normal. Supongo que lo único que cabía hacer era declarar un veredicto abierto.

—¿No hubo algo sucio? —Estoy segura de que él debió de mencionarlo, pero aun así tengo que preguntar.

Swaines hace un gesto negativo con la cabeza.

—Stacey tenía una tasa de alcohol en sangre de 0,06, de modo que estaba un tanto achispada, debemos suponer. Lo cual aumentaba ligeramente la posibilidad de que sufriera un accidente, o una desgracia, como se lo quiera llamar. Pero, con toda probabilidad, fue un suicidio. No hay pruebas de algo sucio.

Afirmo con la cabeza y no digo nada. No tengo nada que decir. No hay pruebas. Caso cerrado.

Pero Steele no se deja engañar.

—Cat, ¿estás pensando que, dos años después de que Stacey presentara una reclamación contra Madden que le costó el puesto de trabajo, Madden se vengó de ella arrojándola por el balcón de su propia casa?

Callo unos instantes.

—Probablemente no, no.

Y ahí es justo donde me encuentro. Pienso que es *probablemente* improbable. Pero probablemente no significa decididamente, y todavía me parece estar oyendo lo que dijo Michael Redfern, tan claro como si estuviera aquí en este momento.

«Joseph siempre fue muy vengativo.»

He tenido viernes por la noche más emocionantes. Hasta he tenido lunes por la noche más emocionantes, la verdad sea dicha. Solo llevo una hora poniéndome al día con las tareas domésticas y ya estoy arrepintiéndome de no haberme ido al Tavern con quienquiera que Seth haya logrado reclutar. Durante un segundo estudio la posibilidad de regresar o de llamar para ver si se han metido en algún otro garito abarrotado de gente, pero en estos momentos está diluviando y no me merece la pena acabar empapada para ir a pasar unas pocas horas quejándome de los recortes del Gobierno y discutiendo por qué disco seleccionar en la gramola.

Y de todas maneras no debería beber, dado el estado de ánimo en el que me encuentro después de enterarme de lo de Stacey Nash, y siendo acosada por teléfono por mi padre e ignorada por Aiden, ambas cosas a un mismo tiempo. Si a esa dudosa mezcla le sumamos unas cuantas copas del blanco de la casa, terminaré hecha un mar de lágrimas.

Así que, en vez de eso, hago limpieza. Me pongo un raído pantalón de chándal y una camiseta gris que antes era blanca y empiezo a frotar y restregar la suciedad de estos últimos días. Y cuando ya no queda literalmente nada que limpiar o abrillantar, y en serio que no queda nada más, porque he quitado el polvo hasta al ventilador del techo, me derrumbo destrozada pero satisfecha, sorprendida al caer en la cuenta de que no he pensado en Aiden ni una sola vez.

Excepto que ahora acabo de pensar en él, naturalmente, y la atracción que ejerce Facebook resulta demasiado poderosa. En cuestión de segundos he entrado en su página y estoy mirando sin dar crédito una foto en la que él ha sido etiquetado, subida por una tal Michelle Neary (542 amigos, nacida el 8 de marzo, estudió en la Universidad Teresiana de Donnybrook). En ella se le ve a punto de beberse un chupito de algo que produce dolor de cabeza y aparece flanqueado por dos mujeres, una de las cuales es Michelle Neary y ninguna de las cuales es previsible que vaya a salir nunca en la portada del *Vogue*, aunque las dos son bastante guapas. Lo suficiente como para que me entren ganas de salir inmediatamente de Facebook y buscar consuelo en los números, a saber: los listados bancarios de Rachel Madden.

Tiendas de alimentación. Gasolineras. Un reintegro de veinte libras aquí y allá. Ese es más o menos el resumen de la existencia de Rachel Madden. Cosa interesante, no aparece ningún salario regular proveniente de Be a Good Sport, lo cual representa un escaso uso de influencia, si es que lo hay, porque dudo que Rachel o Marcus hayan declarado a Hacienda este pequeño ingreso en dinero negro. Lo que resulta irritante es que los pagos ocasionales que aparecen realizados a AMERICAN GOLF (TRADING) LIMITED sugieren que Joseph Madden utiliza los magros ingresos de Rachel para financiar su pasatiempo.

Aunque, después de revisar varias páginas, empiezo a preguntarme si Rachel no tendrá también otro pasatiempo particular.

10 de julio punto de venta Hotel Highcliff, PORTSMOUTH, 9,90 libras

14 de julio punto de venta Hotel Highcliff, PORTSMOUTH, 9,90 libras

19 de julio punto de venta Hotel Highcliff, PORTSMOUTH, 4,45 libras

25 de julio punto de venta Hotel Highcliff, PORTSMOUTH, 13,75 libras

Con la mente hecha un torbellino, contemplo cómo llueve en la calle y examino diversas posibilidades, pero siempre acabo volviendo a la misma.

Una mujer. Un hotel.

Una mujer que estoy bastante segura de que está mintiendo en algo.

Una mujer que admite que ha estado volando con sus propias alas, construyéndose una vida propia.

Y un marido que afirmó que su mujer estaba teniendo una conducta «rara».

¿Una aventura? Es una posibilidad, ¿no? Según Google Maps, ese hotel se encuentra en la misma calle que Morgan Cripps, de modo que Rachel podría haber estado viéndose con alguien que trabajara en dicho bufete. La última vez que lo consulté, no vi que la asesoría jurídica normalmente se dispensara desde las banquetas forradas de terciopelo de un bar y tomando *gin-tonics*.

En un nivel profesional tengo claro que esto no es gran cosa. Sé que, *posiblemente*, el hecho de que Rachel tuviera una aventura amorosa arroja la misma duda sobre su credibilidad que la idea de que quisiera divorciarse. Pero personalmente no puedo dejar de pensar: «muy lista, Rachel». Donde las dan, las toman, etcétera. Y tampoco puedo resistir el impulso de pinchar la pestaña Conozca al equipo de la página web de Morgan Cripps, para jugar un momento a ver si adivino quién es el pájaro.

Morgan Cripps tiene nueve empleados en total: siete varones serios y formales, trajeados en siete tonalidades de gris distintas, los cuales descarto de manera instintiva porque me parecen demasiado viejos, o demasiado jóvenes, o demasiado nuevos en el bufete, dado que Rachel estuvo por allí en el mes de julio, o, que Dios me perdone, demasiado feos.

Sobre gustos no hay nada escrito, pero aun así.

Las dos mujeres del bufete están colocadas en los dos extremos del espectro. Grace Hollis, de veintitantos, irradia pasión y optimismo y tiene cara de haberse licenciado hace poco con dos matrículas de honor en Bristol. Lydia Coe es una atractiva madura de cincuenta y tantos, va ataviada con un poncho de estampado tribal y luce unos pendientes de jade. Pincho en el perfil de Lydia simplemente porque el poncho destaca mucho y porque así dejo de acordarme de Aiden y de los chupitos que se está tomando con la tal Michelle Neary.

Lydia Coe es una abogada de familia de larga experiencia. Proporciona asesoramiento y representación jurídica en los tribunales a una amplia variedad de clientes sobre diversos temas, entre ellos acuerdos de custodia, requerimientos por violencia doméstica, trámites de divorcio y pactos económicos, así como todos los aspectos que surgen tras una separación.

Lydia se interesa en particular por los casos que protegen y fomentan los derechos de las mujeres, y trabaja estrechamente con la Coalición para Poner Fin a la Violencia contra las Mujeres y con Women's Aid, a la vez que ofrece cursos de formación a numerosas organizaciones que luchan contra los malos tratos y a la Oficina de Atención al Ciudadano.

Lydia es el miembro de Morgan Cripps que más trabaja de manera gratuita, y su pasión es apoyar a los menos afortunados en la actual situación de implacables recortes de la asistencia jurídica gratuita.

Cuando sea mayor, quiero ser Lydia Coe.

En este momento llaman a la puerta y al instante vuelvo a acordarme de Aiden; quisiera

encontrármelo ahí de pie, en el felpudo, aunque la certeza de la fecha que marcaba Facebook indique que está a mil kilómetros de aquí. Ligeramente confusa, abro la puerta con precaución. Los únicos que saben dónde vivo son Aiden, Parnell, el departamento de Recursos Humanos de la policía y unas cuantas compañías de suministros, aunque mi padre se las sabe arreglar para averiguar cosas.

Y también Frank Hickey, por lo que se ve.

Mi «tío» Frank me dijo en cierta ocasión que se podía dar con el paradero de cualquier «cabrón» si se estaba en posesión de una de dos cosas: suficiente dinero o suficiente rabia.

Yo tenía nueve años cuando me pasó esa conmovedora perla de sabiduría.

—Catrina, Catrina, qué sorpresa tan encantadora —exclama sonriendo con fingido afecto—. No has cambiado nada. Bueno, tal vez hayas engordado un poquito, pero eso nunca viene mal, ¿no te parece?

Me lo quedo mirando durante unos segundos, prácticamente conmocionada. Llevaba seis años sin ver a Frank Hickey, desde que me estrechó la mano en el funeral de mi madre y me susurró al oído que ella siempre había sido un lastre para mi padre. Ese recuerdo enciende una chispa de furia que me tienta a arrojarlo por esta escalera de piedra, y seguramente no me pasaría nada; en estos pisos rara vez hay alguien en casa los viernes por la noche, solo está Jerry, el Rolling Stone, y él es de los que ayudarían a ocultar un cadáver, no me cabe duda.

—Bueno, qué, ¿no vas a invitarme a entrar? —Ya casi ha entrado, aprovechándose de mi momentáneo estupor—. Hace una noche de perros, la verdad. No me vendría mal una copa de algo fuerte.

Es posible que yo no haya cambiado, pero Frank Hickey sí. El bronceado marbellí se ha tornado ceniciento, y ha abandonado ese atuendo de gánster del centro de la ciudad en favor de algo más propio de las urbanizaciones de las afueras: un jersey de ochos que le tapa la panza contra la que siempre peleó de manera incansable y el típico pantalón beis que se ponen los viejos para arrancar las malas hierbas del jardín. Antes de que me dé cuenta, ya se ha plantado en el centro de la sala y pasea la mirada por mi habitáculo mientras juguetea con las llaves.

—Dios todopoderoso, ¿has rechazado el piso de Claremont para venirte a este cuchitril? —Levanta una mano para apaciguarme—. No me interpretes mal, querida, siento el máximo respeto por las personas que quieren abrirse camino en la vida por sí solas, pero hasta tú te mereces algo mejor que esto.

Claremont. Claremont Heights. Un barrio de rascacielos de nueva construcción situado junto a Clerkenwell Road, que ofrece «interiores de diseño, tecnología de vanguardia y terrazas con vistas panorámicas de trescientos sesenta grados», por no mencionar que está a quince minutos andando de donde trabajo yo. Mi padre me aseguró que no tenía más que decírselo y la llave sería mía. «Frank está invirtiendo, ahora que va entrando en la tercera edad.»

Al día siguiente firmé el contrato de alquiler de este «cuchitril».

—¿Qué es lo que quieres, Frank? —pregunto dejando la puerta abierta.

No hace caso de mi pregunta, está mirando con expresión ociosa la nota que he pegado en la puerta del frigorífico y que dice: «RECICLA TODOS LOS VIERNES».

—A propósito, Cynth te manda recuerdos. Últimamente no se encuentra bien, la pobre. Es por el cáncer, claro. Se lo están paliando un poco, lo están reduciendo de tamaño. —Se vuelve hacia mí—. Al final podrá más que ella, seguro.

El sentido común de la decencia casi me empuja a responder «lo siento mucho», pero me muerdo la lengua y reprimo el impulso natural de ofrecer mi solidaridad.

—Te he preguntado qué es lo que quieres, Frank. Mira, acabo de pasar dos horas restregando

la suciedad de este piso y ahora te presentas tú. Voy a tener que limpiarlo con lejía.

Él suelta una carcajada, pero con gesto serio, sin sonreír.

—Veo que tus modales tampoco han cambiado gran cosa. Siempre has sido un poco agresiva. Te consideras superior a los demás, ese es tu problema. Igual que tu madre, que en gloria esté.

Podría morder el anzuelo. Podría aferrarlo con los dientes y dejar que Frank sintiera toda la fuerza de mi furia, pero, claro, eso es lo que quiere él. De hecho, hasta que conteste a mi pregunta, es lo único que sé con seguridad que quiere.

—¿Cómo has dado conmigo?

Esta vez sí que me responde.

—Oh, no ha sido tan difícil. Una tarde, puse a una persona frente a la comisaría a esperar a que salieras y seguirte hasta tu casa. Debería halagarte que me haya tomado tanto interés, Catrina. Es más de lo que hace tu padre. Él podría haber hecho lo mismo que yo si tuviera ganas de verte. —Aguarda unos instantes a ver si esto surte en mí el efecto que esperaba. Lo cierto es que sí, pero su lengua cáustica no tiene nada que hacer contra mi cara de póquer—. El problema que tiene tu viejo es que nunca ha sido lo que se llama una persona «activa». Él no resuelve problemas, no es como yo. Quién sabe, a lo mejor si hubiera permitido que me encargara yo de la tal Doyle, las cosas habrían terminado de otro modo. —Ríe—. Quiero decir, ella seguiría estando bajo tierra, pero el cargo de conciencia sería para mí, no para él, y, en fin..

No es necesario que termine la frase. Frank Hickey dejó de tener conciencia el día que se le cayeron los dientes de leche.

—Mi padre no tiene ningún cargo de conciencia. Él no le hizo nada a Maryanne, salvo intentar ayudarla. —Mi tono de voz es despreocupado, pero lo que digo es pura traición. Traición contra Aiden. Traición contra mí misma, porque esto no es en absoluto lo que pienso—. Tú crees que mi padre es igual que tú, pero no lo es, Frank. Él te desprecia, profundamente.

Sonriendo y sin verse afectado en absoluto, mete una mano en el bolsillo interior. Por una febril fracción de segundo pienso que va a matarme, porque, si no ha venido para eso, ¿para qué cojones ha venido entonces?

Nota mi pánico y su sonrisa se ensancha, una raja desagradable en medio de ese rostro feo y cubierto de arrugas.

—¡Por Dios, querida, puede que sea mala persona, pero no tan mala! Todavía no he matado a nadie de la familia, y en todo caso habría varios parientes por delante de ti, créeme. —Me entrega un sobre de color rosa que pesa sospechosamente—. Solo quería darte esto, nada más. De parte de Cynth y de mí. Regalo de cumpleaños.

—Tú no perteneces a mi familia. En lo que a mí respecta, no eres más que un despojo de tejido humano.

—Ah, eso me ha dolido —responde Frank, fingiendo retroceder herido por un puñal—. Sobre todo con la elevada opinión que tengo yo de ti. —Indica la tarjeta con un gesto—. Así lo dice ahí. Adelante, ábrelo.

En efecto, en el interior hay un poema almibarado que habla de lo especial que soy yo para todo el mundo, junto con un grueso fajo de billetes de cincuenta libras para certificarlo. No sé cuánto dinero habrá exactamente, pero sí lo suficiente para comprar una lavadora y llamar a un fontanero para que arregle los radiadores.

Lástima que yo prefiera morirme de frío llevando puesta una ropa a la que ya le están saliendo patas.

—Llévatelo —le digo tendiéndole el sobre—. No quiero ni tu tarjeta ni tu dinero.

—¿Estás segura? —De nuevo recorre la habitación con la vista—. No es que estés

precisamente ahogándote en el lujo, ¿no? Aunque todavía faltan unos cuantos días, porque tu cumpleaños es el trece, si no me equivoco. —No le contesto—. En realidad deberías haber nacido el diez, ¿lo sabías? Tu padre y yo estábamos supernerviosos porque era el mismo día que el derbi de West Ham contra Millwall. Pero fuiste buena y aguantaste. Fue después de nacer cuando pasaste a ser un verdadero grano en el culo.

—Que te den.

Lanza una carcajada al tiempo que yo le arrojo el sobre.

—Entonces, ¿no vas a ofrecerme una copa, después de la molestia que me he tomado en venir hasta aquí? Es muy duro estar al sur del río un viernes por la noche... Pensé que ibas a mostrarte un poco más agradecida.

—Gracias por venir. —Me encamino hacia la puerta—. Ahora, lárgate.

Frank duda un momento, pero finalmente echa a andar.

—Dios, cuesta creer que Jacqui y tú seáis hermanas —comenta al llegar a la puerta—. Jacqui lo abruma a uno, de tanta amabilidad. No para de decir: «Tómame otra copa, tío Frank» y «No, tío Frank, cómete tú la última loncha de embutido». Es una anfitriona magnífica. Y además tiene una figura estupenda, se conserva muy bien. —Luego me mira a mí con expresión triste—. Es una lástima que tú siempre hayas sido la pequeña de la camada. El gorrino pequeño que creció y se convirtió en un cerdo.

—Buenas noches, Frank. —Ya me tiene aburrída.

—De todas formas, algo debes de tener a tu favor —agrega con un brillo de victoria en los ojos—. Ese Aiden es un buen tipo. Y muy guapo, además. Pero, claro, su hermana también era muy guapa.

Se me para el corazón y me explota la cabeza. Mi visión zigzaguea y se transforma en una serie de rayas negras. Frank continúa hablando, pero yo ya no entiendo nada de lo que dice; algo acerca del pub de mi padre, de la cerveza que uno se toma después de beberse un whisky para aliviar la quemazón, de los admiradores del equipo de fútbol Manchester United, que persiguen la gloria, y de que confía en que me junte con alguno de ellos.

—¡Cabrón! —Grito con rabia al tiempo que lo empujo hacia la escalera. Poco a poco mi vista vuelve a enfocarse en el entorno, pero incluso ahora puedo ver únicamente una sola cosa: la expresión de «juego, set, partido» que aparece dibujada en el rostro de Frank—. Te lo advierto, Frank, no te acerques a Aiden.

—¡Que no me acerque! —Le chispean los ojos, se encuentra en su elemento—. ¿No has oído lo que acabo de decirte? Aiden vino al pub, querida. Acudió a nosotros. Dijo que era amigo tuyo, que pasaba por allí. «¿Amigo?», le dije yo a tu padre. «¡Cuéntame otra!» Y parece ser que no me equivocaba.

Cierro la puerta de golpe, pero Frank no ha terminado.

—Sí, un tipo encantador —sigue diciendo desde el otro lado—. Me alegro de haberlo conocido. No era algo muy probable, ¿eh?

¿Que no era muy probable? Seguro que Aiden tendría un algoritmo para explicar esto. ¿Qué probabilidades había de que acudiera al pub de mi padre la misma noche en que se encontraba allí Frank Hickey? Frank Hickey, el hombre que lleva lo de ser socio sin voz ni voto a extremos invisibles.

Bajísimas; eso diría yo de las probabilidades que había.

Más o menos las mismas de que lo mío con Aiden tenga futuro.

«CUANTO MÁS FUERTE SEA LA TORMENTA, MÁS GRANDE SERÁ EL ARCO IRIS.» Eso era lo que

declaraba el cartel que tenía Naomi Lockhart pegado en la pared. Le dije a Parnell que no me lo creía, pero no me vendría mal creerlo ahora. Con mucho gusto me autoengañaría diciéndome que, aunque Frank sepa que estoy saliendo con Aiden, al final todo va a salir bien.

Pero no va a salir bien. Porque ¿saben ustedes lo que suele pasar después de una tormenta fuerte?

Pues que llega un tornado de lo más destructivo.

Cuando era pequeña, me perdí en una feria. Una feria diminuta, de esas que se montan de la noche a la mañana y desaparecen con la misma rapidez. Pero a la bobalicona edad de seis años, y teniendo una vida social que consistía en ir a misa todos los domingos y hacer algún que otro viaje a Bent Cross a comprar zapatos para el colegio, aquello era para mí el acontecimiento más importante del año. Y también para Jacqui y Noel. Jacqui sacaba pecho para exhibir su sujetador de copa B ante todos los chicos guapos y peinados con brillantina que se montaban en el carrusel, y Noel se dedicaba a robarles la cartera a las señoras mayores amparándose en el gentío, puede que incluso dispuesto a iniciar una pelea. Pero para mí, el atractivo lo constituía siempre mi padre. La oportunidad de pasar un rato con él, de ver cómo derribaba cocos apoyados en unas latas, de compartir con él un perrito caliente del tamaño de un pie y reír sabiendo que si mamá se enterase, se pondría furiosa.

Aquellos eran tiempos felices.

Hasta que llegó el día en que yo me perdí.

Sin tener a mi lado la fuerte presencia de mi padre, todo me resultaba siniestro, todo lo que veía y oía representaba una forma de agresividad. De repente, los chillidos de la gente subida en las atracciones no transmitían alegría, sino una amenaza; los pececillos de colores se veían angustiados dentro de sus bolsas de plástico; hasta la torre tobogán, que era con mucho mi atracción favorita, se transformó en un enorme monstruo metálico. Me faltaba la seguridad, la roca que representaba mi padre.

Debieron de transcurrir solo unos pocos minutos, pero cuando por fin vi aparecer su rostro entre aquel mar de personas desconocidas, estuve a punto de morirme del alivio que sentí. Efectivamente, fue tal el alivio que rompí a llorar.

Y observándolo ahora desde la entrada del McAuley's Old Ale House, ancho, robusto y ocupado con el rollo de papel de la caja registradora, también estoy a punto de echarme a llorar.

—Podrías haberme avisado, joder —le digo haciendo notar mi dependencia emocional.

Levanta la vista y su rostro se colorea con veinte emociones distintas.

—Una entrada de lo más impresionante, Catrina. ¿Quieres probar otra vez, con algo así como «Hola, papá, me alegro de verte»?

Nuestras voces levantan un sonoro eco a través del silencio de la medianoche. En los viejos tiempos habría unos cuantos clientes de los que se quedan incluso después de la hora del cierre, varios rezagados, abueletes jugando al póquer; en la actualidad está únicamente mi padre y algún empleado al que le haya tocado en suerte trabajar el turno de noche.

Hoy dicho empleado es una chica morena que está limpiando con una bayeta del mismo color que el vestido que lleva puesto.

—Lex —dice mi padre—, te presento a mi hija pequeña. Tendrás que perdonarla, por lo general tiene mejores modales.

Doy un paso al frente.

—Qué curioso, Frank Hickey dijo exactamente eso mismo cuando vino a mi casa.

Mi padre le hace a Lex un breve gesto con la cabeza para que se vaya, un gesto que lo mismo podría significar «vete a casa» que «sube al piso de arriba y ve calentando la cama». No hay motivos para pensar esto último, pero con mi padre eso nunca se puede descartar del todo. Lex sale de detrás de la barra y mi padre se dirige hacia mí.

—¿Que Frank ha ido a tu casa? ¿Cuándo? Quiero decir, ¿cómo es que...? ¿Qué diablos quería?

—¡Dímelo tú! —Ya lo tengo lo bastante cerca como para abrazarlo, pero también para arrearle una bofetada. En un lado de la cara luce un rasguño de haberse afeitado, y el aliento le huele a menta—. ¡Por Dios, papá! ¿Por qué no me avisaste de que Frank estaba al tanto de lo mío con A...? —Dejo la frase sin terminar, no soy capaz de pronunciar su nombre. No sé decidir si también a él tengo ganas de abrazarlo o de abofetearlo—. La gente normal deja mensajes de voz, no te llena el teléfono de llamadas perdidas ni te escribe cosas en clave.

La gente normal. A lo mejor la próxima vez somos ya gente normal. Personas normales con problemas normales, sin «tíos» retorcidos, ni hermanas muertas, ni novios secretos que alteren el curso normal de nuestra vida.

—No quería dejar un mensaje de voz. No quería asustarte. Quería hablar contigo como es debido, cara a cara.

—Muy bien, pues aquí me tienes. Ya puedes hablar conmigo como es debido. —Separo las piernas; una actitud seria—. Necesito saber todo lo que has contado, papá. Todo lo que sabe Aiden.

En eso, se oye que se cierra la puerta de atrás. De modo que Lex no tiene el encargo de ir calentando la cama.

—No hay gran cosa que pueda decirte, cielo. Frank habló con él más que yo. —Agotado, se apoya contra la máquina de videojuegos, que antes era la máquina expendedora de tabaco—. Había venido un grupo grande de gente a cenar, como de unas treinta personas, y empezaron a discutir porque no estaban de acuerdo con la factura. Yo estaba tan ocupado con eso que, la verdad, me alegré de ver que Frank andaba distraído. De lo más típico: se pasa varios meses sin venir por aquí y de repente, justo el día en que viene, en una mesa estalla la Tercera Guerra Mundial por culpa de un plato de más o de menos. Eso no da buena imagen, ¿comprendes?, parece chapucero, una mala gestión del negocio. Sea como sea, cuando por fin me acerqué a donde estaba él, vi que había hecho un amigo, ¿qué te parece? Por lo visto, se trataba de un amigo tuyo. —Me mira de una manera a la que no tiene derecho—. Se llama Aiden Doyle y es de un pueblecito llamado Mulderrin...

—¿Y? —replico yo, irascible.

—¿Y qué? Le estreché la mano. Le dije que volviera a guardarse el billete de diez libras, que en mi pub ninguno de mis amigos pagaba las bebidas. Luego estuve viendo un rato el partido del Manchester United y me fui al piso de arriba con la excusa de que tenía que hacer unas llamadas. No pude soportar estar allí sentado con él, charlando. No pude...

—¿Y lo dejaste con Frank? ¿Eso te pareció una decisión mejor?

—Sí, ya lo sé, pero acuérdate de que Frank conocía a Maryanne. Él también estuvo involucrado. Así que difícilmente iba a decirle a Aiden: «¿A que no adivinas quién es tu «amiga», muchacho? Es la hija del tipo que...». —Se interrumpe, no se atreve a ponerle nombre.

Sin embargo, yo sí que puedo. Mi padre es el tipo que puso a Maryanne en la senda que la condujo a la muerte y el tipo que intentó apartarla de ella. El tipo que no se dio cuenta de que su amabilidad para con ella iba a terminar matándola.

Yo me creo las dos versiones, dependiendo de mi estado de ánimo. Cuando necesito alimentar mi rabia, mi padre es un pecador de tomo y lomo. Cuando mi alma necesita consuelo, mi padre

desde luego no es un santo, pero por lo menos sí que es un tipo que la cagó. Otro tipo débil y estúpido con complejo de ser un caballero de brillante armadura.

—Mira, deberías haberme contado lo del tal Aiden. ¿Cuánto tiempo hace que estás con él? — No respondo nada; mi padre no tiene derecho a hacerme preguntas sobre mi vida amorosa—. Venga, cielo, tienes que comprender que salir con él es mala idea. Si no lo comprendes, es que no eres tan inteligente como yo creía.

—Oh, sí que lo soy, papá. Y además tengo sentimientos y un corazón. Claro que eso debo de haberlo heredado de la parte de mamá.

Su rostro se contorsiona: es la cólera, que está reprimiendo su paternal sentimiento de orgullo.

—Ay, Dios. De modo que va en serio, ¿no? Mi niña se ha enamorado.

Una niebla roja me empaña los ojos.

—Sí, papá, va muy en serio. Vamos a tener hijos y todo. Mira, a lo mejor, si es niña, llevará los genes de los Doyle y tú tendrás una nieta que será igualita que la chica a la que le jodiste la vida. Un vivo recordatorio que hablará y andará, y que irá a verte al hogar de ancianos. Encantador, ¿a que sí?

Sé que me he pasado de la raya. Dentro de nada me disculparé, sin duda, con los típicos rodeos que me caracterizan. Pero es que lo que me ha alterado es lo de los hijos. Los hijos que nunca tendré con Aiden, un par de bomboncitos de ojos azules y boquita de piñón, con un cabello rizado que pasar media vida desenredando. Al pensar en ello me entran ganas de prenderle fuego al mundo, con todas las personas que hay en él.

—Ah, ya, como yo le jodí la vida a Maryanne, eso te da a ti derecho a joderle la vida a su hermano, ¿así es como funciona la cosa? —Suelta una risa malévola—. Catrina, no vengas aquí haciéndote la mártir. Te conozco, acuérdate. Y sé que eres igual de despiadada que yo. Quieres lo que quieres, y punto.

—Lo que quiero es que Frank Hickey no se acerque a mí.

Mi padre se encoge de hombros.

—Eso no es problema, cielo. Considéralo hecho.

Esta vez me toca a mí reírme.

—Ah, así de fácil, ¿no? ¿Qué pasa, que últimamente lo tienes atado con una correa? —Es lo que quería que me dijera, lo que he venido a que me dijera, pero me resulta demasiado fácil—. ¿Estamos hablando de la misma persona? ¿Del animal que te partió el hueso del pómulo con un taco de billar? ¿Del que le dio a tu propio hijo una paliza que lo mandó al hospital?

Otro encogimiento de hombros.

—Noel se merecía una paliza. Uno no puede creerse que va a poder estafar a Frank Hickey y luego irse de rositas.

—A lo mejor él piensa que yo tampoco debo irme de rositas. Tú mismo has dicho que el hecho de que yo esté saliendo con Aiden también lo afecta a él.

Mi padre hace un gesto negativo con la cabeza para desechar esa idea.

—No lo piensa. En absoluto. Frank no es un...

—Oh, ahórrame la Carta de Moralidad de los Malos, papá. Frank hace lo que tiene que hacer, y me amenazó con algo, estoy segura de ello. Simplemente, todavía no he averiguado qué es. Ah, y me dio dinero.

—¿Dinero?

—Sí, ya sabes, esos papeles. Por los que tú te vendiste.

«Y que nos mandaron a todos a este purgatorio.»

—¿Para qué? —Se ha puesto de pie, intrigado—. ¿Cuánto?

—No lo sé, porque se lo devolví. Pero era bastante. Me dijo que era un regalo de cumpleaños, pero resultó muy raro. ¿Está intentando sobornarme para que termine con Aiden, o algo así? ¿Es eso?

Mi padre se frota las sienes, pensando, preocupado, intentando encontrarle lógica a la enloquecida forma de pensar de Frank.

—Escucha —me dice finalmente—. No sé por qué te ha dado dinero, pero sé que está aburrido. —Yo hago una mueca. Los hombres como Frank Hickey no se aburren. Ellos consideran que pueden rapiñar todo, porque les pertenece—. Ah, te sorprenderías, Cat. En el mundo de los delincuentes ya no hay tanta delincuencia. Todas las estafas se llevan a cabo igual que una sociedad anónima, pero Frank es de la antigua escuela. Su estilo está un tanto en desuso. Él todavía es respetado, y siempre lo será, pero ya no tiene el peso que tenía antes. —Me toma de los hombros con delicadeza; yo me pongo en tensión, pero luego me relajo—. ¿Sabes qué es lo que pienso, con sinceridad? Pienso que está aburrido y que pretende animarse un poco pinchándote a ti, cielo. Nada más. En serio, apostararía cualquier cosa.

Siento una oleada de alivio que me recorre todo el cuerpo de arriba abajo.

Algo más tarde estamos en el piso de arriba, tendidos en sendos sofás, el uno frente al otro, bebiendo whisky Jameson directamente de la botella y compartiendo recuerdos de mi madre. De cuando me vistió de sándwich de jamón para una fiesta de disfraces. Era una niña regordeta enfundada en un leotardo de color rosa. ¿En qué estaría pensando? O de aquella ocasión en que ella resbaló en una piel de plátano en Charing Cross Road... Bueno, no era una piel, sino un plátano entero.

Lloramos un poco, pero son lágrimas de alegría. Necesitamos una hora y casi la mitad del whisky para empezar a rozar la sensiblería.

—Me siento culpable porque se me han ido olvidando algunos detalles de ella. —Contemplo una telaraña del techo y pienso que esa telaraña no estaría ahí si mi madre aún viviera. Era implacable con el plumero—. Ya sabes, tonterías, como el número de zapato que gastaba y lo que solía pedir de comida china.

Mi padre sonrío.

—Calzaba un treinta y ocho y solía pedir pollo agridulce. Todas las veces. Nunca fue una persona aventurera.

—¿Por eso la engañaste? ¿Porque no era lo bastante aventurera?

Adiós a la sensiblería, hola al conflicto.

Mi padre lanza un suspiro; probablemente está enfadado consigo mismo por haber dejado la portería tan desprotegida para que le metieran un gol.

—Por el amor de Dios, Catrina, cambia de disco...

Me tiendo de costado y apoyo la cabeza en una mano.

—De acuerdo, está bien, voy a poner otro disco, un recién llegado al número uno de las listas. ¿Tú crees que mamá te engañó alguna vez, que te dio a probar tu propia medicina? Quiero decir, tú eras un mierda y ella era una mujer atractiva, de modo que por qué no.

Mi padre se vuelve, pero no para mirarme a mí, sino para mirar a mi madre: la foto en la que está ella sosteniendo en brazos a Finn, el único nieto que conoció durante un año.

—Lo que creo es que tu madre me quería —responde con sencillez—. Eso es lo único que importa. Lo que el uno le hiciera al otro ya no tiene importancia. —Es una respuesta esquiva a una pregunta incendiaria, y hace solo un año habría provocado una guerra nuclear. Aparta la mirada de la foto de mi madre y agrega—: ¿Pero por qué me lo preguntas?

Seguramente no debería decirlo, pero el whisky me empuja. «Qué demonios.»

—Ah, es por un caso en el que estoy trabajando. Nuestro sospechoso engaña a su mujer, además de ser cruel con ella, pero yo creo que a lo mejor su mujer también lo ha estado engañando a él, para vengarse.

—Yo nunca fui cruel con tu madre. Nunca.

Lo cual es discutible, pero probablemente sea justo. Mi padre, a diferencia de Joseph Madden, nunca se lo restregó a su mujer por la cara, nunca le dijo que era tonta, o fea, o afortunada de tenerlo a él. Mi padre hacía lo que quería y vivía como le apetecía, pero su motivo nunca fue el de hacer infeliz a mi madre. Simplemente, su propia felicidad valía más.

—Mira, quédate aquí esta noche a dormir —me dice mirando la hora en el teléfono—. Son casi las dos, y ya le hemos metido un buen viaje a esta botella —dice agitando el Jameson—. De ninguna manera debes conducir.

—No he venido en coche. Para eso necesitaría tener coche. —Me doy una bofetada a mí misma, esperando que no se lo haya tomado como una indirecta. No quiero el dinero de Frank y hace años que tampoco quiero el de mi padre—. Pero me alegra ver que respetas la ley.

—Eso intento. —Se pone de pie y se masajea el cuello—. Frank siempre está intentando tentarme para que vuelva a las andadas, pero yo ya no quiero más problemas. Debe de ser que ya me estoy haciendo mayor, ¿no? —En estos momentos, no discreparía del todo. Si bien mi padre jamás tendrá mal aspecto, porque posee demasiado orgullo, demasiada altivez, demasiados genes afortunados para tener mal aspecto, a las dos de la madrugada y bajo la estridente iluminación de la sala de estar, se lo ve exactamente como lo que es: un hombre de cincuenta y cinco años al final de una semana de sesenta horas—. ¿Y sabes cuál es la razón principal de que no quiera volver a las andadas? —Calla unos instantes—. Es por la forma en que me miras tú. Estoy harto de que mi hija se avergüence de quien soy.

—No te lo tomes como algo personal, papá. Yo me miro a mí misma de esa manera. Me avergüenzo de quien soy.

—Vaya, pues eso me causa mucha tristeza. —Y se le nota en la expresión de la cara, verdaderamente alicaída—. No te avergüences nunca de ser quien eres, cielo. Tú eres lo único de lo que me siento orgulloso.

Le contesto con la sonrisa, nuestra sonrisa.

—Pues que Jacqs no te oiga decir eso. No se dará tanta prisa en plancharte las camisas.

Si he parecido impertinente, desde luego no era mi intención. La verdad es que me da envidia la relación que tiene Jacqui con mi padre. Lo de plancharle las camisas, lo de darle tanto la lata, la proximidad que nace del hecho de que no están en absoluto unidos el uno al otro. Mucho brillo en la superficie, pero con todo lo malo escondido en otra parte.

Mi padre también sonrío.

—Me siento orgulloso de Jacqs, ya lo sabes tú. Pero lo que es ella no lo ha heredado de mí. Jacqui se parece a tu madre. —Me perfora con la mirada—. Y tú eres igual que yo, hasta la médula.

No sé muy bien si sentirme halagada u horrorizada.

—Lo de esta noche ha estado bien —murmuro. Es mi manera de pedir perdón, dando rodeos, por las cosas desagradables que haya podido decir antes.

—¿Lo bastante bien como para que te quedes a dormir? ¿Lo bastante bien como para que vuelvas? Antes esto era tu hogar, Cat. Me encantaría verte por aquí más a menudo.

Me mira profundamente esperanzado, como si quisiera que fijásemos ya fechas, horas, menús.

Sigue un largo silencio mientras yo intento buscar qué decir. Al final opto por la verdad.

—Es que es muy difícil, papá. Quiero ser buena persona, y tú me recuerdas que no lo soy.

Afirma con la cabeza, comprendiendo.

—Ya. ¿Y ese Aiden es una buena persona?

—La mejor. —«Aparte de haber venido aquí a mis espaldas.»—. Quién sabe, a lo mejor él me quita el trauma. A lo mejor, si paso veintiséis años con él, quedan anulados los veintiséis que he pasado contigo. —Agrego una sonrisa. Es un intento inútil de desinfectar lo que acabo de decir, de transformarlo en un chiste.

Pero, claro, es que en realidad es un chiste. Dentro de veintiséis años, Aiden estará feliz con una persona que lo merezca de verdad. Tal vez esa tal Michelle Neary, que tiene 542 amigos en Facebook. Algo debe de estar haciendo bien.

—Entonces, ¿te quedas? —pregunta mi padre sin reaccionar a la pulla. Se le nota en la voz una desesperación que no tiene que ver con esta última hora ni con mi seguridad personal, sino con un sentimiento de soledad. Con los vínculos que nos unen. Con una noche fingiendo ser lo que no somos. Es simplemente un padre corriente preparando la cama de invitados para su hija corriente.

—Sí, creo que sí. Es mejor que pagar un taxi. —Me vuelvo hacia la escalera—. Bueno, ¿y dónde voy a dormir?

—En tu antigua habitación, naturalmente. Todavía la llamo la «habitación de Cat», ¿sabes? Hay un futón. Jacqui dice que le resulta bastante cómodo.

—¿Cómo? ¿Has quitado mi cama de princesa de cuento de hadas? ¿Cómo has podido!

De repente caigo en la cuenta de que por eso me gusta tanto mi litera: porque me trae recuerdos mágicos de tiempos más felices, en los que dormía a dos metros del suelo, cerca del cielo, con mis amigas Bella y Ariel.

Mi padre suelta una carcajada.

—Pues sí, lo siento mucho. Y tampoco tengo sobrecitos de tarta helada de cerezas.

«No se le ha olvidado. Yo ya no me acuerdo del número de zapato que calzaba mi madre, y, sin embargo, a él no se le han olvidado esos sobrecitos, ni siquiera los del sabor de edición limitada.»

Me enjugo las lágrimas con el canto de la mano y agrego un bostezo para que parezca que tengo sueño.

—Bueno, últimamente me gustan más las cosas saladas. Si me das un sándwich de beicon, ya soy feliz. Pero todavía estoy dolida por lo de la cama de princesita.

—No me cabe duda. Te encantaba.

Otro recuerdo, este ya no tan mágico.

—Hum, aparte de aquella ocasión en que Noel se escapó llevándose la escalera de mano y me quedé varias horas allí subida, hasta que tú viniste a rescatarme. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo. —Me taladra con la mirada—. Yo siempre te salvaré, Cat. Puede que por mi culpa no tengas un buen concepto de ti misma, pero yo siempre te salvaré.

«Tengo seis años.

»Estoy otra vez en las ferias.

»Y por fin le veo la cara.»

19

Sábado

Lydia se interesa particularmente por los casos que protegen y fomentan los derechos de las mujeres.

A la mañana siguiente, permanezco unos minutos tendida en el futón más incómodo del mundo, admirando la labor de Lydia Coe y evitando el sándwich de beicon que mi padre está preparando amorosamente en el piso de abajo. Anoche, entre la neblina provocada por el whisky, la idea de que mi padre se pusiera a freír las lonchas de beicon mientras yo untaba el pan con mantequilla me pareció cursi y benévola, y esencialmente aceptable, pero esta mañana me resulta fingida. La relación que hay entre nosotros es más bien de confesiones a altas horas de la noche que de acogedoras charlas ante la mesa del desayuno.

Cuando veo que ya no puedo continuar evitándolo, me levanto, me doy una ducha fría, porque no sé cómo funciona el mando de la temperatura, y me visto con los vaqueros que llevaba puestos ayer y con una elegante blusa color crema que encuentro colgada en una percha. Supongo que será de Jacqui. Por lo menos espero que sea de Jacqui. No puedo ir a trabajar llevando la ropa de una de las conquistas de mi padre.

—Buenos días, tesoro. ¿Has dormido bien?

Mi padre está fresco, lleno de energía. Parece como mínimo diez años más joven que anoche.

—Sí, no he dormido mal. He... cogido prestado esto —digo tirándome de la blusa al tiempo que recorro la cocina con la mirada. Hay salsa roja y marrón, suficiente beicon como para dar de comer a un batallón, y en la radio están sonando a todo volumen los Jackson Five.

Todo es demasiado alegre. Necesito escapar de aquí.

Voy directa al fregadero y me sirvo medio litro de agua, principalmente porque de ese modo le doy la espalda a mi padre mientras pongo una excusa.

—Verás, papá, la verdad es que no tengo mucha hambre. Perdona. Y además tengo que irme... Pero no te preocupes, que el beicon no se te estropeará. Aprovechalo para una salsa carbonara, o algo. Jacqui sabrá cómo.

—¿Qué es lo que sabré?

Acaba de aparecer mi hermana, la *ninja*.

Me doy media vuelta.

—Ah, hola, ¿de dónde sales?

Detrás de ella viene mi sobrino Finn, vestido con un atuendo de jugador de fútbol verde y azul, y llevando un iPad en una mano y un paquete de caramelos Skittles en la otra.

—Llevamos aquí una eternidad. Papá nos dijo que no hiciéramos ruido, para no despertar a la princesa Catrina. Me ha dicho que has tenido una mala noche. —Durante una fracción de segundo, se me cruzan los cables y pienso que mi padre le ha contado lo de Frank, pero luego me acuerdo de que mi padre no le cuenta a Jacqui nada que sea desagradable, y que cuando ella dice «mala

noche» se refiere al alcohol—. Eh, esa blusa es mía, pero qué cara tienes. Quiero que me la devuelvas, lo digo en serio. Y solo se puede lavar en seco, así que no se te ocurra meterla en la lavadora con esos vaqueros tuyos que destiñen tanto.

Podríamos estar de nuevo en el año 2003. Kelis sonando en la radio con su *Milkshake* y Jacqui y yo declarándonos la guerra en esta misma cocina por una camiseta o una diadema para el pelo mientras mi madre intenta hacer de árbitro.

—Ya, ya, tranquila, hermanita. Sé leer las etiquetas. —Luego me dirijo a mi sobrino, que está detrás—. ¿Qué pasa, Finn, que ya no vas a darme nunca más un abrazo? —Finn viene hacia mí y aprieta su cuerpecillo contra el mío. Es un matón dentro del cuerpo de un niño de siete años, supongo—. Bueno, ¿y qué estáis haciendo aquí? ¿Tenéis un partido por aquí cerca?

Finn emite un sonido vagamente afirmativo, se sienta a la mesa y pasa a concentrarse en la pantalla de su iPad. Jacqui se queda a su lado y coge una tira de beicon.

—Sí, en Islington. El mismo de todos los sábados. —«Lo cual ya sabrías si vinieras por aquí un poco más a menudo»—. Deberías venir —añade, pero al instante levanta la mano—. No, no me lo digas. Tienes que trabajar.

—Esta que ves aquí tiene que ganar dinero para pagar la renta, Jacqs. No todos disfrutamos del privilegio de poder trabajar a media jornada. —Es una respuesta infantil y bastante borde, y ni siquiera lo he dicho en serio, pero Jacqui siempre se las arregla para alterarme como solo saben hacerlo las hermanas.

Mi padre se encarga de poner paz propinándole a Finn un puñetazo juguetón en el hombro.

—Este es el último año que vas a estar en la liga infantil, ¿eh, campeón? Próxima parada: la liga sub-8 del West Ham.

Finn levanta por fin la vista, preocupado.

—Abuelo, ¿no podría irme con los del Chelsea? Alfie Keeler, de mi clase, dice que los del West Ham son una mierda.

—¡Finn! —exclama Jacqui.

Mi padre lanza una carcajada.

Yo procuro mirar a mi sobrino con gesto de reproche, pero me parece que no está muy convencido. Percibiendo que dos terceras partes de su público están de su parte, sigue forzando a la suerte.

—En realidad, dijo que son una puta mierda. Luego la señora Benn lo echó de clase y él le dijo otra palabrota.

—Ese Alfie Keeler parece una joyita. Seguro que dentro de unos diez años lo detengo por alguna fechoría.

Jacqui coge el iPad y lanza una amenaza peor que la muerte.

—Si vuelvo a oírte pronunciar esa palabra, Finlay, te quedas sin tableta una semana entera, te lo prometo.

Finlay. Catrina. Hasta los nombres pueden utilizarse como armas. Aiden me dijo en una ocasión que Maryanne significaba ‘gracia’. Para mí significa simplemente sentimiento de culpa.

Mi padre finge tapar los oídos a Finn.

—¿Pero a qué palabra te refieres, Jacqs, a «puta» o a «mierda»? Quiero decir, tienes que ser justa con el chico, hay un iPad en juego. Tienes que aclararte. —Jacqui hace una bola con la tira de beicon y se la lanza a mi padre a la cabeza. Rebota contra la campana del extractor y aterriza en medio del suelo. Mi padre se agacha para recogerla y, al hacerlo, se sitúa a la altura de los ojos de Finn—. Y no, no puedes ir con los del Chelsea. Ya es bastante malo tener un policía en la familia como para tener encima a un seguidor del Chelsea. Me temo, muchacho, que hay cosas que

no se pueden cambiar. Tú eres un Hammer por nacimiento y eso no puedes cambiarlo, no, señor. —Se incorpora y se gira hacia mí—. Anoche estuvimos hablando de ti, ¿a que sí, tesoro?

Hay partes de esta pasada noche que recuerdo borrosas y un poco vagas; en cambio, hay una afirmación que hizo mi padre y que permanece en mi cerebro clara y precisa, dibujada con total nitidez: «Tú eres igual que yo, hasta la médula».

Y cuanto más tiempo paso con él, más probabilidades hay de que dicha afirmación sea cierta.

—Vale, yo me largo. —Me separo del fregadero y deposito un beso en el cabello rubio de Finn. Él suelta una risita e intenta zafarse, así que le deposito otro beso, y después otro más, y otro, y termino dándole un tremendo chupetón en la mejilla izquierda.

—Ya que no te apetece el beicon, ¿quieres que te prepare otra cosa? —Mi padre empieza a rebuscar en el frigorífico y me va informando a voces de lo que hay dentro—. Tengo huevos, tomates, champiñones, macedonia de frutas, mantequilla de cacahuete, *halloumi*, yogur y alubias. —Lo dice con un tono de sorpresa que sugiere que la compra no la ha hecho él.

La buena de Jacqui ataca de nuevo.

—En serio, papá —respondo—, estoy bien así. Tengo que irme a trabajar. —Acercó la cabeza a la suya, un beso ficticio, como mucho—. Pero nos vemos pronto, ¿vale? —Le mando un beso por el aire a Jacqui—. Y a ti también. Os veo pronto a todos, lo prometo.

Pronto. La cláusula de rescisión por excelencia. Vivimos en un mundo de lo más ambiguo.

El «trabajo» que tengo esta mañana consiste en beber agua de pepinillos en la sala de estar de los Connor, más parecida a un restaurante. El típico lugar dolorosamente estiloso que hace que uno se diga a sí mismo que toda tu vida ha sido un error. Está claro que, aunque la cocina tiene solo medio techo y, según Rachel, el cuarto de baño parece un refugio antiaéreo, entre estas cuatro paredes no se ha reparado en gastos. Parnell está sentado en una mecedora de mimbre que no desmerece en nada los trajes de seiscientas libras que gasta él, y me da miedo posar mi vaso, no vaya a ser que arañe los baldosines del mosaico.

Kirstie Connor también está asustada. Está entrando magníficamente en nuestro juego.

—Por Dios, actualmente rara es la vez que consumo drogas. —Su cutis, que normalmente es de color oliváceo, ha adquirido un tono carmesí; podría ser a causa de la indignación o de la vergüenza, o quizá de las dos cosas—. Pero lo cierto es que había mucha tensión en el ambiente, principalmente por Joseph y Rachel, pero también porque tú —una mirada reprobatoria dirigida a Marcus— y Rachel estabais enfurruñados el uno con el otro, y yo sabía que algunos miembros de mi equipo estaban consumiendo coca y simplemente caí en la tentación. Se los veía tan jóvenes y despreocupados que quería sentirme así otra vez, solo por unas horas. Pero no pensaba gorronearles la droga, en absoluto.

—¿Por qué estaban enfurruñados Rachel y usted? —le pregunto a Marcus para darle un breve respiro a Kirstie.

Marcus está sentado en el brazo de un enorme sofá de color fucsia. Tiene la espalda rígida, el cuello alargado. Creo que está intentando proyectar una imagen estoica, pero la imagen que da es de algo preparado.

—Era una simple pelea entre hermanos. Ahora parece una memez. —Lo miro con una expresión escéptica—. Está bien, peleábamos por un tema de dinero. Joseph siempre deja a Rachel sin blanca, así que de vez en cuando yo la ayudo. —Esta vez es Kirstie quien lo mira con expresión escéptica—. Tiempo atrás le había dado unos pocos cientos de libras, pero la semana pasada me enteré de que ella se las había dado a Joseph para que se comprase un hierro cinco nuevo. Es ridículo. Joseph la tenía convencida de que, si contaba con el equipo adecuado, podía

llegar a ser el próximo Tiger Woods. Sinceramente, no sé quién me altera más, si él o ella.

—¿Y qué van a hacer, entonces? —nos pregunta Kirstie, que no tiene interés por Rachel ni por Joseph, sino por lo que va a sucederle a ella.

—Respecto de lo de la droga no pueden hacer nada, Kirst. No te han pillado con ella. — Marcus nos mira alternativamente a Parnell y a mí—. Y respecto de causar obstrucción a la justicia, ¿pueden ustedes probar que no hubo un limpiador de ventanas?

Es una gran muestra de solidaridad, pero su tono dista mucho de ser el de una persona impresionada. Kirstie está condenada, claramente. La historia es muy distinta de la que sugiere la foto que tiene justo detrás de la cabeza, en la que aparecen Marcus y ella más jóvenes, supuestamente en su luna de miel, descalzos y con el rostro arrebolado a consecuencia de haber pasado la tarde tomando el sol o haciendo apasionadamente el amor. Con el mar y un papayo como única compañía.

Y al lado de esa foto, hay otra tomada el día de su boda. Un puñado de personas distribuidas por la escalera de piedra de una mansión señorial. Rachel, tan esbelta como siempre, con un vestido de dama de honor de color verde menta; Joseph con un traje de tres piezas y corbata, no en el papel de padrino, pero sí en el de acomodador.

Cuesta imaginarlos ahora.

Parnell se inclina hacia delante.

—Kirstie, hemos llamado a todas las puertas de todas las calles de los alrededores, buscando a su misterioso limpiaventanas. Se han malgastado muchas horas de trabajo de la policía, durante las cuales han atracado a abuelas, han robado en tiendas, han asesinado a jóvenes.

Parnell ha ido directo al corazón; yo me lanzo a la yugular.

—Mire, Kirstie, si queremos, podemos complicarle mucho la vida. Para empezar, sabemos que la contabilidad de su negocio se está llevando de una manera un tanto creativa. No nos llevaría mucho tiempo investigar ese asunto. —Marcus me dirige una mirada asesina—. Oh, no me refiero a nosotros dos —agrego agitando el dedo entre Parnell y yo—; hay otros departamentos que tendrían mucho interés en ocuparse de ello.

—¿Que llevamos la contabilidad de manera creativa? ¿Quién ha dicho tal cosa? Seguro que ha sido ese mal bicho de Evie Whitlock. —Kirstie respira hondo, para intentar calmarse—. De acuerdo, está todo un poco desordenado, no soy una persona organizada. Por eso contraté a Naomi, porque tiene formación financiera. Ella consiguió...

—¿Qué es lo que quieren, detectives? —interrumpe Marcus interpretando perfectamente la situación.

—Que hablen con nosotros —responde Parnell en tono razonable.

—Queremos información —digo yo, menos inclinada a andarme con miramientos—. Queremos hacerles unas preguntas acerca de Joseph y de Rachel, y si creemos por un solo segundo que algo apunta nuevamente hacia Rachel, la acusaremos a usted, Kirstie, de obstrucción a la justicia y entonces saldrá de todas formas el tema de las drogas.

Kirstie se gira hacia Marcus. No alcanzo a verle la expresión de la cara, pero adivino que es de profundo terror.

Cuando Marcus habla, utiliza un tono de voz grave, precipitado y agitado, como si nosotros no estuviéramos presentes.

—Kirst, tienes que dejar de protegerla. Si Joseph efectivamente ha hecho esto, desde luego no la estás protegiendo. Protégete a ti misma, por el amor de Dios, protégeme a mí, protege a Danny. Tienes que contar a estos policías lo sucedido. —Nos mira a Parnell y a mí—. Y, por cierto, yo no lo he sabido hasta anoche.

Kirstie va hasta la ventana y se queda de pie de espaldas a nosotros, contemplando el jardín, donde se encuentra Danny saltando otra vez arriba y abajo en la gigantesca cama elástica.

—Verán, hay una cosa que no he mencionado. El motivo de que no la haya mencionado es que en aquel momento estaba bastante alterada, solo recuerdo fragmentos, y me daba un poco de vergüenza, supongo. Lo que dije no me deja precisamente en muy buen lugar...

Esto no tiene precio. Cuanto más intensa es la vergüenza, más grande es la gratificación, por lo general.

—Estábamos aquí sentados, Rachel, Joseph y yo, y Joseph le había dicho a Rachel algo horrible... Está todo muy emborronado y no lo recuerdo con claridad, pero era algo que tenía que ver con su aspecto físico, con las huellas que le iba dejando el paso de los años. Sea como sea, yo empecé a picarlo y a decirle que le habían salido unas cuantas canas, porque sé que está obsesionado con el color negro de su pelo, y que para las chicas de mi equipo era simplemente un viejo del que se reían cuando lo veían en el Scarfes Bar. —Se vuelve hacia nosotros al tiempo que se tira de un mechón de pelo, probablemente un gesto que hace para aliviar el estrés desde la época de la infancia—. Unos minutos después pasó Naomi por delante de la puerta y Joseph dijo: «Ah, ¿es esa una de las chicas que se ríen de mí?», y yo le contesté, y no me siento orgullosa de ello, diciéndole: «Sí, tiene la personalidad de una mosquita muerta, pero incluso ella te tacharía de la lista». —El nerviosismo se intensifica—. Y entonces fue cuando lo dijo. Tampoco lo recuerdo con las palabras exactas, pero fue algo así como que él podía tener a aquella chica si quisiera, con solo chasquear los dedos. —Y hace el gesto para mostrarlo.

Dejamos transcurrir unos segundos, haciéndola esperar su castigo. Al final Parnell le dice:

—Kirstie, nos habría venido muy bien haber sabido esto antes.

—Les juro que me había olvidado de ello hasta ayer. Cuando mezclo el alcohol con la coca, tengo lagunas mentales. Y luego, cuando me acordé... En fin, me sentí avergonzada de haber dicho aquello respecto de Naomi. Voy a parecer una mala persona, y ella ha muerto... —Se sienta en el sofá; Marcus, sentado en el brazo, queda situado ligeramente por encima de ella. Me recuerdan a los posados para las fotos del colegio que hacíamos Noel y yo, fingiendo que nos llevábamos bien justo durante el tiempo necesario para que se disparase la cámara—. Y, de todas formas, era posible que la cosa no tuviera importancia. Joseph, y desde luego no lo estoy defendiendo, no escogió especialmente a Naomi; simplemente dio la casualidad de que fue ella la que pasó por delante de la puerta. Si hubiera sido cualquier otra chica, Joseph habría dicho exactamente lo mismo.

Antes de que Parnell pueda intervenir, me adelanto yo. Quiero aprovechar esto para adentrarme por un camino más interesante.

—Así que lo que acaba usted de decirnos, Kirstie, es que Rachel ha estado ocultando esta información, porque en ningún momento ha mencionado este suceso, y ella no puede achacarlo a ninguna laguna mental.

—Difícilmente iba a mencionarlo, ¿no cree? Sabe que deja en mal lugar a Joseph.

—Joseph afirma que Rachel está intentando complicarle las cosas, que está mintiendo acerca de su coartada, que se deshizo de su ropa para alimentar las sospechas. ¿Qué dice usted a eso?

—Que es disparatado. —El Marcus que conocimos hace unos días no habría empleado el término *disparatado*. Habría dicho *chorrada* o *gilipollez*. Pero es que aquella noche todavía éramos todos amigos; estábamos de invitados en su cocina, recabando contexto, charlando amigablemente. La gente, cuando se da cuenta de que eres el enemigo, tiene la costumbre de recurrir al diccionario de sinónimos.

—Decir que era disparatado es un eufemismo —coincide Kirstie—. Es cierto que de un tiempo

a esta parte Rachel ya no le aguanta tantas cosas, pero otra cosa muy distinta es que se haya vuelto activamente en contra de él.

—¿Y a qué se debe entonces ese cambio de personalidad?

—Yo no diría que ha tenido un cambio de personalidad. Simplemente se la nota menos nerviosa. Se le da un poco mejor ignorar a Joseph, cuando antes se alteraba muchísimo cada vez que él hacía una putada.

—¿Cree que ha estado estudiando la posibilidad de divorciarse?

Marcus se levanta y se sienta al lado de Kirstie.

—¿Por qué nos hacen tantas preguntas sobre Rachel? No deben creerse ni una palabra de lo que diga Joseph.

Yo miento con facilidad.

—Estamos intentando hacernos una idea de cómo piensa Joseph, y la relación con su esposa desempeña un papel importante en ello.

—Pues pueden olvidarse de que Rachel esté pensando en divorciarse —se mofa Marcus—. Y no porque nosotros no se lo hayamos sugerido repetidamente.

—Sabemos que llamó varias veces a un bufete —tercia Parnell—. Un bufete especializado en derecho de familia.

La sorpresa de ambos parece auténtica, y una actuación así es difícil de sincronizar. Una persona puede soltar una trola, pero es difícil que dos personas reaccionen tan a la par.

—¿Y una aventura amorosa? —sugiero.

Kirstie lanza una carcajada.

—¡Una aventura! ¡Rachel! ¿Con quién?

Mantengo un tono ligero, especulativo.

—Con quien sea, da igual. Quizá con alguien de Portsmouth.

—¿De Portsmouth? —repite Kirstie, desconcertada.

—Sabemos que fue varias veces a esa ciudad a lo largo del verano.

—¿En serio? —Kirstie parece estar asombrada e impresionada, a partes iguales, por los misteriosos viajes de su cuñada—. Pues si fue a ver a alguien, desde luego no sería una aventura. No, de ninguna forma. Le daría demasiado miedo que se enterase Joseph.

—Usted misma ha dicho que de un tiempo a esta parte se la ve más dura.

—Pero no tanto. Además, cada vez que salimos Rachel llama la atención. Con tacones mide un metro ochenta, y cuando hace el esfuerzo de arreglarse está estupenda. Pero nunca ha sentido la tentación. Jamás. Ni siquiera coquetea. Por motivos que a todos nos cuesta entender, es absolutamente leal a Joseph.

De pronto a Marcus se le ocurre una idea.

—Espera un momento —dice tocando a Kirstie con el codo—. ¿Clara no estaba mirando la universidad de Portsmouth? Sé que Rachel mencionó algo relativo a Portsmouth, estoy seguro de que tenía que ver con Clara.

—Todo tiene que ver con Clara. No me sorprendería que Rachel estuviera inspeccionando la zona para ver si es segura o algo parecido.

—Portsmouth es un poco diferente de Leeds y de York, en lo que se refiere al nivel universitario —comento yo con naturalidad.

Marcus se encoge de hombros.

—Me parece que en el primer curso hizo amigos allá, y como ha tenido tantos malos rollos en los estudios, a lo mejor le resulta atractiva la idea de ver unas cuantas caras amigas.

—Clara da tan mal rollo como recibe, Marcus. —La frase de Kirstie lleva un tonillo que

sugiere que ellos dos ya han hablado de esto hasta la saciedad—. Aunque, en realidad, para mí la culpa es de Joseph. Fue él quien le dijo que pegase a aquella chica de clase. —Se vuelve hacia nosotros para explicarlo—. No dejaba de decirle que era una débil por no tomar represalias, que la violencia es lo único que entienden algunas personas.

Así que lo que Clara posee y genera resentimiento en otras chicas no es su cerebro ni su belleza, sino su gancho de derechas. Interesante.

—¿Joseph ha sido violento alguna vez con Rachel? —pregunto, volviendo al tema del matrimonio de los Madden, el motivo de nuestra visita.

Kirstie desvía la mirada rápidamente. Marcus contesta:

—Joseph puede ser bastante... En fin, es más bien maltrato emocional. La humilla, hace alarde de sus infidelidades, la convence de que ella lo empuja a cometerlas. En realidad, lo que hace es convencerla de que ella no vale nada. Y luego está el tema económico. Joseph la controla dejándola todo el tiempo sin blanca.

—Ante la ley, eso son malos tratos. —Control y conducta coercitiva. Y pensar que yo llegué a creer que Joseph podía estar siendo una víctima de eso.

—En una ocasión yo le vi tirar del pelo a Rachel —sigue diciendo Marcus con tristeza—. Hizo como que estaba jugando, pero no era verdad. Se notó que le había hecho daño en serio.

—Y yo..., hum.. —aporta Kirstie en voz baja, casi en tono contrito—, una vez vi que la agarraba del cuello. No se dio cuenta de que yo estaba viéndolo. Entró y fue directo a la cocina, a por ella. Cuando me vio, dejó de agarrarla. Pero Rachel creyó que iba a matarla. —Por un segundo, me da la sensación de que Marcus tiene ganas de matarla a ella. Kirstie se repliega hacia el otro extremo del sofá y levanta una mano—. Espera un momento, Marcus. Rachel dijo específicamente que no quería que te lo contase, que con ello solo conseguiría empeorar las cosas.

—¿Cuál fue el detonante? —pregunto antes de que estalle una pelea; ya se tirarán luego de los pelos. En estos momentos necesitamos saber qué es lo que lleva a Joseph Madden al disparadero, qué es lo que hace que deje su conducta habitual de cabrón absoluto y se transforme en un loco que agarra del cuello a su mujer.

—No lo sé, Rachel no me lo dijo. Pero en una cosa tenía razón —señala a Marcus con el dedo—: en que él solo habría conseguido empeorar las cosas. —Marcus musita «gilipolleces» para sus adentros—. Ah, ¿no? Entonces, ¿qué fue lo que ocurrió cuando te pusiste como un basilisco con él por aquella agresión sexual que cometió en su antiguo trabajo? Después de aquello, estuvimos varios meses sin ver a Rachel ni a Clara.

—¿Están hablando de TechMinds? —pregunto yo, con las neuronas despiertas de pronto.

Los dos afirman con la cabeza.

—¿De modo que estaban enterados de lo sucedido?

Kirstie afirma otra vez.

—Sí. La mujer no presentó cargos, pero buscó a Rachel y un día la abordó y le dijo unas cuantas verdades acerca del hombre con el que estaba casada. Rachel le contestó que no se lo creía, como es natural, pero aun así se quedó muy alterada.

«De modo que Rachel sabía esto.»

—¿Saben?, hay una cosa que no acabo de entender —dice Parnell, que hasta ahora ha permanecido bastante callado y me ha dejado a mí la iniciativa, como el mentor nada egocéntrico que es. Pero algo estaba cociéndose; se lo noto en la manera en que inclina la cabeza, en esa insistencia en pellizcarse las arrugas del pantalón—. Si Joseph es una persona tan odiosa, ¿por qué iban con él a tomar una copa después del trabajo y por qué lo invitaron a venir aquí, a la fiesta con los empleados?

—Pues es una buena pregunta —dice Marcus con profundo sarcasmo, mirando fijamente a su mujer—. Venga, Kirst, les hemos prometido contárselo todo, así que, por favor, yo también me muero por saberlo.

Ya no hay ningún tono contrito en Kirstie.

—Como si antes no fueras el mejor amigo de Joseph. Menudo hipócrita estás hecho.

Marcus pone los ojos en blanco.

—Jugábamos una vez por semana al *squash*, hasta hace aproximadamente tres años. A eso se refiere mi mujer cuando dice que era mi mejor amigo. Lo dejé porque ya no pude aguantar más. Joseph no es competitivo, es agresivo. Decir que tiene mal perder es quedarse corto. Si seguí tanto tiempo con aquello fue por Rachel, pero al final tuve que dejarlo. Empecé a temer que llegara la tarde del jueves, y la vida es demasiado corta para eso.

Kirstie continúa atacando, pero esta vez el receptor de los golpes es Parnell.

—En primer lugar, no sé de dónde han sacado ustedes la información —me taladra a mí con la mirada—, pero yo no tomo copas «con él» después del trabajo. Simplemente da la casualidad de que a veces está él en el bar, y no puedo hacer como que no lo he visto. En segundo lugar, el sábado lo invité a la fiesta porque, de lo contrario, iba a ser peor para Rachel, y porque no pensaba que fuera a venir. Y en tercer lugar, con independencia de lo que yo opine de Joseph, Rachel ya es una mujer hecha y derecha, y escoge estar con él. Y eso tengo que respetarlo.

—¿Usted opina lo mismo, Marcus? —pregunta Parnell—. Imagino que la cosa cambiará un poco, dado que se trata de su hermana, ¿no?

—Opinaba lo mismo. Pero no tenía ni idea de que Joseph la había medio estrangulado.

—¿Y si lo hubiera sabido?

Marcus reflexiona unos instantes.

—Quisiera decir que le habría dado de hostias. Mi antiguo yo habría hecho eso, desde luego. Pero llevo un tiempo esforzándome mucho en ser una buena persona y no pienso permitir que Joseph eche a perder todo ese esfuerzo, porque eso es exactamente lo que a él le gustaría. Así que le habría dicho a mi hermana que se fuera, sin discutir. De hecho, yo mismo le habría hecho las maletas y se las habría llevado. Que es lo que debería haber hecho mi mujer, en vez de pasarse el rato tomando puñeteros Mai Tais con él en el Scarfes Bar.

Calculo un margen de diez segundos después de que nos hayamos ido nosotros antes de que estalle una bronca monumental.

—En cuanto al asunto de las drogas... —le digo a Kirstie para ir avanzando, o retrocediendo, supongo.

—¡No! —exclama ella—. Eso no es justo. He contestado a todas sus preguntas. He sido todo lo sincera que he podido, aun cuando tengo la sensación de estar traicionando a mi cuñada...

Me llevo un dedo a los labios.

—Chist, cálmese. Esto no va con usted. ¿Joseph consumía drogas?

Me viene a la mente una imagen de Joseph dominado por la cólera: despreciado por Kirstie, hasta arriba de coca y dirigiéndose hecho una furia a la casa de Naomi, decidido a demostrarle que aún queda vida en ese viejo zorro.

Kirstie, todavía con gesto hosco, responde:

—A Joseph no le gusta perder el control, así que no consume drogas, por lo menos que yo sepa. Tiene vicios de sobra para no aburrirse.

¿Podría ser uno de ellos asesinar gente?

Ya han pasado cinco días y aún no estoy segura de ello de manera inapelable, al cien por cien.

La sala de crisis es toda euforia cuando por fin regresamos a ella, todos flotando en un ambiente de frustración, con montones de papeleo y bajas expectativas. Ni siquiera la noticia que traemos Parnell y yo, de que Joseph agredió a Rachel e hizo un comentario desagradable acerca de Naomi, consigue levantar el estado de ánimo por encima de un nivel neutro. Flowers y Cooke han abandonado la tarea de buscar algún rastro de la ropa de nuestro sospechoso «en todos los cubos de basura, todos los contenedores, todos los setos, todos los rincones», y, para empeorar las cosas, Flowers se ha hecho un desgarró en el pantalón y no tiene otro de repuesto. Emily está revisando el correo electrónico personal de Naomi, hundida en la depresión total: «Ya nadie utiliza el correo electrónico, es todo *spam* y confirmaciones de reservas». Y Seth acaba de confirmar que el departamento forense tampoco ha recuperado nada interesante en el ordenador que utilizaba en el trabajo, aparte del hecho de que llamó a Kirstie «vieja bruja» en un correo que mandó a Evie Whitlock.

Lo cual quiere decir que tenía ligeramente más personalidad que la mosquita muerta.

—Y por si la situación no fuera ya lo bastante deprimente, ha venido la loquera —se queja Flowers señalando la puerta del despacho de Steele—. Tomad asiento, muchachos. Ha llegado la hora de la charla psicológica.

La loquera. La doctora Allen. Dolores para los amigos.

Ya me había parecido reconocer su bolso por la rendija de la persiana de Steele: un bolso grande, italiano, de ante, regalo de su sobrina con ocasión de su sesenta cumpleaños. Ese pequeño detalle fue la única información de índole personal que me dio la doctora Allen durante las doce sesiones que tuve con ella. Doce largas sesiones en las que, mientras intentaba superar una escena del crimen particularmente horrenda, fui desvelando todos los miedos, todas las dudas y todas las esperanzas que había tenido en toda mi vida. Hasta desvelé a medias algunos de los turbios sentimientos que albergaba hacia mi padre.

Se me hace de lo más extraño que esté aquí.

—Bien, ¿ya estáis listos? —vocea Steele, queriendo decir que más nos vale. La doctora Allen sale del despacho de Steele y toma asiento en la primera fila, aunque ligeramente hacia un costado, porque no es de las mandonas. Uno por uno vamos acercando nuestras sillas con diferentes sonrisas, unas auténticas y otras falsas.

Todos excepto Renée, que por lo visto no tiene ánimos para sonreír en absoluto. Me siento a su lado y le pregunto:

—Hola, Ren. ¿Qué te pasa?

—Oh, nada. —Calla unos instantes y luego añade—: Es que odio a los suicidas. —No entiendo—. Lo de Stacey Nash. No podremos tener la transcripción de la investigación hasta principios de la semana que viene, pero esta mañana he estado hablando con el forense y me ha dado algunos detalles más. Es de lo más deprimente. Prefiero un asesinato cualquiera.

Lo cual me indica dos cosas: que Renée probablemente necesita vacaciones y que, si Renée está indagando por ahí, Steele no ha descartado del todo la idea de que haya habido juego sucio.

—Bueno, ¿y cuál es el notición?

—En realidad no hay ningún notición, es más o menos lo que dijo Swaines. Cuesta trabajo creer que se tratase de un accidente, dado que la pared del balcón llegaba más arriba de la cintura, pero, según los familiares, no había absolutamente ningún antecedente de depresión ni preocupaciones importantes. Su exmarido sí que ha dicho que tuvo una leve depresión posparto cuando nació su primer hijo, pero nada importante, y todas la tenemos, Cat, es normal. El ex no es el padre del segundo hijo; ese idiota era un cabrón con el dinero y eso la preocupaba a ella, según dijo su mejor amiga, pero, al parecer, estaba más cabreada que nerviosa. —Mira fugazmente a Steele y continúa—: Sea como sea, la conclusión es que la madre y la amiga estaban convencidas de que Stacey jamás se habría quitado la vida. Convencidas. La madre dijo enseguida que pensaba apelar al Tribunal Supremo para que se revisara el juicio si se concluía que había sido un suicidio. Gracias a Dios que por lo menos el veredicto abierto les ahorró eso.

—Los familiares nunca quieren creerlo.

—Ya lo sé, pero Stacey unos días antes había comprado entradas para el teatro y aquella tarde había hecho una compra grande en el supermercado.

—Cosas que pasan. La gente reprime las emociones y luego explota. Es triste.

—Es raro.

De pronto irrumpe la voz de Steele en la sala poniéndonos las pilas a todos.

—He pedido a Dolores que viniera hoy a hablarnos un poco de Joseph Madden y nos ayude a saber qué botones tenemos que apretar, dado que va pasando el tiempo y quiero tener algo firme que entregar a la fiscalía, el Crown Prosecution Service. Dolores ha visto los interrogatorios efectuados a Madden y ha leído la mayoría de vuestros informes, pero tened en cuenta que lo que va a decirnos es una opinión general suya, basada en sus treinta años de experiencia. No es, repito, no es una evaluación psicológica formal.

—Ya me gustaría hacer una —agrega la doctora Allen con un poco de chispa—, pero como Joseph Madden no se fía de los médicos, existen pocas posibilidades de que quiera hablar con una loquera como yo.

El tono de broma continúa un poco más, a fin de apaciguar a los detractores, aunque el único detractor es Flowers. Los demás simplemente estamos demasiado ocupados, y aunque se presentara Jesucristo en persona con una pizza y un cartón de doce cervezas Heineken, nos sentaría igual de bien que una endodoncia.

La doctora Allen se cruza de piernas para adoptar la posición.

—La impresión que tengo yo, aunque, como ha dicho Kate, no es un diagnóstico profesional, es que Joseph Madden sufre una forma de desorden narcisista de la personalidad, DNP en forma abreviada. —Le doy un suave codazo a Parnell, y él me responde en voz baja: «Dios, qué bueno soy», porque él mismo lo nombró así hace unos días—. En primer lugar, considero que merece la pena mencionar que el DNP no es tan raro como cabría pensar, sobre todo en la franja más leve del espectro.

—Yo no pensaba que fuera raro en absoluto. Son los tiempos en que vivimos, ¿no? —Ay, ya empezamos: el mundo según Pete Flowers—. El año pasado llevé a Gill a París y me arrastró al Louvre. ¿Sabe qué fue lo que vimos allí? Pues gente, y no me refiero a chavales, sino también a personas adultas, haciéndose fotos delante de la *Mona Lisa*. Resulta que es el cuadro más famoso del mundo entero y la gente se cree que tiene que poner la jeta delante de él. Si eso no es narcisismo, dígame usted lo que es.

La doctora Allen, como es una persona educada, coincide a medias.

—No le falta razón. La diferencia es que muchas de las personas que quieren publicar una foto

suya en Facebook o donde sea no son verdaderos narcisistas. La admiración, o lo que nosotros denominamos la «aportación narcisista», es demasiado remota. Se lo voy a explicar... —Rápidamente recorro con la mirada a los miembros del equipo: cabezas ladeadas, rostros extasiados; la verdad es que formamos un grupo de lo más variable—. La mayoría de los narcisistas son personas muy inteligentes y muy ambiciosas, y aun así no desarrollan su potencial al máximo, exactamente igual que Joseph Madden, porque tienen una idea tan grandiosa de sí mismos y se creen con tanto derecho a todo que les resulta casi imposible hacer nada bien dentro de la sociedad normal. —Unos cuantos de los presentes hacen gestos de asentimiento; hasta aquí vamos entendiendo—. Por tanto, la diferencia existente entre los pocos éxitos que obtienen y la imagen tan inflada que tienen de sí mismos puede ser tan enorme que llegue a afectar a su comprensión de la realidad. Empiezan a creerse de verdad lo que nosotros denominamos su «falso Yo», el Yo que es todo lo que no son ellos: omnisciente, omnipotente, conquistador, rico, bien relacionado, lo que sea, y les resulta crucial buscar personas o cosas que refuercen esa imagen tan inflada. A estas personas o cosas las denominamos «aportación narcisista».

—¿Cosas? —dice Parnell.

—Posesiones. —La doctora Allen baja la cabeza para repasar sus apuntes—. Ah, sí, aquí está. Joseph Madden tiene un coche viejo clásico, un Rolex de imitación y varias prendas de vestir caras que se encontraron durante el registro efectuado por los forenses: unos guantes de piel, chaquetas de firma, zapatos de lujo, etcétera. —Levanta la vista de nuevo—. Sus ingresos y la deuda que tiene indican que en realidad no puede permitirse esas cosas, pero las necesita para alimentar su falso Yo, de manera que siempre buscará el modo de obtenerlas: contratando más tarjetas de crédito, convenciendo a otras personas, como amantes ricas, por ejemplo, de que se las regalen. O, cuando falle todo lo demás, simplemente robándoselas a otros.

—Marcus le daba dinero a Rachel cuando ella estaba sin blanca —comento.

—Joseph se lo quitaba y se lo gastaba en palos de golf —termina Parnell.

La expresión de la doctora Allen indica que no esperaba otra cosa.

—Los narcisistas no tienen noción de las necesidades de otras personas.

—Pero esos no son narcisistas, sino niños de pecho —replica Cooke, y provoca una oleada de risas.

—Pues espera a que lleguen a la adolescencia y verás —agrega Flowers.

La doctora Allen se suma a la fiesta riendo suavemente. Supongo que, después de treinta años de experiencia escuchando las miserias ajenas en consultas particulares, debe de anhelar un poco de camaradería y chistes malos.

—Como es natural, la fuente principal de aportaciones narcisistas son las personas —dice, todavía sonriente, pero volviendo a llamar al orden a los alumnos—. Por lo que parece, Rachel se fía de todo lo que le dice Joseph y acepta sus delirios de grandeza, a pesar de tener delante de sus narices pruebas contundentes de lo contrario, en la forma en que viven. Sus amantes ricas, Sadie Paulson y Siobhan Casey, también constituyen una forma perfecta de aportación narcisista. Ellas le proporcionan las posesiones que necesita para reforzar la imagen que tiene de sí mismo, pero también la refuerzan ellas mismas. El razonamiento que se hace Joseph es el siguiente: «Si una persona tan inteligente y de tanto éxito tiene interés por mí, será porque yo también soy muy inteligente y tengo mucho éxito». Aunque me preocupa ligeramente el tipo de amantes que ha escogido... —Por su semblante cruza una expresión de incomodidad.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Steele con la frente fruncida.

La doctora Allen calla unos instantes, pensativa. Guarda silencio de la misma forma que la mayoría de la gente habla de trivialidades: automáticamente, como un acto reflejo, sin necesidad

de que intervenga el pensamiento consciente.

—Bueno, Kate, no es un problema en sí, sino más bien una observación. Naomi Lockhart es claramente una anomalía.

Naomi me grita desde el tablero de la sala: «Soy hija y hermana, y también soy fan de Rihanna, y recaudo fondos para ella. No soy ninguna anomalía».

—Joseph Madden obtiene sus aportaciones narcisistas de mujeres a las que en el fondo, muy en el fondo, considera superiores a él. Está claro que una asistente personal que no tiene dinero, poder ni posición no encaja en dicho perfil.

Me lanzo de cabeza.

—Verá, he estado reflexionando sobre este asunto. —Y es verdad. No pretendo subirme al carro de la doctora Allen, simplemente me ha puesto en marcha, me ha animado a decir una cosa que lleva zumbándome en el oído casi desde el principio—. ¿Por qué Madden no quiere reconocer que tuvo un rollito con Naomi? Con sus demás conquistas no se ha mostrado lo que se dice tímido; prácticamente nos dibujó un mapa para mostrarnos en qué parte de Harley Street tenía la consulta Siobhan Casey.

—¿Será porque Naomi ha muerto? —dice Flowers imitando a un tonto.

No me trago el anzuelo.

—Pero si reconociese haber tenido un rollito con ella, eso lo explicaría todo: los cabellos, la foto, las imágenes grabadas por la cámara de seguridad, la caja de regalo, todo. Podría decir: «Sí, me estaba viendo con Naomi. Sí, esa noche estuve en su cama. No, no la maté». Y eso nos situaría a nosotros en una posición más débil. Lucas Stein debe de habérselo explicado, digo yo. Entonces, ¿por qué continúa negándolo? No tiene lógica.

La doctora Allen levanta con timidez una mano llena de anillos.

—Puede que en ese punto yo pueda serle de ayuda, aunque, una vez más, he de subrayar que se trata solo de una teoría, no de algo que tenga fundamento científico. —Steele le hace un gesto con la mano para darle su aprobación—. En última instancia, a Joseph Madden no le conviene que ustedes crean que tenía una relación con Naomi, e incluso en presencia de pruebas contundentes, un narcisista tan solo negará lo que no le convenga y luego se mostrará sinceramente indignado al ver que ustedes no le siguen el juego.

—Pero es que sí debería convenirle —insisto—. Actúa en su favor.

—Aplicando tu lógica sí, Cat. —Un tuteo. Un rasgo de familiaridad que espero que los demás no hayan advertido. Solo Steele y Parnell están enterados de las visitas que hice el año pasado a la silla de la psicóloga, y preferiría que las cosas siguieran así—. Pero si estoy en lo cierto respecto de Joseph Madden, él no está pensando en su situación jurídica, y en cualquier caso estará convencido de poder vencer al sistema judicial. No, a él lo preocupa más..., bueno, en realidad lo obsesiona, su situación social. Como he mencionado anteriormente, sus amantes son mujeres ricas de alto estatus. Le quedan bien. Son trofeos. Naomi Lockhart no es un trofeo, es una mujer del montón en todos los sentidos, según la visión que tiene Joseph Madden del mundo.

Parnell levanta las manos como diciendo: «No dispares».

—Verá, ya sé que probablemente me colgarán por decir esto, pero ¿desde cuándo no son trofeos las mujeres de veintidós años? En mi caso particular, no se me ocurre nada peor que salir con alguien que no se acuerda de los integrantes originales del Equipo A, pero tengo la impresión de que pertenezco a una minoría.

Flowers abre la boca. Gracias a Dios, la doctora Allen se le adelanta.

—Acabas de hacer una observación interesante, Lu. No obstante, aunque no me gusta decirlo, considero que tengo que establecer la distinción. Naomi era joven, sí. Guapa, sí. Pero no preciosa.

No era una chica que atrajera las miradas de todos. —Vuelve a leer sus apuntes—. Hum... ¿Están aquí presentes el detective sargento Wakeman o la detective Beck?

Seth y Emily levantan la mano.

—Hola —los saluda la doctora con una breve sonrisa—. Ustedes mencionan en un informe que los compañeros de trabajo de Joseph Madden suponían que su hija era su novia y que él no hizo nada para disuadirlos de dicha suposición.

Emily afirma con la cabeza.

—Sí, así es.

—Voy a dar por sentado que su hija es una joven muy atractiva. Atractiva desde un punto de vista convencional.

Esta es mía.

—Alta, rubia, de piernas que empiezan donde yo tengo los hombros. Podría trabajar de modelo.

—Tal como yo pensaba. Así que por eso no sacó del error a sus compañeros de trabajo. Una mujer joven y despampanante al estilo convencional realza la imagen que él tiene de sí mismo. Admitir que era su hija significaba admitir que ella no lo escogió a él, de manera que todavía le favorece más, alimenta su falso Yo, que la gente piense que esa chica joven, alta y rubia haya querido salir con él. Es de mal gusto, pero perfectamente lógico si se tiene en cuenta su psicología.

Renée tiene cara de no entender.

—Entonces, ¿está diciendo que es inconcebible que Madden se hubiera sentido atraído por Naomi, que era una joven del montón, aunque todas las pruebas que tenemos apuntan a una relación?

Rápida como el rayo.

—No, estoy diciendo que a Madden le dolería reconocer que tenía dicha relación. Naomi era una chica «corriente», y por lo tanto no le quedaba bien. Él no quiere relacionarse con gente «corriente».

—¿Aunque esté de mierda hasta el cuello? —pregunto yo.

—Posiblemente más todavía por ese motivo. En este caso existe un significativo interés público. Periódicos, especulación en las redes. Madden odiaría, detestaría, la idea de que la gente se enterase de que tenía una relación con una mujer «corriente»; haría que él pareciese corriente a los ojos del mundo.

Parnell tiene los ojos cerrados y se está pellizcando el puente de la nariz.

—De acuerdo, entonces, si no estaba aprovechándose de la belleza de Naomi, ni de su relevancia social, ni de su cuenta bancaria, ¿qué sacaba de ella? —Abre los ojos y mira a la doctora Allen—. ¿Sumisión? ¿Miedo? ¿Las mismas «aportaciones» que saca de su esposa?

Unos instantes de reflexión.

—Hum, es una posibilidad. Pero, como no pudieron pasar mucho tiempo juntos, es poco probable que la relación hubiera alcanzado ya dicha fase. Estamos hablando de una forma de maltrato muy específica, que resulta insidiosa. Se tarda tiempo en instaurar los roles que hay que desempeñar, y es frecuente que el maltratador de entrada sea una persona muy conquistadora. Los narcisistas pueden ser encantadores hasta decir basta, lo cubren a uno de atenciones, elogios, regalos..., a menudo de forma desmesurada.

—Mandando flores y regalos al lugar de trabajo —dice Renée.

«Sugiriendo llevarme en secreto a Viena. Ofreciéndome máscaras del diablo supuestamente antiguas.»

—Yo diría que es más probable que hubiera reconocido en Naomi «aportaciones» potenciales —concluye la doctora Allen—. Vio su juventud, su vulnerabilidad, lo mucho que lo admiraba ella.

—Un tipo con negocio propio, piso en el centro, coche de lujo... —La descripción que hace Renée de una Naomi joven y deslumbrada podría ser acertada. No lo sé. Yo nunca he oído la voz de Naomi, un detalle que de repente se me antoja un error que quisiera remediar.

Parnell levanta la mano.

—Entonces, volviendo a lo que ha dicho de que Madden no quería relacionarse con Naomi, más o menos hemos venido dando por hecho que, con independencia de lo que ocurriera o de la forma en que ocurriera, Madden debió de agredir a Naomi tras una discusión, probablemente porque aquella noche ella lo rechazó, por el motivo que fuera. ¿Pero es posible que lo hayamos entendido todo al revés? ¿Podría ser que Naomi, lejos de querer librarse de él, en realidad quisiera más? A lo mejor ella deseaba dar un paso más en la relación, hacerla pública. Porque, basándome en lo que tú acabas de decir, Dolores, pienso que a Madden eso no le apetecería mucho. Ahí tenemos un motivo.

A la doctora Allen se la nota claramente indecisa.

—Desde luego es una posibilidad, Lu, pero ambas cosas son posibles. Si Madden tuviera la sensación de estar siendo rechazado o presionado por una persona que él consideraba inferior, ambas cosas serían un golpe de efectos catastróficos para su ego, y desde luego podrían desatar una reacción violenta. —Junta las manos en el regazo y se prepara para darnos otra charla—. La mayoría de las personas pasan por lo que nosotros denominamos las *siete etapas de la furia*: estrés, angustia, agitación, irritación, frustración, enfado y rabia. Y en el extremo más bajo de dicha escala, por lo general se puede aplicar una dosis de autocontrol, lo cual quiere decir que el origen de la furia suele quedar resuelto. El problema es que los narcisistas no pasan por esas siete etapas como le ocurre a la mayoría de las personas. A la menor falta de respeto, suben directamente hasta lo alto de la escala. Para un narcisista, la rabia es una reacción totalmente apropiada para la amenaza que ha sufrido su ego, porque el hecho de reencauzar esa rabia restaura su sentimiento de superioridad.

—Bien, yo voto por el rechazo —dice Flowers con firmeza, como si le hubieran pedido que se decantase por lo uno o por lo otro—. Sabemos que Madden no se toma bien el rechazo. Quiero decir, estamos bastante seguros de que allanó el domicilio de su antiguo jefe cuando este tuvo la caradura de despedirlo.

—Ah, respecto de eso —digo yo, volviendo a la vida—, Kirstie Connor acaba de decirnos que Rachel sabía que a su marido lo habían despedido a causa de una *presunta* agresión sexual. —Miro a Steele poniendo una sonrisa de buena chica.

—Mientras que Rachel me dijo a mí que había sido una discusión entre compañeros de trabajo que se había salido de madre, y desde luego no mencionó que dicho compañero fuese una mujer.

—Pues ahí lo tenéis —dice Flowers—. Lo está protegiendo. Cosa que, se mire como se mire, contradice lo que afirma él: que su mujer está intentando complicarle las cosas.

—Pero Rachel no lo está protegiendo —insisto yo—. Fue ella la que me señaló la dirección de TechMinds. Fue ella la que sacó el tema. Sí, vale, le quitó hierro al asunto, pero tenía que saber que nosotros íbamos a comprobarlo. No es tonta.

Parnell hace de abogado del diablo.

—A lo mejor se le escapó sin querer, y después, cuando se dio cuenta de lo que había hecho, intentó hacer que pareciera que no era nada.

—Qué va. No me lo trago, sargento. A Rachel no se le escaparía una cosa como esa, tan importante. —Estoy encendida, me voy calentando yo sola con mi razonamiento—. No, Rachel

puede seguir afirmando todo lo que quiera que Joseph es inocente, puede seguir gritando a los cuatro vientos que está del lado de su marido hasta que se quede ronca, pero al sacar a colación el nombre de TechMinds lo metió de cabeza en un buen lío.

—Entonces, ¿tú crees que ahí está pasando algo? ¿Que está intentando deliberadamente crearle problemas? —dice Flowers con ese estilo directo, tan del norte, que yo, a mi pesar, tanto admiro.

—Si ese es el caso —tercia Steele—, has cambiado de opinión respecto de lo que dijiste ayer. ¿Qué ha sido de lo que decías, de que toda esta tensión resultaba demasiado perjudicial para Clara?

—Hablando de ese tema —interrumpe Parnell—, es necesario que alguien vaya el lunes a hacer una visita a la universidad de Clara. Se ha peleado con no sé qué chica. Dudo que tenga algo que ver con esto, pero nos conviene atar ese cabo suelto.

—¿Sabes qué opino yo? —dice Flowers, que está claro que aún no ha terminado conmigo—. Que te sientes culpable por haber tenido delante a Joseph Madden hace unos meses y no haber detectado nada peligroso en él, de modo que ahora intentas buscar una forma de probar que quizá no sea un asesino. —La doctora Allen nos observa a Flowers y a mí, aunque con ese semblante tan inescrutable que tiene podría estar pensando cualquier cosa, desde «Esa chica tiene que volver a sentarse en mi diván» hasta «Pero qué gilipolces está diciendo este Flowers»—. Tú me conoces, Kinsella; cuando pienso que alguien está jodido, no tengo ningún inconveniente en decirlo, pero ¿qué fue exactamente lo que tenía que detectar? ¿Un letrero en su frente que dijera «PSICÓPATA»? No eres una trazadora de perfiles del FBI. Descansa un poco.

Está equivocado. Está equivocado prácticamente en todo, pero hay que reconocerle el mérito a quien lo tiene: no ha sido un punto de vista erróneo del todo. Flowers no sabe que esta noche pasada he dormido en casa de mi padre, el hombre al que taché de monstruo durante casi veinte años, hasta que la verdad me enseñó que siempre hay que mantener la mente algo abierta. De igual manera que Steele no sabe que, si bien todavía tengo dificultades para creer que Rachel haya sido capaz de crearle toda esta tensión emocional a Clara, creo firmemente en la fuerza de la venganza, desear con tanta intensidad dar a una persona su merecido que los pensamientos se vuelven cancerosos y las intenciones acaban distorsionándose.

Respiro hondo y me lanzo de cabeza.

—Mira, el hecho de que Rachel desviara mi atención directamente hacia esa agresión sexual me está generando muchas dudas. Ya está, ya lo he dicho. —Me encojo de hombros—. Lo siento, pero es la verdad. Pienso que Rachel ha vivido un infierno con Joseph y que en el fondo se alegra de verlo hundirse.

—Pues en ese caso podría haber cogido unas tijeras y haberle hecho trizas toda esa ropa tan cara. O podría haber pinchado los neumáticos de su coche de lujo. O incluso haber hecho algo tan impensable como divorciarse de él. —Flowers apela a Steele—. ¿Le importa recordarme otra vez por qué le estamos siguiendo la corriente a esto?

Steele se pone de pie.

—A riesgo de parecer tu madre, Pete, te contesto que porque lo digo yo.

Divorciarse. Eso me recuerda una cosa.

—Ah, hay otro asunto en el que Rachel está mintiendo. Afirma que llamó a ese bufete de Portsmouth especializado en derecho de familia buscando un trabajo en prácticas para Clara, pero yo examiné anoche sus listados bancarios y encontré que en realidad fue a Portsmouth cuatro veces en los meses de julio y agosto. Hay cuatro transacciones efectuadas en un hotel, cantidades pequeñas, no es como si estuviera pagando una habitación ni nada parecido, pero debió de ir a ver a alguien. Me imaginé una aventura amorosa. Ello explicaría que esté mintiendo: no quiere que se

entere Joseph.

—En su teléfono no ha aparecido nada que sugiera una aventura amorosa —dice Swaines—. Y cabría pensar que...

—Has dicho que te imaginaste una aventura —interrumpe Steele, atenta, como siempre, al más mínimo giro en la entonación.

—Bueno, todavía la imagino, quizá. Pero...

De modo que se lo cuento. Hay otras ocho personas escuchando, pero me dirijo solo a ella; por mí, que las demás se vayan otra vez a rebuscar en los cubos de basura y en el *spam* del correo electrónico, porque únicamente me interesa la mujer que puede dar el sí o el no a lo que considero que es necesario hacer. De manera que le cuento quién es Lydia Coe y le digo que «proporciona asesoramiento en casos de violencia doméstica», que trabaja con la «Coalición para Poner Fin a la Violencia contra las Mujeres», que «se interesa particularmente por los casos que protegen y fomentan los derechos de las mujeres», que trabaja de forma gratuita. Lo cual podría explicar el hecho de que Rachel Madden, una mujer que sufre apuros económicos, haya terminado llamando a la puerta de su bufete, situado a ciento treinta kilómetros de Londres.

—Para empezar, no he leído demasiado sobre ese tema —digo, finalizando mi alocución y mirando a Steele en busca de señales positivas; todavía está escuchando, buena señal—. Pero ahora que sabemos que Joseph muestra hacia Rachel una conducta de maltrato emocional y físico, esto me ha dado que pensar. ¿Y si Rachel hubiera pedido ayuda a la tal Lydia Coe? Porque, en ese caso, tal vez Lydia pudiera decirnos dos cosas. Una: hasta qué punto ha sido grave la situación que ha vivido Rachel, y por consiguiente hasta qué punto podría desear vengarse, y dos: hasta qué punto Joseph es un hombre violento.

—Lydia podría ser otra de las mujeres objetivo de Madden, ¿se te ha ocurrido eso? —me dice Parnell—. Encaja en el perfil: tiene un buen trabajo, es inteligente y se supone que está bien de dinero, puesto que es abogada. De manera que es posible que Rachel no esté tan resignada ante las aventuras de su marido como dice. Tal vez haya estado acosando a la tal Lydia.

—Lydia podría ser una mujer objetivo de Rachel, ¿se te ha ocurrido eso? —repite Renée—. Si en efecto estuviera teniendo una aventura.

Sinceramente, yo no he tomado en cuenta ninguna de esas dos posibilidades. Acepto lo que dicen Parnell y Renée, pero no estoy convencida del todo.

—No sé, chicos. En la foto del bufete parece..., no sé, atractiva de una forma majestuosa, cordial, pero... —Me remuevo inquieta, no deseo descartarla por el hecho de que no sea tan guapa como para salir en la portada de una revista—. Es que simplemente no lo veo, eso es todo. —Vuelvo a concentrarme en Steele—. Sigo pensando que merece la pena hablar con ella.

Steele me mira fijamente durante largos instantes, con los labios fruncidos.

—Es del todo una suposición, pero merece la pena hablar con ella, por teléfono.

Niego con la cabeza, vehementemente.

—No, jefa, tenemos que desplazarnos hasta allí. Ya han confirmado que Rachel no figura como cliente, así que tengo que enseñarles una foto, por si hubiera utilizado un nombre falso.

—Ahí tienes un escáner, querida. —Se pone de pie y señala el fondo de la sala—. Yo apenas sé encenderlo siquiera, pero tengo entendido que es una máquina que hace maravillas enviando fotos.

—Venga, de sobra sabe lo que es una conversación por teléfono. Resulta más fácil escudarse en la confidencialidad entre abogado y cliente. —Steele vuelve a fruncir los labios, pensativa. Yo subo la apuesta—. Mire, jefa, hace tres meses sucedió algo que empujó a Joseph Madden a recabar la ayuda de la policía y a Rachel a buscar asesoramiento jurídico, estoy casi segura de

ello. Es probable que no tenga nada que ver directamente con Naomi, pero de todas formas podría ayudarnos en el caso.

—¿En el caso contra quién? ¿Contra Joseph por un posible asesinato o contra Rachel por una posible mentira?

—Contra Joseph —contesto rápidamente—. Mire, sigo pensando que Joseph es culpable, porque hay pruebas de sobra que lo confirman. Pero es que no acabo de entender en qué equipo juega Rachel, y eso nos perjudica si tenemos que llamarla como testigo.

—Conforme —dice Steele—. Pero no vas a ir a Portsmouth. —Vuelve a sentarse, para estar de nuevo a mi altura a fin de suavizar el golpe—. Acepto lo que estás diciendo y aplaudo tu pensamiento lateral, en serio. Pero nos quedan menos de treinta y seis horas para detener a Madden, y no puedo mandar a mis agentes a darse un paseo por la costa cuando los necesito aquí para hacer el trabajo duro, el que lleva a los sospechosos ante la justicia. —Hago un gesto afirmativo con la cabeza; no merece la pena discutir—. Puedes llamar a esa Lydia Coe, por supuesto, pero de momento no harás nada más. En cualquier caso, hay otra persona más importante a la que necesito que vayas a ver.

Grito para mis adentros: «¡Que te den!», porque ya me estoy imaginando pasar la tarde interrogando a algún memo bien intencionado que ha visto la fotografía de Naomi en el periódico y «cree» que «podría» haberla visto en algún sitio y en algún momento en estos últimos meses.

—Alana Lockhart —anuncia Steele—. Es la hermana de Naomi. Llegó anoche y quiere hablar con alguien.

—Oh, venga. ¿No pueden encargarse de ella los de atención a los familiares de las víctimas?

—No quiere que nadie se «encargue» de ella, Kinsella, quiere hablar con una persona. —Me siento diminuta de pronto y ni siquiera me merezco ser así de alta—. Se aloja en el hotel Soho. Le he dicho que llegarás para la una y media. Dirígete a la recepción y la llamarán a su habitación.

Con toda sinceridad, esto es probablemente lo que necesito en este momento. Olvidarme de Rachel Madden y acordarme de en qué equipo estoy jugando.

El único equipo en el que merece la pena jugar.

El de la víctima y sus familiares.

Es sábado a la hora de comer, y en el barrio del Soho reina un animado bullicio. O por lo menos el bullicio que puede reinar en estos tiempos en que, yendo por Frith Street, uno tiene las mismas probabilidades de tropezarse con una familia que empuja un cochecito de niño doble que con una *drag queen* o una trabajadora del sexo. No obstante, si bien el Soho ya no es el antro de iniquidad que era antiguamente, sigue siendo el corazón de Londres, y el hotel Soho, escondido en una tranquila bocacalle de Dean Street, a esta hora se encuentra en su momento de máxima actividad, rebosante de alegría y de entusiasmo. Una parte de ello por efecto del alcohol, todo ello muy ruidoso.

Alana Lockhart y yo estamos sentadas en un reservado algo más tranquilo, situado en un lado del bar, pero cuesta trabajo aislarse mentalmente del griterío, de la prueba de que hay personas felices y eufóricas viviendo vidas felices y eufóricas. Está resultando especialmente difícil no hacer caso del grupo de chicas que hay en la mesa de al lado, todas de la misma edad que Naomi, que están tomándose un Espresso Martini tras otro mientras debaten si siquiera van a tomarse la molestia de almorzar.

—¡A la mierda, Liv!

—Comer engorda, ¿sabes?

Alana sonríe al verlas; una sonrisa triste y lejana.

—Ya sé lo que está pensando —me dice, apartando por fin la mirada—. Que he escogido mal el hotel, ¿a que sí? Resulta demasiado animado, dadas las circunstancias.

Habla en un tono quedo, grave y relajante, teñido de un cierto acento, pero muy suave. No es la voz que había imaginado que tendría Naomi. Cuesta trabajo decir si ambas se parecen físicamente, cuando las dos versiones que tengo yo de Naomi, una muerta en la escena del crimen y la otra viva en las fotos, son casi imposibles de comparar con esta joven afligida por la pena y aún bajo los efectos del desfase horario, pero que está muy viva. Alana está delgadísima, mientras que Naomi era una chica rellenita, y lleva el pelo cortado a lo chico, mientras que su hermana tenía una imagen de lo más femenina. Y además es un poco mayor que ella, bastante más, le calculo cerca de treinta años, pero está claro que hay algo que relaciona a la una con la otra. Me parece que es algo que tienen en la zona de la boca, pero procuro no mirar demasiado.

—Hace una o dos semanas, Naomi tuvo aquí una entrevista de trabajo. Le encantaba este hotel. No dejaba de hablar de esa enorme escultura en forma de gato que hay en el vestíbulo. Me hizo prometerle que cuando viniera a verla reservaría habitación en este hotel, así ella podría curiosear por ahí como es debido. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Bueno, pues ya he cumplido la promesa.

La llegada del camarero impide que a mí también se me llenen los ojos de lágrimas. Pido un té; Alana pide una copa de champán.

—Otra extravagancia, ¿no? Naomi quería que viniéramos aquí a merendar con champán, con una bandeja enorme de pastelillos y un montón de burbujas. Yo le dije: «Primero, a ver si puedes pagarte tu estancia y tus meriendas ahora que te has venido a Londres. Y segundo, seguramente no

es champán de verdad, ¿sabes?». Y ella me contestó: «Pues entonces pediremos champán de verdad. Porque nosotras lo merecemos».

Imagino a Naomi pasándose la mano por su melena color lila mientras decía esto, acicalándose, riendo a carcajadas. Esta simple imagen hace que me dé cuenta de que estoy exactamente donde necesito estar en este momento: viviendo la experiencia de Naomi Lockhart a través de una persona que la conocía, no de una persona que le pagaba el sueldo o que estuvo ingresando su renta en el banco durante unos pocos meses.

—Me han dicho que deseaba hablar —digo—. ¿Qué puedo decirle yo?

Alana entorna los ojos y me mira de arriba abajo, como evaluando si doy la talla o no.

—Ese tipo al que han detenido, ¿piensan que Naomi estaba saliendo con él?

—Sí, eso pensamos. —Su expresión dice que soy una idiota, que he suspendido el primer examen—. ¿Por qué? ¿En qué está pensando?

—Verá, mi hermana me lo contaba todo. De manera que si hubiera estado saliendo con alguien, yo me habría enterado. —Lo dice como un hecho inamovible, no como una opinión—. Yo a veces le decía: «Para, me estás dando demasiada información. Eres mi hermana pequeña, no me conviene que me cuentes esas cosas», pero la verdad es que estábamos muy unidas, muchísimo, a pesar de la diferencia de edad.

Jacqui. Cuando yo era pequeña, la aburría contándole todo: cada insecto que había visto, cada Tamagotchi que se me había muerto, cada paso nuevo que había aprendido en la clase de danza irlandesa. Ahora ni siquiera sabe cuál es mi dirección actual.

Hago un esfuerzo para regresar al presente.

—Todo el mundo tiene secretos, Alana.

—Naomi no los tenía, por lo menos conmigo. Además, ¿ese tipo no es cuarentón o algo así?

—Tiene cuarenta y tres años.

Hace un gesto de horror.

—Ni siquiera eso tiene sentido. Jono, su ex de Australia, tenía unos treinta, y ya era viejo para ella. Cuando rompieron, ella dijo que a partir de entonces iba a limitarse a salir con chicos de su misma edad.

—Pues cambió de opinión —replico yo con una sonrisa débil—. Cosas que pasan.

—Puede ser. Puede que usted tenga razón. No sé. Pero lo que no puedo quitarme de la cabeza es... —Cierra los ojos y se masajea las sienes—. Lo que no acabo de entender es que ese tipo esté casado.

—Quizá sea ese el motivo de que no se lo contase a usted.

Alana hace un gesto negativo con la cabeza.

—No, verá, usted no lo comprende. La razón de que yo no haya podido venir hasta ahora es que tengo una hija de dos años y soy madre soltera. Soltera en el sentido de que el padre no participa en absoluto; no quiso, porque él ya está casado y tiene tres hijos. —Baja la vista hacia el suelo—. No me siento orgullosa de ello, pero es lo que hay.

—Probablemente Naomi pensó que usted intentaría convencerla de que lo dejase y por eso no le dijo nada.

—No —exclama Alana, irritada al ver que yo no estoy entendiendo la relación tan especial que la unía a su hermana—. Únicamente habría pensado que yo no iba a juzgarla, y en efecto yo no la habría juzgado. Ella nunca me juzgaba a mí. Era muy inteligente. —Vuelve a levantar la vista, con los ojos brillantes—. Mis padres sí que la juzgan. No es su intención, claro, y no lo van a reconocer, pero estoy segura de que lo estarán pensando.

—¿Qué estarán pensando?

—En qué se han equivocado al educarnos.

Y yo me atrevo a decir que está en lo cierto. Lo más seguro es que sus padres estén haciéndose esa pregunta. Lo único peor que un hijo muerto es un hijo con la reputación manchada.

—¿De manera que Naomi tendría miedo de que se enterasen sus padres?

En este momento regresa el camarero; deposita mi tetera en la mesa y le entrega a Alana una copa de champán. Ella la levanta sujetándola levemente por el tallo, como una persona que está acostumbrada a tomar champán.

—Por Naomi —dice inclinando su copa hacia mí y luchando otra vez contra las lágrimas.

Choco mi taza contra su copa.

—Por Naomi.

Apura la mitad del champán.

—Naomi sabía que nuestros padres eran las últimas personas a las que yo contaría nada. No es que conmigo estuvieran lo que se dice impresionados, pero la idea de que santa Naomi siguiera mis pasos... —Al instante se arrepiente de haber dicho esto—. Bueno, es que antes ella misma se denominaba así, a modo de broma. De pequeña estuvo enferma, y cuando se es una niña enfermiza una vez, ya se es para siempre. A los ojos de nuestros padres, nunca hacía nada mal. Ni a los míos. Era una buena chica, buena de verdad.

Y las chicas buenas no se acuestan con el marido de otra, ¿*capisci*?

Vierto el té en la taza y observo con una mueca de desagrado el color tan pálido que tiene.

—Alana, no puedo entrar mucho en detalles y sé que eso resulta frustrante, pero hay pruebas contundentes que sugieren que Naomi y nuestro sospechoso estaban teniendo una relación. Ella le dijo a la gente que estaba viéndose con alguien. Ese hombre le enviaba regalos. Creemos que hace un par de semanas le envió flores. Todavía estamos examinando ese dato, pero...

—¿Flores? —me interrumpe Alana. Tiene los ojos húmedos, pero se las arregla para esbozar una sonrisa—. Seguro que averiguarán que esas flores eran de Cedric.

¿Cedric? Si esto es un giro de ciento ochenta grados ahora que faltan menos de treinta y seis horas para actuar, Steele va a ponerse a dar puñetazos hasta abrir agujeros en todas las paredes del edificio.

—Cedric era yo —dice, y la media sonrisa se transforma en una sonrisa de oreja a oreja—. Naomi estaba incómoda viviendo con ese tal Kieran, de modo que le dijo que estaba viéndose con una persona para que no se le ocurriera insinuarse. Luego, como él conocía a su jefa, y ella no estaba segura de hasta qué punto, tuvo que continuar fingiendo también en el trabajo. Nos reímos un montón con ese asunto. Incluso le pusimos nombre a ese novio imaginario: Cedric, como el primer gato que tuvimos. Y nos inventamos una historia de fondo. Dijimos que él tenía un piso por aquí cerca, que conducía un coche deportivo, que tenía negocio propio. Un día me dijo que estaba deprimida; nada grave, simplemente no le gustaba trabajar en esa empresa relacionada con el mundo de la moda, por eso vino aquí a tener esa entrevista de trabajo. De modo que al día siguiente le mandé unas flores, y cuando me preguntaron qué mensaje deseaba poner en la tarjeta se me ocurrió gastarle una broma y poner «Con cariño, de Cedric». Me llamó inmediatamente, muerta de risa.

De pronto me suena el teléfono. Es Parnell. Debería contestar, pero considero de mala educación interrumpir a Alana cuando está rememorando un episodio feliz.

—Bueno, pues menos mal que ahora ya tenemos aclarado ese punto —respondo, silenciando la llamada. Estoy deseando contárselo a Swaines, que se pasó casi un día entero recorriendo floristerías—. Pero hay otras pruebas, Alana. Datos que todavía no puedo divulgar.

Alana deja la mirada perdida al otro lado del ventanal. Hay un grupo de turistas chinos

apeándose de un taxi negro y están discutiendo por quién va a pagar.

—Por lo menos, en los últimos meses de su vida fue feliz. —Que tú sepas—. Eso ya es algo, ¿no? El trabajo no le gustaba mucho y el sitio donde vivía no era gran cosa, pero ella no era una persona que permitiera que esos detalles la deprimieran durante mucho tiempo. Estaba en Londres, disfrutando de la ciudad, enamorada de la vida. Estaba averiguando quién era, desprendiéndose de la antigua santa Naomi... —Se señala la cabeza—. Creo que por eso se tiñó el pelo. Quería sentirse distinta de la persona que era antes, así que decidió cambiar su imagen. A mí me pareció genial. A mi madre, no.

—¿Cómo están tus padres? —pregunto inútilmente.

—¿Aparte de no sentirse muy impresionados por que yo haya venido a Londres? Mi padre está aguantando bien, creo. O, bueno, finge llevarlo bien, a saber cuándo se derrumbará. Mi madre... —Otra vez se le empañan los ojos. Siento la tentación de cogerla de la mano, pero es posible que con ello me eche a llorar también, lo cual no es bueno para nadie—. Mi madre no está bien. ¿Sabe lo que me dijo anoche? Que de ahora en adelante ya no va a tener ilusión por nada. Que, desde un punto de vista intelectual, sabe que lo superará, que volverá a ir al supermercado, volverá a segar la hierba del jardín, hará todas las cosas que hay que hacer en la vida, pero las hará sin ilusión. Y ahora a mi padre lo preocupa que pueda cometer alguna estupidez, lo cual es estúpido, porque mi madre es la mayor atea que existe y no piensa que al morirse vaya a ver de nuevo a su hija. Y, de todas maneras, no nos haría eso a mi padre y a mí. Pero es como si ahora quisiera que la vida pasara deprisa, ¿sabe? Es muy triste.

—Aún ha pasado muy poco tiempo —le digo, sabiendo que es verdad, pero sabiendo también que se trata de un cliché de lo más pobre—. Mire, voy a darle mi teléfono. —Se lo escribo en una servilleta—. Si hay algo que pueda hacer, llámeme, ¿de acuerdo?

—Aún ha pasado muy poco tiempo, pero Naomi ya no va a tener más, ya ve. Ella no volverá a segar la hierba del jardín ni volverá a ir al supermercado. —Alarga el brazo por encima de la mesa y me agarra la mano. Su rabia me recorre todo el cuerpo; una energía cinética que me alimentará durante las próximas treinta y seis horas—. Por eso necesito que ustedes estén seguros respecto de lo de Naomi con ese individuo. Hay que contarle tal como es. Quiero que la gente sepa que ese cabrón actuó por odio, que no fue una aventura de culebrón que terminó mal. —Otra vez me suena el teléfono, y lo miro como pidiendo disculpas—. Conteste, no pasa nada —me anima Alana recostándose contra el respaldo del asiento, súbitamente agotada.

Salgo al vestíbulo del hotel con la mente funcionando de forma acelerada en diez direcciones distintas. Los turistas están tomando fotos de la escultura de bronce con forma de gato, y una de las chicas de Espresso Martini tiene cara de estar a punto de vomitar.

Le mando una sonrisa de condolencia. A todas nos ha pasado lo mismo, cielo.

—Sargento.

—Te he llamado hace unos minutos, pero no has contestado y..

—Espera un momento, escucha una cosa: hace un par de semanas, Naomi vino a este mismo hotel para una entrevista de trabajo. Si conservan su *curriculum vitae* en el archivo, tendrán su domicilio, ¿no? De modo que tenemos que averiguar quién la entrevistó y descartar a esa persona. Además, la hermana de Naomi no está convencida de que...

—Cállate, Kinsella. Perdona, pero es que tienes que volver aquí inmediatamente. Acabamos de dar con el filón. —Me encamino hacia la escalera, lejos del gentío—. ¿Te acuerdas de los guantes de piel de Madden, los que se llevaron los del departamento forense? —Hace una brevísima pausa, pero a mí se me antoja una eternidad—. Pues han encontrado sangre en la costura. Sangre de Naomi. Lo tenemos en el bote, pequeña.

De manera que fue él.

Fue él, de forma inequívoca.

Hay muchas pruebas que pueden tener otra explicación, que pueden ser rechazadas con la ayuda de un buen abogado, que pueden ser consideradas risibles por otro, pero la sangre constituye una prueba irrefutable. De hecho, es la más irrefutable de todas, es el as de la baraja. A su lado, los cabellos encontrados en la cama equivalen, como mucho, al cuatro de bastos. Hallar sangre significa que en realidad no importa si Rachel ha mentado o no para complicarle las cosas a Joseph; hallar sangre significa que no es importante que estuviera divorciándose de él, o engañándolo, o pensando en cortarle el pene mientras estuviera dormido; ahora que tenemos sangre, todo eso es un mero acompañamiento.

Por lo menos, en lo que se refiere al jurado. Sabemos que no es una prueba infalible. Ninguna lo es nunca.

—Sangre en un guante. Es un poco al estilo O. J. Simpson —comento apoyada contra la pared del despacho de Steele.

Ella, con el ceño fruncido, nos señala a todos con el dedo.

—Sí, y O. J. Simpson fue declarado inocente, acordaos, así que no os olvidéis de ese detalle. De un momento a otro, a Stein y a Madden se les ocurrirá algún plan genial, y os puedo asegurar, queridos míos, que dicho plan no va a incluir una confesión completa y sincera.

—¿Por qué les has contado lo del guante? —pregunta Parnell con cautela—. ¿No habría sido mejor aprovechar el elemento sorpresa?

Steele encoge a medias los hombros.

—Sí. No. Tal vez. Si se lo hubiéramos dicho en el interrogatorio, todavía podrían pedir una pausa para realizar consultas, así que no hay gran diferencia, Lu. Y de todas formas, no he querido perder más tiempo. De manera que Kinsella y tú ya podéis ir a comer, a beber y a cabrear a los seres queridos que esperaban veros esta noche, porque me parece que la cosa va a ir para largo.

Esta noche regresa Aiden. Imagino que no se habrá hecho ilusiones de verme, teniendo en cuenta la ausencia total de comunicación que ha habido entre ambos desde que puso un pie en el pub de mi padre.

—Entonces, a nosotros no nos necesita —dice Renée refiriéndose a Seth y a ella.

—No. No es que no os respete, habéis hecho un gran trabajo, pero es que con vosotros dos el sospechoso se cierra en banda. La última vez, estos dos lo hicieron cantar de plano, y quiero que cante.

—Pues no sé por qué —contesta Flowers—. No hay más que leerle la cartilla. Puede negarlo todo, si le apetece, que ahora ya no tiene ninguna posibilidad de que el CPS se lo rebata.

Steele hace un gesto negativo con la cabeza.

—Quiero obtener una confesión, Pete. Quiero clavarla. ¿Una chica joven viene a Londres y acaba siendo asesinada en el plazo de dos semanas? Eso no es bueno.

—El público como motivo —dice Emily—. Así la población se siente más segura.

—Cierto, pero, francamente, Ems, me importa una mierda el público. Los que a mí me preocupan son Roger y Kath Lockhart. —Y Alana, murmuro yo, pero no creo que me haya oído—. Quiero decirles qué le ha sucedido a su hija. —Consulta el reloj—. Por eso he quedado con Dolores en la cafetería dentro de cinco minutos. Quiero pedirle asesoramiento, para ver cómo debemos enfocar esto. —Nos hace un gesto a Parnell y a mí—. Vosotros dos, venid conmigo.

Humillación y halagos, eso es lo que aconseja la doctora Allen. Convertir a Joseph Madden en la estrella del espectáculo y luego en la más desgraciada de las criaturas. Desconcertarlo del todo.

Sabemos que no va a ser cosa fácil.

A Parnell le ha sido adjudicado el papel de policía que humilla, basándonos en el hecho de que, de todas formas, nunca le ha caído bien a Madden. A Madden no le gustan los polis rollizos, cincuentones y de baja graduación, por muy elegantes que sean los trajes que lleven; no obstante, si Parnell consigue que se sienta pequeño e insignificante, su necesidad de sentirse grande e importante podría impulsarlo a hablar, según apunta la doctora Allen. Y si yo, la policía que halaga, consigo que se sienta inteligente y que le apetezca enfrentarse a un adversario digno, podría bajar un poco la guardia mientras se recrea en mi adulación.

Esta idea hace que el estómago me dé un vuelco, igual que el torrente de testosterona que nos golpea en la cara cuando entramos en la sala de interrogatorios n.º 1. Lucas Stein de pie, con las piernas separadas y los pulgares metidos en el cinturón, igual que un *sheriff* de un *spaghetti western*. Joseph Madden sentado, también con las piernas separadas, y con el pecho tan hinchado que su camisa de Armani está a punto de reventar.

Un tanque preparado para la batalla.

Aunque sonrío cuando me ve. Es una sonrisa mínima, malvada, que hace que me entren ganas de devolver el almuerzo.

Tomamos asiento. Yo, con mucho teatro, me aliso la coleta y me aireo la blusa, mientras Parnell pulsa botones y comienza con los preliminares. Se nota que Joseph ha hecho este esfuerzo por nosotros, porque no lleva puesta la misma ropa que los presos bajo custodia y porque se ha abrigado su cabellera negra con algún producto de peluquería.

Los pupilos de Lucas el Frío han estado de compras por Oxford Street.

Aunque es para imaginárselo: uno se licencia en Derecho con dos matrículas de honor para terminar yendo a comprarles brillantina para el pelo a los asesinos.

Parnell da comienzo a la sesión levantando en alto una bolsa de las que se emplean para guardar pruebas.

—Estoy mostrando a Joseph Madden la prueba BS42. Un par de guantes de piel de la marca Bonetta Venega. —Madden se burla del lío que se ha hecho Parnell con la marca, sin darse cuenta de que ha sido intencionado. En ocasiones es bueno que tu sospechoso crea que eres un poco bobo—. Son de color azul marino muy oscuro y llevan un dibujo distintivo en la parte delantera. Joseph, ¿puede usted confirmar que son suyos?

Joseph se inclina hacia delante y los examina con atención.

—Hum, sí, son míos. Llevaba una temporada sin verlos, pensaba que se me habían perdido. Les agradezco mucho que los hayan encontrado.

—¿Y puede decirnos cómo llegó a estos guantes la sangre de Naomi Lockhart?

Vuelve a recostarse en su silla.

—No, no puedo.

—De acuerdo. —Parnell deja la bolsita en la mesa—. Bien, ¿y si yo le propongo que la sangre de Naomi Lockhart llegó a estos guantes porque usted es la persona que agredió y mató a Naomi

Lockhart en las primeras horas del domingo, 5 de noviembre, a la altura del número cincuenta de Coronation Gardens?

Madden no mueve un solo músculo, ni un tendón, ni un nervio.

—Yo no soy esa persona.

Stein, con su típica actitud de placidez, abre una carpeta.

—Verán, con independencia del hecho de que Joseph niegue haber estado alguna vez en Coronation Gardens... —Desliza por la mesa, en dirección a Parnell, una fotografía tomada por las cámaras de seguridad—. Como podrá ver en esta imagen, mi cliente tiene las manos en los bolsillos, y por lo tanto ustedes no pueden probar que en la noche de autos llevase puestos los guantes. Tal como acaba de explicar, pensaba que se le habían perdido.

—Mire, Joseph —intervengo yo, adoptando el papel del policía halagador—, usted es una persona inteligente, eso lo sabemos. Desde luego, yo lo sé. Lleva varios días dándonos cien vueltas porque sabía que la mayor parte de las pruebas que teníamos nosotros eran circunstanciales, o como mínimo se prestaban a cierto escrutinio, ¿a que sí? —Levanto la bolsa—. Pero con esto no ocurre lo mismo. —Lo digo casi lamentándome, como si fuera una verdadera lástima que un buen hombre tenga que ser castigado por haber cometido solo una mala acción—. Esto lo cambia todo, Joseph. Venga, usted ya sabe de qué va esto. Ya sabe cómo funciona la cosa.

Stein hace ademán de ir a hablar, pero Madden se lo impide levantando una mano al tiempo que me ofrece a mí la más triste de las sonrisas.

—Cat, siento de veras tener que sacar esto a colación, de verdad que lo siento. Tú estás empezando tu carrera profesional y es lógico que cometas errores. —En este momento me vienen rápidamente a la cabeza todos los errores que he cometido en mi vida, y, sin embargo, ninguno de ellos, ni uno solo, lleva asociado el nombre de Joseph Madden... aún—. Verás, tengo entendido, por Lucas, que acudiste a la escena del crimen, el lugar en que murió esa pobre chica, y que también has estado en mi casa en varias ocasiones. Eso, sin duda alguna, ha contaminado ambas cosas. Un error básico. —Hace una mueca de dolor—. Lo siento.

No le debo ninguna explicación, pero si se la doy, se sentirá un tío importante.

—Sí, así es, Joseph. Sin embargo, acudí a la escena del crimen el martes a primera hora de la tarde llevando puesta la vestimenta de protección, y cuando entré en su casa por primera vez, el miércoles, llevaba una ropa y un calzado totalmente distintos. Si es necesario, puedo demostrarlo. —Joseph me mira fijamente, con un interés nulo en nada que no sea su propia versión de la verdad—. No tomé parte en el registro de su domicilio, como es el procedimiento estándar, y solo he sabido de la existencia de estos guantes aproximadamente media hora antes que usted.

«¿Ya estás contento?»

Por lo visto, no.

—El problema debe de estar entonces en vuestro laboratorio. Precisamente ahora me estaba comentando Lucas que muchas pruebas se manipulan mal. Hasta el Regulador de la Ciencia Forense ha criticado la calidad de los servicios desde que todo se privatizó o pasó a realizarse internamente. —Se recrea en lo mucho que sabe y después nos obsequia con una sonrisa benévola—. Comprendo la presión, de verdad. Pero no pienso ser castigado por ese motivo y desde ahora les advierto de que voy a presentar una demanda. —Parnell suelta una carcajada, lo cual provoca que Madden aparte la mirada de mí—. Ríase todo lo que quiera, pero ¿le dice algo el nombre de Patricia Hylands? ¿No? Pues es una eminente abogada y una gran amiga mía. Está especializada en presentar demandas de ciudadanos contra la policía.

—Me alegro por ella —contesta Parnell cruzándose de brazos—. Verá, Joseph, sus opiniones, sus teorías de conspiraciones, en este momento no tienen ninguna importancia. La cosa pinta muy

mal, y, como podrá decirle el señor Stein, en realidad estamos teniendo con usted un gesto de cortesía viniendo a esta sala y permitiéndole que cuente su versión de la historia. Pero si no desea contarla, podemos irnos sin más. Aquí, el control lo tenemos nosotros. —El semblante de Madden se endurece, sus ojos relampaguean de rencor—. Y si desea presentar una demanda, adelante, demándenos. Comprendo que intente obtener una indemnización; no está teniendo lo que se dice mucho éxito en lo económico, ¿cierto? Dígame, ¿no le abochorna que todas esas mujeres ricas le paguen los gastos? Sabemos que Sadie Paulson está abonando los honorarios del señor Stein, aquí presente, de modo que, fundamentalmente, esa mujer tiene en sus manos su libertad. Si ella cerrase el grifo, usted estaría muy jodido, ¿no es así? ¿No se siente usted un poco..., no sé, emasculado?

—Sargento —digo, fingiendo reprenderlo.

Madden le sostiene la mirada con total frialdad.

—Emasculado. Una palabra muy fuerte, sargento Parnell.

—¿Verdad que sí? Igual que la palabra *asfixia*. ¿Le apetece hablarnos de eso?

De pronto Stein lo frena con una mano.

—No digas ni una sola palabra, Joseph. ¿Se puede saber a qué viene esto? En el informe del patólogo no hay nada que sugiera que Naomi Lockhart...

—No estoy hablando de Naomi —lo interrumpe Parnell sin apartar la mirada de Madden—, sino de su esposa. De la ocasión en que intentó estrangular a Rachel.

Madden emite un bostezo. «El muy cabrón se permite bostezar.»

—Yo jamás le he puesto una mano encima a Rachel. Se lo repito otra vez: es una mentirosa. Pero ustedes no quieren hacerme caso.

—Como tampoco le puso una mano encima, o más bien una rodilla, a Stacey Nash —replico.

—Pobre Stacey, pobre. —Es la viva imagen de la tristeza: ojos bajos, gesto serio, el puño cerrado contra el pecho—. Ella también mintió, sí..., pero estaba claro que no se encontraba bien, así que la perdono, naturalmente. —Acto seguido, la tristeza desaparece y es reemplazada por algo parecido a una expresión triunfal—. Fue terrible lo que le sucedió, ¿no crees, Cat? Es una forma brutal de irse de este mundo. Esos últimos segundos...

Siento que se me revuelven las tripas. Abro la boca, pero no consigo decir nada.

Interviene Parnell.

—Rachel no nos ha dicho que usted intentó estrangularla, Joseph. Nos lo ha contado Kirstie Connor.

—¡Menuda chiflada! ¿Y ustedes la han creído? —Su carcajada se extiende por toda la estancia, choca contra las paredes y rebota en la moqueta—. Comprendo que Rachel los tenga engañados, es mucho más lista de lo que la gente piensa. ¿Pero Kirstie?

Regreso habiendo recuperado la compostura.

—Kirstie afirma también que usted dijo que podía «tener» a Naomi si quisiera.

Madden nos va mirando uno por uno a todos, Stein incluido, como si estuviéramos hablando en suajili.

—De modo que todo el mundo está mintiendo excepto usted, ¿es eso? —Parnell esboza una leve sonrisa de satisfacción, lo cual es bueno; a Madden no le gustan las sonrisillas de satisfacción—. Rachel, Kirstie, Stacey Nash, la gente de nuestro laboratorio..., ah, y yo mismo. Estoy convencido de encontrarme en el punto de mira por haber colocado cabellos dentro de su coche a propósito, a pesar de que ni siquiera me he acercado a menos de cinco kilómetros de él.

Decido intervenir: la serena voz de la razón, con una alegre cola de caballo.

—Joseph, ayúdenos a entenderlo. ¿Por qué iba a mentir Kirstie? ¿Qué motivos podría tener? Rachel se pondría furiosa con ella, y es evidente que se preocupa mucho por Rachel.

—Déjenme que les diga lo mucho que Kirstie se preocupa por Rachel. —Duda unos instantes, tal vez para causar más efecto, tal vez porque esté sopesando la sensatez de lo que se dispone a decir. La verdad es que yo ya no tengo ni idea. No soy capaz de entenderle, y no estoy muy segura de querer entenderle. Flowers tenía razón, deberíamos limitarnos a leerle la cartilla—. Kirstie y yo tuvimos un rollo hace unos años. —Aguarda a ver cómo reacciono, pero yo no le doy esa satisfacción, aunque por dentro estoy que me muero—. Para ella significó mucho; en cambio, para mí no fue nada. El sexo ni siquiera era bueno, era siempre lo mismo, un poco sexo «vainilla». Sea como sea, ella se quedó bastante enganchada, bueno, muy enganchada, y cuando yo puse fin al asunto se enfadó sobremanera. Todavía me la tiene jurada. Esos son sus motivos para mentir.

—¿Rachel está enterada de eso? —pregunto, procurando parecer solo medianamente interesada.

—Por supuesto que sí. Consideré que era justo que supiera que su hermana política no era lo que se dice..., en fin, muy hermana, digámoslo así.

«Traducción aproximada: “Mi deseo era humillarla, que se diera cuenta de que no podía fiarse de nadie”.»

—¿Y Marcus?

—Que yo sepa, no. Marcus está demasiado ocupado haciendo buenas obras para percatarse de lo que ocurre delante de sus narices. Y Rachel de ningún modo iba a contárselo; no podría soportar herir los sentimientos de ese pobre corderito.

—Usted le tiene envidia a Marcus, ¿verdad? —pregunta Parnell—. Por eso tuvo una aventura con su mujer. —Madden inclina la cabeza hacia un lado como si el término *envidia* le resultase desconocido—. En fin, él es un hombre de éxito y en cambio usted ha fracasado. Acostarse con su mujer debió de servir para nivelar un poco las cosas.

Para que Madden me vea, miro a Parnell con el ceño fruncido y seguidamente aflojo la presión un par de grados.

—Espere un momento, ¿Rachel está al tanto de ese asunto y aun así sigue siendo amiga de Kirstie? ¿Cómo puede ser eso?

Llegados a este punto, ya casi no viene al caso, pero me intriga la dinámica. Rachel y Kirstie son como el agua y el aceite. Si a ello le sumamos un tema como este, no comprendo cómo soportan vivir en la misma ciudad y no digamos ya en la misma cocina.

—De ese modo, Rachel se siente superior a ella —responde Joseph rezumando desprecio—. Kirstie está tan desesperada por hacerse perdonar por Rachel que la adula todo lo que puede, y Rachel lo acepta con entusiasmo. Rachel nunca ha sido una mujer que inspire la adulación de los demás, así que cuando la recibe, la aprovecha.

—Eso tenemos entendido. —Parnell me da una patadita en el pie por debajo de la mesa para indicarme un cambio de marcha—. Joseph, ¿alguna vez se le ha ocurrido pensar que donde las dan, las toman?

—¿Qué? —Su tono indica que está aburrido, pero le noto una cierta tensión en los hombros y una coloración sonrosada que se le extiende por encima del cuello de la camisa.

—Una aventura amorosa. ¿Ha pensado alguna vez que Rachel también pudiera tener una? —Madden lo mira con expresión de incredulidad—. Ah, veo que tal vez sea una sorpresa, porque Rachel no se lo restregaría a usted en la cara; ella sería mucho más discreta que usted, no lo haría delante de la propia puerta de casa.

Madden se esfuerza en sonreír levemente.

—Rachel rara vez va más allá de la puerta de casa, de modo que, a menos que se haya estado tirando al cartero o al viejo que vive al lado, lo dudo mucho.

—Ah, pues es cierto —asegura Parnell—. Joseph, usted no conoce a su mujer tan bien como cree. Hemos estado investigándola, y digamos simplemente que hemos descubierto que ha estado disfrutando un poco de la brisa del mar.

No estoy muy segura de esto. Para empezar, no sabemos si Rachel estaba efectivamente teniendo una aventura, pero más importante es el hecho de que estamos entregando a Stein una información que podría desacreditar a Rachel y que estamos entregando a Madden una información que podría mandar a Rachel al hospital si su marido lograra salir libre bajo fianza.

Pero es que tenemos sangre. Tenemos sangre. Y tener sangre quiere decir que no hay libertad bajo fianza. Joseph Madden no va a poder acercarse a Rachel, ni a ninguna otra mujer, ya puestos, durante mucho mucho tiempo.

Y Parnell sabe lo que hace.

Todo esto tiene que conducir a alguna parte.

—Verá, Joseph, yo creo que Rachel le estaba engañando y que en el fondo usted lo sabía. O, quién sabe, a lo mejor lo sabía con total seguridad. Tal vez la siguió hasta esa ciudad del sur y la pilló infraganti. —Madden está respirando por la nariz, su cólera va aumentando con cada inspiración—. Y creo que el hecho de haber perdido el control de las mujeres de su vida lo puso furioso. Despertó en usted la violencia, la necesidad de demostrar de una vez por todas lo hombre que era usted y el poder que tenía. —Calla unos instantes y deja espacio a Madden para que responda. Pero nada—. ¿Y qué pasó, pues? ¿Que Naomi lo rechazó aquella noche y eso fue la gota que colmó el vaso? ¿O lo hemos entendido todo al revés? ¿Empezó a volverse demasiado exigente, a querer más de usted, igual que Kirstie Connor, solo que esta vez usted decidió cortar el mal de raíz?

Madden golpea la mesa con la palma de la mano.

—Por última vez: ¡yo no tenía ninguna relación con Naomi Lockhart! —De repente me señala a mí con un gesto de la cabeza—. Si hubiera querido una mujer más joven con la que jugar, me habría buscado a esta, en vez de una secretaria gordinflona. —Me ha llamado «esta»—. Venga, Cat —ruge—, reconoce que me deseabas.

Se me pone la carne de gallina de solo imaginarme sus manos encima de mí, como si me estuviera pinchando con un millar de agujas.

—Oh —dice Parnell con voz grave e intensa—, yo pensaba que quien le gustaba era Naomi Lockhart. Una chica tímida y vulnerable a la que pudiera acosar, atormentar, aterrorizar. Muy diferente de las mujeres ricas y de éxito con las que suele relacionarse. Ah, claro, ellas lo tienen muy mal acostumbrado, pero no se dejarían zarandear por usted, ¿verdad? De modo que necesitaba ocupar el sitio de Rachel y Clara, ahora que Rachel ha encontrado una diversión en Portsmouth y que Clara está deseando poner tierra de por medio.

—Perdón, ¿cómo dice? —Madden, con un gesto agresivo en la boca, recorre la sala con la mirada, como un perro rabioso que está echando espuma por la boca y buscando algo que morder, lo que sea.

—Ah, ya, Clara no va a quedarse en Londres —comento sintiendo un cierto desprecio por el papel de policía halagadora, aunque, la verdad, que le den. Ya me tiene aburrida. Pasado un rato, empieza a pesarme esta aureola de santidad—. Usted ya no va a poder seguir agujoneándola ni haciéndola de menos ahora que va a codearse con el exclusivo alumnado de York o de Exeter. Esas universidades son de clase media, ¿sabe?, los padres de los alumnos suelen ser médicos, abogados, banqueros, cosas así. Usted la abochornará, Joseph. Dudo que ella quiera volver a verlo.

—Que te jodan. —Se lleva una mano al cuello y se tira de la piel, tal vez imitando lo que le

gustaría hacerme a mí en este momento.

Ladeo la cabeza.

—¿Por eso mató a Naomi? ¿Porque matando a la hija de otro lograba compensar el hecho de haber perdido a la suya?

Madden empuja violentamente su silla hacia atrás y se lanza hacia delante, con todos los músculos en tensión y las venas a punto de reventar.

Y no sé qué es lo que me deja más sorprendida, si el salivazo que me lanza a mí a la cara o la expresión de pánico que se dibuja en el rostro de Lucas Stein.

Lucas el Frío por fin ha perdido la calma.

Una hora y media más tarde, cuando ya me he tomado tres trazas de té con mucho azúcar y he aguantado una larga pataleta, Parnell sigue sin estar contento. De hecho, se encuentra a años luz de estar contento y le da igual que se sepa. Ni siquiera la poderosa Kate Steele queda exenta de soportar su furia y su rostro encolerizado.

—¿Te has vuelto loca? —grita ante la mesa de trabajo de Steele, resoplando como un toro y con las manos cerradas en dos puños. Si se tratara de otra persona, a estas alturas iría de camino a un expediente disciplinario—. Kate, deberíamos estar ahí dentro, acusando a ese hijoputa del asesinato de Naomi Lockhart y de agresión contra Kinsella.

Steele responde con calma pero en tono asertivo, la mejor manera de apaciguar a un toro furioso, según me dijo Aiden en una ocasión.

—Mira, Lu, yo tampoco estoy contenta con esto, pero Stein habla en serio. En su opinión, Madden está a punto de confesar, pero solo está dispuesto a hablar con Cat, eso es lo que hay.

—¡Pues en ese caso, no hay trato! —brama Parnell—. No es seguro. Ya oíste lo que dijo Dolores. —Señala la pantalla de vídeo—. Lo has visto con tus propios ojos. Madden pasa de cero a cien en cuestión de segundos. No tenemos tanta necesidad de que confiese, Kate. Presenta cargos ya mismo. Por favor.

—¡Eh, hola! —reclamo yo agitando la mano desde el rincón del despacho—. Ya que he sido yo la que se ha llevado el salivazo, debería ser yo la que decidiera si me apetece un segundo asalto. Y, sinceramente, sí me apetece.

—Me da igual —ladra Parnell sin hacerme caso.

Miro a Steele, que está detrás de él y me hace un gesto circular con el dedo como diciendo: «Concédele unos minutos, entrará en razón». Y hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Oye, sargento, ¿qué opinas de lo que ha dicho de Stacey Nash?

—¿Cómo? —Está gruñón, confuso por el cambio de trayectoria—. No lo sé. Tendré que oír otra vez toda la grabación. No recuerdo gran cosa, aparte de los últimos minutos.

—No es exactamente lo que ha dicho. No ha reconocido nada, pero daba la sensación de que se estaba mofando de nosotros.

Steele pone los ojos en blanco.

—Kinsella, ¿te das cuenta de que eso ocurre mucho más a menudo en Hollywood que en Holborn? Deberías escuchar otra vez la cinta antes de tirar por ese camino.

—De acuerdo, pero ¿cómo sabía lo que le había ocurrido a Stacey? Ni siquiera estaba enterado Michael Redfern; nos dijo que la buscáramos en LinkedIn.

—No le falta razón —contesta Parnell, ya en un tono de voz más normal, lo cual indica casi con seguridad que está enfriándose.

Steele abre las manos en actitud pacificadora.

—Mira, en cuanto nos manden la transcripción de la investigación forense, me ocuparé

personalmente de repasar hasta la última palabra que diga, ¿de acuerdo? Me cercioraré de una vez por todas de que no hay nada que revisar, a la luz de todo esto. —Acto seguido me señala a mí—. Pero, por el momento, ¿puedes concentrarte en Naomi, por favor? ¿Y puedes dejar de arrojar los juguetes fuera del cochecito y fiarte de mí en cuanto a Madden? —Mira a Parnell con gesto suplicante; no necesita su aprobación, pero desea desesperadamente contar con su apoyo—. Lu, escucha, si Madden se declara inocente, la pesadilla de Lockhart puede durar meses, puede que incluso un año. Vamos a por un último asalto, ¿de acuerdo? Stein tiene el convencimiento de que está a punto de soltarlo todo.

—Y, entonces, ¿por qué no se lo suelta todo a Stein?

—¡No tengo ni idea! —exclama Steele—. A lo mejor es porque Madden lo odia, o porque solo es capaz de sincerarse con las mujeres de melena rizada, recuerdo de su primera experiencia sexual, o porque es su última actuación en público antes de entrar a pasar veinte años en la trena. No lo sabremos hasta que lo intentemos.

—Veinte años —masculla Parnell—. No vimos que llevara un arma a la escena, de manera que declarará que «perdió el control», en cuyo caso sería un homicidio voluntario. Quince años como máximo. Y eso, solo si nos toca un juez que esté de un humor de perros.

Dejo mi taza encima de la mesa de Steele y me siento en el borde mirando directamente a Parnell.

—Respecto de eso no podemos hacer nada, sargento. Lo único que nos queda es intentar que a los familiares de la víctima la vida les resulte un poco más soportable. —Al oír esto se le ablanda el gesto y se le relajan ligeramente los hombros—. Por lo menos quiero intentarlo. Quiero ver qué es lo que tiene que decir.

—Y nosotros estaremos viéndolo todo por vídeo —lo tranquiliza Steele—. Si Madden le pone un dedo encima a Cat, lo reducimos en cuestión de segundos.

—Kate, si le pone un dedo encima, más te vale que no te acerques por mi mesa, porque el que pasará veinte años en la trena será yo. ¿Me has entendido?

Me tiembla la barbilla. «Trágalo. Trágalo.»

—Te he entendido. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo.

Como si Parnell hubiera tenido alguna vez voz y voto. Puede que Steele sea una dictadora benévola, pero es una dictadora de todas formas.

—Tengo una condición —añade Parnell.

Steele emite un gruñido y echa la cabeza hacia atrás.

—¿Pero qué pasa hoy con los hombres y sus puñeteras condiciones? Adelante, ¿cuál es?

—Que yo espere fuera con una radio. La sala está insonorizada, de manera que Madden ni siquiera sabrá que estoy. En serio, paso de verlo todo por vídeo, Kate. La sala de visionado está en el otro extremo del pasillo, a quince o veinte segundos de distancia. Si estoy junto a la puerta, por lo menos tú podrás darme la señal de luz verde y antes de que se percate de lo que está pasando me tendrá encima.

Steele asiente.

—Conforme. Pero haré venir también a Swaines, ¿de acuerdo? No pretendo hacer ningún chiste, Lu, pero Madden tiene la ventaja de ser más de diez años más joven que tú.

—No hay problema. No me molesta que pienses que soy un viejo inútil. Lo único que me importa es que ese tipo pueda hacer daño a Cat. Así que puedes traer a Swaines, a Flowers y hasta a un ejército entero. Me da lo mismo.

Puede que haya sido por la visita que me hizo Frank. O por el hecho de que Madden me haya

escupido. O probablemente porque en un futuro muy próximo voy a enfrentarme a la madre de todas las conversaciones con Aiden, pero de repente la actitud de héroe de acción que ha mostrado Parnell me ha parecido la cosa más dulce y bondadosa del mundo y la que me ha hecho sentirme más segura.

Mucho más segura que las promesas de mi padre, nubladas por el whisky, eso está claro.

Me pide perdón. Se lo concedo. Una vez que hemos apartado a un lado las faltas de sinceridad, empezamos.

—¿Quería conversar? —le digo con un leve encogimiento de hombros, como queriendo decir que esto es algo cotidiano en mi trabajo, otro punto tachado de la lista de tareas por hacer—. Pues conversemos. Tiene usted la palabra.

Madden no dice nada, se limita a mirar fijamente el gris sucio de la pared del fondo. Lo mira con tanta intensidad que, cuando me giro para seguir su mirada, casi espero ver expuesto allí lo que está pensando: apariciones de Naomi, imágenes fugaces del tiempo que estuvieron juntos. Naomi embobada con él. Más adelante, Naomi suplicando por su vida.

En cambio, tiene la mirada dura, pétrea. Lo que está viendo, sea lo que sea, no lo conmueve en absoluto.

—¿Sabe?, mi jefa no está contenta con esto. —Me esfuerzo por esbozar una leve sonrisa de complicidad y en bajar el tono de voz para que resulte un poco más seductor—. He tenido que pedirle por favor que nos concediese este rato a solas. Si usted no habla, ella utilizará eso como excusa para sacarme de aquí. —La amenaza surte efecto. La mirada de Joseph se posa en la mía—. Bien, ¿y qué me dice, pues? ¿Empezamos por el principio y vemos en dónde desembocamos? No hay prisa, tómese todo el tiempo que necesite.

En el sitio de Joseph Madden hay ahora un hombre de mirada inexpresiva. La chispa siniestra de antes ya no está. Tiene los hombros hundidos y la barbilla enterrada en el pecho: la postura inconfundible de la derrota. Está tan derrotado que, de hecho, cuando habla apenas alcanzo a oírlo.

—Yo no maté a esa chica. Alguien me ha tendido una trampa.

«Estás tomándome el pelo.» Meto las manos por debajo de las piernas para no atizarle un puñetazo, a él o a la pared, o incluso a mí misma, tal es mi frustración.

—Y sé quién ha sido y el motivo por el que lo ha hecho —dice elevando un poco la voz—, pero no voy a revelarlo nunca, así que no me lo preguntes. Es algo que quedará entre nosotros, entre esa persona y yo. —Lo dice con asco, como si le hubiera dejado un sabor repugnante en la boca, como un trozo de carne fría y llena de grasa que llevara varios días atrapado entre los dientes.

Lanzo un corto suspiro y hago memoria de todos los profesores, padres, compañeros de trabajo y amigos que alguna vez han expresado estar decepcionados conmigo.

—¿En serio, Joseph? ¿Y ya está? ¿Para eso me ha hecho volver a entrar aquí? ¿Para decirme las mismas ridiculeces que ha estado diciendo durante tres días?

Madden sacude la cabeza en un gesto negativo, también decepcionado.

—No, Cat, no me estás escuchando. Aquí no se trata de que alguien esté divirtiéndose a mi costa; aquí se trata de que alguien me está incriminando a propósito. De modo que lo que estoy diciendo es completamente distinto.

Y sé que es verdad, pero no quiero oírlo. Porque la esperanza de que hubiera un final rápido,

en ausencia de un final feliz, es el único motivo por el que he accedido a representar esta tóxica pantomima, y ahora está claro que no voy a obtener lo que esperaba. Quisiera encontrarme a cien kilómetros de Joseph Madden, mejor a mil kilómetros. Aunque, francamente, en estos momentos me conformaría con estar a veinte metros de aquí, en la sala de visionado, haciendo muecas de asombro y exclamando «¡maldita sea!» junto con todos los demás como respuesta a cada mentira nueva que sale de la boca sucia y retorcida de Madden.

—¿Y qué me dice de la sangre de Naomi que ha aparecido en el guante? ¿Eso también lo ha preparado alguien? ¿Puedo comunicar a nuestros torpes forenses que sabemos que ellos no han sido?

Silencio.

—Y si la persona que lo ha hecho es Rachel, porque voy a suponer que ese «alguien» es Rachel, de lo contrario usted habría dicho que «aquí no se trata de que Rachel esté divirtiéndose a mi costa».

—Supón lo que quieras —responde Madden en tono cansado, frotándose un ojo—. El quién no tiene importancia.

Emito un ruido que es a medias una risa y a medias un leve grito.

—Pues para nosotros sí que tiene bastante importancia, Joseph. Porque si «alguien» le ha tendido esta trampa, ese alguien ha debido de asesinar a Naomi, ¿me sigue? De no ser así, ¿cómo habría hecho para tener acceso a su sangre?

Más silencio. Y cuanto más prolongado sea el silencio, más volátil será la situación. O por lo menos así es como lo interpretará Parnell. Lo imagino de pie al otro lado de la puerta, lleno de adrenalina y atento a que Steele le dé luz verde, preguntándose cuáles serán las consecuencias si se salta el semáforo en ámbar.

—Pues si no va a proporcionarme un nombre, ¿qué sentido tiene esto? ¿Qué es lo que quiere? —Nadie puede resistirse cuando se le pregunta qué es lo que quiere; es un sentimiento que hunde sus raíces en la infancia: el consuelo de sentirse valorado, de que otros tengan en cuenta tus necesidades.

—Quiero que te concentres en mí, ¿vale? En mí. —Se clava el dedo pulgar en el pecho con tanta fuerza que el ruido levanta eco en la sala—. Con independencia de lo que haya hecho esa persona, tiene que haber otras pruebas que demuestren que yo soy inocente, y tu deber es encontrarlas, Cat. Haz tu trabajo.

Me inclino hacia delante, aunque todas las fibras de mi cuerpo ansían estirarse en la dirección contraria.

—No, Joseph, mi trabajo consiste en meter a los asesinos en la cárcel. Y usted, o bien es un asesino, o bien está protegiendo a un asesino. ¿Adivina por qué opción apuesto yo?

Se oye un ruido a mi espalda. La puerta.

—¿Quién diablos es usted? —exclama Joseph regresando a su antiguo yo, el altivo y poderoso.

No tengo necesidad de volverme, porque ya sé quién es. Huelo su perfume. Percibo su energía a diez pasos de mí. Noto su menuda pero formidable presencia llenando la estancia e indicando que se está acercando el final para Joseph Madden.

—Soy la inspectora jefe Kate Steele, señor Madden, y le aseguro que soy la última persona a la que usted querría ver. —Se sienta en la silla que hay a mi lado, con las manos juntas, la viva imagen de la serenidad—. Aun así, tengo entendido que a usted le gusta estar en compañía de gente importante, de modo que, si le sirve de consuelo, yo soy una persona muy importante. Principalmente, si estoy dentro de su sala de interrogatorios, puede apostar lo que quiera a que está a punto de suceder algo.

La sala contiene la respiración.

—Joseph Madden, le informo de que se le acusa del siguiente delito: el domingo 5 de noviembre, en el barrio londinense de Haringey, usted asesinó a Naomi Anne Lockhart infringiendo el derecho anglosajón. No es necesario que diga nada, pero puede perjudicar su defensa si no menciona...

Dejo que las palabras de Steele me resbalen por encima. Y Madden hace lo mismo.

24

Domingo

Alguien me pincha con fuerza en el hombro izquierdo y percibo un olor a algo afrutado que pasa junto a mí.

—En efecto, es el Rolex de Redfern, sí, señor. Lo ha confirmado el ADN. —Steele llega a la puerta de su despacho y se vuelve—. Pero ¿qué estás haciendo aquí tan temprano? Te dije que hoy podías tomarte las cosas con calma.

Esta mañana he madrugado porque anoche no había nada que celebrar. Si bien Steele no es mucho de hacer celebraciones, sobre todo cuando hay una familia que ya no va a volver a celebrar nada, suele necesitar relajarse un poco junto con su equipo tomándose unas cervezas. Pero anoche, no. Anoche, el estado de ánimo general era callado y reservado. Sonrisas tenues y palmaditas en la espalda dadas con poco entusiasmo. Nada que se pareciera ni de lejos a un ambiente festivo. Parnell, como siempre, me preguntó si me apetecía tomar una copa rápida, suponiendo que la necesitaría después del cara a cara con Madden, y por lo general eso sería exactamente lo que necesitaría: unos cuantos vinos y una hora charlando con él del precio de los uniformes de los niños.

Anoche, ni siquiera podía hacer frente a eso. Lo único que me apetecía era darme una ducha, coger una almohada perfumada con agua de lavanda y dormir doce horas seguidas.

De esas tres cosas, conseguí dos.

—Y me lo estoy tomando con calma —le respondo a Steele—. Parnell está haciendo el té.

—¡Lu, que sea para tres! —vocea Steele en dirección al espacio que denominamos «la cocina», consistente en una única balda un poco inestable en la que descansa un hervidor de agua, un frigorífico mini y un microondas que lleva dos años sin funcionar—. Imagino que no servirá de nada que te ordene que te vayas a casa, ¿no? —dice girándose otra vez hacia mí—. Te esconderías en el váter con un fajo de declaraciones de testigos.

Una vez. Hice eso una sola vez.

—Lo del Rolex es una buena noticia —comento, entrando con ella en el despacho—. Por lo menos, coincide con lo del mal carácter. —Está de pie junto a su mesa, escudriñando un papel impreso con el ceño fruncido—. Una pregunta: ¿no le parece raro que Madden no se deshiciera de los guantes?

Steele levanta la vista.

—No te preocupes, ya se lo he preguntado a Dolores. En primer lugar, Madden es arrogante, y en segundo lugar, son unos guantes muy caros. Lo más probable es que no pudiera permitirse el lujo de comprarse otros, de modo que le dio pena deshacerse de ellos. Las posesiones alimentan su autoestima, ¿recuerdas? —Se derrumba, exhausta, y me tiende la hoja impresa—. Mira, podemos prescindir de esto.

—¿Qué es?

—Bendito seas, Lu. —En este momento entra Lu en el despacho sosteniendo tres tazas a duras penas—. El otro día, después de enterarnos de que Kirstie Connor consumía, me puse en contacto

con un compañero de la brigada de narcóticos y le pedí que investigara un poco más a fondo el historial de Kieran Drake. Pero en su expediente no hay nada porque es anterior a 2014, el año en que se declararon ilegales; sin embargo, su nombre sí que apareció en varios registros de inteligencia relativos a la producción y la distribución de «estimulantes legales», tales como la mefedrona, las bombas n, la *spice*, esas cosas. —Tomo asiento con la triste sensación de saber hacia dónde se encamina esto—. Bueno, pues esas sustancias no aparecen en un análisis rutinario de sustancias tóxicas, de manera que, para estar totalmente segura, solicité que le realizaran un segundo análisis a Naomi, a la mierda el presupuesto para las copas de Navidad, pero me dio igual, ¿y a que no adivináis lo que sucedió?

—A la mierda nuestra víctima «perfecta» —termino yo.

—Correcto. Naomi tenía en el cuerpo varios compuestos de benzofurano. Se conoce como Benzo Fury. Estuvo muy de moda hace un tiempo, no tanto, pero continúa circulando por ahí. Kieran Drake debió de vendérselo a Kirstie Connor y ella le pasó un poco a Naomi. Otro detalle que no nos ha contado.

—Estimulantes legales, drogas de diseño; ¿no son más bien cosas de chavales? —La pregunta la ha formulado Parnell—. No me imagino a Kirstie Connor tomando eso.

—Más bien son cosas baratas, por eso pienso que Kieran Drake pretendía conseguir más de cincuenta libras de ganancia y Kirstie no se percató del cambio. El Benzo Fury imita los efectos del éxtasis y del *speed*, pero cuando se vende en polvo, para un ojo no entrenado, parece coca. Lo más seguro es que Kirstie no se percatara de que le habían dado gato por liebre hasta que ya lo había consumido. Y luego, ¿a quién iba a quejarse? ¿Al Departamento de Comercio?

—Así que Naomi no era en absoluto la chica «abstemia» que todo el mundo creía —comento.

—Eso parece.

—¿Consumiría presionada por sus compañeros?

—Puede ser —coincide Steele—. También, si ves al hombre al que te has estado tirando sentado con su mujer en la habitación contigua, te entran ganas de colocarte, ¿no crees?

—¿Cree que esa puede ser la excusa de Kirstie Connor? —Rostros inexpresivos—. Ya sabe, lo que contó Madden de la aventura que tuvo con Kirstie, su «rollito».

—Ah, pero ¿creemos que eso es verdad? —pregunta Steele—. Al verse en un aprieto, Madden hará y dirá lo que sea. Bueno, en realidad lo único que dice todo el tiempo es siempre lo mismo: que todos mienten porque van a por él. Esa es su defensa. Primero Rachel, la esposa vengativa, y ahora Kirstie, la amante despechada.

—Yo me lo creería. —Lo he dicho incluso antes de haber dado forma a un argumento como es debido. Me he tirado a la piscina sin pensar—. No lo había pensado, pero hay que reconocer que a Kirstie la altera un poco todo lo que tiene que ver con Madden. A ver, yo aborrecía al primer novio de mi hermana, el primero, sí, porque ha tenido tres, pero no me alteraba del modo en que Joseph altera a Kirstie. Y, desde luego, nunca me mandó regalos. —Parnell afirma con la cabeza—. Y todas esas cosas que dijo ayer por la mañana, que se burlaba de él porque tenía canas y las chicas jóvenes lo consideraban un viejo... Eso es señal de un romance que ha terminado mal, si queréis mi opinión.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dice Steele—: preguntarle a Kirstie.

—O a Rachel —dice Parnell—. Madden dijo que Rachel estaba enterada.

Me incorporo en la silla.

—¿Veis?, esa es otra razón por la que me inclino a creerlo. Ahora, la relación que hubo entre ellos cobra sentido. Kirstie está siempre encima de Rachel, protegiéndola, deseosa de subrayar lo unidas que están las dos, y Rachel se muestra un poco..., no sé, un poco distante, supongo.

Desdeñosa. Es algo muy sutil. Yo pensaba que era el típico pique entre, ya sabéis, eso de «ninguna mujer es lo bastante buena para mi hermano», pero es posible que sea algo más...

De pronto asoma por la puerta el óvalo perfecto del rostro de Emily Beck.

—Jefa, lamento interrumpir. Cat, tu teléfono no dejaba de sonar, y como ya me estaba resultando irritante lo he cogido. Era Clara Madden; dice que su madre ha estado bebiendo y que por lo visto está hecha un basilisco. Y que quiere hablar contigo.

—Mira qué bien. —Me giro de nuevo hacia Steele—. Pero no es el mejor momento para sacar el tema de Kirstie.

—Ni ningún otro tema. No vas a moverte de aquí.

—Jefa, debería hablar con ella. Es una persona vulnerable.

—Lo cual es muy amable por tu parte, Kinsella, y si yo me dedicase a repartir pegatinas que dijeran «SÉ AMABLE», tú llevarías una enorme pegada aquí delante. —Se toca la solapa de su chaqueta—. Pero no me dedico a eso, y tú no eres la niñera de Rachel Madden. Y de todas maneras, te necesito aquí.

—Hace un momento me ha amenazado con mandarme a mi casa.

—Sí, porque necesitas descansar. Ya sé que yo tampoco estoy hecha un pincel esta mañana, pero tú tienes una cara horrible.

—Gracias.

—Estoy hablando en serio. Has trabajado seis días seguidos, Cat, y ayer soportaste más presión que los demás, así que quiero que te quedes aquí, haciendo tareas de oficina, o que te vayas a tu casa a ver reposiciones de *Colombo* con el señor X. Escoge una de esas dos cosas.

Ojalá pudiera. Ojalá.

—No estoy jugando a ser la niñera de Rachel —contesto defendiendo mi terreno—. Lo más probable es que termine siendo un testigo de la acusación, con independencia de que nosotros la obliguemos o no, de manera que tenemos que cuidar de ella todo el tiempo. Necesitamos tenerla de nuestra parte.

—Yo coincido con Cat —dice Parnell en voz queda.

Steele levanta una mano.

—¡Está bien! Vale, puedes ir. Pero quiero que después te vayas a casa, ¿estamos? Y no creas que se me ha olvidado lo de mañana. —Es mi cumpleaños—. Tienes hecha la reserva desde hace una eternidad, y por mis muertos que vas a utilizarla. Lo digo en serio, mañana no quiero verte en esta oficina, a no ser que quieras encontrarte con la versión de Kate Steele que da tirones de orejas a los que cumplen años.

A lo mejor, sí. Por lo que parece, aún voy a tardar un tiempo en encontrarme con la versión sexi de Aiden.

Regresó anoche.

Y todavía no me ha llamado.

Pendown tiene visitas. Un pequeño aquelarre de reporteros que han venido a ver qué pueden llevarse a la boca ahora que tienen un nombre y una narrativa fragmentada que inventar. Por suerte, su reputación los mantiene en número bajo. Hace falta estar hecho de una pasta especial para acercarse a una urbanización en la que hasta los alguaciles son mejor recibidos. Pero si hasta a nosotros nos reciben mejor que a esos cabrones de los periodistas. Pero, claro, cuando ves que escriben que tus hijos están «asilvestrados» y que todos los demás vecinos llevan una vida encerrados en sus «cuevas», no dedicas mucho tiempo a la gente que te describe como un humano que se ha transformado en un ser salvaje para exhibirte ante el resto del país. El año pasado, dos

residentes presentaron una iniciativa para apoyar a las personas mayores de la urbanización, muchas de las cuales se encontraban completamente aisladas y tenían demasiado miedo para aventurarse a salir de su casa. La iniciativa atrajo a un único periodista, un tipo que se había criado aquí y que comprendía que en Pendown a veces también ocurren cosas buenas.

Aunque hay que reconocer que hoy no.

La noticia se ha propagado rápidamente, a juzgar por la pintada que ha aparecido en la puerta de la casa de los Madden. Una pintada no acertada del todo, debo añadir.

«PUTO VIOLADOR Y ASESINO DE MIERDA»

Marcus Connor observa fijamente la pintada al tiempo que se rasca la calva con ademán distraído.

—Cabrones. Voy a traer un diluyente de pintura y limpiar esto. Aunque, como es natural, si me ven aquí fuera, vendrá gente, y no quiero que suceda eso estando Rachel en el estado en que está, así que voy a tener que esperar. Espero que dentro de un rato esté más calmada.

Me preparo.

—¿Está muy mal?

Marcus me indica con una seña que entre en la casa.

—Véalo usted misma. Yo no consigo que diga nada racional y dudo que lo consiga usted. No entiendo por qué la ha llamado Clara, si he de serle sincero.

—Me parece que Rachel ha pedido verme.

Marcus suelta una risa triste.

—Y antes estuvo llamando a su madre, de modo que ya puede hacerse una idea de cómo está. Nuestra madre no ha sido nunca, ni en su mejor momento, la típica madre cariñosa y comprensiva, y de todas formas lleva varios años sin hablarse con ella. La última vez la llamó malévola y arpía, aunque fue algo que salió de la boca de Joseph, claro.

Miro el reloj. Son las 11:17.

—Si está tan borracha, ha debido de empezar muy temprano. ¿Es habitual que beba mucho?

Mi voz va teñida de preocupación. En mi mente, un bebedor empedernido equivale a un mal testigo.

Marcus se encoge de hombros.

—Depende de lo que entienda por beber mucho. El alcohol le sirve de muleta, pero no suele emborracharse antes de las doce del mediodía. Claro que...

No hace falta que lo diga: tampoco es habitual que a su marido lo acusen de asesinato.

—¿Y a qué se debe que hoy se haya emborrachado?

—Sabe Dios. Ha estado toda la mañana con el portátil de Clara, leyendo montones de artículos y poniéndose enferma por la familia de Naomi.

—Debería usted quitárselo. —Me giro otra vez hacia la puerta—. Y debería limpiar esa pintada lo antes posible. En serio, es un cebo para los periodistas. Yo puedo quedarme por aquí un rato, para espantar a los buitres mientras usted la limpia.

—No se preocupe, no me pasará nada —dice, sonriente—. Pero gracias por ofrecerse. Ha sido usted muy amable.

«Te mereces algo mejor que tu mujer —pienso para mis adentros—. Es posible que en una ocasión te hayan puesto una multa por exceso de velocidad y que tu antigua melena te haya abandonado para siempre, pero pareces un buen tipo. Te mereces algo mejor que esto.»

—¿Kirstie está aquí? —pregunto, pensando en la posibilidad de tener unos momentos de intimidad con ella para sacar el tema del «rollito» que tuvo con Joseph. Por ver si sirve de algo.

—No, en este momento no está. Como en realidad no estaba ayudando, le dije que se fuera a casa. Clara y yo estamos dejando que a Rachel se le vaya pasando la borrachera, y eso no es precisamente el punto fuerte de Kirstie. A ella se le da bien provocar incendios, no apagarlos.

El eufemismo me hace sonreír.

—Bueno, yo tampoco sé muy bien si voy a serle de ayuda, pero ya que estoy aquí, voy a verla.

Nunca he estado en la planta de arriba del piso de los Maddens, pero no resulta difícil deducir cuál es el dormitorio de Rachel, porque se oye un suave gemido procedente de la segunda habitación a mano derecha.

Llamo con delicadeza y asomo la cara por la puerta. Rachel está tumbada de costado, de espaldas a mí, y Clara está sentada a los pies de la cama, contemplando a su madre como si esta fuera una obra de arte abstracto que ella no alcanza a comprender. La habitación está a oscuras, la única claridad procede de un espacio entre las cortinas y de la pantalla de un teléfono que descansa en la mesilla de noche.

—Hola.

Al oír mi voz, Rachel sufre un sobresalto y se vuelve rápidamente. Tiene la pinta de un cadáver sacado del fondo de un lago: el rostro todo hinchado y empapado.

—Cat —farfulla extendiendo un brazo pálido y delgado—. Pasa, Cat, pasa. Tengo que contarte una cosa. Hay una cosa que quiero que comprendas.

Rodeo la cama y me agacho en cuclillas al lado de ella. Clara gira la cabeza un instante hacia el lateral, señal de que va a dejarnos solas; yo le hago un gesto afirmativo y espero hasta que sale, dejando la puerta entreabierta.

—Bueno, Rachel, ¿a qué viene esto? —Ella no dice nada y se limita a mirarme fijamente—. Ya sé que en estos momentos todo es horroroso, pero esto de que te emborraches no es justo para nadie. Tampoco es justo para Clara. Ella necesita tu apoyo, Rachel, no esto.

Se le ha caído el tirante del camisón y ha dejado totalmente al descubierto el pecho izquierdo. Se me pasa por la cabeza subírselo otra vez, a fin de preservar la poca dignidad que le queda, pero dudo en tocarla; su tristeza podría resultar contagiosa.

—La que necesita apoyo soy yo —dice con voz gangosa, compadeciéndose de sí misma—. Y también Joseph. Y sé que lo que ha hecho es horrible, pero no es mala persona. —Se incorpora para quedarse sentada, lo cual le requiere un esfuerzo lento y prolongado—. Están diciendo que es un animal, pero no es un animal, Cat. No lo es. No es justo que digan eso.

—¿Quién está diciendo que es un animal?

Rachel levanta el edredón y manotea buscando el portátil de Clara.

—¡Aquí! En internet. Imbéciles, idiotas que se creen que lo saben todo. —La cabeza se le cae hacia un lado, como si le costara esfuerzo mantenerla erguida—. Él me quiere, Cat. Nadie más me ha querido nunca. No debería haber pasado esto, no debería haber pasado.

—No, no debería. —Hablo despacio y con voz firme, como si mi dicción clara pudiera compensar la poca claridad de la de ella—. Pero ha ocurrido, y Joseph ha sido acusado. Ahora tienes que empezar a pensar en Clara y en ti, y en cómo vas a superar esto. —Recojo una botella de ginebra del suelo—. Y esto nunca es la solución, Rachel. Nunca.

«Excepto en todas las ocasiones en que he llegado a la conclusión de que sí.»

Rachel no me está escuchando.

—La culpa es de ella, ¿sabes? Sí, de esa zorra. —Hace un alto y bambolea ligeramente la cabeza—. Bueno, vale, sí, puede que no sea culpa suya, pero ella no debería haber hecho lo que hizo, ¿vale? Joseph es mi marido. Es mío. ¿Por qué las mujeres no lo dejan en paz de una vez?

Me incorporo. No hay manera de razonar con ella. No sé si deberíamos llamar a un médico,

pero de ninguna forma le dará ninguna medicación en este estado, así que no merece la pena llamarlo. Seguramente funcionaría mejor echarle por encima un cubo de agua fría.

—Naomi tenía una sobrina —dice Rachel lloriqueando, y me mira con unos ojos llorosos, sin enfocar la vista—. En el periódico dice que es muy pequeña. Hay una foto de ellas dos juntas; verás, te la voy a enseñar. —Me apresuro a retirar el portátil de la cama. Ella frunce el ceño, pero no intenta recuperarlo—. Es muy triste... que su sobrinita ni siquiera se acordará de ella... ¿No te parece de lo más triste? Yo me pondría muy triste si Danny no se acordase de mí. Muy triste.

En este momento aparece Marcus en la puerta, moviendo la cabeza en un gesto negativo e instándome a que me rinda.

No necesito que me insten mucho.

—Rachel, ahora me voy al piso de abajo, ¿de acuerdo? Seguramente volveré dentro de un minuto.

Ella no me hace caso, está intentando alcanzar el paquete de tabaco, caído en el suelo.

—Y su pobre madre... Pobre mujer. Se merece conocer la verdad. Pero yo también me merecía conocer la verdad. —Furiosa, arroja el paquete de tabaco contra la pared—. Todos me han mentido. Todos. Todo el mundo miente. Él también. Él es un puto mentiroso. —Se deja caer de costado sobre la almohada, como si se hubiera quedado sin fuerzas—. Pero no es un animal. Eso no es justo. No lo es.

—Vamos —me dice Marcus en voz baja—. No sirve de nada seguirle la corriente. Si la ignoramos, a lo mejor se queda dormida, con un poco de suerte.

Dejo a Rachel farfullando acerca de animales, sobrinas y lo mucho que escasea la verdad en la sociedad moderna y me voy con Marcus otra vez al piso de abajo, a la sala de estar, donde está Clara acurrucada en el sofá y con la mirada fija en el televisor, que tiene el volumen desconectado. En la pantalla está Taylor Swift bailando, sin sonido.

—Verán —les digo mirando primero al uno y después al otro—, es absolutamente necesario que impidan que Rachel tenga acceso a los medios de comunicación, ¿entendido? Ya sé que está borracha, pero está diciendo cosas horribles de Naomi, le está echando la culpa a ella, más que nada. Si se entera algún periodista, la crucificarán. —Le entrego a Clara su portátil—. Y no permitas que toque ese ordenador.

—Cuando está enfadada, echa la culpa a todo el mundo menos a Joseph —dice Marcus, más resignado que resentido—. Que si Joseph es un incomprendido, que si su madre no lo quería, que si de pequeño nunca tuvo un modelo masculino en el que fijarse. Son todo tonterías, naturalmente. Tampoco lo tuvieron la mitad de los exconvictos con los que trabajo yo, y sí, es posible que ellos hayan infringido la ley unas cuantas veces, pero no son personas crueles ni desalmadas...

Clara se incorpora.

—Yo los vi juntos, a mi padre y a esa chica.

Es una frase salida de la nada, igual que un puñetazo en la mandíbula.

—¿A Naomi?

Clara afirma con la cabeza.

—Por eso la he llamado, de eso quería hablar con usted.

Está bien. Cuando Clara le dijo a Emily que «ella» quería hablar conmigo, supuse que se refería a Rachel.

—¿Qué fue lo que viste exactamente? —En mi cabeza martillea una posibilidad.

—Bueno, no quiero decir que viera a mi padre agrediéndola. Me refiero a que los vi juntos. Fue en The Grindhouse, hará aproximadamente un mes. Yo necesitaba dinero para comprarme un libro de texto, y como mi madre no tenía, se me ocurrió que la única manera de sacárselo a mi

padre era pidiéndoselo delante de otras personas. Cuando iba andando por la calle, los vi. Estaban delante de la puerta del local, hablando..., puede que discutiendo, no estoy segura al cien por cien. Pero era Naomi, eso sí. Tenía un color de pelo inconfundible.

«Por fin», me digo, una persona que puede atestiguar haber visto a Joseph y a Naomi juntos varias semanas antes de la fiesta de los Connor. Hemos encontrado cabellos de Naomi en el coche de él, por supuesto, pero vale mucho más aportar como prueba a una persona. Por lo general, el jurado se fía más de una persona que de un dato científico, lo cual resulta encantador, pero un poco erróneo.

—Está bien. Vamos a necesitar que rectifiques tu declaración formal lo antes posible. Y no es necesario que le diga a una persona que quiere estudiar Derecho Penal que deberías habernos dicho esto antes.

—¿Voy a tener problemas? —Mira a Marcus con los ojos muy abiertos y luego a mí—. ¡Por favor, no pueden abrirme un expediente de antecedentes penales! —Este miedo es positivo; significa que podemos tenerla atada corto, igual que a Kirstie Connor, aunque me duele más hacérselo a Clara—. Sinceramente, le juro que no sumé dos más dos hasta hace un par de días, cuando vi esa fotografía en el *Standard*. En todas las fotos anteriores Naomi tenía el pelo rubio, y de verdad que no caí. Y luego, cuando caí..., en fin, solo estaba intentando proteger a mi madre. Ella siempre me ha protegido a mí, y yo deseaba impedir que le hicieran más daño. —Hace una mueca de desagrado—. Esa chica tiene la mitad de la edad que tiene mi padre, es asqueroso.

Lo siento por ella. Tiene diecisiete años y debería estar preocupándose de resacas, deberes de clase y tal vez algún riesgo de embarazo. No debería estar preocupándose de esto.

—¿Y por qué nos lo dices ahora? —le pregunto en un tono algo más suave, menos impertinente.

—Pues porque él es el asesino, obviamente. Antes no estaba segura. El hecho de que los hubiera visto juntos no demostraba nada. En cambio ahora... Ustedes no lo habrían acusado si no tuvieran una buena razón para ello. —Lo cual es cierto, pero por lo general uno espera que los familiares nieguen los hechos, sobre todo al principio. Por desagradable que sea, la actitud de Rachel de echar la culpa a la víctima no es rara del todo—. Y, de todas formas, estaba equivocada al pensar que no había necesidad de que lo supiera mi madre. Sí que necesita saberlo. Tiene que dejar de buscar excusas para mi padre, tiene que verlo como es en realidad: una mala persona. Una persona horrible.

Malas personas. Nuestros calabozos están repletos de ellas. Y también nuestros colegios, nuestros internados, nuestros gimnasios, nuestros autobuses, nuestras discotecas, nuestras iglesias, nuestra política, nuestros hogares.

Pero la maldad que se necesita tener para asesinar a una chica joven, negar que se la conoce siquiera y después afirmar que «alguien» agazapado en la sombra te está tendiendo una trampa, pero por nada del mundo vas a desvelar de quién se trata, constituye un salto cuántico hacia la «locura», lo cual, conociendo a Lucas Stein, podría ser el argumento defensivo con que nos acabemos encontrando.

No soporto ni imaginarlo siquiera.

Más tarde, en un raro ataque de proactividad, por lo menos en lo que atañe a los asuntos del corazón, tomo el autobús que va a Mile End.

En realidad, tomo tres autobuses. El trayecto desde mi apartamento hasta el de Aiden es bastante simbólico para nuestra relación, en el sentido de que es complicado, agotador y algo que solo hacen los necios. Podría haber cogido el metro, por supuesto, pero en el fondo sé que estoy intentando ganar tiempo. Y, en cualquier caso, mi estado de ánimo es para viajar en el piso superior, con la nariz pegada a la ventanilla, y no se puede negar que es un modo de viajar más alegre. En la parte delantera hay un niño pequeño que juega a ser el conductor del autobús y que va a haciendo el chucu, chucu típico de los trenes de vapor, y detrás de mí viajan dos viejas urracas que no dejan de quejarse de que los horarios de los autobuses cambian continuamente y de que los anuncios de Navidad empiezan cada año más pronto.

La vida misma. Las conversaciones normales. Sin traumatismos craneoencefálicos y sin desórdenes narcisistas de la personalidad. Sin compuestos del benzofurano y sin tener que referirte al amor de tu vida como el señor X.

Después de casi noventa minutos de balsámica vida en el autobús, me encuentro de pie ante el domicilio del señor X, preparada para abordar los problemas de cabeza. Preparada para regresar por el camino de entrada siendo nuevamente una mujer sin pareja, si así lo dispone el destino.

O por lo menos eso es lo que me digo a mí misma. En realidad, a pesar de este trayecto tan largo, tengo la esperanza de que Aiden no se encuentre en casa. La mayoría de los domingos por la tarde, cuando no estamos juntos, suele irse a jugar a algún sitio con el balón o a ver cómo juegan otros en uno de los muchos bares que hay en Mile End, y con un poco de suerte allí será donde se encuentre ahora. Con un poco de suerte, podré regresar a la parada de autobús diciendo: «En fin, por lo menos lo he intentado» y fingiendo sentirme desilusionada pero en realidad rebosante de alivio.

Sin embargo, Aiden está en casa.

Y se le ve que alberga sentimientos tan contradictorios como los míos.

—Supongo que vendrás a echarme una bronca —me dice, lanzando instantáneamente el primer saque.

—Así era. Pero ahora solo me apetece un té y un abrazo. ¿Puedes darme esas dos cosas?

Aiden me hace entrar en el piso, y el calorcito y el aroma a tostadas quemadas restaura de inmediato algo en mi interior: una normalidad que no he sentido en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Me temo que se me han acabado las bolsitas de té. —Abre los brazos de par en par—. Pero tengo un montón de abrazos. Abrazos a paletadas si quieres.

Sí que quiero.

—Sé que estuviste en el pub de mi padre —murmuro contra el hueco de su cuello, aspirándolo a él, grabándome su olor en la memoria—. Sé que estuviste hablando con él.

—Así es. Y con tu tío. ¿Pero qué pasa? No les dije que fuera tu novio. —Se aparta un poco—.

No te preocupes, sigo siendo tu sucio secretillo.

—¿De modo que no crees haber hecho nada malo?

—Creo que he hecho algo que tú no querías que hiciera. Que sea algo malo representa un punto que hay que debatir.

—Actuaste a mis espaldas.

Al instante me inunda un torrente de odio hacia mí misma. «Dios santo, las cosas que le he ocultado yo a él...»

—Sí, lo sé, y lo siento mucho. Pero, bueno, por lo menos ahora entiendo por qué te avergüenzas de ellos. —Se me para el corazón, hasta que detecto que empieza a esbozar una minúscula sonrisa—. Y yo también me avergonzaría de mi familia si fueran hinchas del West Ham. No te reprocho que hayas tenido con ellos una relación distante. —Me agarra por los hombros y frunce el entrecejo con fingida seriedad—. Pero podemos dejar eso atrás, Cat, sé que podemos. El amor lo puede todo, hasta las aficiones futbolísticas más demenciales.

Ojalá fuera verdad.

Sonríó a mi vez y entro en la sala de estar. En la mesa hay una bolsa de la compra con el contenido desparramado.

—Oye, ¿eso es para mí? ¿Te crees que eso es todo lo que hace falta para que yo te saque de mi lista negra, un frasco de perfume de la tienda libre de impuestos y una tableta gigante de Toblerone?

Aiden no sonrío como se supone que debería.

—En realidad, me quedaban cincuenta euros y no quería tomarme la molestia de cambiarlos. No sabía que estuviera en tu lista negra; solo he pensado que nos estábamos dando un poco de espacio el uno al otro...

Me giro de golpe.

—¿Espacio? Por lo menos podrías haber llamado o mandado un mensaje.

—Y tú también, de modo que estamos en paz, ¿no?

—Cierto. —De repente se disipa toda mi determinación, todo mi empeño en encarar este asunto mediante una discusión. En este momento no me apetece discutir con Aiden; lo único que me apetece es mirarlo, estar con él, regañarlo por arreglárselas siempre para que se le quemén las tostadas. Me apetece que el ambiente continúe siendo ligero durante un rato más—. En fin —digo—, menudo irlandés estás hecho. ¿Sabes?, mi abuela tenía una frase genial para describir a las personas que se quedan sin bolsitas de té. Era algo así como: «Quien no tiene bolsitas de té no tiene alma», pero no era eso exactamente. Esa frase parece propia de Sócrates, no de una mujer irlandesa y menuda vestida con un tabardo.

—Tu abuela... ¿Te refieres a tu abuela paterna? —Es una pregunta incisiva.

—Me refiero a la materna, pero ya te he visto las intenciones.

—¿De modo que no es la abuela McBride? —Como me siento violenta, aparto la mirada—. Ah, sí, menuda sorpresa me llevé cuando le dije a tu padre: «Encantado de conocerlo, señor Kinsella», y él me dijo que en realidad su apellido era McBride. Ahí me percaté de que ni siquiera conocía el verdadero apellido de mi novia.

—Mi verdadero apellido es Kinsella. Me lo cambié hace unos años. No tiene importancia.

—Pero sí que es un detalle que uno suele mencionar.

—No se me pasó por la mente, lo siento. Ya no quedaba ningún varón Kinsella que continuase con el apellido de la familia, así que lo hice como tributo a mi madre. —Y una patada en los huevos a mi padre, pero eso no lo comento. Me dejo caer en el sofá y esquivo por unos centímetros un plato de tostadas chamuscadas—. ¿Y bien? ¿Qué opinas entonces?

—¿Qué opino? Opino que tu padre tiene un pub magnífico. No sirve una buena cerveza de barril, pero, bueno, si los hípsteres están contentos...

—No seas obtuso, Doyle. Me refiero a qué opinas de mi padre.

Aiden se encoge de hombros.

—Me cayó bien, todo lo que puede caerte bien una persona en un espacio de diez minutos. En cambio, Frank es un perfecto idiota. Pero resulta divertido.

—A propósito, no es mi tío de verdad. —Me da igual parecer mezquina—. Bueno, y ahora ¿qué?

Están echando fútbol en la televisión, se ve a un enjambre de hombres discutiendo por un penalti. Aiden lo apaga, lo cual constituye un gesto muy importante, reverente, en este piso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No sé, ¿vas a hacerle otra visita? ¿Vais a haceros amigos íntimos? —Es la materia de la que están hechos los sueños: tu novio y tu padre estrechando lazos mientras se toman unas cervezas; sin embargo, en este caso es una cruel pesadilla, un purgatorio creado por mí misma.

—No quiero hacerme amigo íntimo de tu padre, so boba. No lo comprendes, ¿verdad? —Se sienta a mi lado. Nuestros muslos se tocan, y yo experimento un leve estremecimiento—. Mira, Cat, otra cosa distinta sería si tú no tuvieras absolutamente ninguna relación con tu padre, pero sí que le hablas. Yo te he oído hablar con él. Entonces, ¿qué tiene de malo que yo hable con él solo de vez en cuando? ¿Muy de vez en cuando? —No hay respuesta. No debe haberla—. Solo quería que supiese que yo existía, ¿vale? Porque el hecho de que tú me estuvieras escondiendo..., bueno, me hace preguntarme si de verdad existe lo nuestro. De una forma o de otra.

—Oh, claro que existe. Te lo prometo, lo nuestro existe. —Le cojo las manos y se las cubro todas de besos: el dorso, las palmas, los dedos—. Ahora, si no te importa, me gustaría que lo nuestro continuara existiendo en el dormitorio. Ya ha pasado más de una semana.

—Dentro de un minuto. Antes quiero preguntarte una cosa. —Se baja del sofá, se arrodilla delante de mí y me coge la mano. No es una genuflexión en toda regla, pero se le acerca bastante.

—Ah, luego me lo preguntas —respondo, presa del pánico, intentando darle un beso—. Ya hemos hablado bastante y...

—No, voy a preguntártelo ahora. Luego habré perdido el valor.

Ay, Dios.

—Y, además, da igual lo que me respondas. Todo va a seguir siendo genial, ¿de acuerdo?

Afirmo con la cabeza, o por lo menos eso me parece. Porque tengo todo el esqueleto fundido.

—Cat, ¿tu familia es mafiosa?

Me echo a reír. Es una risa histérica, alimentada principalmente por el alivio y el agotamiento mental.

Aiden también rompe a reír.

—Porque ya he visto demasiadas películas de gánsteres para detectar a un tipo listo cuando lo veo. De tu padre no estoy seguro, pero tu tío Frank lo es sin la menor duda. Es más retorcido que un sacacorchos.

Me seco los ojos con la manga.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque cuando le mencioné que trabajaba en análisis de riesgos, me contestó: «Yo también sé un poco de ese tema, Aiden, hijo. Cuantos más riesgos, mejor». —Su impresión ha dado en el clavo, y vuelvo a ponerme furiosa—. ¿Y bien? ¿Lo confirmas o lo niegas? ¿Voy a despertarme un día con una cabeza de caballo en mi cama? ¿Tengo que llamar «capo» a tu padre? Un hombre necesita saber estas cosas.

Y, por una vez, le cuento la verdad. Bueno, una verdad a medias.

—Verás, mi padre no es exactamente un mafioso, pero tampoco es un tipo legal del todo. ¿Podemos dejarlo así?

Aiden hace un gesto afirmativo y me levanta del sofá.

—De acuerdo, a mí me vale. Ahora, ¿qué estabas diciendo del dormitorio?

Mucho más tarde, después de varias sesiones de sexo, algunos ratos de sueño y un montón de Toblerone, nos despierta el timbre de mi teléfono móvil. Aiden murmura algo medio dormido, luego se da media vuelta y vuelve a caer en los brazos de Morfeo mientras yo manoteo a oscuras buscando el maldito teléfono. Imagino que será algo del trabajo, pero también rezo para que no haya muerto nadie.

En la pantalla figura la hora: las 0:33, y el nombre de mi padre.

Una fuerte marea me saca del puerto seguro de la cama de Aiden y me arrastra hacia un océano agitado y peligroso.

—¿Qué pasa? —pregunto de golpe, presa del pánico.

—Maldita sea, cielo, cálmate. No pasa nada. Como naciste a las doce y media, he querido ser la primera persona en desearte un feliz cumpleaños. —Entro en la sala de estar buscando a tientas el interruptor de la luz—. Perdona, ¿te he despertado? Siempre has sido muy nocturna, como yo, por eso pensé que todavía estarías levantada.

Se enciende la luz. Aiden debe de haber venido aquí un poco antes a hurtadillas, para dejarme los regalos de cumpleaños en el sofá. Hay cuatro en total, todos muy mal envueltos. Ninguno es del tamaño de la cajita de un anillo, lo cual me causa una oleada de alivio.

Me siento junto a mi botín.

—Aparte de desearme feliz cumpleaños, ¿has hablado ya con Frank?

Titubea unos instantes.

—Brevemente.

—¿Y?

—Cynthia está enferma. Los dos están volviéndose muy sentimentales y querían mandarte una tarjeta de felicitación, eso es todo. Ya sabes que, para ellos, vosotros tres sois los hijos que nunca han tenido.

—No me digas.

Frank ordenó que dieran una somanta de palos a mi hermano Noel.

A Jacqui le ofreció un empleo en su bar de *striptease* la víspera de su examen de acceso a la universidad.

Agredió a mi padre con un taco de billar mientras yo me refugiaba detrás de la máquina tragaperras, y después me dio veinte libras por haberme portado bien y no haber llorado.

Me resulta preocupante que mi padre piense que Frank está ablandándose, cuando está bien claro que él es el incapaz de presentir el peligro.

—Frank averiguó mi dirección con toda facilidad. ¿Por qué no me mandaron esa tarjeta que dices? —Bajo la voz hasta convertirla en un susurro—. ¿Y qué pasa con todo eso de Aiden?

—Te digo, tesoro, que ahora que es viejo se aburre y que le gusta hacerse el bromista. Deja de preocuparte. Puede que ya tengas veintisiete años, pero sigues siendo mi niña, Cat, y no pienso permitir que te suceda nada malo. Te protegeré; eso es lo que hacen los padres, ¿no?

Mi mente se remonta a Clara Madden, que tiene a un progenitor en el calabozo y al otro lanzando cigarrillos al aire en una habitación oscura que huele a ginebra. No me extraña que quiera irse a estudiar a cien kilómetros de aquí.

Lo cual me recuerda una cosa.

Durante el resto de la conversación me limito a responder brevemente con sonidos afirmativos mientras intento localizar mi bolso y enciendo el ordenador portátil de Aiden. Oigo los ronquidos de Aiden, agradables como una lluvia suave, mientras mi padre parlotea sin parar para contarme los logros deportivos de Finn y la nueva cerveza de barril que ha empezado a servir en el pub. Escuchando a medias, saco de mi bolso el expediente del caso y voy pasando documentos hasta que doy con lo que estoy buscando: el historial de internet de Clara Madden. Hay algo en él que quería consultar, pero que no era prioritario.

Voy pasando el dedo por las páginas en busca de la universidad de Portsmouth; supongo que si Clara ha tenido en algún momento la intención de irse a estudiar allí, habrá visitado varias veces su página web.

Nada.

Un montón de visitas a las universidades de Exeter, York, Durham, Leeds.

Y también un montón de visitas al «lado oscuro» de internet, tal como diría Ben Swaines.

«Al asesino en serie Peter Sutcliffe, de nacionalidad británica, se le relaciona con varios asesinatos sin resolver en Suecia.»

«Incendio de St Austed: detenido el culpable, continúa la búsqueda de la chica desaparecida.»

«¿Debería tratarse la violencia de las bandas callejeras como un tema de salud pública?»

A mitad de la página número diecinueve, cuando ya hace un buen rato que me despedí de mi padre y después de dos visitas de Aiden, que ha venido a quejarse de la luz encendida, encuentro un puñado de búsquedas realizadas en Google:

narcotraficante apuñalado Portsmouth

drogas apuñalamiento Portsmouth

Portsmouth 2002 hombre agredido con resultado de muerte

Y a continuación un par de artículos:

«Cientos de personas se dan cita en el funeral de Abby Slater, la joven adolescente fallecida en Portsmouth.»

«En el 15.º aniversario de la muerte de Abby Slater, Portsmouth rememora...».

«Asesinato de Abby Slater, joven natural de Portsmouth: nuevas declaraciones de Lydia Slater.».

Yo misma realizo una búsqueda en Google que lo confirma, aunque ya lo he deducido de manera instintiva.

Lydia Slater es ahora Lydia Coe.

Feliz cumpleaños para mí.

O *Lá Breithe Sona Duit*, según Aiden.

Empiezo la jornada igual que empiezo casi todas: deseando haber dormido más y encendiendo el teléfono mientras hago pis. Me recibe un revuelo de mensajes de texto: Aiden, que se ha ido a trabajar a una hora intempestiva, mi padre, Parnell, Jacqui, otra serie de personas gastándome chistes de que me estoy «haciendo vieja» y un mensaje de una pizzería que me ofrece un segundo plato gratis por ser mi «día especial».

Y Alana Lockhart, que me ha enviado por WhatsApp un montón de fotos.

07:04

Son fotos recientes de Naomi; todas las que tiene usted son viejas, a excepción de la que sale en el Standard. Alana. L

Son fotos viejas. Yo soy vieja. Examino rápidamente un par de ellas y luego sigo leyendo mensajes. Cuando ya he terminado de sentirme querida, me doy una ducha, me visto y palpo un poco los regalos de Aiden, aunque le he prometido que no los abriré hasta más tarde. Entro en la cocina y como unas cuantas galletas y unas tostadas con mantequilla, haciendo la promesa de pasarme mañana mismo a la comida sana.

Hasta el momento, todo muy familiar.

Lo cual no agradaría a mi abuelo Pat.

Mi abuelo Pat, el padre de mi padre, siempre decía que uno debía pasar el día de su cumpleaños haciendo algo que se saliera de lo normal. Algo que uno no hubiera hecho nunca. Algo que lo sacara de su zona de confort. Y, en efecto, la primera vez que me planteó esta teoría fue cuando yo cumplí siete años y quiso que dejase mi Game Boy recién estrenada durante «cinco puñeteros minutos» y lo ayudase a arrancar las malas hierbas de su jardín. Pero, dejando a un lado otros motivos, esa teoría se me quedó grabada para siempre en la memoria. ¿Qué mejor manera de marcar el comienzo de otro año que probando algo que no se haya probado nunca, ir a algún sitio al que nunca se haya ido?

Y yo nunca he ido a Portsmouth.

He aquí lo que sé acerca de Lydia Coe, antes apellidada Slater. Es una información que no se encuentra en la página web de Morgan Cripps, en la que todo, hasta ella misma, con su poncho, luce inmaculado y digno de toda confianza.

Lydia Coe es una persona que ha estado en el infierno y ha regresado de él.

Lydia Coe intentó quitarse la vida tres meses después de la muerte de su hija Abby.

Lydia Coe se encadenó a una barandilla frente a las oficinas de determinado periódico para

protestar contra la forma tan escabrosa en que describían a las jóvenes que eran asesinadas.

Y he aquí lo que sé de Abby.

En el año 2002, Abby Slater, de dieciocho años de edad, despreocupada auxiliar de dentista en prácticas, estaba pasando unos días en la zona Fratton de Portsmouth, en casa de una amiga. Su madre no sabía que dicha «amiga» no era su amiguita de la infancia Viv Jenkins, sino un tal Joel Stevens el Araña, un hombre de veintiséis años que regentaba el pub Jack of Hearts y que en general era un sinvergüenza de tres al cuarto que poseía una sonrisa sexi. Los detalles están incompletos, porque Stevens «afirmó» que mientras tenían lugar los hechos él había estado durmiendo. Dijo que cuando bajó a la planta de abajo al día siguiente, a las siete de la mañana, habían entrado por la fuerza en el local y Abby estaba tirada en el suelo, muerta. Como el teléfono de Abby fue hallado detrás de la barra, con una llamada entrante registrada a las 01:42, Stevens sugirió la teoría de que Abby debió de oírlo sonar y bajó para atenderlo, con lo cual interrumpió al ladrón en plena faena.

Murió de una única puñalada en el cuello.

Stevens, si bien, oh, sorpresa, mantenía su inocencia, más tarde reconoció que había tomado parte en el robo de un gran número de teléfonos móviles y que no era precisamente un secreto, dentro de ciertas fraternidades, que dichos teléfonos se guardaban en su pub hasta que la cosa se hubiera enfriado. Los compañeros de Abby afirmaron que ella estaba al corriente de la existencia de aquellos teléfonos y que había tenido alguna que otra bronca con Stevens al respecto. La noche en que murió, los vieron discutiendo varios testigos independientes, uno de los cuales dijo que había oído a Stevens llamar a Abby «estúpida puta entrometida». Menuda pieza. La mejor amiga de Abby, Viv Jenkins, también afirmó que Abby sospechaba que Stevens la estaba engañando con numerosas mujeres y que a menudo había bromeado con que iba a llamar de manera anónima a la policía para informarla del alijo de teléfonos, aunque insistió en que nunca había llevado dicha amenaza a la práctica. Sin embargo, sí que había planeado romper definitivamente con el polifacético y mamón de Stevens.

Stevens era el primer sospechoso y el único verdadero. La policía de Hampshire estaba convencida de que Stevens había organizado lo del robo para encubrir el hecho de que había asesinado a Abby mientras discutía con ella por el tema de los teléfonos o el de sus infidelidades, o tal vez por la llamada perdida de la 01:42, que resultó ser de su amigo Mike. Pero, tristemente, no pudieron encontrar una sola prueba forense que respaldase esta teoría, y en el año 2003 Joel Stevens el Araña se largó a Nueva Zelanda y nunca regresó al Reino Unido.

No se llevaron a cabo más detenciones en relación con el asesinato de Abby Slater. Fueron muchas las personas que «ayudaron a la policía con sus pesquisas». Fueron muchas más las que barajaron diversos nombres y teorías al amparo de una pinta de cerveza. No tantas ayudaron a Lydia Slater a juntar las piezas del rompecabezas mientras intentaba entender el motivo por el que lo único de lo que se había sentido orgullosa en toda su vida le había sido arrebatado de una forma tan violenta.

Hasta que, un día del año 2004, descubrió la Universidad Abierta.

Y más adelante, un día del año 2008, obtuvo la licenciatura en Derecho, con matrícula de honor.

Desde entonces, dos veces ha sido nominada para el Premio al Abogado Gratuito del Año especializado en Derecho de Familia, y ha salido en la televisión nacional y en la regional hablando de Abby y del trabajo que realiza. El año pasado realizó la excursión al Machu Picchu para apoyar a la ONG denominada Refuge y, según un magnífico artículo que acabo de leer, también es una apasionada de la Sociedad para la Conservación de los Erizos, una causa que era

muy querida para Abby y, como es natural, para ella también.

No puedo negar que estoy deseando conocer a esta mujer tan profundamente rompedora.

Y además en mi cumpleaños.

El abuelo Pat me daría su aprobación.

*

Llamo a Lydia Coe cuando me encuentro a medio camino de Portsmouth, con la esperanza de que, si ya estoy yendo para allá, se sienta obligada, aunque sea a regañadientes, a recibirme; y en la remota posibilidad de que no se encuentre allí, en fin, como digo, nunca he estado en Portsmouth. En esa ciudad está el barco *Victory*, la torre Spinnaker, el lugar en que nació Charles Dickens y una catedral que tiene una capilla del siglo XII.

Y el mar. Tierra Santa para una urbanita como yo.

Pero no tenía motivo para preocuparme. En cuanto le menciono a Abby, Lydia pone a su secretaria a reorganizar la agenda. Dejo bien claro que mi intención no se centra en que hablemos del tema de Abby en sí, que el asunto que me ocupa es bastante tenue y no voy a poder entrar en muchos detalles, tal vez en ninguno, pero ella insiste en que vaya a verla entre la una y las dos, siempre que no tenga inconveniente en que ella se zampe un sándwich durante la conversación.

La oficina de Morgan Cripps se extiende por toda la planta superior de un edificio histórico de estilo georgiano, ubicado en una calle con coches aparcados en ambos lados, a un par de manzanas del mar. No he escogido el mejor día para venir a la costa, incluso teniendo en cuenta que estamos en noviembre, y llego azotada por el viento, empapada por la llovizna y deseando tomarme una taza de té. Lydia me recibe en el vestíbulo irradiando calor y hospitalidad, diciéndome que ha pedido sándwiches para dos e insistiendo en que cuando me vaya me lleve su paraguas. Está distinta de la foto que figura en la página web: un poco mayor, bastante más gruesa e infinitamente más divertida. Luce una mecha caoba en el pelo y tiene un pequeño hueco en la nariz, recuerdo de algún *piercing* que debió de llevar anteriormente. La barra de labios rosa fuerte realmente no le pega nada y, sin embargo, le queda muy bien, y su risa no es sucia, sino rayana en lo pornográfico.

—Lamento no disponer de más tiempo. —Me conduce a su despacho, un espacio diminuto que aún parece más pequeño cuando lo llena ella con su poderosa y colorida presencia—. Y también lamento que usted no pueda ver la ciudad en todo su esplendor. Debería volver en verano, no hay mejor sitio que este.

Habla con el orgullo de alguien que aquí dio sus primeros pasos, le dieron su primer beso y bebió alcohol por primera vez sin transgredir la ley.

Y tuvo a su primer y único retoño.

Retiro unas cuantas carpetas de una silla y me pongo cómoda.

—¿Usted nació y se crio aquí?

—Soy de Portsmouth al cien por cien. Veá, lo dice en mi taza. —Esbozo una sonrisa—. He pasado casi toda mi vida en la urbanización de Paulsgrove. No me fui de allí hasta hace unos pocos años y todavía sigo sin acostumbrarme. Todo eso de la movilidad social me pone nerviosa, si he de serle sincera. La predico, pero todavía se me hace extraño tener un baño integrado en el dormitorio. Ridículo, ¿a que sí? —La verdad es que a mí no me lo parece; yo pasé los diez primeros años de mi vida en la planta superior del pub McAuley's Old Ale House, y hay una parte de mí que continúa siendo esa chiquilla indómita—. Desde que me hice un personaje conocido, me han ofrecido varios empleos en Londres, pero nunca he podido marcharme de aquí. Aquí tengo a todos mis amigos y mis familiares. Y a Abby. —Calla durante unos segundos y luego endereza la

postura, para cobrar fuerzas—. A propósito de eso, ¿qué la ha hecho venir hasta aquí?

Saco mi teléfono.

—¿Le dice algo el nombre de Clara Madden?

Tuerce los labios mientras reflexiona.

—No, me parece que no.

—A lo mejor reconoce su cara. —Busco la página de Instagram que tenía Clara. La había creado hace solo unos meses, un poco tarde tratándose de una adolescente, pero está claro que intentó recuperar el tiempo perdido, porque hay más de cincuenta fotos tuyas entre las cuales elegir. Lydia las examina detenidamente, chasqueando la lengua con benevolencia al llegar a las más arriesgadas, sonriendo con afecto al ver otras más naturales: Clara subida en un tióvivo y mandando un besito, o posando al lado de una llama a saber en qué remoto lugar.

—Es una chica muy guapa. —Levanta la vista—. Pero no me suena su cara. ¿Debería sonarme?

A continuación saco la página de Facebook, que es un poco menos egocéntrica. En dos fotos aparece también Rachel.

—¿Y qué me dice de esta mujer?

—Oh, sí, me acuerdo de ella. —Pone los ojos en blanco de forma exagerada—. Se llamaba Helen no se qué y dijo que era periodista.

Iba a exclamar «¿pero qué cojones?», pero me interrumpe la llegada de la secretaria, que trae una bandeja de sándwiches club y una tetera. Lydia le da profusamente las gracias y le dice que se lleve algo para comer ella también.

—Bueno, eso me indujo a creer —prosigue Lydia—. Pero la descubrí enseguida. Se equivocó de persona a la hora de mentir. Pregunte a mi exmarido. —Otra vez emite esa risa áspera y grave.

Me siento igual que un personaje de dibujos animados: con un círculo de pajaritos volando por encima de mi cabeza.

—A ver, ahora sí que no entiendo nada, Lydia. Tenemos que retroceder un poco. Necesito saberlo todo.

Ella entorna los ojos; está mostrando su faceta de abogado curioso.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Nada. Por lo menos nada que guarde relación directa con el caso de Abby. Simplemente necesito un poco de información sobre ella. —Tomo un sándwich, señal de que no espero hablar durante un rato. Estoy dispuesta a comerme el plato entero, si es lo que hace falta para que ella no deje de hablar.

¿Periodista?

Lydia no tiene inconveniente en soltarlo todo.

—Al principio se había registrado como cliente. Diane, mi secretaria, le había tomado los datos principales. Deseaba iniciar un proceso de divorcio, era todo muy estándar. Pero cuando llevaba uno o dos minutos sentada ahí, en esa misma silla, donde está usted ahora, de repente anunció que en realidad era periodista y que quería hablar de Abby. —Se encoge de hombros—. En fin, aparte del hecho de que a mí nunca me había engañado un periodista para entrar en mi oficina y de que estaba furiosa, también me entraron ganas de decirle que se pusiera a la cola. En el mes de junio se habían cumplido quince años de la muerte de Abby, y el programa *Crimewatch* había hecho una reconstrucción.

—¿Una reconstrucción? Pero yo pensaba que Joel Stevens estaba bastante...

—Insistí yo en que se hiciera —me interrumpe Lydia cuadrando sus anchos hombros—. Nunca me ha dado miedo decir que la policía de Hampshire se centró demasiado obsesivamente en Joel Stevens. No digo que crea que él no fue el perpetrador. Teniendo en cuenta el cálculo de

probabilidades, hay muchas de que el asesino fuera él. Créame, me conozco las estadísticas del derecho y del revés: en dos terceras partes de los casos de mujeres asesinadas, el asesino es la pareja actual o la anterior. Pero creo que cuando Stevens se marchó al extranjero la policía abandonó el caso, y quería recordarle al público que el asesino de Abby, ya fuera Joel Stevens u otra persona, continúa en libertad.

—¿De modo que vino a verla a usted no mucho después de la reconstrucción?

—Tendría que confirmarlo con Diane, pero yo diría que fue a principios de julio. Recuerdo que era un día muy caluroso y que ella llevaba manga larga y pantalón, pero, tristemente, eso no es raro del todo en algunas mujeres que veo yo. Por lo general, acuden a mi despacho después de haber pasado por el hospital y cuando ya han decidido que no aguantan más, no sé si me entiende lo que quiero decir.

Afirmo con gesto grave.

—¿Y qué era lo que quería saber? ¿Qué discurso soltó?

—No llegamos a saber nada más que su nombre, Helen algo, y el periódico digital para el que trabajaba. En cuanto oí pronunciar la palabra *periodista*, le di diez segundos para que saliera de mi despacho con la amenaza de llamar a seguridad. —Se apresura a coger un sándwich—. No tenemos seguridad, pero ella no tenía por qué saber eso.

Seguramente debería tener seguridad. Existe un determinado tipo de neandertal, una minoría, debo añadir, que no muestra ninguna amabilidad con las Lydías Coe de este mundo.

—De todas formas, cuando por fin se marchó... —dice hablando con la boca llena. Igualita que Steele. Los modales a la mesa desaparecen cuando todo el mundo quiere algo de ti y tú solamente quieres almorzar—, decidí investigarla en la red y no logré encontrar ni el más mínimo rastro de ella. Y además, el nombre del periódico era falso.

—¿Y qué pensó?

—Lo cierto es que no pensé demasiado respecto de ello, con toda sinceridad. Obviamente, me resultaba un poco extraño, pero es que la vida es extraña. Uno aprende a dejar de preocuparse por las pequeñeces cuando sucede algo importante, créame.

La creo. Y lo considero muy cierto. Mi madre agonizando no puede compararse con la tortura que debió de sufrir Lydía Coe, pero entiendo el concepto de tener en la vida un antes y un después. El antes es cuando parecían tener importancia cosas como adelgazar, tener un descubierto en el banco o buscar un espacio para aparcar el coche, y el después es cuando uno se da cuenta de que la clave radica en la simplicidad: una vida reducida a lo mínimo, para que vivir resulte más soportable.

—¿Ha vuelto por aquí? —pregunto—. Sabemos que ha venido unas cuantas veces más a Portsmouth.

—Oh, sí, ya lo creo. ¿Quiere té?

—Siempre.

Lydía sirve el té.

—Pues debió de ser una o dos semanas más tarde. Diane me pasó una llamada de una persona que quería hablar de tarifas y solo aceptaba negociar conmigo. Aquello me puso en guardia inmediatamente. Diane ya estaba trabajando en el sector jurídico mientras yo todavía ponía cervezas, pero siempre llega el típico idiota que insiste en tratar directamente conmigo. Sea como sea, le dije a Diane que me pasara la llamada y, sorpréndase, era la tal Helen no se qué preguntando si podía venir a verme. De modo que le dije que no me creía lo de que fuera periodista y que podía irse a la porra, pero ella al momento empezó a pedirme disculpas y a decir que solo intentaba ayudar a su hija, que lamentaba mucho haberme mentado, etcétera. Dijo que

había venido desde Londres para explicarlo, que estaba en el hotel Highcliff y que por qué no iba allí a tomar con ella un café.

La cabeza me da vueltas, mis pensamientos saltan y rebotan por todas partes. ¿Ayudar a Clara? ¿Sería que Joseph le había hecho daño a Clara y Rachel no aguantó más? Pero, en ese caso, ¿a qué vino la estratagema de hacerse pasar por periodista? ¿Y por qué mencionó a Abby?

—¿Y qué le contestó usted?

—Le contesté que no. Y se lo repetí la vez siguiente, y la siguiente, y la otra. ¿Leche?

—Solo una gota, gracias. ¿Así que no volvió a verla más?

Lydia me entrega una taza.

—Oh, sí que la vi. Verá, por lo general llamaba a media mañana o ya después de las doce, pero es obvio que terminó aburriéndose de que yo no le hiciera caso, porque un día, bueno, una tarde, justo cuando yo estaba yéndome de la oficina, me salió al paso y se me echó encima. No de manera literal, por supuesto, pero casi.

Esta Rachel no se parece en nada a la frágil brizna de hierba que conocí yo hace casi una semana en la casa de los Connor. Pero, claro, ya he visto con mis propios ojos que la pobre Raquel es algo más de lo que se aprecia a primera vista.

«La gente la subestima.» Eso fue lo que me dijo Joseph Madden hace tres meses.

—Al final, solo para librarme de ella, le dije que estaba dispuesta a escucharla. Así que fuimos al Highcliff. Ella insistió en pagar el café y después, bueno, se sinceró. —Pone los ojos en blanco brevemente—. Si quiere que le diga mi opinión, es un caso de padres sobreprotectores llevado al extremo. Principalmente, su hija pica muy alto en lo que a los estudios se refiere. Deduzco que su hija es esa tal Clara Madden que me ha dicho usted, ¿no? —Procuró no hacer ningún gesto que me comprometiera, aunque de bien poco sirve—. Por lo visto, ellos están intentando que la hija vaya a Cambridge, pero saben que va a ser muy difícil. Empezó a darme estadísticas de cuántos alumnos pobres ingresan en Cambridge en comparación con los alumnos ricos. Como si yo tuviera opinión en la materia.

—Voy a serle sincera, Lydia: no entiendo nada de nada.

—Ni yo tampoco, de entrada. —Bebe un sorbo de té—. Su hija quiere estudiar Derecho, o Criminología, o Derecho Penal, no me acuerdo bien, y ella, Helen, opina que su hija, si quiere abrigar alguna esperanza de ingresar en Cambridge, va a tener que hacer algo verdaderamente impresionante que la haga destacar. No sé si forma parte del proceso oficial de solicitud o es tan solo algo que incluir en el currículum, pero su hija decidió que quería escribir un artículo sobre Abby, concretamente un artículo sobre la manera en que aparecen retratadas en los medios de comunicación las víctimas de asesinato que son mujeres de la clase trabajadora, en comparación con las que pertenecen a la clase media. Ese tema es el pan nuestro de cada día en este bufete, y Helen pensó que si yo pudiera aportarle alguna idea interesante, ello daría más gancho al artículo. Demostraría que su hija poseía una gran iniciativa.

—Solo para que yo me aclare: ¿seguía utilizando el mismo nombre, el de Helen?

Lydia ladea la cabeza.

—Sí. ¿Por qué? ¿No se llama así? Oiga, ¿de qué va todo esto? —Es la primera vez que la veo enfadada, aunque no sé contra quién va dirigido su enfado: si contra mí por haber removido este asunto o contra la tal «Helen no se qué» por haberla engañado dos veces.

Me inclino hacia delante y dejo mi taza en la mesa; me la he terminado en dos minutos justos.

—Lo siento, Lydia. Sinceramente, en este momento no puedo entrar en detalles, pero le prometo que todo esto me está sirviendo de mucho.

Pero no sé si es verdad. ¿Me está aclarando algo acerca del asesinato de Naomi Lockhart? No.

Entonces, ¿qué estoy haciendo aquí?

—Entiendo —responde Lydia, y su irritación desaparece al instante—. Tendrá usted sus razones, no me cabe duda. Pero sería estupendo que me las explicase tan pronto como pueda.

Afirmo enfáticamente, y después le pregunto:

—Entonces, ¿Helen estaba intentando concertar una cita con su hija o quería recabar ella misma la información?

—Lo segundo.

—¿No resulta un tanto extraño?

—Tal vez. —Lydia reflexiona unos instantes sobre ello—. Como digo, es un caso de padres sobreprotectores llevado al extremo. Me dio la impresión de que la hija ni siquiera sabía que su madre estaba consultándome. A Helen se la veía toda ilusionada pensando en presentarse de repente y llevarle toda la información recopilada de primera mano.

«Siempre soy muy proactiva en lo que se refiere a la educación de Clara.»

—¿Y lo de hacerse pasar por periodista?

—Le pareció que yo reaccionaría mejor ante un periodista. ¡Yo, precisamente!

—De manera que finalmente sí que habló usted con ella, le concedió una entrevista, o lo que fuera que buscaba ella.

Lydia hace un gesto afirmativo.

—Un poco. En cuanto descubrí que era simplemente una madre protectora, accedí a charlar un rato con ella. No me entienda mal, yo pienso que uno puede participar en exceso en la vida de sus hijos y que eso no siempre los beneficia, pero comprendí de dónde venía ella. Comprendo el deseo de dar un empujoncito a nuestros hijos, sobre todo cuando tienen todas las probabilidades en contra.

—¿Y de qué charlaron?

—De cómo habían retratado a Abby los medios de comunicación. De lo mucho que habían hecho hincapié en que se había criado en Paulsgrove, en que había estado saliendo con un delincuente de poca monta que era mayor que ella, en que pasaba las noches en el pub de él, en que a las chicas les gustan los chicos malos y todas esas bobadas. Fue como si dijeran que en cierto modo ella se lo merecía, o que debería habérselo esperado. Es algo que me pone enferma. —Advierto que su furia no ha disminuido ni un solo vatio en estos quince años—. En fin, después terminamos hablando mucho más en general de lo difícil que es educar a las hijas en urbanizaciones «problemáticas». Su hija tiene más o menos la edad que tenía Abby cuando murió, así que en realidad teníamos mucho en común. Me dio la impresión de que ella quería algo más en la vida y la estaba viviendo a través de su hija, y lo mismo me había sucedido a mí. Yo sabía que era buena madre, a pesar de lo que dijeron los periódicos, pero pensé que ya no era nada más. Naturalmente, daría cualquier cosa por que volviera aquella época, pero puede resultar asfixiante.

—Fue usted muy amable en concederle su tiempo.

Miro el reloj que hay detrás de su mesa de trabajo. Si salgo de aquí antes de las dos, puedo pasear un poco por la ciudad durante unas horas y luego regresar a Londres para la hora del té.

—Le habría concedido más tiempo, pero es que la conversación empezó a derivar hacia un tema con el que no me sentía muy cómoda, así que decidí no seguir y me excusé.

—¿Qué tema?

—Oh, simplemente el de la investigación: qué tal iba, si habían aparecido pistas nuevas tras la reconstrucción, si la policía había hecho su trabajo, esa clase de cosas. —Calla unos instantes—. Verá, Cat, es posible que yo no siempre haya visto las cosas del mismo modo que sus superiores, y bien sabe Dios que ellos tienen sus propias limitaciones a la hora de investigar asesinatos de

personas de la clase trabajadora, tanto hombres como mujeres. —Ni siquiera voy a intentar discutirse lo—. Pero siempre he procurado trabajar con la policía. La policía es quien va a averiguar algún día lo que le sucedió a Abby, no yo. Y no quisiera que se distorsionara nada de lo que yo diga acerca de la policía, aunque sea en un artículo escrito por una estudiante.

—¿Y Helen lo respetó?

—Oh, desde luego que sí. Me pidió disculpas y me dijo que no me lo preguntaba para el trabajo que iba a hacer su hija, sino porque deseaba que se hiciera justicia con Abby, como cualquier madre. Yo le respondí que era justo, y ahí terminó todo, la verdad. Nos despedimos. —Se gira hacia el reloj y hace una mueca de susto, porque ya son las dos menos cinco. Nos levantamos, y continúa hablando—. Verá, yo estaba segura de que volvería a ponerse en contacto conmigo, pero después de aquello ya no supe más de ella. Una nota breve, o una tarjeta, o algo para darme las gracias por mi tiempo; así habría demostrado tener buenos modales, ¿no le parece?

—En estos tiempos los buenos modales escasean, eso dice mi jefa.

—En fin, espero que la hija los tenga mejores, porque sin ellos no se llega muy lejos en la vida, con Cambridge o sin Cambridge.

Me acompaña hasta el vestíbulo y allí, fiel a su palabra, saca un enorme paraguas con un estampado de mariquitas. Espero no necesitar nunca los servicios de un abogado especializado en Derecho de Familia, pero si los necesitara, sin duda escogería a Lydia Coe.

—Entonces, ¿la reconstrucción arrojó algún dato nuevo? —pregunto ya en lo alto de la escalera.

—Sí y no. Hubo montones de llamadas, muchas de ellas falsas. El problema es la falta de pruebas forenses, siempre lo ha sido. Hay varios juegos de huellas dactilares registrados, pero se trataba de un pub, bueno, por lo menos en aquella época; en la actualidad lo han cerrado y el edificio lo han transformado en pisos. —Hace una pausa para lanzar un suspiro largo y afligido—. Ahora Stevens tiene dos hijos, ¿sabe? Dos niñas. —Abro la boca para hablar—. Oh, tengo mis recursos, Cat. Puede que antes creyera que la policía se equivocó al considerarlo el único sospechoso, pero yo le sigo la pista, no se preocupe por eso.

Me vienen a la memoria las demás búsquedas que había en el portátil de Clara Madden, «narcotraficante apuñalado Portsmouth», y me armo de valor para hacerle una última pregunta a Lydia, una pregunta espinosa.

—¿Abby andaba metida en drogas?

—No. —No lo dice ofendida, sino simplemente en tono resuelto—. Había perdido a un tío y a un primo por culpa de la heroína. De ninguna forma.

—¿Sabía de alguien que hubiera sido apuñalado o que hubiera sufrido una agresión?

—Se crio en Paulsgrove, de manera que vio bastante violencia. —Lanza un resoplido—. Y si me pregunta si era amiga de alguien... No, que yo supiera, pero tenía dieciocho años, estaba claro que no me lo contaba todo. Sin embargo, sí me decía con mucha frecuencia que me quería, y eso es lo único que cuenta ahora.

Entre las atracciones turísticas y el retraso de los trenes, para cuando vuelvo a mi querido y antiguo Londres y me zambullo de cabeza en la avalancha del éxodo de la hora punta, ya son las seis. Salgo de la estación Waterloo, marco el número de teléfono de Steele y durante un momento sentimental contemplo el London Eye, sintiéndome como una turista en mi propia ciudad.

Steele contesta a la llamada cantándose el *Feliz cumpleaños* fuera de tono; al fondo se oye la voz de Parnell, igual de desafinada.

—Gracias por el detalle —digo riendo—. ¿Todavía estáis en la oficina?

Estas cosas me gusta hacerlas cara a cara; las patochadas por teléfono me resultan de lo más raro.

—Yo no, casualmente. ¿Dónde estás tú? ¿De celebración por ahí? Pues escucha, no te vuelvas demasiado loca, porque mañana es un día importante. Tenemos problemas, aunque, claro, cuándo no.

—Yo también, jefa. Necesito hablar con usted, preferiblemente hoy mismo, ya que mañana tenemos otros asuntos que tratar. Quiero plantearle una teoría.

—Quiere plantearme una teoría —le murmura a Parnell, el cual murmura a su vez algo inaudible—. Muy bien. Lu dice que si puedes estar en su casa dentro de los próximos cuarenta minutos, podrás probar sus espaguetis de calabacín cremosos con tomate. ¿A que es una tentación?

—¿Estáis los dos en casa de Parnell?

No sé por qué me sorprende esto, dado que ellos se conocen desde hace más de dos décadas. Steele hace regalos de Navidad a los hijos de Parnell, y corre el rumor de que en cierta ocasión Parnell salió corriendo a la calle a comprarle tampones porque a ella se le habían acabado en medio de una reunión que había durado todo el día.

De todas formas, me alegro de que Steele esté con alguien. Teniendo a Parnell de testigo, no podrá matarme cuando le confiese dónde he estado y qué he averiguado.

Aunque la pregunta que no dejo de hacerme es: ¿qué es lo que he averiguado exactamente?

Estoy doblando la esquina de la arbolada calle de Parnell cuando de pronto me suena el teléfono: Rachel Madden.

Dejo el dedo suspendido un momento en el aire. Lo cojo. No lo cojo. Lo cojo. No lo cojo. Al final, cumplo con mi obligación.

—Lo siento muchísimo —dice ella al instante.

Mi cuerpo se encuentra en Finsbury Park, pero mi mente continúa en Portsmouth, y por una fracción de segundo pienso que Rachel está pidiendo perdón por eso. Por haberle mentido a Lydia. Por haberme mentido a mí. Y por haber avergonzado a Clara, porque por nada del mundo habría querido yo que mi madre hubiera estado husmeando por ahí, con esa fantasía de hacerse pasar por periodista en mi nombre. Eso no es ser una madre sobreprotectora, eso es obsesión.

—Sinceramente, apenas me acuerdo de lo que ocurrió antes de que me despertase ayer —sigue diciendo Rachel—. Marcus me ha dicho que estaba por completo fuera de mí, Kirstie casi no me habla y Clara se ha encerrado en sí misma. Lo siento mucho, Cat. Tú debes de pensar que soy un horror.

No, pero sí pienso que eres una mentirosa. Eso es lo que me apetece decir. Sé que eres más dura y más astuta que la imagen de pobrecita Rachel que te gusta transmitir a la gente. Sin embargo, no puedo decirlo, claro está. Necesitamos tener a Rachel de nuestro lado, y si Steele va a enfadarse cuando le cuente mi escapada secreta a Portsmouth, a Rachel Madden le explotaría una vena.

—No pasa nada —respondo sin retintín, pero también sin afecto; empleando un tono frío y profesional—. Las personas dicen cosas que no sienten cuando han bebido, aunque tú dijiste unas cuantas barbaridades acerca de Naomi. No puedes ir por ahí diciendo esas cosas, Rachel.

—Ay, Dios, ¿qué fue lo que dije?

—Que lo sucedido ha sido culpa suya.

Sigue una larga pausa.

—Lo siento. Me siento mortificada, de verdad. Esta mañana he tirado por el fregadero hasta la última gota de alcohol, te lo prometo. De ahora en adelante necesito tener la mente despejada, por Clara.

Ya me encuentro delante de la casa de Parnell y estoy apoyada en la cancela, admirando el color rosa salmón de sus begonias.

—¿Te ha explicado Clara lo que me dijo ayer?

—¿Que vio a Joseph con esa chica?

—Naomi, Rachel. Se llamaba Naomi.

—Lo sé, lo sé, es que... me cuesta decirlo, desde que mi marido hizo lo que hizo. —De repente se oye un ruido, a medias entre un sollozo y una exclamación ahogada—. Me cuesta creer incluso que lo haya hecho, Cat. No acabo de hacerme a la idea. Quizá debería haberlo sabido, pero jamás pensé que fuera a hacerle daño a alguien que no fuera yo. Yo soy la única persona a la que siempre quiere hacer daño.

Yo. Yo. Yo. Hoy no tengo paciencia para aguantarla.

—¿Clara ha modificado su declaración?

Rachel duda un momento.

—Han venido por aquí, pero ella no estaba de humor para nada: lleva enferma toda la mañana, por el estrés, ¿sabes? A lo mejor, si hubieras venido tú... ¿No puedes encargarte tú, Cat? A ti ya te conocemos, nos sentimos cómodos contigo. —Yo no digo nada, y Rachel interpreta mi silencio a la perfección—. Está bien, que sea quien tenga que ser. Clara se pondrá con ello mañana, te lo prometo. Los martes siempre vamos a cenar a casa de Marcus y quiero mantener esa costumbre, porque Clara necesita normalidad, pero aparte de eso estará todo el día en casa. —Lanza un suspiro—. No sé cuándo volverá a la universidad. Ya está quedándose muy rezagada.

Cuando Steele me dijo que le siguiera a Rachel el juego de hacerla creer que ella también era una víctima, yo no creí que estuviera jugando a nada: estaba convencida de que Rachel era una víctima. La verdad es que los familiares del sospechoso a menudo son víctimas. Son ellos los que tienen que soportar después las pullas y las críticas. Son ellos los que tienen que limpiar las pintadas de la puerta de su casa, mientras al malo de verdad le están preguntando si le parece bien la temperatura de su celda y si prefiere pollo o pescado para comer.

En cambio, ahora me cuesta trabajo ver a Rachel como una víctima. Los familiares de Naomi han tenido que reorganizar su vida de la peor manera posible, y, sin embargo, Rachel Madden está centrada en recuperar la normalidad, en la cena que va a tener mañana.

Me despido de ella con un adiós corto y rápido y echo a andar por el sendero que lleva hasta la puerta de la casa de Parnell, que luce un tono de lo más escandaloso. Hace unas cuantas semanas, Maggie y él dejaron que los niños, adorables locos que son, escogieran el color de la pintura, y escogieron un verde chillón. Y cuando digo chillón, me refiero a que hay que mirarlo llevando puestas las gafas de sol.

Llamo al timbre. La puerta la abre Steele.

—Qué paraguas tan bonito —me dice—. ¿Ha sido un regalo de cumpleaños del señor X? Si yo fuera tú, lo mandarí a la porra.

Aparece Parnell en el vestíbulo cargando con un gigantesco ramo de rosas de color melocotón y lirios blancos, tal vez cincuenta en total.

—Sargento, en realidad no tenías por qué...

—Qué va, no es un regalo mío —dice con la voz amortiguada por la frondosidad del ramo—. Por lo visto, el señor X no se ha portado tan mal, después de todo. Aunque no debería haberte mandado las flores al trabajo. Con la calefacción central que tenemos allí, se habrían marchitado enseguida, así que se me ha ocurrido salvarlas.

—No se ha portado tan bien: ¿los lirios no son típicos de los funerales?

—Es posible. Pero también son un símbolo de pureza.

Steele lanza un ladrido. Libero a Parnell de su carga, entro en la cocina y rápidamente dejo el ramo de flores a un lado.

—Dios, ahora voy a tener que cargar con todo ese peso de vuelta a casa. Ojalá no se hubiera tomado esta molestia.

—Eso se llama gratitud por tu parte. —Parnell está subiendo el fuego para calentar la cena. Huele todo lo bien que pueden oler los espaguetis de calabacín con tomate.

Me siento a la mesa con Steele. Solo hay cubiertos para tres comensales.

—¿Maggie y los niños no van a cenar con nosotros? ¿O han sido más listos y se han ido a la freiduría?

En estos momentos Parnell está haciendo no sé qué con hojas de albahaca: señal inequívoca de

que está intentando enmascarar el sabor del plato principal.

—Maggie está en su club de lectura, y los niños —indica el piso de arriba— están viendo *Danger Mouse*.

—¿Y el cachorro? —pregunto mirando alrededor.

—En el cuarto de jugar de los niños. De todas formas, esa habitación es un caos, así que si destrozan algo, no nos daremos ni cuenta. —Pone delante de mí una copa de vino blanco; tiene un color un tanto oscuro, probablemente será un *chardonnay*, pero en estos momentos me bebería cualquier cosa—. Pero no hablemos de mí. ¿Qué tal te ha ido el día? ¿Qué estabas haciendo en la estación de Waterloo? ¿Has estado tomando champán en el London Eye? ¿Almorzando en la torre Oxo?

—Hum. —Cojo mi tenedor, la única artillería que tengo a mano—. Jefa —digo mirando nerviosa a Steele—, ya sé que va a pegarme un grito, pero he ido a Portsmouth, ¿vale?

Steele se cruza de brazos.

—Bueno, puede que haya sido un acierto. Depende del motivo por el que hayas ido.

La miro con gesto contrito.

—¿Podríamos decir que me apetecía tomar un poco de brisa marina y que mientras estaba allí me tropecé por casualidad con Lydia Coe? Ya que es mi cumpleaños, ¿podríamos decir eso? ¿Para que no me pegue un grito?

—Por mí, vale —dice Parnell manejando el cortador de verduras.

Mientras aguardo el veredicto, me reclino en la silla y cojo la tarjetita que lleva el ramo de flores que me han regalado. La saco del sobre esperando ver el nombre de Aiden.

*Feliz cumpleaños, Catrina. Espero que te gusten las flores,
sobre todo las rosas. Se llaman rosas de Marianne.
Besos, tío Frank*

Marianne. Maryanne. Será cabrón.

Ni siquiera me atrevo a imaginar lo que puede significar esto ahora.

—Lo de pegarte un grito podemos dejarlo para otra ocasión, eso es lo más que puedo hacer. —La voz de Steele me suena metálica y distante, porque aún estoy intentando asimilar la conmoción que me ha causado ver el nombre de Frank. Y también el de Maryanne—. Ya que es tu cumpleaños, ignoraré el hecho de que tú has ignorado por completo mis instrucciones. Mañana saldremos a la batalla, ¿te parece bien?

Me parece todo lo bien que puede parecerme, de manera que hago un resumen. De hecho, me alegro de tener una oportunidad para tranquilizarme hablando y, para cuando llego al final del relato, después de haber explicado toda la historia de Lydia y su hija Abby, ya ha dejado de retumbarme la cabeza y se me ha estabilizado un poco el pulso.

Además, ya están servidos los espaguetis de calabacín con tomate. Tras un breve titubeo, empezamos a comer.

—Bueno, ¿y cuál es esa teoría que querías plantearme? —me pregunta Steele masticando despacio, penosamente.

—Bueno, imagino que en realidad no es una teoría. Es que me parece muy extraño lo que ha hecho Rachel. Lydia Coe ha comentado que es un caso de padres sobreprotectores llevado al extremo. Así que quería tener su opinión, nada más. Sé la devoción que siente Rachel hacia Clara, sé que está concentrada en su educación, pero aun así... ha sido un poco extremo, ¿no le parece?

—Desde luego que sí, pero, claro, yo no tengo hijos. A mí, los Connor me resultan extremos.

¿Hipotecarte hasta las cejas en una zona que no puedes permitirte, solo para que tu hija pueda jugar en un parque con más clase? Ni de coña.

—A mí —añade Parnell— Rachel me parece más bien una mezcla de madre sobreprotectora y tigresa. —Steele me sonrío de oreja a oreja como diciendo: «Ahí lo tienes»—. Como madre tigresa quiere que Clara destaque y como madre sobreprotectora está dispuesta a asumir ella un montón de presión. Es capaz de hacer lo que sea, con tal de que la vida le resulte más fácil a su pequeña.

—Venga —me apremia Steele apuntándome con el cuchillo—, suéltalo ya. ¿Qué es lo que te está dando vueltas por la cabeza? ¿Qué pasa si Rachel es una madre demasiado protectora? Eso es mejor que lo contrario. Fíjate en Joseph Madden: su madre no se preocupó lo más mínimo de él y salió la mar de bien, ¿no?

—Entonces, ¿qué necesidad tenía de mentirnos con lo de Portsmouth? ¿A qué vino esa trola de que Clara iba a irse a estudiar allí? ¿Por qué no admitir el verdadero motivo por el que fue? —Dejo los cubiertos en la mesa y miro a Parnell con una mueca de disgusto—. Por cierto, sargento, esto está asqueroso. Lo siento.

Steele lanza una carcajada.

—Aplaudo tu sinceridad, Kinsella. Puede que, por eso, te libre de una bronca. —Se inclina hacia Parnell y le palmea la mano—. La culpa no es de tu forma de cocinar, Lu, en serio.

—Ni Gordon Ramsay sería capaz de conseguir que esta mierda tuviera buen sabor —agrego para apoyar.

Parnell finge sentirse dolido, pero no le dura mucho. Para cuando abre la puerta del frigorífico, ya está riéndose.

—¿Queso y galletitas saladas?

—Eso ya es otra cosa. —Gira la cabeza hacia atrás—. Ah, y ya que estás levantado, tira el ramo de flores a la basura, ¿quieres? No me lo ha mandado el señor X, sino un antiguo novio. Me resulta incómodo.

Parnell se vuelve al instante, con el ceño fruncido.

—No pienso tirarlo a la basura. ¡Ahí hay cien libras en flores! Si tú no las quieres, me las quedo yo.

Esto es todavía peor: la idea de que Frank contamine el acogedor hogar familiar de Parnell.

Regresa a la mesa trayendo no solo el queso y las galletitas, sino también patatas fritas de bolsa, anacardos, empanadillas indias y uvas. Enseguida retoma el tema donde lo habíamos dejado.

—Yo diría que Rachel mintió con lo de Portsmouth porque, como tú dices, el tema era un poco extremo. Esa chorrada de fingir ser periodista no dice precisamente nada bueno de ella.

—Pero ese detalle podría haberlo omitido —insisto yo—. Sí, todavía me habría parecido un poco exaltada, pero nada más. Lo que me ha hecho investigar el tema es el detalle de que casi con toda seguridad estuviera mintiendo. —Me meto una empanadilla en la boca y empiezo a masticarla con gesto pensativo—. Yo creo que tenemos que tener en cuenta que Rachel recurre al engaño cuando le conviene. Y ya sé, jefa, que me estoy adelantando un poco, pero yo me cuidaría de subirla al estrado cuando se celebre el juicio. ¿Os imagináis que Stein se enterase de su numerito de hacerse pasar por periodista? Lo exprimiría al máximo.

—Ya lo está exprimiendo todo al máximo. —Steele y Parnell intercambian una mirada de preocupación—. Ya te he dicho que tenemos problemas. Según ese cabrón adulator, estamos metidos en un buen berenjenal con el tema de las pruebas.

—¿Por qué? Ha aparecido sangre de Naomi en los guantes de Joseph. ¿Qué está diciendo

Stein? ¿Que Naomi se los manchó porque sangró por la nariz? —Lanzo un resoplido de mofa—. Para justificar eso, Joseph tendría que admitir que la conocía de antemano.

—No bromees —me dice Parnell—. Sí que podría afirmar eso. Y al no existir ninguna prueba contundente de que aquella noche él estuvo en casa de Naomi...

—¿Y qué pasa con los bonitos cabellos de color negro que se encontraron en la encantadora cama limpia de ella?

—Alguien los colocó intencionadamente —dicen Steele y Parnell al unísono, infinitamente más afinados que cuando intentaron entonar el *Feliz cumpleaños*.

—Vale, de acuerdo. ¿Nos han devuelto ya las sábanas? ¿Y si estaban limpias aquella mañana y tienen ADN de Joseph?

—No, en el laboratorio tienen mucho trabajo atrasado —contesta Steele—. Analizar sábanas lleva bastante tiempo en el mejor de los casos, y los colchones ni te imaginas. Tú dices que a nosotros nos falta personal; bueno, pues en el caso de ellos es un mal crónico.

—Entonces, ¿qué es lo que pone tan cachondo a Stein?

—La caja de regalo. —Steele pincha un trozo de queso y se lo come directamente del cuchillo.

Me había olvidado de la caja de regalo. En el panteón de las pruebas, ocupa un lugar bastante bajo.

—¿Qué problema tiene la puñetera caja de regalo?

—Que no contiene ninguna huella de Naomi. Sí que hay huellas de Joseph, pero solo en la tarjeta. Y además es una caja de cartón muy brillante, perfecta para dejar huellas dactilares, y, sin embargo, no hay ninguna.

—Podría tratarse de una anomalía, una de esas cosas que pasan —murmura Parnell con una preocupante falta de convicción—. No es el fin del mundo.

Lleva razón, en efecto. Cada caso tiene su punto débil, a veces más de uno, que no encaja del todo con el resto. Es posible que exista el crimen perfecto, pero la resolución perfecta, desde luego que no.

De manera que esto no es una tragedia, sino una mera molestia. Un hilo minúsculo que se ha salido de la tela en que se halla dibujada la culpabilidad.

Steele no está tan segura.

—No constituye una prueba importante, no. Pero ¿sabéis qué es? Es la primera prueba que nos llevó hacia Joseph Madden, y eso sí que es importante. Sí, Kirstie nos enseñó esa foto en la que se veía a Madden hablando con Naomi, pero ¿nos habríamos inquietado tanto únicamente con esa foto? El propio Madden lo dijo: una foto no hace más que captar un momento efímero. La caja de regalo resultó mucho más condenatoria. —Se me queda mirando a mí, como diciendo: «¿qué opinas?».

Enseguida conformo una opinión.

—Bueno, hay dos..., no, tres opciones. La primera: que los dos llevaban guantes cuando el regalo cambió de manos.

—¿Y cuando Madden compró el regalo? ¿Y cuando Naomi lo metió en el cajón? —Parnell propone dicha teoría con la rapidez que se merece.

—Estoy de acuerdo. Y la segunda opción es que las huellas han sido borradas.

Steele lanza un gemido, lo cual no es buena señal. Debería estar dando saltos en el sitio y preguntándome si me he vuelto loca.

—La tercera opción —continúo diciendo, con tanta reticencia que prácticamente estoy escondida debajo de la mesa—, y no estoy diciendo que sea eso lo que ha sucedido, tan solo me limito a cubrir todas las bases, ¿vale?, la tercera opción es que alguien que llevaba guantes colocó

la caja intencionadamente dentro del cajón de Naomi.

Silencio. Solo se oye la melodía de *Danger Mouse* procedente del piso de arriba.

Steele afirma gravemente con la cabeza.

—Eso es más o menos lo que han dicho los del laboratorio. Una ausencia total de huellas sugiere que alguien las limpió o que el sujeto llevaba guantes. Lo cual podría significar, evidentemente, que Madden está diciendo la verdad. Que le han tendido una trampa.

—Es un salto muy grande, Kate —dice Parnell en un intento de rebajar la tensión—. Es necesario que lo pensemos como es debido. A pruebas más enrevesadas nos hemos enfrentado.

—Sí —intervengo—, pero nunca nos hemos enfrentado a una defensa que alegue que se ha tendido una trampa. Tienes razón, sargento, tenemos que pensarlo como es debido. Que Naomi y Joseph llevaran guantes durante todo el tiempo que la caja estuvo en posesión de los dos es la única explicación que no resulta dudosa, ¿no? Y los tres estamos de acuerdo en que eso es bastante improbable. —Ambos afirman con la cabeza—. Y en cuanto a que alguien borró las huellas de la caja, ¿para qué iba a hacer nadie algo así? Si tú eres el culpable y has tenido acceso al cajón de Naomi, simplemente te llevarías la caja. No le limpiarías las huellas para volver a dejarla en el cajón. De modo que solo nos queda la hipótesis de que alguien puso esa caja allí. Es la opción más horrorosa, pero la más plausible, tenéis que reconocerlo.

No reconocen nada. No dicen nada. Parnell se mete una uva en la boca y se queda con la mirada fija a media distancia.

En este *impasse* va tomando forma una teoría atómica.

La suelto a toda velocidad sin pensarla bien del todo, sin estar siquiera segura de creérmela.

—¿No será que Kirstie Connor le ha tendido una trampa a Joseph?

Una vez más, me encantaría que Steele explotase furibunda, pero, cosa preocupante, es toda oídos.

Sigo exponiendo mi teoría, mi cerebro funcionando al doble de velocidad para no ir por detrás de mi boca.

—Fue Kirstie Connor quien nos enseñó la foto. Era Kirstie Connor quien tenía facilidad para acceder al cajón de Naomi. Joseph Madden admitió haberle mandado regalos a Kirstie en el pasado, así que tal vez ella conservaba algunas de las tarjetas. A eso se lo denomina hacer acopio de recuerdos, es algo típico de los amores no correspondidos. Y Madden dijo que Kirstie se quedó destrozada cuando él puso fin a la relación. —Callo unos instantes—. Aunque, ¿alguien ha confirmado que eso ocurrió de verdad?

—Lo hemos confirmado, ¿te lo puedes creer? —Steele lo dice con un soniquete teñido de sarcasmo—. ¿Te lo imaginas, Lu? Todavía continúa el trabajo aun cuando la superdetective está fuera de la oficina. —Saco la lengua. Está entendido—. Renée le hizo una visita a Kirstie Connor un poco antes. Pero a Joseph le cuenta una historia muy distinta: que para ella aquella relación no significó nada, que fue simplemente para tener un poquito de emoción durante una temporada en la que Marcus y ella estaban atravesando una mala racha. Y que fue ella la que le puso fin. El sentimiento de culpa por Rachel la estaba matando, pobrecilla.

—Yo casi creería a Madden antes que a Kirstie —dice Parnell.

—Exacto. —Voy cogiendo velocidad, las ideas van surgiendo más deprisa de lo que soy capaz de expresarlas—. Bien, ¿hay alguna forma de fechar la tarjeta de la caja de regalo? ¿Podemos saber, por el grado de incrustación de la tinta, si el texto se escribió recientemente o hace unos años?

—Esto no es la serie de televisión *CSI* —replica Steele con una intensa mirada de soslayo.

La ignoro y continúo con lo mío.

—Recordemos que Madden dijo que hacía mucho tiempo que no veía aquellos guantes de piel. A lo mejor los tenía Kirstie. A lo mejor fue ella quien se los regaló y luego, cuando él puso fin a la relación, pensó «que te den» y se los quedó.

Parnell, escéptico pero siempre de mente abierta, agrega:

—También fue Kirstie la que nos contó que Joseph había intentado estrangular a Rachel.

—¿Rachel ha confirmado ese punto? —pregunta Steele.

Niego con la cabeza.

—Todavía no. Se lo habría preguntado ayer, pero estaba tan borracha que no merecía la pena. —Podría habérselo preguntado ahora, hace un momento, por supuesto, pero no es una pregunta para hacérsela por teléfono. Quisiera verle el blanco de los ojos, la expresión de la boca. Miro primero a Steele y después a Parnell, para sopesar si se están creyendo este disparo a ciegas que acabo de hacer—. Bueno, es solamente una teoría, eso es todo. La mujer rechazada que le tiende una trampa a su examante.

—¿Lo de que nadie guarda más furia en su interior que una mujer despechada? —Steele está dudosa—. Lo que por lo visto se te olvida es que, si tu teoría es la acertada, significa que Kirstie mató a Naomi. ¿Por qué?

—¿Y por qué no? —replico con más descaro que el que siento—. Si todavía le tiene rencor a Madden, no le sentaría nada bien que él se estuviera tirando a su tímida secretaria, ¿no? Y ya muy al principio comentamos que el asesino podría haber sido una mujer, acuérdesese, cuando Vickery dijo que a Naomi le habían propinado una bofetada en la cara. —Steele asiente en silencio, asimilándolo todo—. Hay otra posibilidad un poco más débil: la causa podría haber sido incluso de índole económica. ¿Se acuerda de Evie Whitlock? Ella dijo de manera implícita que Kirstie llevaba la contabilidad de forma un tanto laxa. Estaba facturando a los clientes con su propia cuenta bancaria, cosas así. Tal vez Naomi se enteró de eso y la amenazó con denunciarla.

—¿Y una discusión por las drogas? —sugiere Parnell—. Ahora sabemos lo que sabemos.

Respiro hondo.

—En fin, la verdad es que significa echar más leña al fuego, pero sabemos que a eso de la una de la madrugada hubo una llamada telefónica entre Rachel y Kirstie. ¿Y si estuvieran juntas en esto?

Parnell se frota el mentón.

—¿Estás sugiriendo que Kirstie mató a Naomi y llamó a Rachel para que la ayudara? ¿Por qué iba a ayudarla Rachel? Sería más bien al revés: Rachel mata a Naomi y luego llama a Kirstie para que la ayude colocando la caja de regalo en el cajón. Sabemos que Kirstie estaba desesperada por compensar a Rachel después de la aventura que tuvo con Joseph.

—¿Y cuál es el motivo de Rachel? —pregunta Steele.

—La rabia de los celos —responde Parnell—. Igual que en el caso de Kirstie. Ya sé que Naomi no era la primera, pero todo el mundo tiene un límite.

Steele está jugueteando con un puñadito de anacardos.

—Pero Rachel Madden ha insistido todo el tiempo en que Joseph no era el asesino, hasta que nosotros hemos presentado la acusación. ¿Por qué defenderlo si ella estaba involucrada? Sin duda intentaría echar más leña al fuego, por usar la misma expresión que la chica del cumpleaños.

La chica del cumpleaños contesta lo siguiente:

—Si lo defiende, la afirmación de Joseph en el sentido de que ella estaba mintiendo respecto de su coartada parece ridícula. Y, de hecho, cuanto más pienso en ello, más me pregunto por qué no iba a servirle de coartada a Joseph si de verdad creía que era inocente. Las esposas mienten todo el tiempo por sus maridos, sobre todo las esposas de maridos maltratadores.

Steele me replica al instante.

—Ya, pero el problema de que la asesina sea Rachel es que Joseph Madden afirma que esa noche ella se encontraba en casa. Afirma que, cuando volvió a casa, ella le arrojó una foto enmarcada, ¿recuerdas? Y si Rachel no estaba en casa, no imagino a Joseph inventándose esa historia para encubriarla, cuando el dedo apunta hacia él.

—Joseph afirma que estaba en casa cuando él, supuestamente, regresó a las doce y cuarto. Y si terminó durmiendo en el piso de abajo, no sabría con seguridad si ella volvió a salir, sobre todo habiéndose tomado un somnífero.

Parnell me apunta con el dedo.

—Naturalmente, el problema de que Kirstie esté involucrada es que Marcus Connor afirma, sin ninguna duda, que Kirstie estuvo en casa toda la noche. Borracha como un cuba, comatosa.

—Es posible que Marcus esté encubriendo a Kirstie —propongo yo—. Desde luego, no es precisamente un admirador de Joseph. A lo mejor está enterado desde el principio de la aventura que tuvo con su mujer y se alegra de verlo hundido en el fango.

—Sí, seguro que se alegra. Pero que esté encubriendo un asesinato... Esa es una petición muy grave.

—Tú no encubrirías a Maggie, ¿no?

Parnell saca pecho.

—Soy un agente de policía, Cat. Y de todas formas, uno promete amar, respetar y obedecer, no ayudar a enterrar el cadáver. —Guarda silencio durante unos instantes, sopesando sus escrúpulos—. Quizá, solo quizá, infringiría las normas por mis hijos, ¿pero por Maggie? —Hace un gesto negativo con la cabeza—. Ni hablar. Me temo que Maggie tendría que hacer frente a las consecuencias.

—Espera un momento. ¿Estás diciendo que infringirías la ley para proteger a tus hijos? —Algo me desincroniza la respiración, un súbito descenso en la presión del aire.

—He dicho que quizá.

De pronto lo veo ante mí, más claro que el agua.

También Rachel Madden quizá hubiera infringido la ley por ese mismo motivo.

Con el numerito de Portsmouth demostró lo decidida que estaba a hacerle la vida más fácil a Clara. De ninguna manera iba a consentir que echase a perder su vida, sus estudios, su futuro, inculcando a su padre de haber cometido un asesinato, por un motivo tan nimio como una venganza conyugal.

Sin embargo, sí que podría hacerlo para encubrir un delito que hubiera cometido ella.

—Clara —susurra Parnell leyéndome el pensamiento.

—¿Clara? —dice Steele, pero no en el mismo tono de voz—. Pero ¿qué cojones es esto? ¿Estamos jugando a las familias felices? Bueno, más bien a las familias desgraciadas.

Me levanto de la mesa; el movimiento siempre hace que el cerebro me funcione más deprisa.

—Piénselo. Es posible que el hecho de que Madden se haya negado a desvelar quién le ha tendido una trampa se deba a que sabe que su hija mató a Naomi. Tiene miedo de que salga a la luz. En serio, puede volver a ver el vídeo. En él dice algo así como: «El quién no tiene importancia». Y más adelante: «Quiero que te concentres en mí». Fundamentalmente está diciendo que quiere que busquemos la prueba que lo exonere a él, pero que no nos tomemos la molestia de investigar demasiado quién es el verdadero culpable, como si eso fuera a colar. Pero eso podría ser lo que está haciendo: proteger a su hija.

«... sigues siendo mi niña, Cat, y no pienso permitir que te suceda nada malo. Te protegeré; eso es lo que hacen los padres...»

—¿Pero la protegería? —dice Steele con el rostro arrugado en una mueca de preocupación—. ¿Tanto le importa? Según Rachel, no. Y según la evaluación de Dolores, tampoco. Y deja de pasear de una vez, haz el favor.

Dejo de pasear, pero como sigo necesitando moverme, cojo una manzana de un frutero y empiezo a pasarla de una mano a la otra.

—Bueno, yo creo que sabemos que no podemos fiarnos de Rachel, y la valoración que hizo la doctora Allen no fue una evaluación formal. Sí, muchas de las cosas que dijo encajan con el perfil de Joseph, pero no fue un diagnóstico clínico.

Parnell me respalda.

—Hay muchísimos hombres horribles, Kate, que aun así se preocupan por sus hijos a su manera, por retorcida que sea. ¿No te acuerdas de Timmy Grey, en los años noventa? Violó a seis mujeres jóvenes, pero lloró como un crío cuando le dijeron que a su hija pequeña habían tenido que operarla de apendicitis. Los hijos de otros no son sus hijos, así es como lo ven esos cabrones.

Vuelvo a sentarme y me inclino hacia delante, principalmente hacia Steele.

—Escúcheme hasta el final, ¿de acuerdo? Ya dijimos que el culpable podría haber sido una mujer. Además, Clara tiene mal genio; yo lo he presenciado de primera mano, y sabemos que en la universidad pegó a una chica.

—Esta mañana ha ido Renée por allí —informa Parnell—. El profesor responsable de este curso recuerda que no fue gran cosa y que fue más duro con la chica a la que pegó Clara, por lo visto. Clara lleva una temporada sufriendo acoso escolar.

—De acuerdo, de modo que eso quiere decir que ha sufrido una gran presión, tal vez ha estado a punto de venirse abajo. También sabemos que su padre y ella no se tienen mucho cariño, y en su momento yo creí que daba la impresión de que aceptaba su culpabilidad con demasiada facilidad. «Ustedes no lo habrían acusado si no tuvieran una buena razón para ello.» Venga, jefa, por lo general uno espera de los familiares una reacción un poco más viva.

—¿Y el motivo? —dice Steele perforándome con la mirada.

Para esto sí que necesito un poco más de tiempo. Proteger a Clara es lo único que da sentido a las acciones de Rachel y de Joseph, pero ¿por qué iba a querer Clara hacer daño a Naomi? Si estuviera furiosa por la relación de Naomi con su padre, sin duda habría reaccionado semanas antes, cuando los vio por primera vez en la puerta del Grindhouse.

Si es que los vio en la puerta del Grindhouse.

—No estoy segura —admito, y tampoco estoy segura de que Steele acepte más hipótesis—. Sabemos que estuvo en la fiesta de los Connor y que se marchó pronto. Dice que Naomi no había llegado todavía, pero eso no lo sabemos con seguridad, y si todos los adultos la están encubriendo... Necesitamos hablar de nuevo con los empleados de Kirstie, a ver si son capaces de situar a Clara y a Naomi en la fiesta a la misma hora. Eso ya sería algo, al menos. No sé, a lo mejor acorraló a Naomi en la fiesta, le dijo que dejara en paz a su padre y Naomi le respondió que se fuera a paseo.

Steele se inclina hacia mí cruzada de brazos.

—Clara ya ha superado ese asunto. Ya sabe cómo es su padre. ¿Para qué iba a volver a revivirlo? ¿Y cómo iba a saber dónde vivía Naomi?

—A eso no puedo responder. Pero respecto de por qué iba a volver a revivir el asunto, Naomi era tan joven que podría haber desencadenado algo. —Parnell no parece convencido—. Te digo, sargento, que los asuntos de padres e hijas son complicados. Alégrate de tener solo chicos.

Lo que no le digo es que, aproximadamente un año después de que falleciera mi madre, mi padre estuvo saliendo con una chica de veintiocho años que se dedicaba a hacer manicuras, tenía

el pelo de un rojo escarlata y sentía aversión a llevar sujetador. Digamos simplemente que la cosa no terminó bien para ninguno de nosotros. Es difícil de explicar, pero cuando ellas tienen solo unos pocos años más que tú, la cosa duele mucho más.

Parnell continúa inquieto.

—A ver, Cat, entiendo adónde quieres ir a parar con esto, y no digo que no tenga su mérito, pero lo que sigo sin entender es por qué han incriminado a Joseph. Si a Naomi la mató Kirstie, o fue Rachel, o fue Clara y Rachel la está encubriendo, ¿por qué no se han apartado de la situación sin más, lo más discretamente posible? Al incriminar a Joseph vuelven a atraer la luz de los focos hacia ellas, y sin duda eso es lo último que quieren.

No le doy una respuesta de inmediato; en vez de eso le ofrezco lo mejor que puedo darle de momento.

—Sinceramente, sargento, Kirstie no me tiene del todo convencida. En cambio, Rachel... A lo mejor ella lo ve como una manera de sacar a Joseph de su vida de una vez por todas. Quiero decir, Joseph es un cerdo maltratador, eso lo sabemos, y los cerdos maltratadores no te dejan tranquila así, por las buenas. Él jamás le concedería el divorcio, y convertiría su vida en un infierno si ella diera un paso adelante y lo consiguiera por su cuenta. Si logra que lo metan en la cárcel por asesinato, disfrutará de entre quince y veinte años de tranquilidad, como mínimo.

Parnell no discrepa, aunque es posible que sea porque no tiene energía suficiente para ello. Transcurrido un rato, todo este esfuerzo de formular hipótesis lo deja a uno baldado.

Como si le hubiera dado pie, Steele lanza un bostezo.

—Recordadme qué es lo que sabemos de los movimientos de Clara entre el sábado por la noche y el domingo por la mañana.

—Estuvo en su habitación escuchando música hasta que se quedó dormida. Pero en ese sentido solo tenemos el testimonio de Rachel. No hay nada que sepamos con seguridad.

Apoya una mano en la mesa.

—Ese es precisamente el problema: que no sabemos nada. Son todo conjeturas. Estamos permitiendo que una prueba problemática nos haga disparar en diez direcciones distintas. —Calla unos instantes para reflexionar, respirando pesadamente—. De acuerdo, pues mañana por la mañana volvéis a interrogar a los empleados de Kirstie acerca de la hora en que se marchó Clara, pero sed muy sutiles. Buscad otro tema del que hablar y sacadlo de manera casual. A continuación, yo, después de mi sesión matutina de puesta al día con Blake —un sarcástico gesto de alegría con las manos al pensar en ello—, solicitaré que la compañía telefónica analice la actividad de los teléfonos de las tres mujeres, y que investiguen la matrícula del coche de Rachel y el de Kirstie, pero, y, por cierto, es un pero capaz de poner fin a una carrera, todo esto se hará en el más absoluto secreto: no se hará partícipe a nadie que no pertenezca a nuestro círculo más íntimo, ¿entendido? Porque si Stein llega a enterarse de que estamos contemplando otras teorías, estamos jodidos, *mes amis*. Jodidos. La sangre de Naomi no tendrá ninguna importancia si logramos demostrar que las tres mujeres pudieron tener acceso a los guantes de Joseph, y si ocurre eso, peor para nosotros, porque sigo pensando que nuestro hombre es Joseph. De verdad.

Pero yo le noto algo en la voz. Y también lo huelo en el aire. Es algo agrio, como la leche cortada. Lo percibo en el sabor acre que se me extiende por el velo del paladar y va cayendo, gota a gota, hacia la boca del estómago.

Es la duda.

Dos horas más tarde. El piso de Aiden. Cama. Un final maravillosamente tranquilo para un cumpleaños muy estresante y libre de toda duda. No existe ningún otro lugar del mundo en el que

me apeteciera estar ahora. Mis regalos están esparcidos a los pies de la cama: botas, libros, un vestido recto de color azul cielo con el que me siento elegante y adulta y el recibo de una lavadora que van a instalarme la semana que viene.

Son regalos perfectos. Aiden es perfecto.

El hombre perfecto está, precisamente, dando cabezadas frente a un documental que habla de tiburones mientras yo examino los mensajes, sobre todo el aluvión que me ha enviado mi hermana. Jacqui no está contenta, pero, claro, eso no es nada nuevo.

22:58

¿Has recibido una tarjeta de felicitación de Frank y Cynth? ¡Pero qué me dices! La última tarjeta que me enviaron a mí fue cuando cumplí 18. ¡Apuesto a que también llevaba dinero dentro!

No me atrevo a contarle lo de las flores. No me atrevo a contárselo a nadie, salvo a mi padre. Pero no se lo voy a contar esta noche; no tengo ánimos para soportar la cara que va a poner para restarle importancia, cuando los dos sabemos que Frank está haciendo esto por alguna razón.

22:59

Había mucho dinero. Se lo devolví.

Disfruto de unos minutos de calma hasta que llega otro mensaje. El tintineo medio despierta a Aiden.

23:03

¡Qué suerte ser tan rica! Podrías haberme dado un poco a mí ☺. Mi coche está en las últimas. Es posible que tenga que pedirle pasta a papá.

23:05

Tu coche está en las últimas desde 1972. Y no vas a poder pedir pasta a papá, se la ha gastado toda en mi cumpleaños.☺☺☺

23:06

No me sorprendería. Quizá debiera empezar a ignorarlo. A ti te ha funcionado.

23:09

Tú tampoco lo haces mal. ¿Qué tal va esa reforma total del desván que papá ha FINANCIADO TOTALMENTE?

23:09

Ha sido un crédito.

23:10

Sí, ya.

23:11

Da igual. ¿Cuándo nos vemos? Te va encantar tu regalo.

23:13

¿Es una Barbie en la Playa? Me la prometiste en 1999 y todavía la estoy esperando.

23:13

☺☺☺ *No has contestado a mi pregunta. ¿Cuándo?*

23:14

¿Cuándo ¿Cuándo? ¿Cuándo? Pronto.

23:16

Perdóname por querer ver a mi hermana pequeña. En fin, es hora de irse a la cama. Feliz cumpleaños de nuevo. Te quiero, besos.

Ahora sí que me siento mal.

Aiden cambia de postura, se pone boca abajo y me mira con ojos soñolientos.

—¿Sabes?, no se debe mirar la pantalla del teléfono antes de dormir. Hace que el cerebro deje de segregar melatonina.

—¿En serio? ¿Y qué es esa cosa, sabihondo?

—La hormona que le dice a tu cuerpo que es hora de dormir.

Señalo el televisor, la pequeña pantalla plana montada en la pared.

—Entonces, ¿la tele no cuenta? ¿Ver documentales de tiburones asesinos garantiza que uno va a dormir bien?

Aiden me propina un codazo en la cadera.

—De hecho, marisabidilla, los tiburones solo matan a cuatro personas al año, mientras que las personas matamos veinticinco millones de tiburones.

—Qué conversación tan sexi para tenerla en la cama. Cuéntame más cosas.

Aiden se incorpora para apoyarse en los codos.

—Vale, pues escucha esto: algunas especies de tiburones son carnívoras ya desde el vientre materno. La primera cría que nace se come a todos sus hermanos. Es repugnante, ¿a que sí?

O expeditivo. De ese modo uno se ahorra todos los dolores de cabeza que inevitablemente provoca el hecho de tener hermanos.

Aiden, por ejemplo. Su hermana Maryanne le rompió el corazón, dos veces. La primera, cuando desapareció; y la segunda, dieciocho años más tarde, cuando fue hallada asesinada.

Mi hermano y yo. Noel, ese depravado sinvergüenza. Con mucho gusto me lo habría comido yo. Espero que se pudra en esa cárcel de España.

Y Marcus Connor. Propietario de una ONG. Con un título en Administración de Empresas. Pero aun así arrastrado a la ruina total, principalmente por el mal gusto que tiene su hermana para los hombres.

Pero también hay hermanos como Jacqui, supongo: sobreprotectora y atosigante, pero afectuosa e inofensiva. Y Alana Lockhart; ella y su hermana Naomi eran amigas íntimas de verdad. Confidentes. Todos los días se pasaban secretos, chistes privados y fotos.

Fotos.

Doy un beso a Aiden en la coronilla.

—Voy a mirar una sola cosa más, ¿vale? Y después liberaré la melatonina, o lo que sea que tenga que hacer.

Él vuelve con sus tiburones y yo vuelvo a mi teléfono y busco el mensaje que Alana Lockhart me envió esta mañana. Me sabe mal haberlo mirado solo por encima. Y me sabe peor haber respondido con un simple «Gracias».

07:04

Son fotos recientes de Naomi; todas las que tiene usted son viejas, a excepción de la que sale en el Standard. Alana. L

Las voy pasando despacio, empeñada en encontrar algo interesante que decir. Para eso me las ha enviado Alana, al fin y al cabo: para recordarme que Naomi es un ser humano «reciente», y no solo la joven muerta que descansa en el depósito de cadáveres ni la chica rubia que era en Australia.

Es la turista que posaba junto al Big Ben la noche anterior a su muerte.

Es la loca por las gangas que el domingo pasado buscaba cazadoras de motero en el mercadillo de Portobello.

Es la chica del hotel Soho, posando con una ancha sonrisa junto al gato de bronce. 27 de octubre, 11:42.

Me quedo mirando la última foto, o más bien la fecha y la hora, y de repente noto que me está rondando un descubrimiento crucial. Un descubrimiento que no es una simple conjetura, sino un hecho comprobado. Mi cerebro empieza a funcionar a toda velocidad, trazando secuencias temporales, analizando si esto podría ser la pieza del rompecabezas que haga que todo lo demás encaje en su sitio.

Porque Steele llevaba razón: no sabíamos nada con seguridad; todo lo que tenía que ver con Rachel, Kirstie y Clara eran meras conjeturas, aun cuando en ocasiones tuviéramos la sensación de estar navegando muy cerca de la verdad.

Pero ahora yo sí que sé algo.

Sé que el 27 de octubre de 2017 Naomi Lockhart todavía llevaba el pelo de un color rubio miel.

Lo cual quiere decir que mañana por la mañana no voy a entrevistar a ningún empleado de Kirstie. Hay un sitio más importante al que tengo que acudir.

28

Martes

A las siete y media de la mañana estoy de nuevo en Finsbury Park. Un verdadero ir de acá para allá para una persona como yo, que ha huido al sur de Londres.

—Deberías haberte quedado a dormir en mi casa —me dice Parnell cuando me dejo caer en el asiento del pasajero de su coche—. Te habría ahorrado todo ese tiempo perdido en los túneles del metro.

—Y si yo pudiera ver el futuro, probablemente lo habría hecho. —Me abrocho el cinturón—. Da igual, se me da muy bien ir de acá para allá por los túneles del metro. Uno termina volviéndose un experto cuando no tiene coche y tu sargento casi nunca te deja conducir.

—Ya, ya. —Arranca y se aparta del bordillo, pero apenas ha avanzado veinte metros cuando se ve obligado a detenerse otra vez—. Bueno, ¿qué, has podido contactar con Alana Lockhart? Porque ya sabes que eso de la fecha y la hora no es algo infalible. Tenemos que estar seguros al cien por cien antes de llevar esto a las altas esferas.

Por «altas esferas» se refiere al superintendente jefe Blake. Las repercusiones de esto pasan incluso por encima de la importante cabeza de Steele.

—Sí, y estoy segura. Naomi se tiñó el pelo de color lila el domingo 29, cuatro días después de que el coche de Madden registrase su entrada en el taller mecánico de Shelby.

—En donde permaneció hasta que nuestros chicos lo sacaron la semana pasada. —Me lanza una mirada de soslayo que denota preocupación—. Entonces, ¿cómo demonios terminaron esos cabellos dentro del coche de Madden?

—O Madden irrumpió en el taller mientras estaba cerrado y echó un polvo con Naomi dentro de su coche por algún motivo absurdo, o hubo otra persona que tuvo acceso al coche y colocó allí los cabellos.

—Mierda.

—En efecto.

Recorremos los ocho kilómetros que hay hasta Arnos Grove prácticamente en silencio. No batallamos por la posesión de la radio, ni siquiera charlamos de las teorías que estuvimos barajando anoche. De hecho, yo consigo desconectar totalmente del trayecto para sumirme en mis reflexiones y en el recuerdo de Joseph Madden implorándome que hiciera mi trabajo, que encontrara la prueba que lo exonerase a él.

«Bueno, Joseph, ahora estoy haciendo mi trabajo, aunque no puedo prometerte que te guste lo que voy a encontrar.»

—Aquí es —dice Parnell echando el freno, entre quince y cincuenta minutos más tarde.

Se trata de un taller mecánico escondido al fondo de una tranquila calle residencial que sale de North Circular. A mí me parece igual que cualquier otro taller: neumáticos, polvo, escombros, hombres. La verja de hierro está abierta, y aunque todavía es temprano, ya hay un tipo duro trabajando con la rueda delantera de un Ford Focus y otro que, con unas gafas protectoras, está sacándole el óxido a un viejo Jaguar.

Y también un tercero tomándose un té, por supuesto.

—¡Marc Shelby! —exclamo justo cuando se interrumpe por un momento el ruido de la máquina que está rascando el óxido.

—¿Quién lo pregunta? —dice el que está tomando té.

Agito mi placa.

—Necesitamos hablar con usted de un automóvil en el que ha estado trabajando recientemente. Un Mazda descapotable, matrícula SB52 VDX.

—Ah, sí, ese tipo. Yo no estaba aquí cuando los compañeros de ustedes vinieron a llevarse su coche, pero háganme el favor de darles las gracias de mi parte. Ya estaba harto de ver aquí ese Mazda, me hicieron un favor. —Bebe un buen sorbo de té—. Sí, el dueño era Joseph Madden, un cabrón de lo más estirado. Pero jamás me habría imaginado que también era un asesino.

Lo cual, probablemente, no es lo que les cuenta a sus amigos en el pub.

Te miraba fijamente, con frialdad. Siempre he dicho que tenía cara de mala persona.

—¿Un cabrón estirado? —repite Parnell al tiempo que le estrecha la mano a Shelby—. Teníamos la impresión de que los unía una cierta amistad. Su esposa dice que usted le hacía precio de amigo.

Shelby detiene la taza a medio camino de la boca.

—¿Amigos? ¿Joseph y yo? ¡Por Dios! Pero si siempre se dirige a mí como si yo fuera un retrasado mental. No me parece el típico tío que tiene un montón de amigos. Al principio intenté charlar con él de fútbol, pero no le interesaba el tema. Me dijo que le gustaba el golf. Así que la siguiente vez que vino probé a hablar de golf, pero tampoco conseguí gran cosa. Es un tipo bastante engreído, no sé si me entienden.

—¿De modo que no le hacía precio de amigo?

—Bueno, sí, más o menos, pero no por amistad. Yo le ofrecía un buen descuento en el entendido de que me pondría a trabajar en su coche cuando encontrara un hueco. En realidad él no necesita coche, ¿comprenden?, así que siempre estaba conforme con esa condición. Es lo mismo que hacía cuando el dueño de este taller era mi padre. Lleva años viniendo por aquí. —Nos dirige una mirada de cautela—. Oigan, ¿por qué me preguntan por los precios? Aquí se cobra todo con factura, no hay dinero negro.

—Relájese —le digo—. No hemos venido a investigar sus precios, ni siquiera ese coche en sí. —Parnell está tomando una vista panorámica del emporio mecánico de Shelby—. ¿Le han entrado a robar recientemente? Me refiero a muy recientemente. Quizá ni siquiera se hayan llevado nada, pero a lo mejor a usted le ha dado la impresión de que algo estaba fuera de sitio.

—Les resultaría muy difícil entrar a robar en este taller, cielito. Mi viejo estaba superobsesionado con la seguridad. Y no es para menos, cuando uno tiene el taller en una callejuela y no hay cámaras municipales vigilando. Los ladrones te consideran una presa fácil, ¿entiende? —Empieza a señalar en distintas direcciones—. Pero, como pueden ver, además de la cámara que hay en el patio principal, hemos puesto púas en toda la valla y también en la verja de la entrada. Para pasar por encima de ellas hay que estar muy desesperado y además ser un saltador de pértiga. Y en el taller principal y en la oficina tenemos una puerta de persiana enrollable. Les deseo buena suerte a los que intenten robarme mi sustento.

Bien por él.

—Volviendo un momento al asunto del coche, usted registró la entrada el 25 de octubre, ¿es correcto? —Shelby afirma con la cabeza—. ¿Le importa ir a comprobarlo? Es importante, necesitamos estar seguros.

—Sin problema, pero sé que fue el día 25, porque era el aniversario de mi viejo. Falleció hace

dos años. Registré el Mazda de Madden y después me fui al cementerio.

—De acuerdo. —Decido no obligarlo a que lo compruebe; es poco probable que se haya confundido de fecha, y de todas formas los forenses habrán examinado el albarán—. Nuestros forenses se llevaron el coche la mañana del jueves 9 de noviembre, de modo que en esos... —hago un cálculo rápido— ... quince días, ¿vino Joseph por aquí en algún momento, tal vez a preguntar si podía llevarse el coche para ir a alguna parte? ¿Podría haber hecho eso si usted todavía no hubiera empezado a trabajar en el coche?

—Podría. Pero no hizo nada de eso. Y si hubiera hablado con alguno de los otros muchachos, ellos me habrían consultado primero mí, sin ninguna duda.

—¿Usted cierra los domingos? —le pregunta Parnell.

—Naturalmente.

—Bien, en tal caso, entre el lunes 6 de noviembre y el jueves 9 de noviembre, ¿vino alguien a ver el coche de Madden?

Shelby suelta una carcajada, más confuso que divertido.

—¿A verlo? No es un Lamborghini.

Me explico.

—Nos referimos a su esposa, tal vez su hija... —Lo digo con tanta naturalidad y tanta ligereza que corro peligro de elevarme flotando por encima de las amenazantes púas de la verja—. ¿Alguna de ellas se pasó por aquí a recoger algo? Está claro que la gente se deja cosas en el coche todo el tiempo y solo se percata de ello cuando las echa en falta.

—Sucede de vez en cuando —concede Shelby con un gesto afirmativo—. Pero yo no vi a ninguna de ellas, y por lo menos a su mujer la conocería, porque ya le he hecho algunas reparaciones en el coche. Además, puede que mi taller no sea uno de los grandes, pero lo llevo muy bien controlado, y si viniera alguien pidiendo acceder al coche, alguien que no fuese el propietario, los muchachos me lo mandarían a mí para que lo autorizase, aunque fuera un familiar suyo. Con los vehículos de mis clientes no me la juego, ni siquiera con los de clientes gilipollas como Joseph Madden.

Parnell y yo nos miramos el uno al otro. No se nos ocurre ninguna idea, estamos casi sin palabras.

—¿Dónde estaba aparcado el coche de Madden? —pregunta Parnell.

—Ahí, en el último puesto.

Parnell echa a andar hacia allá. Yo, diligente, voy con él, ligeramente desconcertada porque no sé qué espera encontrar. ¿Una trampilla oculta? ¿Un túnel? ¿Un cable al estilo de *Misión imposible*?

—Eh, espere —exclama Shelby viniendo detrás de nosotros—. Siempre juego limpio con la policía, así que probablemente debería decirles que tuve el coche de Madden en mi casa durante ese fin de semana, el de los fuegos artificiales.

Nos volvemos a tal velocidad que prácticamente ejecutamos una pirueta sincronizada.

—¿Qué pasa? —dice Shelby a la defensiva—. No tiene nada de malo. A veces, la única ocasión en que puedo ponerme con esos trabajos a «precio de amigo» es durante el fin de semana, y que me aspen si también tengo que pasar los fines de semana aquí.

—De modo que —dice Parnell hablando despacio— el coche de Madden estuvo aparcado en otro lugar entre el sábado 4 de noviembre y el lunes por la mañana, imagino.

—Sí, yo mismo lo conduje. Estuvo aparcado en la entrada de mi casa.

—Un poco arriesgado, ¿no? ¿No acaba de decir que con los vehículos de los clientes no se la juega?

—Tengo una póliza de seguros, amigo, por eso no se preocupe. Y no hay nadie que se preocupe más que yo por la seguridad, porque me han atracado dos veces en dos años. Créame, nadie pone el pie en mi casa sin que yo lo sepa.

Renace la esperanza.

—¿Qué quiere decir? —Casi me trabo al decirlo.

—Tengo un juguete que es el último grito, con inclinación panorámica y zoom, sí, señor. Este año no me he ido de vacaciones para poder pagarlo, pero ha merecido la pena el dinero que me he gastado en él.

Traducción exacta: tiene una cámara de seguridad doméstica.

Traducción aproximada: esto podría dar un giro drástico a nuestra investigación.

—Bueno, nunca pensé que diría esto, pero que Dios bendiga a los maleantes que le entraron a robar en casa a ese tipo. Si estuvieran aquí en este momento, los invitaría a una copa. Los invitaría a varias.

Steele ejecuta un bailecito e intenta marcarse un vals con Swaines, que ni conoce el vals ni está preparado para bailar. Me encanta verla así, chispeante y optimista, totalmente confiada en que los dioses del asesinato derramarán sus bendiciones. Se hace difícil no dejarse contagiar.

Aunque podría ser una alegría prematura. Ya llevamos dos horas y todavía nada.

Esta tarde, Swaines tiene consigo un puñado de compañeros. Por lo general, es la única persona del MIT4 que se encarga de analizar las imágenes de las cámaras de seguridad, pero dado que hay más de treinta horas grabadas por la cámara del domicilio de Marc Shelby, el equipo está arrojando el hombro como nunca: en total somos siete personas examinando fragmentos de cuatro horas cada uno. A mí me corresponde el tramo que va desde las cuatro hasta las ocho de la madrugada del domingo. Hasta este momento, las únicas personas que se han acercado al coche de Madden han sido un repartidor de periódicos y un jubilado corriendo despacio.

Parnell ha esquivado la ardua tarea de revisar las imágenes de la cámara de seguridad ofreciéndose a hacer todos los demás trabajos secundarios, y, como detalle divertido, Steele se ha responsabilizado de preparar el té, para que ninguno de nosotros tenga que dejar las pantallas más que para ir al cuarto de baño.

Es como trabajar de teleoperadores, y seguramente el sueldo no es mucho mejor.

—¿Sabes qué otra cosa significa el asunto del pelo? —me dice Steele en un momento dado, paseando entre las mesas de trabajo—. Pues que Clara Madden mintió cuando dijo que había visto a su padre con Naomi hace un mes. He repasado su declaración y en ella insiste en que Naomi tenía el pelo largo y de color lila. No hay quien la mueva de ahí. Afirma que por eso se acuerda de ella.

—Jefa, ¿qué vamos a hacer con Madden?, ya sabe, si... —Dejo en suspenso la frase del «si». Todavía resulta surrealista decirlo en voz alta, y, cosa extraña, parece que estamos traicionando a Naomi, que estamos admitiendo que le hemos fallado.

—Por el momento lo dejaremos donde está. No va a irse a ninguna parte hasta que sepamos sin ningún género de duda que él no ha hecho esto, y en estos momentos una caja de regalo sin huellas dactilares y El Curioso Caso del Cabello Lila no son suficientes para que yo me ponga de rodillas delante de Stein. —Finge vomitar ante semejante idea—. Pero si nos hemos equivocado, y discutiré largo y tendido ante quien sea necesario que no nos hemos equivocado, sino que nos hemos limitado a seguir las pruebas, tenemos que estar seguros de haber acertado esta vez. No debe quedar espacio para la duda. No ha de haber anomalías.

De repente alguien grita desde el rincón; es Emily Beck.

—¡Lo encontré! Venga acá, jefa.

Emily está examinando la franja comprendida entre las diez de la noche del domingo y las dos de la madrugada del lunes. El tono febril de su voz nos congrega a todos en torno a su mesa en cuestión de segundos. Todos nos empujamos unos a otros, en el afán de situarnos en primera fila. Emily, feliz con la atención que ha provocado, rebobina la cinta. Steele se muerde los nudillos. Renée susurra: «Por favor, Señor».

—No es una imagen perfecta, se ve un poco borrosa, pero está claro que se trata de una mujer. —Detiene la cinta unos segundos antes de que la figura entre en el campo visual—. Es alta y de complexión delgada. Pero solo se le ve un lado de la cara, y solo durante unos segundos. Y no se ve qué es lo que hace una vez que se mete dentro.

No necesito verle la cara. La conozco por su manera de andar. Por la manera en que abre la portezuela del coche y se sienta sin esfuerzo alguno en el asiento del pasajero. Rápida. Con elegancia. Con un movimiento de lo más fluido.

Esos gestos de bailarina no se pierden jamás.

Es, claramente, Rachel Madden.

Y, claramente, podemos adivinar qué es lo que está haciendo: colocar cabellos de Naomi en el coche de Joseph, ya sea para cubrirse ella misma o para encubrir a Clara. Yo apuesto por Clara.

—¡Bingo! —exclama Steele—. A mí me basta, hemos trabajado con imágenes más borrosas.

—Esto... No quisiera ser un aguafiestas —dice Parnell, que acaba de llegar al grupo—. Pero la investigación de la matrícula del coche de Rachel, y también el de Kirstie, ya puestos, no ha arrojado ningún resultado en la franja del sábado por la noche al domingo por la mañana. Ahora solicitaré que investiguen la del coche de Rachel el domingo por la noche; si resulta que estuvo cerca de la casa de Shelby, por lo menos no necesitaremos preocuparnos por que las imágenes estén borrosas.

—¿Sabéis una cosa? —interviene Renée—, desde Pendown hasta la calle en que vivía Naomi, al lado de Turnpike Lane, alguien debería comprobarlo, desde luego, pero se puede realizar ese trayecto por las calles secundarias sin tocar ninguna calle principal. Quiero decir sin entrar en las zonas vigiladas por las cámaras de reconocimiento de matrículas.

Swaines no necesita que nadie se lo diga; sale pitando al momento, como un buen chico.

—También es posible ir desde el domicilio de Naomi hasta el de los Madden a pie —comento yo—. Son menos de dos kilómetros, y eso fue lo primero que supusimos que había hecho Joseph cuando lo vimos en las imágenes de las cámaras de seguridad.

Steele se pone a dar órdenes firmes y rápidas.

—Bien, que venga Rachel Madden. Y también Clara Madden; necesitamos averiguar por qué mintió diciendo que había visto a su padre con Naomi. Ahora escogeré a la persona apropiada para que la interroge. Y, ya que estamos, que venga también Kirstie Connor; ella es la que tenía más fácil colocar la caja de regalo. Odia a Madden y nos ha mentado a nosotros en el pasado; podría estar ayudando a Rachel. —Eleva ligeramente el tono de voz para agregar—: Quiero tener a esas tres mujeres bajo este techo antes de una hora, ¿entendido? Y no se irán hasta que sepamos con exactitud quién ha estado mintiendo acerca de qué y por qué.

Existen bastantes probabilidades de que una o más de ellas no lleguen a salir nunca de aquí.

Rachel y Clara están cenando en casa de Kirstie. Todas nuestras sospechosas reunidas en un mismo sitio, sin sospechar absolutamente nada.

Uno podría pasar treinta años enteros trabajando sin tener nunca esa suerte.

De manera que, exactamente una semana después de haber entrado por primera vez en la cocina inacabada de los Connor, Parnell vuelve a estar apoyado contra el frigorífico, comunicando noticias todavía peores que las primeras.

—Dios santo, ¿están detenidas? —pregunta Marcus, que apenas puede creerse que la respuesta a su pregunta sea afirmativa.

Clara está aferrada a Rachel. Kirstie está sujetando a Danny, que se encuentra delante de ella a modo de escudo para la batalla. Todas están tan pálidas y grises como el pegamento seco.

—Por el momento, no —respondo yo—. Nos gustaría que las tres nos acompañaran a la comisaría para someterse voluntariamente a un interrogatorio cautelar. Pueden negarse, por supuesto, pero en ese caso podemos estudiar la posibilidad de ejercer nuestra autoridad para llevárnoslas detenidas.

No me reconozco. Hablo demasiado severa y formal, como si me hubieran metido un palo por el culo, como Parnell me dice a veces. Pero lo estoy haciendo por Rachel. Quiero que sepa que todos podemos tener dos caras. Que todos podemos fingir ser lo que no somos.

—¿Pero por qué? ¿Qué creen que hemos hecho? —pregunta Rachel agitando una mano contra el pecho y pegando la otra a la mejilla: una clase magistral de «cómo poner cara de estar conmocionada». No sé cómo no lo he visto antes.

—Eso no voy a divulgarlo en este momento, Rachel; ya lo explicaremos detalladamente en comisaría. —Hago un gesto con el brazo para indicarles que salgan de la cocina—. Ahora, si no les importa ir saliendo a la calle, por favor... Les recomiendo que cojan alguna prenda de abrigo.

—¿Van a necesitar un abogado? —pregunta Marcus, todavía muy afectado—. ¿Y qué voy a hacer yo con Danny? Tendré que llamar a la hermana de Kirstie...

—Tienen derecho a que las represente un abogado, pero no es obligatorio y podría ralentizar las cosas. —Me vuelvo hacia Clara—. Traeremos a una persona adulta que esté presente durante todo tu interrogatorio.

Clara está petrificada, todavía se aferra a su madre como si fuera su primer día de colegio.

—¿Esa persona adulta podría ser el tío Marcus? —pide en un tono de voz que es poco menos que un susurro—. No quiero hablar delante de un desconocido.

Rachel está hundida en la silla, con una chaqueta de punto de color blanco echada con descuido sobre los hombros. Se la ve frágil, insustancial, como si un par de palabras duras bastasen para que se desmenuzara y se convirtiera en polvo. Que es probablemente lo que ella está buscando. El prototipo de la «pobre Rachel».

—¿Joseph ha estado en esta misma sala?

Es lo primero que pregunta desde que hemos acabado con las formalidades. Estamos Renée y yo; la «pobre Rachel» no reacciona demasiado bien si la interroga un hombre.

—Es que... juraría que aquí huele a él. A esa colonia dulzona y mentolada que usa. Yo nunca la he soportado, pero, claro, no la usa por mí.

—Rachel, no estamos aquí para hablar de Joseph, sino para hablar de ti.

—¿De mí? —dice ella, como si nadie hubiera mostrado nunca semejante interés.

—Sí, de ti. Concretamente, de esto. —Doy la vuelta a mi portátil y pulso la tecla de reproducir—. Para que conste en la cinta, le estoy mostrando a Rachel las imágenes captadas por una cámara de seguridad frente a la casa de Marc Shelby. La dirección es el número 34 de Kingsbrook Lane, Arnos Grove, Londres, y la fecha es el lunes 6 de noviembre. La hora es exactamente la una y cinco minutos de la madrugada. Rachel, ¿puedes confirmar que esta persona eres tú?

Rachel se inclina hacia delante, y al hacerlo se le resbala la chaqueta de los hombros. Después de mirar la imagen durante largo rato y con expresión fija, responde:

—Sí, soy yo.

—¿Puedes explicarnos qué estabas haciendo allí?

Se agacha para recuperar la chaqueta y se sacude el polvo del brazo. Cuando vuelve a levantar la vista, en su semblante hay una expresión nueva: de desafío.

—Necesitaba un cigarrillo. Me moría por fumar y sabía que Joseph tenía tabaco en el coche. —Señala el portátil—. Eso es lo que estaba haciendo en esas imágenes: coger el tabaco del reposabrazos.

Renée la mira por encima de la montura de las gafas.

—¿Tan desesperada estaba que cogió el coche e hizo un trayecto de casi diez kilómetros, ida y vuelta, en la madrugada del domingo?

—Enfrente de la urbanización hay un taller abierto las veinticuatro horas —señalo yo.

—No tenía dinero. Nada. Joseph se había marchado a Barcelona... —Una fuerte carcajada—. Perdón, Joseph se había ido a Croydon y no me había dejado nada de dinero, ni siquiera bastante para comprar leche. Lo hizo para castigarme. Había estado todo el día de un humor de perros, echándome la bronca a la mínima, incluso más de lo habitual. —Levanta una mano y se toca la base del cuello—. Naturalmente, ahora ya sé por qué.

Un sutil recordatorio de que el asesino es él.

Renée toma la declaración que ha hecho Rachel.

—Antes ha afirmado que al día siguiente Joseph estuvo todo el tiempo de lo más normal.

—Incluso hizo cordero asado para comer, ¿no es cierto? —me sumo yo—. Con sus patatitas y todo.

Rachel me dirige una media sonrisa de irritación como diciendo: «traidora».

—Sí, es cierto. Pero más tarde volvió a ponerse imposible. Así es él. Cambiante. Voluble.

—Debería habernos dicho eso cuando le preguntamos cuál era el estado de ánimo de Joseph ese día.

—Es que no quería que se hicieran una mala impresión de él. Sabía que eso le complicaría las cosas, y sinceramente no creía que él hubiera matado a nadie.

«Esta es la fachada pura y sin adular de Rachel.» Debo admitir que casi estoy impresionada.

—Bien, así que esa noche —señalo de nuevo el portátil— te entraron muchas ganas de fumarte un cigarrillo y no tenías dinero para comprar tabaco. ¿No podrías habérselo pedido a un vecino?

—¿A aquellas horas? Tú debes de tener vecinos encantadores, Cat. Además, me apetecía conducir. Me ayuda a despejarme la cabeza.

—¿De qué?

—Tenía cosas que me preocupaban: Joseph, problemas de Clara, sus solicitudes de plaza en la universidad. El hecho de que iba a tener que pedir más dinero a Marcus y que ese ya era un tema doloroso.

—¿Cómo es que había tabaco en el coche de Joseph? —pregunta bruscamente Renée.

—Lo dejé yo allí hace unas semanas.

Ladeo la cabeza.

—¿En serio? Eso me sorprende. Joseph odia que fumes; de hecho, creía que lo habías dejado. ¿Y tú, con toda naturalidad, guardas tabaco en el reposabrazos de su coche?

Rachel se encoge de hombros.

—Venga, Rachel, vas a tener que hacerlo un poco mejor.

El problema es que no lo hace mejor. Su explicación es risible, pero, aunque sea por los pelos, plausible. Y lo sabe, porque se le nota una clara seguridad en sí misma al hablar.

—Oye, ¿por qué no me dices simplemente lo que piensas que estaba haciendo? A lo mejor de ese modo zanjamos este asunto y puedo irme con mi hija.

—Me parece bien —respondo alegremente. Cambio de postura y enderezo la espalda—. Tenemos motivos para creer que los cabellos encontrados en el coche de Joseph, unos cabellos que pertenecían a la víctima, Naomi Lockhart, fueron colocados allí por alguien. También sospechamos que una caja de regalo hallada en el cajón de Naomi y supuestamente enviada por Joseph pudo asimismo ser colocada intencionadamente por alguien. Como es natural, existen muchas posibilidades de que la persona que colocó ambas cosas también haya asesinado a Naomi Lockhart, o que por lo menos sepa quién la asesinó.

«¿Te queda lo bastante claro?»

Rachel pone cara de estar atónita, pero no lo bastante atónita. No tiene los hombros en tensión, y el subir y bajar de su pecho sigue igual que antes.

—Lo siento, todavía estoy un poco aturdida por todo esto y no me acuerdo de lo que se dijo en la casa. ¿Estoy detenida?

—No, puedes irte cuando quieras. Pero con ello no vas a causar muy buena impresión, digámoslo así.

—¡Me da lo mismo no causar una buena impresión! —explota, ardiendo de indignación—. No he hecho nada malo. Ni Clara tampoco. —Observo que no defiende a Kirstie—. Clara y yo somos víctimas, tú misma lo dijiste.

Saco a la palestra a la persona malvada que hay en mí.

—Eso lo dije solo para que confiaras en mí, Rachel. Aunque probablemente no debería haberme tomado esa molestia, porque todo lo que me has contado no es más que una sarta de mentiras.

—Yo no soy una mentirosa.

—Pues Lydia Coe no estaría de acuerdo en eso.

A la mierda. Ya no necesitamos tenerla de nuestra parte.

Rachel ni se inmuta. Continúa mirándome fijamente. Le dejo espacio para que diga algo, para que me pregunte por qué demonios he estado hablando con Lydia Coe, pero no dice nada. Se ha cerrado totalmente, como una ostra. Transcurridos quince o veinte segundos, hasta yo empiezo a sentirme incómoda con este silencio.

Ha llegado el momento de sacar el tema crucial.

—¿Sabes quién está mintiendo también? Tu hija.

Rachel vuelve a la vida.

—A Clara dejadla fuera de esto.

—Lo siento, pero no —replico fingiendo estar afligida—. Verás, es posible que resulte un poco difícil desmontar que tú saliste a la una de la madrugada buscando tabaco, pero sí que podemos probar que Clara mintió cuando dijo que había visto a Joseph con Naomi, y eso significa que, cuando hayamos terminado con ella, voy a tener que ir un poco más allá y acusar a tu hija de obstrucción a la justicia. —Me giro hacia Renée—. ¿Cuántos años le calculas tú? ¿Entre uno y tres?

Rachel agarra la mesa.

—¡No te atreverás! No serás capaz... ¿Cómo vais a demostrarlo?

—En realidad, eso no es asunto tuyo, y no se trata de si yo voy a atreverme o no. Tengo que hacerlo. Es la ley.

Rachel extiende una mano por encima de la mesa e intenta fútilmente agarrar la mía.

—Clara no tiene nada que ver con todo esto. Por favor.

La pillo al vuelo.

—¿No tiene nada que ver con qué, Rachel? —Ella abre la boca y vuelve a cerrarla. Es posible que haya estado a punto de contárnoslo todo, o a punto de decirme a mí que me vaya al carajo; nunca lo sabremos—. ¿Le ordenaste a Clara que dijera que había visto juntos a Joseph y Naomi? Porque si se lo ordenaste, y lo admites, y admites que has tenido algo que ver en «todo esto», tal vez podamos ser más benévolos con ella.

De nuevo adopta la expresión desafiante.

—Yo no le ordené que hiciera nada.

—Vaya. —Hago un gesto negativo con la cabeza, como indicando que estoy asombrada y consternada—. ¿De verdad pretendes sacrificar a Clara para salvarte tú? Como mínimo, estás sacrificando su carrera. Ahora ya jamás trabajará dentro del sistema de la justicia penal, ¿te das cuenta de eso? Con esa acusación pesando sobre su cabeza, imposible.

De pronto resurge la «pobre Rachel», abatida y temblorosa.

—Por favor, déjala en paz, te lo ruego. Debí de confundirse, eso es todo.

—¿Que debí de confundirse? No, eso no va a colar. En cambio, sí podría colar que se vio presionada. Que le pidió que mintiera un progenitor al que quería mucho, el único que se ha preocupado algo por ella; eso sí que constituye una buena defensa. Puede que incluso sirva de circunstancia atenuante. ¿Quieres ayudar a tu hija?

Rachel no contesta nada, aunque ahora está llorando. No son los sollozos de autocompasión del domingo por la mañana, cuando estaba tan borracha, sino dos lagrimones seguidos de otros dos, y luego otros dos. Un reguero continuo de arrepentimiento.

Introduzco el clavo otro poco más.

—Yo creía que estabas dispuesta a hacer lo que fuera por Clara, que te preocupabas por su futuro.

Más silencio.

Me reclino en la silla y la contemplo durante unos instantes. Es una escultura trágica, apenas se mueve. Renée me mira como diciendo: «Esto es inútil, acabemos de una vez», pero yo no he terminado todavía.

—¿Sabes lo que pienso yo, Rachel? —Entrelazo las manos encima de la mesa y acepto que Rachel vuelva a intentar agarrarlas; esta vez acepto que quiera establecer un vínculo—. Pienso que sí harías lo que fuera por Clara. Pienso que si la cosa fuera tan simple como que tú hubieras matado a Naomi e incriminado a Joseph, y Clara realmente no hubiera tenido nada que ver en ello, aparte de mentir por ti, en estos momentos estarías cantando de lo lindo, a cambio de que Clara quedase libre de toda culpa. —Rachel gira un poco la cabeza; no es que quiera mirarme, es

simplemente una señal de que está escuchando—. Y por lo tanto pienso que la única razón de que te quedes ahí sentada y permitas que a Clara se la acuse de obstrucción a la justicia es que sabes que es culpable de algo mucho peor. Y también sabes que si admites haber incriminado a Joseph, querremos saber por qué, y no vamos a aceptar que haya sido por algo tan trivial como vengarte de él porque es un cerdo. Lo que estoy diciendo, en resumidas cuentas, es que pienso que has incriminado a Joseph únicamente para proteger a otra persona. La misma persona a la que está intentando proteger él.

De improviso Rachel se levanta de la silla abriendo y cerrando las manos a los costados.

—Has dicho que podía marcharme si quería. ¿Puedo salir ahora mismo de esta sala?

Miro a Renée, que se encoge de hombros porque presumiblemente está pensando lo mismo que yo: que no pasa nada por permitirle que se vaya; no va a irse a ninguna parte mientras Clara continúe aquí.

Insisto en acompañarla hasta la salida, una cortesía que resulta de lo más falso, dado que acabo de acusar a su hija de asesinato. Cuando llegamos a la recepción, tal como yo esperaba, no se dirige hacia la puerta, sino que se sienta en una silla. La cara bien alta, la espalda recta, desafiando al mundo a que se atreva a mirarla siquiera.

En cuanto regreso al piso de arriba ya tengo a Steele pululando a mi alrededor.

—Buen trabajo, querida. Calculo que Rachel Madden se derrumbará en cuanto se percate de que vamos en serio. No sé muy bien si está ya convencida de que vamos a acusar a Clara. — Señala con el dedo la sala de interrogatorios n.º 3—. Hablando de Clara, hay un retraso.

—¿Cuál es el problema?

Una mirada de ironía.

—Le ha dado una lipotimia, por lo visto. Un bajón de azúcar. No ha comido nada desde el desayuno.

—Bienvenida al club, a no ser que contemos ese batido sustitutivo de una comida que le he birlado a Parnell.

—No, por supuesto que eso no cuenta. Siéntate en la sala de visionados con Seth y Cookey, ya te llevo yo una chocolatina. Si es que queda alguna en la máquina expendedora, claro. Para ser una persona que pesa menos que mi bolso, Clara Madden tiene un apetito bestial.

Según acaban de ordenarme, me encamino hacia la sala de visionados, en la que ya están sentados Seth y Cooke, con los pies apoyados en la mesa. En la pantalla, Parnell está divirtiéndose con Kirstie Connor. Divirtiéndose en el sentido de meter la cabeza dentro de un avispero mientras alguien te restriega las plantas de los pies con papel de lija.

—Mire, no sé muy bien de qué otra forma plantear eso. En serio, tiene que hacerse mirar el oído. Yo no coloqué ninguna caja de regalo. Ni tampoco vi a nadie colocando ninguna caja de regalo. —Suelta una carcajada histérica—. Y, desde luego, no recogí cabellos de Naomi del suelo de mi oficina para dárselos a Rachel, para que ella los colocara dentro del coche de Joseph.

Mis felicitaciones a Parnell. A mí no se me había ocurrido eso. Los cabellos largos y teñidos siempre se enmohecen mucho, yo debería saberlo, de manera que igual de fácil habría sido que los hubieran recogido de la oficina de Kirstie como de la escena del crimen.

Cooke me pone al corriente.

—Llevan así media hora: «no lo hice», «sí lo hiciste», «no lo hice», «sí lo hiciste». Es como cuando yo me enzarzo en una discusión con mi hijo de cuatro años.

En este momento entra Steele trayendo mi chocolatina, una bien grande, nada menos.

En la pantalla Kirstie continúa gritando.

—¿Para qué iba a hacer yo algo así? ¿Qué motivo podía tener? ¡No es que sea precisamente la admiradora número uno de Joseph, pero así y todo...!

Parnell habla en tono calmo, como contrapunto a la furia de ella.

—Porque Rachel tampoco la admira mucho a usted, ¿no? Desde que usted se acostó con su marido. —Hace una pausa para permitirle a Kirstie que se ponga roja de humillación—. ¿No será que estaba usted ayudando a Rachel a vengarse? ¿Para salir de su lista negra?

—¡Oh, por el amor de Dios!

—Así que voy a preguntárselo de nuevo, Kirstie: ¿colocó usted a propósito esa caja de regalo?

—Y yo vuelvo a responderle que no. Y eso que tuve con Joseph fue un error, un error estúpido. Además, Rachel ya conoce a Joseph. Sabe que cuando Joseph te pone el ojo encima, ocurre lo que ocurre. Estuvo enfadada durante un tiempo, naturalmente, pero ya hace siglos que lo tenemos superado.

Dios, esta mujer es tonta de verdad. Me deja atónita.

Esta vez sigue una pausa más larga.

—Bueno, Kirstie, pues alguien colocó esa caja allí a propósito. Es más o menos un hecho cierto. Y como usted ya nos ha mentido anteriormente, y como tenía acceso al cajón de Naomi, me temo que eso la sitúa a usted en la cabeza de la lista. A no ser que me diga ahora que la semana pasada Rachel o Clara se dejaron caer por su oficina por casualidad.

—No. Pero Clara conoce el código para entrar. Ha realizado algunos trabajos para mí en el pasado. —Se lleva una mano a la boca, en el intento de retractarse—. Naturalmente, no es que Clara fuese a... No estoy diciendo que... No he querido decir que...

Parnell la interrumpe.

—¿De manera que Clara conoce el código? ¿Y eso es todo cuanto necesita para entrar?

—No. —Kirstie habla llena de esperanza, a lo mejor puede enmendar esto—. Tendrían que abrirle la puerta de entrada al edificio principal, y además necesitaría conocer también el código de la alarma, no solo el de la puerta.

Steele da un codazo a Cooke.

—Craig, encárgate de eso mañana por la mañana. Todas las oficinas de ese edificio, ¿de acuerdo?

Parnell pone cara de dudar.

—Y usted siempre pone la alarma, ¿verdad? ¿Todas las tardes, sin falta?

—Bueno, no la pongo yo. Eso es responsabilidad de mis asistentes personales. Suelen ser las últimas en marcharse.

Casi me echo a reír. Nos está poniendo las cosas demasiado fáciles.

—Pero como su asistente personal era Naomi, la cual, dado que estaba descansando en el depósito de cadáveres, no se encontraba en situación de poner las alarmas, así pues, ¿está usted diciendo que probablemente nadie puso la alarma?

—Probablemente. —Arruga el ceño—. Mire, quizá yo debiera ser más bien como Rachel, tan amiga de utilizar cerraduras y pestillos, pero no lo soy. A mí el mundo no me da tanto miedo como a ella.

—Me alegro por usted, pero creo que sus aseguradoras no se pondrían muy contentas si supieran eso. A lo mejor le conviene revisar su póliza, Kirstie. Yo diría que poner la alarma es un requisito para poder reclamar.

Steele y yo intercambiamos una sonrisilla ante el inherente paternalismo de Parnell.

—Muy bien, así lo haré. —Kirstie se inclina hacia delante—. Entonces, ¿ya hemos terminado? ¿Ya puedo irme? Necesito volver con Danny.

Parnell está buscando en una carpeta.

—Puede irse, no hay problema. —Ni siquiera se toma la molestia de levantar la vista—. Pero todavía tengo unas cuantas preguntas, de modo que sería mejor que se quedara.

—La verdad es que esto se pasa de ridículo.

Pero se queda.

Parnell encuentra lo que estaba buscando y pone el documento encima de la mesa.

—He estado repasando sus diversas declaraciones, Kirstie, y he visto que en realidad no recuerda gran cosa de lo que sucedió el sábado 4 de noviembre. Según usted, tenía muchas lagunas mentales.

Kirstie se encrespa.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué? Ya he reconocido que estaba fuera de quicio.

—Sin embargo, no reconoció haberle suministrado drogas a Naomi.

—Ah, le di un poco de coca, o lo que fuera aquella horrible sustancia. ¡No la obligué a tomarla! Es que la descubrí bostezando y bromeé un poco diciendo que tenía una cosa que combatía el cansancio, y ella se lanzó encima. Naomi no estaba precisamente más limpia que una patena, ¿sabe? Contó que mientras estaba fuera de casa le apetecía probar de todo, que para eso servía viajar. Yo intentaba ser amable, simpática. —De repente se queda quieta—. Un momento. ¿Por qué vuelve a sacar ese tema? ¿No ha dicho que no podían acusarme de nada relacionado con eso?

Parnell sonríe, pero no con la sonrisa que pone cuando el Arsenal gana un partido o cuando alguien ha pedido pastelillos de hojaldre. Esta es una sonrisa falsa, depredadora.

—No podemos, y no lo estoy haciendo. Pero simplemente he querido recordarle las muchas mentiras que nos ha contado, o las muchas cosas que no nos ha dicho, a lo largo de esta investigación, para que no se sienta demasiado ofendida cuando yo le sugiero que tal vez esté mintiendo respecto de algo más.

—Oh, por enésima vez: yo no he colocado a propósito ninguna...

Parnell levanta una mano.

—Quiero entender cómo es posible que, teniendo tantas «lagunas mentales» acerca de ese día, recuerde con tanta claridad lo que dijo Joseph acerca de Naomi. —Y a continuación empieza a leer un fragmento de la declaración.

Unos minutos después pasó Naomi por delante de la puerta y Joseph dijo: «Ah, ¿es esa una de las chicas que se ríen de mí?», y yo le contesté, y no me siento orgullosa de ello, diciéndole: «Sí, tiene la personalidad de una mosquita muerta, pero incluso ella te tacharía de la lista». Y entonces fue cuando lo dijo. Tampoco lo recuerdo con las palabras exactas, pero fue algo así como que él podía tener a aquella chica si quisiera...

Parnell vuelve a levantar la vista.

—Todo recordado claramente. Sobre todo tratándose de una persona que recuerda todo lo demás de manera muy incompleta. Comprenderá que esto me tenga perplejo, ¿no?

Y Kirstie, sin más, se salva.

—Oiga, no se lo oí decir, ¿vale? Quien lo oyó fue Rachel. —Steele me agarra del brazo—. Me lo contó ella a finales de la semana pasada. Quería decírselo a ustedes ella misma, de verdad que sí, pero le tiene tanto miedo a Joseph que no quiso que lo supieran por ella. —Saca la cabeza hacia delante—. Pero yo a Joseph no le tengo miedo y creo que Rachel adivinó que yo les contaría eso a ustedes. De modo que, ya ven, Rachel ha estado ayudando de manera indirecta, a pesar de lo que ustedes piensen.

—O Kirstie Connor es la caradura más grande de toda la historia —me susurra Steele— o está

siendo muy lista al arrojar a Rachel a los pies de los caballos. No acabo de decidirme.

Parnell eleva un poco el tono de voz.

—Entonces, para aclararnos, y para que conste en la grabación, en realidad usted nunca oyó a Joseph decir que podía «tener» a Naomi.

—Por lo visto, yo estaba presente —responde Kirstie esperando que esa respuesta tenga algún peso—, pero bueno, no. No recuerdo haberlo oído decir esa frase. Sin embargo, es exactamente lo que diría. Ya lo ha dicho acerca de otras mujeres.

—Voto por lo de caradura —digo respondiendo al comentario de Steele—. Creo que Rachel lleva todo el tiempo manipulando a Kirstie. La ha estado utilizando para que inculpara a Joseph y así no tenía necesidad de hacerlo ella. De ese modo puede continuar con su papel de apoyar a su marido a carta cabal, con lo cual a nosotros las afirmaciones de Joseph nos resultarán menos plausibles.

Steele hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Es posible. Aunque, si Kirstie es tan crédula, calculo que se la podría persuadir para que ayudase a encubrir un asesinato, ¿no te parece?

Parnell opina lo mismo, exactamente lo mismo, letra por letra.

—Recogiendo lo que ha dicho usted de que Rachel tiene miedo de Joseph, ¿le importa recordarme a qué se debe?

—¿Perdón?

—En fin —explica Parnell—, nos ha dicho que vio a Joseph agarrando a Rachel por el cuello, estrangulándola. ¿Lo sigue manteniendo?

Kirstie tiene la cara alta, pero le tiembla ligeramente la barbilla.

—Sí, lo sigo manteniendo.

—¿Y lo mantiene porque lo vio usted misma, con sus propios ojos? Recuerde que le han leído sus derechos, Kirstie.

Kirstie no responde nada. Se inclina hacia delante, sobre la mesa, y se sostiene la cabeza con las manos.

—¿O lo mantiene porque se lo ha contado Rachel?

Se pasa las manos por el pelo. Lo tiene muy revuelto, en rizos que apuntan en todas direcciones sin orden ni concierto.

—¿Puede, por favor, responder a la pregunta, Kirstie?

—Vá a decir eso de «sin comentarios» —murmura Cooke—. Apuesto lo que sea.

—No. No vi a Joseph hacer tal cosa. —Lo dice con voz fuerte y clara. Una sentencia de muerte para la inocencia de Rachel.

—Entonces, ¿admite que hizo una declaración falsa?

—No era falsa. Yo creo lo que me contó Rachel. Joseph la agarró por el cuello, da lo mismo que yo lo viera o no.

—¿Cuándo se supone que ocurrió esto? Recuérdemelo.

Un bufido histérico.

—Y yo qué sé. Hará un par de años.

—¿Y cuándo se lo contó Rachel a usted? ¿Por aquella época?

Kirstie se encoge sobre sí misma y hunde los hombros en un gesto defensivo. Está empezando a comprender.

—No. Me lo contó la semana pasada, cuando detuvieron a Joseph.

—¿Y cree que habría adivinado que usted iba a contárnoslo a nosotros?

Silencio. Tan solo una expresión contrariada que oculta la humillación de haber sido tomada

por tonta por una persona que ella creía que le tenía afecto. Una persona a la que ella consideraba inferior.

Parnell se la queda mirando durante un rato que se antoja una eternidad, aunque no puede ser más de unos pocos segundos.

—Usted haría mucho por Rachel —termina diciendo—, ¿no es así? Ella es muy importante para usted.

—Sí, por supuesto. —Su tono de voz es apenas un susurro entrecortado—. Rachel es de la familia.

«Pero no de tu sangre», pienso yo para mis adentros. Y cuando todo se reduce a dos cosas, las pruebas forenses y la lealtad inamovible, no hay nada tan fuerte como los lazos de sangre. Los lazos de sangre siempre ganan.

Bien que lo sé yo.

—Se lo pregunto de nuevo, Kirstie: ¿colocó usted a propósito esa caja de regalo en el cajón de Naomi?

—No —gime Kirstie—. ¿Cuántas veces tengo que repetírselo?

Vuelta a empezar.

Cojo mi chocolatina y salgo de la sala.

Otro retraso más. Steele está asustada con Marcus. No es la persona adulta más apropiada para esto, hasta yo estoy dispuesta a reconocerlo. Aunque no en voz alta.

—Ni es un sospechoso ni es un testigo, en sentido estricto —argumento, consciente de estar pisando terreno inseguro—. Entiendo perfectamente que estamos forzando un poco los límites, pero Marcus es la única persona adulta ante la cual Clara está dispuesta a hablar, y por encima de todo queremos que Clara hable.

Renée me da la razón.

—Mientras vosotras estabais viendo el interrogatorio de Kirstie, yo he estado teniendo una charla con ella. Por lo visto están muy unidos. Al parecer, Marcus la tranquiliza, la relaja, que es lo que necesitamos. Yo diría que para ella Marcus ha hecho más de figura paterna que el maldito Joseph Madden.

—Marcus fue la primera persona a la que llamó la otra mañana, cuando Rachel estaba como una cuba —comento yo.

—Y ha representado el papel de persona adulta apropiada varias veces en su labor con esa ONG —añade Renée—. Entiende cómo funciona la cosa, lo que debe y no debe decir.

Al final, la jefa nos da luz verde.

Steele nos dice que omitamos todas las preguntas relativas a la caja de regalo, porque el hecho de que esta fuera encontrada en la oficina de Kirstie obviamente está muy relacionado con Marcus, y, en cualquier caso, si mañana alguien del edificio recuerda haberle abierto la puerta a Clara, contaremos con mejores armas.

Ah, y además quiere que yo esté presente. Quiere que me concentre en Clara mientras ella observa con mirada de halcón a Marcus. Ella y yo interrogando juntas. Igual que si estuvieras haciendo un dueto con tu cantante de pop favorito y luego él insistiera en que tú llevaras la iniciativa.

Mientras nosotras nos vamos sentando, Clara Madden intenta hacer como que no pasa nada, emite leves resoplidos o pone los ojos en blanco, todo ello diseñado para que nos olvidemos de que hace solo dos horas estuvo a punto de mearse en las bragas abrazada a su mamá.

Marcus Connor tiene cara de cansado. Cansado, pero apropiado. Está sentado lo bastante cerca de Clara como para ofrecerle su apoyo y su ánimo, pero no tanto como para que ella pueda percibir el pánico primitivo que lo atenaza.

—¿Ya te sientes mejor? —le pregunto, con los dedos entrelazados y sonriéndole con afecto. Todavía no he decidido el enfoque que voy a emplear. No sé si optar por el método blando o por el método duro.

—Supongo. —Clara hasta se encoge de hombros igual que Rachel. «Cómo se parece a su madre.»

Le sonrío otra vez.

—Clara, para que conste en la cinta, ¿podrías confirmar un poco más claramente que ya te sientes mejor?

—Sí, como sea. Me siento mejor, ¿vale? Aunque ¿en este sitio no tenéis nada de comida sana?
—Me mira con lástima—. Claro, no me extraña que... —Deja la frase sin terminar.

«Y también se parece mucho a su padre.»

En fin, me decido por el método duro.

Cojo mi bolígrafo.

—Bien, antes de que entremos en materia, quiero que hablemos de... —Ponerla nerviosa y tenerla en ascuas, eso es lo que estoy haciendo—. Vamos a volver unos instantes a lo sucedido el sábado 4 de noviembre. Simplemente estamos intentando establecer una secuencia de los hechos más sólida para todo el mundo. Tú dices que te fuiste antes de que llegara Naomi; ¿a qué hora fue eso?

Otra vez se encoge de hombros. Por lo visto, es un reflejo natural en ella cada vez que oye mi voz.

—No me acuerdo. Sobre las dos o las dos y media.

—Un poco pronto. ¿No era tu ambiente, pues?

—¿Cuál, el de un montón de tías de las de «quiero y no puedo» que se derriten de gusto por un bolso? La verdad es que no.

—Entiendo. Tú no encajabas ahí.

Clara suelta una risotada de burla.

—Ni ganas que tengo. De hecho, me marché porque tenía un montón de lectura atrasada y eso es mucho más importante que ninguna fiesta con fuegos artificiales. Yo quiero tener una carrera como Dios manda, una carrera profesional que represente una diferencia, no una que mitifique una firma de zapatos.

Marcus enarca una ceja. Puede que en estos últimos días no tenga a su mujer en muy alta estima, pero lo que está insultando Clara es lo que le da de comer, y yo diría que sirve para pagar la hipoteca de la casa de Muswell Hill bastante más que los partidos que pueda organizar él con su ONG. Steele y yo ponemos cara de estar impresionadas por el dominio del vocabulario que exhibe Clara mientras esta dedica un segundo a acicalarse y a reconstruirse el moño sin esfuerzo.

Eso me sirve de indicación para bajarle los pies a la tierra.

—Clara, cuéntanos otra vez eso de que viste a tu padre con Naomi.

Está impaciente, contrariada.

—Esta mañana he rectificado mi declaración. Ha venido un tipo a hablar conmigo, no recuerdo cómo se llama. —Una media sonrisa pícar—. Pero ojalá me acordase.

Lo cual quiere decir que ha sido Swaines, que tiene pinta de cantante de un grupo juvenil, o Seth, que tiene pinta de pijo buenorro. Si ha sido Flowers o Cooke, entonces es que está todavía más hecha un lío de lo que a mí me parece.

—Sí, ya lo sé, y te lo agradezco. Pero hay unos cuantos puntos que debemos repasar.

Marcus está con la cabeza inclinada, observándome con cautela. No es la primera vez que hace esto y sabe que podría haber una emboscada inminente.

—¿Qué puntos? —Clara dirige una mirada rápida a Marcus, el cual le hace un gesto afirmativo con la cabeza para decirle que no pasa nada, que no tiene nada de que preocuparse.

—Pues... al parecer no puedes darnos muchos detalles concretos. Por ejemplo, ¿a qué distancia estabas de ellos?

Clara hace una mueca.

—La verdad es que no entiendo de yardas, metros y todo eso.

—No hay problema. Solo dinos dónde estaban ellos y dónde estabas tú.

—Ah, vale. —Con esto se siente más cómoda—. Pues ellos estaban delante del Grindhouse y

yo estaba..., ¿sabe dónde queda el cajero automático del HSBC, el que está al lado de la librería?

—Sí. —Lo anoto al mismo tiempo que afirmo con la cabeza—. Bien, esa es una distancia considerable, como unos veinte o treinta metros. Supongo que si tienes buena vista...

—Tengo una vista perfecta. —Otro pequeño acicalamiento—. El mes pasado fui al oculista, puede comprobarlo.

—Entonces, ¿estás segura al cien por cien de que era Naomi? —pregunto, apretando el nudo—. Tu padre habla con muchas chicas.

Un poco de crueldad puede hacer que un sospechoso pierda los nervios. Marcus me mira como si le hubiera pisado la patita a un cachorrito.

—Era ella, sin ninguna duda. Aquel pelo tan horrible que tenía se distinguía a un kilómetro. — Marcus la mira con el ceño fruncido, y ella articula un pequeño «lo siento» con los labios.

—Fabuloso. Es todo fabuloso —digo dando una palmada como una completa idiota. Pero mi gesto surte el efecto deseado: Marcus se relaja visiblemente y Clara se estira un poco. De manera que a continuación entro directa a matar—. Pues ya solo necesitamos averiguar cuándo los viste. Ya sé que has dicho que ocurrió hace aproximadamente un mes y que no puedes ser más concreta, pero la verdad es que es un dato muy importante, Clara. Te convertirás en la estrella de esta comisaría si eres capaz de acotar la fecha un poco más.

Necesito que se comprometa con una fecha que podamos demostrar que es errónea. Un abogado defensor astuto podría aducir que, por término medio, para una chica de diecisiete años el tiempo no pasa igual de rápido que para los miembros más veteranos de nuestro jurado, ja, ja, ja. Como ella tiene toda la vida por delante, podría argumentar, los días pueden parecerle años, y dos semanas bien podrían parecerle un mes a una adolescente ensimismada en batallar con el estrés de los exámenes de acceso y las solicitudes de plaza en la universidad.

Necesito una fecha, una anécdota, una mentira de la que ella no pueda retractarse.

Clara tiene la cara compungida; es tan buena actriz como su madre.

—Veamos, fui al Grindhouse a pedir dinero para comprarme un libro de texto, y necesitaba ese libro en particular para un trabajo que tenía que entregar como muy tarde el viernes 27, de modo que tuvo que ser antes de esa fecha. Probablemente la semana anterior, porque necesitaría tiempo para hacer el trabajo.

Hago un cálculo rápido.

—¿La semana que empezaba el 16 de octubre, entonces?

Ella también realiza el cálculo, está claro que no se fía de mí.

—Sí, pero hacia finales de semana, el jueves o el viernes. De lunes a miércoles estoy el día entero en la universidad.

—Entonces, ¿fue el 19 o el 20?

—Sí. —O sea, diez días enteros antes de que Naomi se tiñera el pelo. Steele, en vez de soltar un enorme «¡Yuhu!», aspira delicadamente por la nariz—. Perdona, supongo que podría haber hecho este cálculo la vez anterior, pero es que el tipo que me tomó declaración parecía tener un poco de prisa. Usted es mucho más concienzuda.

«Me siento honrada.»

Saco una impresión de pantalla y la giro hacia Clara. Es un mensaje y una fotografía que envió Naomi a su hermana el domingo 29.

¿Qué te parece mi nuevo color de pelo? Mamá se pondrá furiosa. ☺

Doy unos golpecitos en el papel.

—Voy a pasarte un dato, Clara. Sabemos que esta foto fue tomada el día en que Naomi se tiñó el pelo de color lila. ¿Puedes decirnos qué dice la fecha?

Clara la mira de cerca y al instante se le va todo el color del rostro.

—Domingo, 29 de octubre.

—¿Cómo saben eso? —interviene Marcus en tono irritado—. Podría habérselo teñido unos días antes y no haber tenido oportunidad de enviar la foto hasta el 29.

—Esto... —se lanza Steele en picado—, usted no es el abogado de Clara, señor Connor. Usted se encuentra aquí para asegurarse de su bienestar, no de su libertad. —Una pausa—. Aunque no es una mala observación.

«Libertad.» Esta palabra los golpea de lleno a los dos.

—Pues vamos a aclararlo, si les parece. —Pongo otras dos fotografías encima de la mesa, la una al lado de la otra—. Esta fue tomada en el hotel Soho el viernes 27; en ella Naomi está rubia, como se puede ver. Y en esta otra... —Naomi posando con un guardián de la Torre de Londres— ... es del día 19 de octubre, más o menos la fecha en que Clara afirma haberla visto con Joseph. Otra vez rubia.

—Debo de haberme confundido con las fechas —balbucea Clara. Ha desaparecido la chica obsesionada con acicalarse de hace unos minutos, y la que ahora ocupa su lugar es una adolescente cagada de miedo cuya vida acaba de sufrir un giro brusco.

—Venga ya, Clara, tú eres muy lista. No creo que te confundas muy a menudo.

Marcus no puede contenerse.

—Su vida acaba de ponerse patas arriba, así que no es de extrañar que confunda las cosas. No sea tan dura con ella, ¿quiere?

—Ya van dos veces, señor Connor —lo reconviene Steele de nuevo—. Usted está aquí para apoyar a Clara, no para hablar por ella.

—Sería menos dura con ella —digo dirigiéndome a Marcus— si la diferencia fuera de uno o dos días, pero no siendo de casi dos semanas. —Clara tiene la mirada fija en la mesa; bajo la cabeza para mirarla a los ojos—. Clara, es evidente que has mentido. Respecto de eso no cabe discusión posible. Lo único que queremos saber es por qué.

Clara no me responde, pero yo sigo presionando de todos modos.

—¿Te acuerdas del otro día, cuando estuve en tu casa? Me dijiste que querías cuidar de tu madre igual que ella ha cuidado de ti. ¿Era eso lo que estabas haciendo? ¿Intentar protegerla, intentar ayudarla? —Bajo otro poco más la cabeza y me acerco más—. ¿O es más bien que ella te está protegiendo a ti, Clara? Sea lo que sea, yo creo que tu madre te ha dicho que mientas, que digas que viste a tu padre y a Naomi juntos.

Clara levanta la cara a escasos centímetros de la mía.

—No. No es así.

Hay algo en su tono tembloroso e indignado que me empuja a creerla cuando dice eso, aunque no crea ninguna otra cosa más. Pero no puedo. Con independencia de quién sea la persona que asesinó a Naomi, Rachel Madden ha tenido algo que ver, estoy segura.

Pruebo otra táctica.

—Verás, si crees que tu madre te está protegiendo, estás equivocada.

—Clara, recuerda que puedes irte cuando quieras —le dice Marcus mirando furioso a Steele—. Y antes de que usted me diga nada, tengo permiso para recordarle sus derechos.

—De hecho, Clara no tiene permiso para irse —replico yo en tono sereno—. Dentro de un momento voy a acusarla de obstrucción a la justicia.

Clara vuelve a bajar la cabeza. Está musitando en voz baja: «Esto no está ocurriendo, esto no

está ocurriendo...». Doy una fuerte palmada en la mesa para recuperar su atención. Y el truco funciona.

—¿Sabes lo que quiere decir eso, Clara? —Todavía está murmurando, pero ahora me mira a la cara—. Puede acarrear una condena perpetua, aunque no voy a insultarte amenazándote con eso; tú conoces la justicia penal y sabes que eso sucede en muy raras ocasiones. Pero sí que te enfrentas a un par de años de cárcel. Obviamente, después de que hayas cumplido la condena, todavía serás lo bastante joven como para rehacer tu vida, pero ya puedes despedirte de toda esperanza de tener esa «carrera profesional como Dios manda» en Derecho o en Criminología.

Marcus tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, no haga esto —dice haciendo un duro esfuerzo para contener el llanto—. Esto no es justo...

Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Y eso es lo que le he dicho a tu madre, Clara. Sí, le he dado la oportunidad de salvarte. Le he dicho: «Admite que tú mataste a Naomi, y que conseguiste la ayuda de Clara para incriminar a Joseph, y probablemente podremos basar la defensa de Clara en el hecho de que actuó coaccionada, y lo más seguro es que ni siquiera vaya a la cárcel». Pero tu madre no ha querido admitirlo. ¿Y sabes por qué creo yo que no ha querido? Porque a Naomi no la mató ella, pero sabe que la mataste tú. Y también lo sabe tu padre. Por eso no quiere desvelar quién lo está incriminando. Un encanto, la verdad. Y tú que pensabas que no le importabas un pito.

La expresión de Clara es como si hubiera aterrizado en Marte sin oxígeno. La de Marcus es todavía peor.

—¿Qué ocurrió? —pregunto sin disminuir el ritmo ni la presión—. ¿Los viste hablando en la fiesta? ¿Pensaste que Naomi era igual que todas las otras «quiero y no puedo»? Debió de dolerte bastante que una niña rica y trepa estuviera recibiendo tanta atención de tu padre cuando tú no recibías nada. Pero la cosa es que Naomi no era igual que ellas. Naomi era una chica normal, dulce y amable.

—Esto es demencial —dice finalmente Clara con una exclamación ahogada, apenas capaz de hablar y respirar al mismo tiempo—. Yo no he matado a nadie.

Marcus levanta las manos.

—En serio, basta ya. Paren de una vez. No es justo.

Doy otra vuelta de tuerca.

—Y, bueno, Clara, ya sabes lo que va a pasar. Tú sabes muy bien cómo tratan los medios de comunicación a las chicas como tú. Las chicas de la clase trabajadora se llevan muchos más golpes. Te llamarán puta pija. Fíjate en la pobre Abby Slater, ¡ella fue la víctima!

—¿Pero de qué va? —Vuelve a haber energía en su voz—. Ustedes están todos locos...

Voy a decir algo, pero me interrumpen unos golpes en la puerta.

Es Parnell.

—Jefa, ¿podemos hablar un momento?

Steele, para que conste en la cinta, anuncia su salida de la sala y a continuación sale. Clara, Marcus y yo nos quedamos en medio de un silencio inarmónico, oyendo las voces que murmuran en el pasillo. Al cabo de un espacio de tiempo que solo ha podido ser de unos treinta segundos, un minuto como mucho, Steele vuelve a entrar en la sala y se dirige directamente a la cinta.

—Se pone fin al interrogatorio a las 20:22.

Todos competimos por ser el que ponga más cara de no entender nada. Me parece que gano yo, sin la menor duda.

Steele permanece de pie.

—Señor Connor, acaban de informarme de que la compañía telefónica ha localizado el teléfono de su esposa funcionando en la zona de Turnpike Lane en las primeras horas del domingo 5 de noviembre, no mucho tiempo antes de que efectuara una llamada a la hermana de usted, Rachel, a la una de la madrugada.

Marcus pronuncia solo tres palabras: «Oh, Dios, no», y acto seguido hunde la cabeza entre las manos.

—Obviamente, esta información arroja dudas sobre lo que ha declarado su esposa: que aquella noche estuvo en casa charlando con Rachel y después se fue a dormir la resaca. Una declaración que usted ha respaldado. Si es tan amable de acompañarme ahora, podemos empezar a esclarecer todo este asunto. Es evidente que su esposa se enfrenta a acusaciones muy graves. —Acto seguido mira a Clara y luego a mí—. Acusa a la señorita Clara Madden de obstrucción a la justicia, y luego, creo que todos necesitamos un breve descanso.

Marcus levanta la cabeza, un esfuerzo sobrehumano.

—No, no, esto ya ha llegado demasiado lejos, tiene que acabar ya. —Las lágrimas que tiene en los ojos siguen resistiéndose a caer—. Vale, he sido yo. La he matado yo. Yo he matado a Naomi.

En Gran Bretaña es tradicional hacer un descanso para tomar un té. Ninguno de nosotros lo necesita más que Marcus Connor, que no está tan angustiado como destrozado, hasta tal punto que Steele insiste en tenerlo vigilado, por si le da por suicidarse, y después accede a concederle cinco minutos supervisados con su hermana, la persona con la que ha pedido repetidamente poder hablar.

Resulta que el encuentro entre ambos arroja muy poca luz. Solo montones de lágrimas, apretones de manos y la insistencia solemne por parte de Marcus de que ya ha llegado el momento de contar la verdad. Por si sirve de algo, y a los ojos de todos Marcus Connor ya no merece ni que le escupan encima, yo diría que su arrepentimiento es sincero. Si bien es cierto que cualquiera puede gruñir un «lo siento» o hacer brotar unos cuantos lagrimones si es necesario, ni siquiera el mejor actor del mundo es capaz de fingir la inconfundible palidez del sentimiento de culpa. Simplemente, no es posible borrar del rostro todo vestigio de esperanza, a no ser que uno sepa de verdad lo que se siente cuando uno desearía poder empezar la vida de nuevo.

Este es el final del trayecto para Marcus Connor y para mí. Steele ha decidido que yo estoy totalmente hecha polvo y no me encuentro en condiciones de soportar otro interrogatorio, de manera que el encargo pasa a Parnell y a Renée, y yo no tengo ningún reparo en admitir que, por una vez, me alegro.

Me alegro de quedarme en la sala de visionado con los pies subidos a la mesa.

Me alegro de tener puestos los auriculares y la cabeza echada hacia atrás.

Me alegro de tener los ojos cerrados, para no tener que mirarlo a él.

Porque, después de siete días y varios testigos, incontables interrogatorios y una avalancha de mentiras, lo único que me interesa ahora es lo que le sucedió a Naomi Lockhart.

Policía Metropolitana GRABACIÓN DE INTERROGATORIO

PARNELL: Este interrogatorio está siendo grabado en formato audiovisual y se aportará como prueba cuando su caso sea llevado ante el tribunal. Nos encontramos en la sala de interrogatorios n.º 2 de la comisaría de policía de Holborn. Hoy es martes, 14 de noviembre, y son las 22:09. Yo soy el sargento detective Luigi Parnell. También se halla presente la detective Renée Akwa. Haga el favor de decir su nombre completo y su fecha de nacimiento.

CONNOR: Marcus Robert Connor (*tose*), nacido el 16 de agosto de 1982.

PARNELL: También se halla presente Philippa Grayswood, su abogada. ¿Está de acuerdo en que no hay más personas presentes?

CONNOR: (*Inaudible.*)

PARNELL: ¿Podría repetirlo un poco más alto, por favor?

CONNOR: Sí.

PARNELL: Gracias. A continuación voy a advertirle oficialmente de que no está obligado a decir nada. Pero puede perjudicar su defensa si cuando se le pregunte no menciona algo que más tarde pueda servirle de apoyo en el juicio. Todo lo que diga podrá ser aportado como prueba. Además, aunque es obvio que se halla presente su representante legal, estoy obligado a recordarle que tiene derecho a solicitar un abogado gratuito e independiente, ya sea en persona o por teléfono, en cualquier momento. ¿Lo ha entendido?

CONNOR: Sí.

PARNELL: Al finalizar el interrogatorio, le entregaré una nota que explique lo que va a ocurrir con esta grabación y de qué modo usted o su abogada pueden acceder a ella. *(Pausa.)* Bien, Marcus, hace unos momentos estaba usted bastante alterado. Tengo entendido que su abogada le ha explicado que con mucho gusto aplazaremos este interrogatorio hasta mañana, pues comprendemos que estas últimas horas han sido muy angustiosas y que es importante que usted se sienta descansado y cómodo.

CONNOR: ¿Estas últimas horas? ¿Descansado? ¿Usted cree que he dormido algo en estos diez días?

PARNELL: Precisamente por eso queremos tener la seguridad de que usted se siente con fuerzas para ser interrogado.

CONNOR: No voy a sentirme con más fuerzas luego que ahora. Lo único que quiero es terminar con esto. Quiero decir la verdad. *(Pausa.)* ¿Qué va a sucederle a Clara?

PARNELL: Eso aún está por decidir, y no es de lo que hemos venido a hablar aquí. Tengo entendido por su abogada que usted desea hacer una confesión completa y sincera del asesinato de Naomi Lockhart.

CONNOR: No fue un asesinato. Fue un accidente. *(Se oye llorar al sospechoso.)*

PARNELL: Bien, pues este es el momento de explicar su versión de los hechos, Marcus. Y permítame que señale que la detective Akwa, su abogada la señora Grayswood y yo mismo no estamos aquí para juzgarlo ni para hostigarlo. Solo queremos saber qué ha sucedido. Es posible que durante este proceso le formulemos algunas preguntas, y le agradeceremos que las responda lo mejor que pueda. *(Pausa.)* De modo que empiece por donde considere que debe empezar. Tal vez contando cómo conoció a Naomi.

CONNOR: No la conocía. Una gran parte de lo que dije en mi primera declaración era verdad. Naomi trabajaba para Kirstie y la invitaron a la fiesta de fuegos artificiales que íbamos a dar. Llegó a primera hora de la tarde. Yo mismo le abrí la puerta y la vi sonriente y simpática. Había hecho una enorme ensalada de patata con la que había venido cargando en el autobús, y me pareció un detalle muy amable por su parte. Ya era más de lo que habían traído los otros invitados. *(Se oye llorar al sospechoso.)*

PARNELL: Marcus, todavía estamos intentando establecer una secuencia exacta de los hechos sucedidos el último día de vida de Naomi. Sé que ya se lo hemos preguntado antes, pero ahora que está hablando más abiertamente, ¿puede arrojar algo de luz sobre la hora en que llegó Naomi a su casa? Podría ser importante para cualquier pesquisa. Es importante para los familiares de Naomi.

CONNOR: *(El sospechoso se suena la nariz.)* Lo único que puedo decir es que aún no se había hecho de noche, pero ya eran bastante más de las dos cuando llegaron los primeros invitados, porque recuerdo haber notado a Naomi un poco perdida cuando vio que

todo el mundo llevaba ya un buen rato emborrachándose. No creo que conociera bien a muchos de ellos, a pesar de que eran sus compañeros de trabajo, y, bueno, aparecer en un salón lleno de gente bebida es duro para cualquiera, y más todavía para una persona que es un poco tímida.

PARNELL: ¿Cómo supo que Naomi era tímida? Acaba de decir que no la conocía. ¿Es cierto eso, Marcus? Si está ocultándonos alguna información, la verdad es que no vamos a poder ayudarlo.

CONNOR: *(Agitado.)* Le estoy diciendo la verdad. Kirstie la había mencionado de pasada, nada más. Había comentado que su asistente personal no hablaba mucho, que era una persona muy reservada.

PARNELL: Entonces, ¿en qué momento volvió a hablar usted con Naomi?

CONNOR: En realidad no volví a hablar con ella. Le sonreí al pasar unas cuantas veces. Es posible que le preguntase si le apetecía tomar una copa, algo así, no lo recuerdo. Sinceramente, no le presté demasiada atención.

PARNELL: Hábleme de esa tarde.

CONNOR: Todo empezó bien, conversando de trivialidades, un montón de niños ricos dándome consejos sobre cómo reformar la casa. Pero, como siempre, la cosa empezó a desmadrarse. De entrada, yo no quería dar aquella fiesta. Ya habíamos dado una unos meses antes y me había encontrado con dos personas cortando coca encima de un pupitre azul que hay en el dormitorio de mi hijo. ¿Sabe lo que me contestaron cuando les pregunté qué cojones estaban haciendo? «Oh, perdón, es que el baño estaba ocupado.» Después de aquello juré que aquella era la última vez, pero Kirstie es experta en convencerlo a uno. Además, me prometió que esta vez no iba a haber nada de droga. «Solo un chile con carne endiablado y unos cuantos fuegos artificiales», me dijo.

PARNELL: Acaba de decir que la cosa empezó a desmadrarse. ¿A qué se refiere?

CONNOR: Verá, el problema de Kirstie es que quiere volver a tener veintiún años. Quiere tener una familia, una casa bonita, tarjetas de visita y todo eso, pero en el fondo no le gustan las responsabilidades. Es curioso, porque cuando nos conocimos el rebelde era yo: delitos menores, robar coches, drogas. ¡Ja! Ella dice que aquello fue lo que la atrajo de mí y que después me volví aburrido. Pero no es que me volviera aburrido, simplemente maduré. Quise emplear mi vida en hacer algo bueno. Quise que otras personas tuvieran la segunda oportunidad que había tenido yo. Supongo que por eso fundé Be A Good Sport. *(El sospechoso hace una pausa. Transcurridos unos momentos, la abogada lo insta a que continúe.)* En cambio, a Kirstie no le interesa ir hacia delante, ella quiere volver atrás. Volver a la época en que consumíamos pastillas de dos drogas distintas tres o cuatro veces por noche y bailábamos hasta el amanecer. Yo diría que vio al resto de su equipo, todas personas jóvenes y despreocupadas, tomando drogas y le entraron ganas de sumarse a ellas, lisa y llanamente.

AKWA: Marcus, ¿vio usted a Naomi tomando drogas con su esposa? Pensamos que ambas consumieron la misma sustancia, la cual compraron a través de...

CONNOR: *(El sospechoso interrumpe.)* De ese puñetero Kieran Drake. Una reminiscencia del pasado. Normalmente, cuando un exconvicto de BAGS se sale del radar, es porque ha vuelto a delinquir o porque lo han metido en la cárcel. Kieran dejó de venir, pero yo vi en Facebook que seguía en la calle, dedicado a eso del entrenamiento personal, de

manera que pensé que a lo mejor ya no sentía la necesidad, no quería que le recordasen quién había sido anteriormente. (*El sospechoso ríe.*) ¡Qué equivocado estaba! Y qué equivocada estaba también Kirstie, o más bien qué borracha estaba. El muy idiota le dijo que se reuniera con él en el callejón que hay a un costado de la casa, como si fuese un magnate de la droga cerrando un trato importante. Ella no se percató de que la valla no era lo bastante alta y que yo veía sus cabezas asomando todo el tiempo. Debería haber salido a interrumpir aquello, ojalá lo hubiera hecho, pero es que estaba furioso con Kirstie. Pensé: «Adelante, compra dos gramos, diez gramos. Por mí, como si te tomas una sobredosis». Lo siento, ya sé que esto suena fatal, pero estaba rabioso. Me acordaba de la última vez, que tuve que limpiar los restos de coca del pupitre en el que mi hijo dibujó los dinosaurios. No soportaba ver aquello.

AKWA: Gracias por compartirlo con nosotros, Marcus. Todo esto resulta de gran utilidad para comprender el contexto. Le pregunto de nuevo si vio a Naomi consumiendo drogas con Kirstie.

CONNOR: Sí, las sorprendí a las dos. Bueno, las sorprendí porque no estaban siendo lo que se dice muy discretas. Kirstie estaba esnifando rayas de esa mierda encima de la mesilla de noche de nuestro dormitorio, y Naomi estaba probándose zapatos de Kirstie como si esta fuera su estupenda hermana mayor. Cerré la puerta y bajé al piso de abajo.

PARNELL: ¿A qué hora sucedió eso?

CONNOR: Alrededor de las ocho, me parece.

PARNELL: Bien, gracias. ¿Y qué ocurrió después?

CONNOR: Durante un rato, nada. Desde luego, después de aquello ya no volví a ver a Naomi; estuve principalmente en la sala de estar, discutiendo con Joseph sobre el *brexit*. Estaba tan furioso con Kirstie que preferí sentarme en una habitación con mi cuñado antes que tener que mirarla a ella. (*Pausa.*) Sea como fuere, los últimos invitados de Kirstie se marcharon a eso de las diez. Rachel y Joseph se fueron como media hora más tarde, y cuando subí al dormitorio me encontré a Kirstie tendida en la cama. Había vomitado en el suelo, y también en la cama, y estaba, en fin, tumbada encima de su propio vómito. Casi se me para el corazón. Pensé que a lo mejor estaba muerta, y no podía dejar de acordarme de lo que había pensado antes, lo de la sobredosis. Obviamente, no estaba muerta. Ni siquiera estaba desmayada, solo estaba..., no sé, como alelada. Pero no feliz. Tenía cara de asustada y no dejaba de farfullar: «Eso no era coca, eso no era coca». Le dije que le convenía tomar un poco de aire fresco, pero me contestó que le daba miedo salir a la calle y que me tendiera en la cama con ella. La verdad es que me entraron ganas de matarla, pero al mismo tiempo pensé que había estado allí arriba sola, atontada, asustada, mientras yo estaba abajo discutiendo de tratados comerciales... De modo que la hice vomitar, esa vez en la taza del inodoro, luego limpié el dormitorio lo mejor que pude y la llevé al dormitorio de invitados. Me tumbé con ella un rato, pero de repente me acordé de Naomi. A aquellas alturas Kirstie ya se había quedado dormida como un tronco. Desaparecida para el mundo.

PARNELL: ¿Le entró preocupación por Naomi?

CONNOR: Sí, así es. Kirstie, en fin, ya no consume drogas con tanta frecuencia, pero en su época sí que consumía mucho, y yo también. Lo que estoy diciendo es que está acostumbrada a las drogas y aun así tuvo una reacción adversa. Me había dado la

impresión de que Naomi no estaba tan acostumbrada, de manera que sí, me entró preocupación. De todos modos, me quedé allí otro poco más, pensando en eso, pero pasado un rato decidí que no quería correr el riesgo.

PARNELL: ¿Así que fue al domicilio de Naomi?

CONNOR: Sí. No estaba borracho, pero desde luego me había pasado un poco de la raya, de modo que cogí la bicicleta. Su casa estaba solo a unos tres kilómetros de la nuestra y me conozco todos los atajos, todas las callejuelas en las que hay poco tráfico.

AKWA: ¿Cómo sabía usted dónde vivía Naomi? ¿Se lo dijo Kirstie?

CONNOR: ¿Kirstie? Kirstie no estaba en condiciones de acordarse de eso. Y, aunque hubiera estado sobria, dudo que se lo supiera de memoria. No, hace unos años estuve jugando con Kieran al fútbol sala y casi todas las semanas pasaba a recogerlo y a dejarlo a su casa.

PARNELL: Marcus, se ha comentado anteriormente que la compañía telefónica ha ubicado el teléfono de Kirstie en la zona de Naomi. ¿Por qué cogió usted el teléfono de Kirstie?

CONNOR: Al principio no encontraba el mío. La casa estaba hecha una leonera, y empezaba a preocuparme que me lo hubiera robado uno de los pequeños depravados que trabajan para Kirstie. Es un iPhone X, salido al mercado justo el viernes anterior. De modo que pensé que de todas formas iba a tener que llevarme el de Kirstie, pero cuando lo cogí y vi en la pantalla un mensaje de Joseph, até cabos. Dejé de buscar el mío, cogí el suyo y salí de la casa. Mi idea era ver si Naomi se encontraba bien, y luego, en el camino de vuelta a casa, buscar un bar que cerrase tarde y mamarme hasta las cejas mientras examinaba el teléfono de Kirstie, qué triste.

PARNELL: ¿Qué decía el mensaje?

CONNOR: *(Pausa.)* Pues el caso es que ahora ni siquiera lo recuerdo. Algo relativo a la ropa que llevaba puesta ella ese día. Decía que el rojo siempre le sentaba bien, o algo así. Siempre he sabido que entre los dos había algo, así que en realidad no me llevé una sorpresa tan grande. *(Pausa.)* Da igual, todo eso pasó a ser insignificante después de lo que ocurrió a continuación.

PARNELL: Cuéntenoslo, Marcus. Lo está haciendo muy bien. Está obrando correctamente.

CONNOR: De todas formas, quisiera decir una cosa: aunque fueron Kirstie y su total estupidez los que condujeron a todo esto, quiero dejar claro que ella en realidad no desempeñó ningún papel. Sé que mi mujer no... no siempre me ha sido totalmente fiel, pero, bueno, adonde quiero llegar es a que ella no mintió en lo de que llamó a Rachel aquella noche. Sinceramente creía que la había llamado. Estaba tan atontada, tan confusa, que me creyó cuando yo le dije que ella había llamado a Rachel. Atribuyó el olvido a otra de sus lagunas mentales.

AKWA: ¿Del mismo modo que creyó a Rachel cuando esta le dijo que Joseph había hecho comentarios acerca de Naomi en presencia de ella? ¿Creyó que estaría tan borracha o tan drogada que se le había olvidado?

CONNOR: *(Silencio.) (Consulta con Philippa Grayswood.)*

AKWA: No pasa nada, Marcus. Más adelante podemos volver con el tema de Rachel. Continúe. Lo está haciendo muy bien. Llegó a casa de Naomi, ¿y qué sucedió?

CONNOR: *(Pausa.)* A ver, sé que aquí es donde ustedes quieren detalles, y yo deseo dárselos, se lo aseguro. Pero les juro por la vida de mi hijo Danny que hay partes que recuerdo borrosas. Todo sucedió muy deprisa. Un momento antes era una buena persona que quería ver si esa chica se encontraba bien y un minuto después era... era... el que... *(El*

sospechoso se desmorona.)

PARNELL: Marcus, ¿quiere hacer un breve descanso? Comprendemos que esto le resulte angustioso.

CONNOR: No, no. Quiero terminar de una vez. Quiero olvidarme de ello. *(El sospechoso se desmorona de nuevo.)*

PARNELL: Opino que debemos hacer un breve descanso. El interrogatorio se suspende a las 22:49. El sargento detective Luigi Parnell y la detective Renée Akwa abandonarán la sala durante un corto espacio de tiempo. Marcus, ¿quiere que le traigamos algo? ¿Más agua? ¿Una taza de té, quizá?

CONNOR: *(Inaudible.)*

GRAYSWOOD: Agua, por favor.

Regreso a la sala de crisis y me reúno con Renée y con Parnell en el despacho de Steele, que lleva una hora hablando por teléfono con el Crown Prosecution Service, intentando presentar cargos. El de Marcus es el fácil, el *fait accompli*. El de Rachel es un poco complejo, y el de Clara, como es delincuente juvenil, es aún más difícil. Con Kirstie Connor es posible que tengan cierta benevolencia, basándose en que ella se creyó efectivamente lo que le estaba diciendo Rachel y en que su hijo necesita conservar por lo menos a un progenitor.

Y luego está la pesadilla de Joseph Madden, por supuesto.

—Todavía va a tardar unos días en salir a la calle —informa Steele, cuya llamada han puesto en espera—. Mañana por la mañana se le informará, y el papeleo tardará uno o dos días.

—¿Qué implica eso para Clara? —pregunto yo, señalando que hay otra menor que necesita protección—. Con toda probabilidad, saldrá en libertad bajo fianza, y no puede seguir viviendo en ese piso después de salir libre. Fue ella la que incriminó a Joseph, por el amor de Dios, y aunque él no haya sido el asesino, en mi opinión sigue siendo un tipo peligroso. Me estoy acordando de Stacey Nash y de cuando me escupió a mí. Y no sabemos con seguridad que no intentara estrangular a Rachel. Que ella escogiera revelarlo en un momento sumamente conveniente no quiere decir que no haya sucedido.

—¿Clara no podría quedarse con Kirstie? —sugiere Renée. Resulta increíble que Kirstie, con su «completa falta de responsabilidad», vaya a resultar siendo la más responsable de todos en este tremendo embrollo.

—Es posible que Joseph se la tenga jurada también a Kirstie —apunto—. Sabe que fue ella la que nos contó que había intentado estrangular a Rachel. Sea verdad o no, yo no descartaría que buscara vengarse.

Steele tiene cara de preocupación, pero no le queda otro remedio que decir las cosas como son.

—Joseph no hizo esto, Cat. No podemos tenerlo encerrado porque nos asuste lo que pueda hacer. Hablaremos con Kirstie y con Clara, después de que Clara salga en libertad, y les diremos lo que tienen que hacer para protegerse y que nos llamen si están preocupadas. Es todo cuanto podemos hacer. De Rachel no tenemos necesidad de preocuparnos; de ninguna manera va a salir en libertad bajo fianza, de forma que a ese respecto ella está protegida.

De pronto asoma la cabeza de Seth por la puerta.

—Jefa, Rachel Madden insiste en querer hablar con Cat. Por lo visto tiene mucho que contar y quiere contarle ahora mismo.

Steele levanta una ceja.

—¿Qué sabrá? Dile... ¿Cómo era eso que decía tu madre? Dile que «de nada sirve querer». Y

dile que Cat necesita una cura de sueño.

Le río la gracia, creo que es la primera vez que río en todo el día, y después todos volvemos a ocupar las posiciones que teníamos: Steele continúa en espera con el CPS, por enésima vez; yo me instalo de nuevo en la sala de visionado, con los ojos cerrados y los auriculares puestos. Y Parnell y Renée vuelven a contemplar cómo un hombre se destruye a sí mismo, ante sus propios ojos.

PARNELL: Son ahora las 23:07. Nuevamente se hallan presentes en la sala de interrogatorios n.º 2 el sargento detective Luigi Parnell, la detective Renée Akwa, Marcus Connor y Philippa Grayswood, abogada del señor Connor. Marcus, ¿está de acuerdo en que no hay más personas presentes?

CONNOR: Sí.

PARNELL: ¿Puede confirmar, para que conste en la cinta, que no tiene inconveniente en continuar con el interrogatorio y que ha sido informado de que puede interrumpirlo en cualquier momento si siente cansancio o profunda ansiedad?

CONNOR: Sí.

PARNELL: Bien. Estaba usted contándonos que llegó al domicilio de Naomi Lockhart. ¿A qué hora fue eso?

CONNOR: Sinceramente, no lo sé. No pude tardar más de quince minutos en llegar hasta allí en la bicicleta, pero no sé a qué hora salí de casa. Estaba enfadado por el mensaje de Joseph; en realidad no presté atención.

PARNELL: Bien, permítame que yo lo ayude. Usted llamó a su hermana Rachel a la 01:03 desde la casa de Naomi, suponemos que para contarle lo que había ocurrido. Así pues, usted había llegado allí mucho antes.

CONNOR: *(Silencio.)*

AKWA: Marcus, a donde el sargento detective Parnell quiere llegar es a la siguiente pregunta: ¿mató usted a Naomi nada más llegar y a continuación llamó a Rachel? ¿O llevaba usted ya un rato en su casa?

CONNOR: *(Consulta con su abogada.)* Cuando llegué allí serían probablemente las 00:15.

PARNELL: ¿Y Naomi estaba muerta cuando usted llamó a Rachel?

CONNOR: *(Consulta con su abogada.)* Naomi murió más o menos media hora después de que llegara yo. *(Se oye la respiración del sospechoso.)*

PARNELL: ¿Puede relatarnos lo que sucedió? De la forma más detallada posible.

CONNOR: Fue un accidente. Yo estaba intentando ayudarla. *(Ríe.)* Hay que joderse, a esto termina llevándolo a uno el ser buena persona. Debería haber seguido siendo un cabrón. Debería haber continuado con mi vida de antes. Así, por lo menos, sería culpa mía. Quiero decir, sé que esto ha sido culpa mía, pero... *(Pausa larga.)* En fin, cuando llegué, todas las luces estaban apagadas. Abrigué la esperanza de que aquello quisiera decir que Naomi no había vuelto a casa, que andaba por ahí con otra gente; de ese modo, por lo menos, si se pusiera enferma, no estaría sola.

AKWA: ¿Cómo sabía usted que Kieran no estaba en casa?

CONNOR: No lo sabía. Pero si hubiera estado, yo habría matado dos pájaros de un tiro, imagino: comprobar que Naomi se encontraba bien y decirle a él que si volvía a suministrarle droga a mi mujer, el entrenamiento personal lo iba a hacer en la cárcel.

AKWA: De acuerdo. Continúe.

CONNOR: Llamé un par de veces al timbre. Ya estaba a punto de marcharme cuando de pronto se encendió una luz en la parte de atrás de la casa. Por el tiempo que tardó Naomi en

llegar hasta la puerta, deduje que estaba pasando algo. Preguntó «¿quién es?» con una voz que me sonó muy rara. A ver, en realidad yo no sabía muy bien cómo era su voz, pero sé reconocer el miedo en el tono de voz de la gente. Hablé con ella un minuto a través del buzón, le dije quién era y le pregunté si se encontraba bien. Ella estaba como sollozando. Le pregunté si Kieran estaba en casa, porque se me cruzó por la mente que a lo mejor le había hecho daño o algo, pero me respondió que no estaba, que se había ido de viaje unos días, que estaba completamente sola y que iban a hacerle daño. Pensé en llamar a la policía, en serio, pero ya saben, con lo de Kirstie... No podía... Se habría descubierto todo y... Dios, no tengo ninguna excusa, ya lo sé. Debería haber llamado pidiendo socorro. No sé por qué puñetas no lo hice.

PARNELL: No piense en lo que debería haber hecho, Marcus, límitese a contarnos lo que sucedió. Es la mejor manera, de verdad.

CONNOR: Naomi no quería dejarme entrar. Yo la oía desde el otro lado de la puerta diciéndome: «Te ha enviado ella. Ella me odia. Quiere verme muerta». La casa estaba a oscuras, ni siquiera había encendido la luz de la cocina. Yo no sabía qué hacer. No podía llamar a la policía, pero tampoco podía dejarla así sin más, de modo que me puse un poco..., bueno, supongo que me puse un poco agresivo con ella. Le dije que si no me dejaba entrar para ver qué podíamos hacer para que se sintiera mejor, porque era obvio que estaba teniendo un mal viaje o algo parecido, entraría de todos modos. Forzaría la cerradura, rompería el cristal de la ventana. En resumen: que pensaba entrar y se acabó. Pensé que a lo mejor ella se ponía a chillar y me arrepentí de decirle eso, pero lo que hizo fue callarse totalmente. Pasado un minuto, abrió la puerta y se apartó. Yo entré en la casa y encendí la luz, y la vi allí de pie, a medio metro de mí, con un puto cuchillo de cocina en la mano. Tenía una expresión... como ida. Como de no encontrarse en su sano juicio. Estaba sudando y tenía los ojos muy abiertos. Kirstie se había puesto enferma, pero por lo menos había vomitado; estaba hecha polvo, pero sabía lo que hacía, ¿comprenden? Naomi no.

PARNELL: Entonces, para aclarar las cosas, ¿usted creyó que Naomi estaba sufriendo una reacción a las drogas que había consumido junto con su esposa?

CONNOR: Sí, y no sabía qué era lo que habían consumido. Supuse que era cocaína, eso fue lo que me pareció cuando vi a Kirstie cortándola en nuestro dormitorio, pero más tarde Kirstie repetía continuamente: «Eso no era coca», así que no sabía qué era lo que tenía entre manos. A ver, uno lee que hay gente que se pone de *crystal* hasta arriba, hasta que se le salen los ojos, y allí estaba yo, en aquella minúscula cocina, con una chica colocada hasta las cejas que me apuntaba con un cuchillo. (*Se oye al sospechoso llorando.*) En aquel momento debería haber llamado a la policía, lo sé..., pero no podía arriesgarme a que saliera todo a la luz. Mi ONG podría quedarse sin financiación, y de todas formas creí que iba a poder reducir a Naomi. No es la primera vez que me las veo con una persona que está teniendo un mal viaje, y no me estoy refiriendo a mi juventud, sino a mi trabajo. A los chicos con los que trabajo, los exconvictos. Sinceramente, pensé que iba a poder dominar la situación.

AKWA: Marcus, bastante al principio de esta investigación, le tomamos declaración al propietario de una licorería que vive en la misma calle en que vivía Naomi. Afirmó que Naomi entró en su tienda justo antes de las nueve y media de aquella noche y que estaba perfectamente bien. (*Pausa.*) Hum, aquí la tengo: «A lo mejor estaba un poco achispada, porque hablaba más de lo normal. Cuando le di el cambio me llamó

“cielo”, pero, aparte de eso, no le noté nada raro».

CONNOR: ¿Y qué?

AKWA: Pues que usted afirma haber visto a Naomi consumiendo drogas a eso de las ocho, así que resulta extraño que este tendero la viera perfectamente normal.

CONNOR: En realidad, no he dicho que la viera en el acto mismo de consumirlas. He dicho que vi que estaba en la habitación mientras Kirstie cortaba la droga y que luego, más tarde, Kirstie me dijo que Naomi también había consumido. Y de todos modos, dependiendo de la droga que sea, puede tardar un tiempo en hacer efecto. A veces horas, si es una sustancia barata. Kirstie debió de percatarse de que allí pasaba algo, porque una raya de coca tiene que hacer efecto en cinco o diez minutos, dependiendo de la cantidad, pero para entonces estaba tan borracha que simplemente pensó que era de mala calidad, cosa lógica, dado que se la había suministrado Drake. Cuando la droga es mala, uno consume más, mientras espera a sentir los efectos. A saber qué era lo que estaban tomando.

PARNELL: Benzo Fury. Una sustancia que antes considerábamos «droga legal», hasta que hace unos años los tribunales entraron en razón. En forma de polvo parece cocaína, pero imita al éxtasis y a otras anfetaminas, así que no es de extrañar que reaccionasen de manera anómala. Si uno está esperando una sensación, pero obtiene otra, se vuelve loco. No es un alucinógeno típico, de modo que Naomi no tuvo un «mal viaje» en el sentido propio del término, sino angustia, pánico, paranoia extrema... No son cosas tan raras. Con razón se prohibió esa sustancia.

CONNOR: *(Pausa.)* Joder. Así es exactamente como estaba Naomi. No dejaba de preguntarme si me había enviado Kirstie. ¿Pensaba que Kirstie quería matarla! *(Eleva la voz.)* ¿Van a procesar al cabrón que le vendió esa mierda? Porque todo esto es culpa de él. Todo este follón era para que Kieran Drake pudiera ganarse un dinero.

PARNELL: Eso no le compete a usted, Marcus. Continúe, ¿qué ocurrió después?

CONNOR: *(Pausa.)* Pues..., de entrada, conseguí tranquilizar un poco a Naomi. Por lo menos soltó el cuchillo. Como digo, no era la primera vez que trataba con una persona que está sufriendo un ataque de angustia inducido por las drogas, de modo que sabía qué es lo mejor que se puede hacer en un caso así: hablarle, decirle que imite mi respiración, decirle constantemente que se le pasará, que no es más que el efecto de la droga; y después empecé a contarle pequeñas anécdotas de Kirstie, solo para calmarla. Ella tenía metido en la cabeza que Kirstie era un monstruo, así que pensé que le sentaría bien que me burlase un poco de ese monstruo. Le conté que Kirstie se había metido en la ducha con los vaqueros puestos y que también estaba bastante perjudicada. Aquello pareció funcionar. Naomi todavía estaba tensa, pero se la notaba menos..., no sé, menos aterrorizada, supongo. *(El sospechoso hace varias inspiraciones.)* Pero luego, en cuanto dejé de hablar todo el rato y de repente se hizo el silencio, volvió a estar agitada.

PARNELL: ¿A qué se refiere al decir «agitada»? ¿Volvio a coger el cuchillo?

CONNOR: No, pero no dejaba de mirarlo.

PARNELL: De acuerdo, continúe.

CONNOR: Bien, la luz de la cocina era muy fuerte y parpadeaba un poco, debía de hacer falta cambiar la bombilla, de modo que pensé que a Naomi no le vendría mal trasladarse a un lugar más tranquilo. Me acordé de que en una ocasión me dijeron que cuando una persona está teniendo un mal viaje es bueno cambiarla de entorno y llevarla a un sitio

donde se sienta más segura. *(Pausa.)* Así que le dije que le convenía echarse un rato y le pregunté dónde estaba el dormitorio. No se me ocurrió que ella pudiera entender que yo estaba intentando algo, porque era lo último que se me pasaría por la cabeza. Pero cuando di un paso hacia ella y le puse las manos en los hombros, solo para conducirla por el pasillo, porque le costaba mantenerse de pie, se puso hecha una furia. Una furia de verdad. Intentó arañarme, pero como yo, en el intento de sostenerla en pie, la tenía sujeta por los brazos, no pensé que pudiera llegar a hacerme daño. Pero de pronto se lanzó contra mí y me dio un cabezazo en el pecho con tanta fuerza que me empujó contra el fregadero. Increíble.

PARNELL: De acuerdo, ¿de manera que ella lo agredió primero?

CONNOR: Sí, pero la cosa es que se puso a chillar, a mí me entró el pánico y le di una bofetada. No era mi intención hacerle daño, lo único que pretendía era que dejase de chillar, nada más. Y lo conseguí: durante un minuto guardó silencio, aturdida. Pero no duró más. Volvió a arremeter contra mí, de cabeza, así que yo le di un empujón. Salió despedida contra un armario de cristal y se hizo una brecha en la cabeza. Dios... Y cuando se vio los dedos manchados de sangre... No chilló ni gritó, pero empezó a hablar con una voz grave, rarísima, y a decir que Kirstie y yo éramos malas personas, asesinos en serie. Dijo que iba a contarle a la policía que yo había ido a su casa, que había intentado meterla a la fuerza en su dormitorio, que había intentado violarla. ¿Cómo que violarla? ¡Yo no había hecho más que intentar ayudarla! *(Silencio.)*

PARNELL: Continúe, Marcus. *(Se oye al sospechoso llorando.)* Ya casi ha terminado. Lo está haciendo muy bien.

CONNOR: *(Llorando.)* Aquí es donde todo se vuelve borroso. Lo único que recuerdo es que Naomi estaba enfurecida, rabiosa. Era muy injusto que yo hubiera ido allí para ayudarla y que ahora se pusiera a amenazarme con todo aquello. Además, todo iba a salir a la luz, todo. No me quedó otro remedio. Así que la agarré por aquí *(El sospechoso se agarra el cuello por debajo de la barbilla.)* y yo... le empujé la cabeza hacia atrás...

PARNELL: ¿Qué quiere decir con que le «empujó» la cabeza hacia atrás?

CONNOR: Pues que... *(El sospechoso hace un movimiento de empujar con fuerza.)* Se la estampé. Le golpeé la cabeza contra el borde del armario de cristal. Se la golpeé una y otra vez. Cada vez más fuerte. *(Pausa larga.)* Hasta que vi que estaba... muerta.

(Se oye al sospechoso llorando.)

PARNELL: De modo que no fue un accidente. La primera vez sí, eso se puede argumentar que fue defensa propia, pero usted es mucho más corpulento que ella, podría haberla reducido y habernos llamado a nosotros.

CONNOR: Usted no lo entiende. No podía.

PARNELL: Entiendo que habría sido difícil para usted, pero era lo que debería haber hecho. En vez de llamar a la policía, lo que hizo fue perder los nervios y golpearle la cabeza a Naomi, repetidamente, contra aquel borde afilado, y eso es asesinato, Marcus.

(Se oye al sospechoso llorando.)

PARNELL: ¿Y después llamó a Rachel? ¿Para qué? ¿Para que su hermana mayor lo ayudase a limpiar el estropicio?

CONNOR: *(En voz muy baja.)* Naomi estaba hecha una furia. No había forma de razonar con ella. Y todo iba a salir a la luz. Tenía que frenarla.

PARNELL: *(Más alto.)* Céntrese en Rachel. ¿Qué papel desempeñó ella?

CONNOR: Que Rachel se defienda sola. Yo estoy intentando decirle por qué tuve que hacer lo que hice. Naomi era una loca, iba a...

PARNELL: *(Interrumpe.)* No, no era una loca. Era una joven normal de veintidós años que, ingenuamente, y es probable que animada solo por el deseo de integrarse, tomó drogas en una fiesta y después terminó muriendo desangrada en el suelo de una mísera cocina, a seis mil kilómetros de los amigos y los familiares que la querían. En esa cocina, en un momento dado, usted tuvo la oportunidad de escoger y escogió mal, Marcus. Y va a tener mucho tiempo para reflexionar sobre ello. Mucho tiempo.

CONNOR: *(El sospechoso se suena la nariz.)* No me entiende. Yo no tenía...

PARNELL: Sí tenía. Podría habernos llamado y habernos contado lo sucedido, exactamente tal como nos lo ha contado ahora, y pienso que, con toda probabilidad, nosotros habríamos creído su versión de los hechos y Naomi aún estaría viva.

CONNOR: No podía... No podía correr el riesgo.

PARNELL: ¿Qué riesgo? ¿El de que no lo hubiéramos creído?

CONNOR: Cuando Naomi se hizo la brecha en la cabeza, supe que estaba jodido. Verán, durante todo este tiempo yo estuve con los guantes puestos; los necesitaba para montar en bicicleta, y en aquella casa hacía tanto frío que no me los quité. Pero sabía que si los llamaba a ustedes, aunque creyeran que había actuado en defensa propia, aun así probablemente tendrían que detenerme. Y si me detenían, me tomarían las huellas.

PARNELL: ¿Y por qué iba a representar eso un problema, Marcus?

CONNOR: ¿Rachel ya ha dicho algo?

PARNELL: ¿Por qué no quería que le tomásemos las huellas?

CONNOR: Dígame qué es lo que ha dicho Rachel y le responderé a esa pregunta.

PARNELL: En fin, Marcus, no es así como funciona la cosa, pero ya que ha decidido sincerarse con nosotros, le diré que Rachel todavía no ha dicho nada en relación con este crimen. Ahora que ya he satisfecho su curiosidad, responda a mi pregunta.

CONNOR: *(Pausa larga.)* Pues, en ese caso, imagino que la cosa depende de mí. Él no va a salir impune de todo, también debe ser castigado. Él es el problema. Él es el veneno.

PARNELL: ¿A quién se refiere? ¿De qué está hablando? ¿Por qué no quería que le tomáramos las huellas?

CONNOR: *(Riendo.)* Ja, y dicen que un rayo nunca cae dos veces en el mismo sitio. Ocurrió exactamente igual que con la otra. Joseph siempre ha dicho que, solo con que se hubiera calmado un poco, aún estaría viva.

«La otra.»

Naomi Lockhart y Abby Slater. La chica del soleado estado de Adelaida y la chica de la urbanización Paulsgrove de Portsmouth.

En estos momentos debería levantarme de un salto, volver a la carrera a la sala de crisis, entrar como una exhalación en el despacho de Steele y gritar: «¡Lo sabía! ¡Lo sabía!».

Pero es que no lo sabía. Creo que, volviendo de Portsmouth en el tren, durante un nanosegundo quizá lo sospeché de forma muy vaga, muy lejana. Quizá reparé unos segundos más en una de las muchas cosas que me dijo Lydia Coe: «La conversación empezó a derivar hacia el tema de la investigación: qué tal iba, si habían aparecido pistas nuevas tras la reconstrucción, si la policía había hecho su trabajo, esa clase de cosas».

«Pero tenemos las huellas dactilares de Madden y no han aparecido en ninguna coincidencia», eso fue lo que me susurró mi subconsciente. Por eso descarté esa idea antes siquiera de que

hubiera tenido la oportunidad de arraigar. Sinceramente, no se me ocurrió, ni a mí ni a nadie, para ser justos, que hubieran sido dos. Dos, los que robaron aquella noche del año 2002 en el pub Jack of Hearts. Solo uno de ellos tuvo la mala suerte de dejar sus huellas.

De manera que Joseph no estaba protegiendo a Clara; estaba protegiendo a Marcus a fin de protegerse a sí mismo. Sabía que Marcus, y probablemente Rachel, le estaban preparando una trampa para incriminarlo del asesinato de Naomi, pero sabía que si Marcus era detenido, de todas formas le caería la cadena perpetua, porque con toda seguridad Marcus lo arrastraría a él.

Y eso es exactamente lo que Marcus se dispone a hacer.

CONNOR: Quiero denunciar a Joseph Madden por el asesinato de Abby Slater. Sé que lo cometió él porque estuve presente. Sin embargo, no participé en absoluto, lo hizo exclusivamente Joseph. Ojalá no hubiéramos ido allí aquella noche. Ojalá Joseph no hubiera hecho aquello. Para serles sincero en este momento, desearía no haber nacido.

(Se oye al sospechoso llorando.)

32

Miércoles

«De modo que necesitaba ocupar el sitio de Rachel y Clara, ahora que Rachel ha encontrado una diversión en Portsmouth y que Clara está deseando poner tierra de por medio.»

Debería haberlo visto. Da igual las veces que me diga Parnell que no me autocastigue tanto; debería haberlo visto.

Cuando volvemos a ver el interrogatorio, cosa que hemos hecho ya cuatro veces esta mañana, cuesta trabajo ver algo más. Resulta de lo más obvio que lo que provocó a Joseph no fue Clara, sino lo de Portsmouth. Portsmouth fue lo que cambió las normas. Portsmouth fue lo que me puso a Joseph delante de la cara.

Deberíamos haberlo visto ambos, concede Parnell finalmente. Él también estaba presente en el interrogatorio. Él me permitió que continuara presionando a Madden, que lo provocara con el tema de Clara, que riera diciéndole que dentro de poco iba a abochornarla y que, una vez que ella empezara a codearse en la universidad con compañeros de clase media, dejaría de verle el pelo.

Pero a Joseph Madden todo eso le importó un comino.

En ninguno de sus interrogatorios aparece una mínima mención de Clara. Ni una petición de verla. Ni una sola vez se interesa por saber cómo está soportando todo esto. Yo debería haber advertido eso por lo menos, ¿no? Debería haberme dado cuenta de que apenas se le estaba pasando su hija por la cabeza.

Pero, claro, a toro pasado todo se ve con más claridad, y en esta profesión la clarividencia es una rareza. No podemos analizar riesgos como hace mi querido Aiden. No podemos predecir cómo van a actuar las personas, qué nos van a contar y qué nos van a ocultar.

Pero, así y todo, probablemente debería haber visto esto.

De todas maneras, algo veo en el expediente de las pesquisas realizadas sobre Stacey Nash. A pesar de que Steele prometió que sería ella quien lo leyera personalmente de cabo a rabo, al final soy yo la que termina estudiándoselo. En parte porque Steele ahora no tiene tiempo, con todo el revuelo que se ha armado en su querida comisaría, y en parte porque sabe que yo voy a hacerlo bien.

Es un gesto de confianza por el que le estoy agradecida.

Y, además, paga dividendos. Bueno, como mínimo me proporciona material para reflexionar.

Entre el fajo de papeles que forman las declaraciones, las anotaciones, los testimonios, los informes, encuentro una cosa: una carta de la madre de Stacey dirigida al forense, relativa a algo que los familiares de la fallecida tienen todo el derecho a hacer. Cuatro páginas escritas a mano en las que se aportan ejemplos de la fortaleza que poseía su hija, de las numerosísimas veces que Stacey Nash simplemente se había negado a permitir que la vida le robase la vitalidad.

Cuando ya llevo leídas tres páginas, me llama la atención uno de esos ejemplos.

Stacey nunca permitía que la vida pudiera más que ella. En los seis meses anteriores a su muerte le causaron destrozos en el coche y le entraron a robar en casa, y, sin embargo, ella bromeó diciendo que el que le rayó el coche con una llave le había hecho un favor, ¡porque ya estaba harta del color y precisamente estaba pensando en pintarlo! Y lo del robo, bueno, dijo unas cuantas cosas respecto del ladrón, pero, típico de ella, ante todo pensó en la seguridad de los demás y al día siguiente montó una partida de vigilancia en el vecindario.

La fortaleza no constituye una prueba de que no quisiera suicidarse, desde luego. Y que le rayaran el coche y le entraran a robar en casa tampoco es una prueba de que Joseph Madden la asesinase. Ni mucho menos. Pero, como digo, es material para reflexionar...

Rachel se encuentra en el patio de ejercicio, paseando lentamente en círculos, fumando un cigarrillo y contemplando el cielo, que en este perfecto día de noviembre es de un azul puro e ininterrumpido. Se la nota más libre y más desahogada que nunca, pero, claro, es que el hecho de confesar ejerce ese efecto en algunas personas. Las rejuvenece, les quita un peso de encima y lo descarga sobre los hombros de otros, y dentro de esa nueva paz interior recuperan el apetito: me han dicho que esta mañana Rachel ha desayunado bien.

En cambio, no ha ocurrido lo mismo con Marcus Connor, que ha pasado toda la noche llorando, se niega a comer y si habla, es únicamente para repetir una misma frase: que morir se representaría un verdadero alivio.

Espero que no se muera. Abby Slater ha tardado mucho tiempo en hallar justicia, pero Naomi Lockhart no hallará ninguna si Marcus Connor opta por la salida fácil. Y tampoco sería justo para Kirstie ni para Danny, ni para sus padres, Harry y Sue Connor: a pesar de que su hijo los ha tachado de fríos e insolidarios, apenas han salido de la comisaría desde que estalló la noticia. Naturalmente, ello podría deberse a que la zona de recepción es un sitio donde refugiarse de los *flashes* de los fotógrafos y de la marea de los medios de comunicación, pero también podría deberse a que se preocupan por su retoño, aunque sea a su manera encorsetada y discreta.

Rachel no sabe que Marcus alberga pensamientos suicidas. Necesitamos que esté centrada y relajada, así que, cuando me reúno con ella en el patio, me limito a charlar ociosamente del buen día que hace y de lo insípida que es la comida. Ella termina preguntándome dónde ha pasado Clara la noche, pero no le gusta la respuesta que le doy.

—¿En qué otro sitio puede quedarse? —pregunto, sinceramente abierta a sugerencias—. A tus familiares apenas los conoce y los de Joseph ya no viven, de modo que solo quedan Kirstie o la asistencia social, no hay más opciones. Rachel, tú misma dijiste que en estos momentos lo que necesita Clara es estabilidad, y por lo menos Kirstie ha sido para ella una referencia constante durante casi toda su vida.

—Ha sido Marcus —se apresura a replicar—. Ha sido Marcus el que siempre ha estado presente para ella. Kirstie nunca ha tenido ningún interés. Lo que dije lo dije en serio: admiro que sea tan echada para delante y espero que Clara la tome como espejo, pero en lo que se refiere a sus sentimientos, sus valores..., no es la influencia que quiero para mi hija.

En cambio, un hombre implicado en dos asesinatos sí es la influencia que quieres.

A ver cómo resuelves eso.

Una hora más tarde estamos en la sala de interrogatorios n.º 1. Ya hemos acabado con los preliminares, y el cielo azul no es más que un recuerdo lejano.

—Es típico de Joseph ir siempre un paso por delante de mí. —Rachel está en actitud estoica, tan resignada a pasar una larga temporada en la cárcel como a la inutilidad de intentar ganarle una

partida a Joseph—. Si hace unos meses no te hubiera hablado de mí, tú probablemente no le habrías hecho caso. No te habrías creído ni una palabra de lo que te estaba diciendo.

Tiene razón. Si bien no es del todo inusual que los sospechosos afirmen que les están tendiendo una trampa, sí que es inusual que casi lo predigan.

—Pero, claro, es que a él siempre se le ha dado bien anticiparse a dar el golpe. Ver venir los problemas. Atacar antes de que lo ataquen a él, de eso vive. Cuando lo conocí, ese carácter despiadado me pareció de lo más atractivo. Joseph no le aguantaba nada a nadie, y cuando a una la han educado para que sea buena y sumisa, y amable hasta decir basta, esa seguridad en sí mismo resulta arrolladora. —Bebe un pequeño sorbo de agua—. Bueno, por lo menos cuando tú solo tienes veinte años y él te dice que un día va a ser el amo del mundo teniéndote a ti a su lado. Eso es lo que hacen los hombres como Joseph, ¿comprendes? Te cubren de cumplidos y promesas, y cuando ya te tienen enganchada, y no lo digo a la ligera, Cat, me tenía realmente obsesionada, empiezan a arrebátártelo todo. Y tú al final te quedas tan privada de su afecto que estás dispuesta a hacer lo que sea con tal de recuperarlo. Lo que sea. Cada vez haces más, en el afán de complacerlos. Ahora lo veo con claridad. En aquel entonces me resultaba imposible.

Lo que está describiendo me suena a verdadera tortura psicológica. No sé muy bien si me lo cuenta como defensa o simplemente como anécdota, o acaso como una dura advertencia: ten cuidado con la persona de la que te enamores. Pero eso no es necesario que me lo advierta.

—Rachel, ¿qué ocurrió en Portsmouth? ¿Estuviste allí?

Hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—En aquella época estábamos en Shepherd's Bush. Dios, hemos vivido en todas partes. Clara tenía dos años y vivíamos en un apartamento muy pequeño, de un solo dormitorio. Ella no tenía por dónde corretear, y yo vivía con el miedo de que saliera al balcón y... —Se estremece al recordarlo, y yo también—. En fin, andábamos mal de dinero. Joseph aún no había empezado a ser el amo del mundo; aquello siempre estaba a la vuelta de la esquina. Pero se acercaba mi cumpleaños y como, en aquella época, todavía era amable de vez en cuando, sugirió que hiciéramos un viaje a la costa, a Portsmouth. Por aquel entonces Marcus estaba viviendo en Fareham, que está a unos ocho kilómetros de Portsmouth, trabajaba en un bar y hacía sabe Dios qué travesuras, de modo que me pareció una idea buenísima. Patatas fritas en el embarcadero y la oportunidad de ver a mi hermano pequeño. Lo que no comprendí fue que a Joseph mi cumpleaños le importaba un comino: había organizado entrar a robar en un pub de aquella localidad, con Marcus. Pues bien, nos vamos allá, nos alojamos en un *bed & breakfast*, pero cuando se hace de noche va y me dice a bocajarro que Marcus y él tienen un «asunto» del que ocuparse y que tiene que salir. Así pasé el día en que cumplí veintitrés años: metida en aquel cochambroso *bed & breakfast* que ni siquiera estaba cerca del mar, acompañada de una niña pequeña que no paraba de llorar y con una bolsa de patatas fritas para la cena.

—Déjate de melodramas, Rachel. Naomi no ha podido llegar a cumplir los veintitrés. Y Abby solo llegó a los dieciocho.

Esto ha sido una bofetada que la ha hecho sonrojarse hasta el pelo.

—Ya lo sé, Cat. Es probable que yo sepa más que tú acerca de esas dos chicas. ¿Sabías que Naomi estaba aprendiendo mandarín, o que Abby dirigía una campaña para salvar un parque infantil de su localidad?

—¿Intentas demostrarme que esas dos chicas te importan? Porque la verdad es que no hace falta, ya sé que te importan. Pero eso no cambia las cosas.

Rachel me mira largamente, evaluándome, como si acabara de darse cuenta de que soy una agente de policía y no un sacerdote. De que no la estoy oyendo en confesión, sino grabándome en

la memoria todo lo que dice, a fin de registrarlo. Ella busca absolución; en cambio, yo solo busco una forma de hilarlo todo para asegurarme de que le caiga la máxima condena posible. Cuando por fin lo comprende, aprieta la mandíbula y cuadra los hombros.

Gracias a Dios, continúa hablando.

—Verás, cuando miro atrás, me doy cuenta de que aquellas últimas horas que pasé en aquel cochambroso *bed & breakfast* fueron la última vez que me sentí... —Calla unos instantes para buscar el término adecuado—. No exactamente «feliz», porque estaba furiosa, pero sí que experimenté una cierta sensación de contento, de seguridad. Todo eso cambió cuando volvió Joseph varias horas más tarde con la cazadora toda manchada de sangre. Le pregunté qué diablos había ocurrido, y me contestó que algo se había torcido gravemente y que teníamos que irnos de Portsmouth de inmediato.

—¿Así que te contó que habían robado en el pub?

Rachel suelta una carcajada. Es sonora, pero no lleva energía.

—No seas ridícula, naturalmente que no. Estamos hablando de Joseph, por supuesto que tenía que mentir. Tenía que contar las cosas como si fueran más grandiosas de lo que eran en realidad. No, me dijo que el verdadero motivo por el que habíamos ido a Portsmouth era porque Marcus y él formaban parte de un consorcio que se dedicaba a transportar cocaína de Costa Rica al Reino Unido, a través de los muelles de Portsmouth. —Se encoge de hombros—. Sonó convincente. Dijo que se suponía que aquello iba a ser la clave de su éxito, que ganaría dinero suficiente para montar un negocio propio de coches de lujo y para que yo no volviera a hacer la compra en mercadillos. Oh, claro, todo lo hacía por Clara y por mí. En aquella época fingía eso. —Su voz se va tornando más ronca. Bebe otro sorbo de agua—. Pero el acuerdo salió mal, según él. Hubo una especie de pelea, y terminó clavándole una navaja a uno de los otros traficantes, en legítima defensa, por supuesto. De modo que teníamos que largarnos ya mismo, porque los demás miembros del consorcio iban a perseguirlo, iban a perseguirnos a todos. Pero dijo que no podíamos volver directamente a Londres, porque sabrían dónde dar con nosotros, así que iríamos a la pequeña caravana que tenía en los Kent Downs, cerca de donde había vivido de pequeño. Su idea era que allí estaríamos a salvo, durante unas semanas, hasta que encontrase una casa nueva en Londres. De modo que eso fue lo que hicimos. Los cuatro: Marcus, Joseph, Clara y yo llevamos allí una vida muy discreta. Joseph y Marcus se iban a alguna parte de vez en cuando, pero Clara y yo nunca salíamos de la zona. No había televisión, ni internet en el teléfono todavía, ningún contacto con el mundo exterior. Naturalmente, ahora sé que intentaba impedirme que me enterase de lo sucedido con Abby. Ahí radicaba todo. —Menea la cabeza en un gesto negativo, maravillada de la arrogancia de Joseph y de su propia ignorancia.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis allí?

—Dos o tres semanas. Después, Joseph dijo que el piso que estaba intentando conseguir había fallado y que teníamos que regresar a Shepherd's Bush porque se nos había acabado el dinero. Yo me puse furiosa. Le dije que deberíamos ir a Uxbridge, a casa de mis padres; en aquella época todavía me hablaba con ellos. Pero Joseph me contestó que de esa forma también los pondríamos en peligro a ellos y que lo mejor que podíamos hacer era irnos a casa y permanecer en guardia. De modo que eso fue lo que hicimos. Pero yo nunca me sentí segura, ni siquiera después de mudarnos.

—Las cerraduras, los pestillos, los cerrojos; ¿a eso se debe esa obsesión por la seguridad?

Rachel baja la mirada hacia el suelo.

—Joseph es malvado. Es la maldad pura. Me tenía convencida de que aquella gente, que él se había inventado del todo, podía encontrarnos en cualquier momento. Que podía hacerle daño a Clara. Que ya habían hecho daño a los hijos de otras personas y que jamás dejarían de buscarnos.

Que en su mundo la venganza lo era todo, de modo que nunca íbamos a poder relajarnos. Era como estar en un programa de protección de testigos, salvo que no había nadie que nos protegiera, tan solo Joseph. Pero Joseph no me estaba protegiendo, sino atormentando, y yo no me daba cuenta. Decía que había gente que lo estaba siguiendo. O, cuando salíamos, afirmaba que alguien nos miraba de manera rara. Al mantenerme aterrorizada, impedía que hiciera nada, ¿comprendes? Me volvía dependiente de él. Y ello tenía consecuencias para Clara. Yo me volví tan sobreprotectora que asfixié su proceso de crecimiento psicológico. Le ponía trabas incluso a que utilizara las redes sociales, hasta que..., bueno, hasta que descubrí que mi vida había sido una gran mentira.

Esta vez se le está quebrando la voz de verdad. Le relleno el vaso de agua y me mira con afecto, como si fuera el mayor acto de bondad que han tenido nunca con ella.

—¿Cómo lo descubriste?

—Por una auténtica casualidad... —Hace una pausa y ladea la cabeza—. Claro, que... ¿existen las casualidades? ¿Tú no crees que la vida a veces conspira para corregir determinados errores? Yo sí lo creo. Clara suele trabajar los jueves por la noche, pero, como era mi cumpleaños, pidió un día libre, compramos comida para llevar y cenamos delante del televisor. Yo la había obligado a ver una comedia romántica, que no es precisamente un género que le guste, a cambio de poner a continuación *Crimewatch*, que la chifla. En fin, el primer tema del que hablaron en el programa fue que se cumplían quince años del caso de Abby Slater. En realidad, al principio yo no estaba prestando mucha atención, pero cuando oí la palabra «Portsmouth» empecé a escuchar. Y entonces vi que mencionaban el 15 de junio del año 2002. Mi cumpleaños. —Calla unos instantes, para recordar, y dedica unos momentos a masajearse el centro de la frente—. En fin, me levanté de la silla, subí al piso de arriba y vomité todo lo que tenía dentro del estómago. A ver, ¿qué probabilidades había? Joseph volvió con la ropa manchada de sangre la misma noche que habían asesinado a una chica a un kilómetro de donde vivíamos nosotros.

—¿Y no pediste explicaciones a Joseph?

Rachel esboza una sonrisa mínima, sin alegría.

—Como digo, la vida tiene una forma muy curiosa de conspirar. Creo que si aquella noche Joseph hubiera estado en casa, sí le habría pedido explicaciones. Pero no estaba. Se había ido a uno de sus «viajes de trabajo». Y luego, cuando regresó, yo ya había tenido tiempo para reflexionar sobre las implicaciones.

—¿Y Marcus?

—Marcus. Yo sabía aquí dentro, en las tripas —se toca la boca del estómago—, que no era capaz de haber hecho daño a aquella chica, pero sabía que estaba con Joseph. Eso no podía ignorarlo.

—¿Así que le pediste explicaciones a Marcus?

Rachel afirma con la cabeza.

—Con el tiempo, no inmediatamente. Ya que iba a acusarlo de haber tomado parte en algo tan... horrendo, tenía que estar completamente segura de no equivocarme.

«Yo, acosando a mi padre respecto de la coartada que tenía para la noche en que murió Maryanne. La expresión que lucía en la cara. La cicatriz que todavía perdura, roja, en carne viva, lista para el ataque.»

—Así que empecé a leer todo lo que pude acerca del caso de Abby Slater. Intentaba encontrar algo que me convenciera de una vez por todas de que detrás de aquello estaba Joseph, pero no encontré nada definitivo. No tenían ninguna pista firme. También intenté mantener la mente abierta; la policía parecía estar muy segura de que el asesino había sido el novio, de modo que me agarré

a eso. Pasé una eternidad buscando información acerca de otras agresiones sucedidas aquella misma noche en Portsmouth, cualquier cosa que tuviera que ver con traficantes de droga, ingresos en hospitales de heridos de arma blanca, cosas así. Pero sabía que el hecho de que yo no pudiera encontrar nada no significaba que no hubiera sucedido. A ver, los narcotraficantes, los verdaderos delincuentes, no se dirigen a la sala de Urgencias de los hospitales como hacemos los demás.

Se está aferrando al derecho de seguir formando parte del «nosotros» y no del «ellos». Reprimo el impulso de preguntarle qué considera ella que es un verdadero delincuente. ¿Un gánster con un diente de oro, quizá? ¿Uno con un BMW tuneado y un perro de presa atado a una correa? ¿O simplemente alguien que cree que la ley no va con él? Como esas amas de casa de cabello rubio y ondulado que acarician la melena de sus hijas muertas.

«Concéntrate.»

—Al final, le planteé el tema a Marcus, porque estaba volviéndome loca. Ni siquiera hizo el esfuerzo de negarlo. Creo que para él fue un alivio poder hablar del tema. Joseph se había olvidado de ello como si no fuera nada, un incidente de poca importancia del que no merecía la pena hablar más.

—¿Y qué contó Marcus que había sucedido?

—En resumen, que estaban los dos robando en aquel pub y de repente bajó Abby, y Joseph la mató porque le vio la cara. Marcus no hizo nada, pero no llevaba guantes, mientras que Joseph sí, de manera que Joseph siempre estaba amenazándolo con que él sería el primero en caer, dado que sus huellas tenían que estar en alguna parte.

Me pone enferma la total inutilidad del crimen.

—Si Joseph hubiera dejado a Abby en paz, le habrían caído como máximo doce meses. No merecía la pena matarla, solo tenía dieciocho años.

—Marcus piensa que lo hizo por diversión. También me martirizó a mí por diversión. Ese fue el motivo por el que reñimos Marcus y yo, no fue el dinero. Reñimos por el hecho de que él me hubiera visto vivir aterrorizada durante años por aquel supuesto «consorcio» y no hubiera hecho nada, sabiendo que no existía, sabiendo que yo no corría ningún peligro, al menos en aquel sentido. Me enfadé tanto que pensé en denunciarlos a los dos, te lo juro, pero... Marcus tiene a Danny, y después de aquello dio un giro a su vida. —La ilumina una leve chispa de orgullo, pese a todo—. Por eso creó esa ONG: para expiar su culpa en el asesinato de Abby Slater.

—¿Y a qué vino lo de ir a ver a Lydia Coe?

Rachel duda un momento.

—No espero que lo comprendas, pero llevaba quince años esperando que llamaran a mi puerta, esperando que «aquella gente» diera con nosotros. Y ahora que había descubierto que todo era mentira, no pude dejar pasar un día más sin saber qué iba a ocurrir en mi vida. Necesitaba tener paz, me merecía tener paz. Necesitaba saber qué importancia tenía para Marcus el hecho de que el caso de Abby volviera a estar de actualidad. Obviamente, no podía dirigirme sin más a la comisaría de policía de Portsmouth y preguntarles qué tal iban con el caso, de manera que, después de recopilar toda la información posible, concerté una cita con la madre de Abby. No me siento orgullosa de ello. Media docena de veces intenté quitarme esa idea de la cabeza. Pero parecía la típica mujer que estaría al tanto de la investigación, y así era. Fue ella quien me dijo que la policía tenía unas huellas dactilares archivadas. Cuando me dijo eso... —Su gesto es desafiante, provocador—. Cat, Marcus es buena persona. Por lo menos ha intentado serlo. Y es de la familia. A la familia siempre se la protege.

En efecto. Yo misma lo he hecho.

—¿Aunque eso implicara proteger a Joseph? Permitiste que saliera impune de un asesinato.

—Oh, estaba empeñada en que Joseph pagase de una manera o de otra. Y eso también se lo dije, aunque no llegué a contarle lo que sabía ni por qué lo sabía. —Una sonrisa teñida de cianuro—. Su confusión... fue maravillosa. Justa retribución. Él me había hecho vivir siempre con miedo a algo indefinido y aterrador, y ahora tenía la ocasión de darle a probar un poco de esa misma medicina. Jamás pensé que fuera tan débil como para acudir a la policía diciendo que yo lo estaba amenazando. —Reflexiona de nuevo—. Pero, claro, es que no era debilidad, supongo. Era una manera de recuperar el control. Para eso es para lo que vive Joseph, para controlar.

Estoy tan echada hacia ella, tan próxima, que puedo olerla. Despide olor a humo de tabaco rancio y a no haberse lavado la cabeza en tres días.

—¿Y cuál era tu objetivo final, Rachel? ¿De qué forma pensabas hacerlo pagar?

—No lo sabía. No tenía un objetivo final. Simplemente me gustaba saber que le había ganado una partida, y te voy a ser sincera: una vez que se me pasó la conmoción inicial, sentí alivio al ver que podía respirar por primera vez en quince años. Y también podía ya aflojar un poco la mano con Clara, darle más libertad. No me malinterpretas; sentía una angustia nueva sabiendo lo que Joseph le había hecho a aquella chica, pero por lo menos ya no estaba asustada. —Vuelve la mirada brevemente hacia el techo, perdida en los recuerdos de los pocos meses de «paz» que tuvo antes de que la vida le jugara otra mala pasada—. Y de repente, ese sábado, Marcus me llamó histérico, inconsolable, para decirme que había habido un accidente: una chica de la fiesta se había dado un golpe en la cabeza y había muerto. Al principio creí que se refería a su casa, que la chica estaba tan borracha que se había caído o algo así, pero luego... —Lanza un profundo suspiro—. Luego me lo contó.

—Deberías haberle dicho que llamase a la policía.

A Rachel le relampaguean los ojos.

—¿Por qué? Todo había sido culpa de Kirstie, por suministrarle esas drogas a Naomi. No contenta con tirarse a mi marido, involucró también a mi hermano. Ni hablar. Joseph y Kirstie eran los culpables de todo lo malo que había ocurrido en la vida de Marcus. No era justo.

«La culpa es de ella, ¿sabes? Sí, de esa zorra. [...] Bueno, vale, sí, puede que no sea culpa suya, pero ella no debería haber hecho lo que hizo, ¿vale? Joseph es mi marido.»

A quien se refería no era a Naomi, sino a Kirstie.

—Le dije a Marcus que no se moviera del sitio y que esperase a que llegara yo. Joseph ya estaba dormido como un tronco en el sofá, y sabía que se había tomado un somnífero, así que tardaría siglos en despertarse. De modo que me fui. Al principio pensé en ir andando, porque era menos arriesgado que ir en coche. Pero tenía que darme prisa y conocía bien las calles secundarias, lo bastante bien para evitar las cámaras. Cuando llegué, Marcus estaba hablando de confesarlo todo, de decir que había sido legítima defensa, un accidente. Tuve que darle una bofetada para hacerlo entrar en razón y recordarle que con toda probabilidad había dejado huellas dactilares en la escena del crimen de Abby Slater. Le dije: «Aunque esto haya sido un accidente, y aunque a Abby tú no la tocaste, aun así podrías ir a la cárcel por ambas cosas».

¿Le digo que no ha sido un accidente? ¿Me decido a explotar la triste burbuja de su fantasía, ese lugar en el que a Marcus le suceden cosas malas y la culpa es siempre de otro? Tal vez..., cuando me lo haya contado todo.

—Al final, Marcus se calmó un poco —continúa Rachel—. De manera que lo limpiamos todo, porque no queríamos correr ningún riesgo, a pesar de que él llevaba puestos los guantes, y después..., bueno, estuvimos charlando. Apenas habíamos hablado desde que yo me enteré de lo de Portsmouth, aparte de para guardar las apariencias.

—Y ya os tocaba ponerlos al día. Qué bien. Deberías haber mirado en la nevera, Rachel; a lo

mejor había una botella de vino que abrir para celebrarlo.

Estoy siendo rencorosa e insensible, y si Steele me estuviera escuchando, me tendría castigada una semana. Pero es que cuesta creerse lo de «Lo limpiamos todo y después estuvimos charlando». Igual que fregar los platos el domingo después de comer, solo que, mecachis, me olvidaba de que ha muerto una chica.

—¿Y qué otra cosa íbamos a hacer? —dice Rachel llorando, dolida—. No podíamos devolverle la vida a Naomi y necesitábamos pensar lo que debíamos hacer.

—¿Y a quién se le ocurrió la idea de incriminar a Joseph?

—¿Cómo? —susurra Rachel para sí misma—. La cosa no fue así. No surgió de repente, como una idea brillante. Sucedió sin más. Yo estaba despotricando contra Kirstie, quejándome de que ella estaba acurrucadita en su cama como una pobre princesita mientras Marcus y yo nos ocupábamos de las consecuencias de sus actos. De pronto Marcus, sin que viniera a cuento, como si, ya que había sucedido lo más horroroso del mundo, hubiera visto la ocasión de desahogarse completamente, me dijo que creía que Danny era hijo de Joseph. Por lo visto, Joseph llevaba mucho tiempo insinuándolo, pero cuando yo empecé a cuidar de Danny, la cosa empeoró. Joseph empezó a acosar a Marcus diciéndole que me estaba pagando a mí para que cuidase de su hijo. Cuando le oí decir eso, sentí odio. —Da un fuerte golpe en la mesa—. Odio, odio, odio. Primero, todas las mentiras que me había contado; después, lo que le había hecho a Abby Slater, y ahora, aquello. Sinceramente, tuve la sensación de que mi cuerpo no era capaz de contener tanta rabia. Pensé que si no le hacía daño de algún modo, si no acababa con él, aquello iba a acabar conmigo.

La parte de mi ser que no es policía desea preguntarle si alguna vez se le pasó por la cabeza matarlo, pero, seamos sinceros, si se es capaz de encubrir el crimen cometido por otra persona, se es capaz de encubrir uno propio.

La policía que llevo dentro dice:

—Rachel, el odio no sirve como defensa. Lo que hiciste no fue justo para Naomi ni para sus familiares.

A Rachel se le avinagra la expresión.

—Pues voy a decirte yo lo que es justo: que Joseph sea castigado por algo. No pude denunciarlo por lo de Abby, por miedo a que arrastrase también a Marcus, pero esta era una oportunidad para verlo retorcerse. Y si consiguiéramos que saliera bien, mucho más. Tenía que ser castigado por algo, ¿no lo comprendes?

Afirmo con la cabeza para que siga hablando, pero también porque en un sentido espiritual, muy en el fondo, lo comprendo.

—Al principio Marcus no estaba convencido. No creía que bastase con que nosotros saliéramos de la casa y regresáramos más tarde, y ninguno de los dos podía enfrentarse a aquello. Todo terminó cuando salimos por la puerta. Pero yo le dije que no le entrase el pánico, que podíamos trabajar con lo que teníamos.

—¿Y qué teníais?

Rachel adopta un tono que es una mezcla de aburrimiento y chismorreos, como si estuviera relatando una anécdota vagamente interesante que le contaron en una ocasión, y no algo en lo que ella ha sido la productora y la actriz principal.

—En mi coche había unos guantes de Joseph. Llevaban allí una eternidad, varios meses. Creo que él ni siquiera lo sabía. Así que fui secretamente al coche para recuperarlos, y estando allí se me ocurrió mirar dentro del maletero. Joseph había estado usando mi coche mientras tenía el suyo en el taller, y yo sabía que había ido unas cuantas veces al campo de golf. Y, en efecto, en el maletero había una bolsa con cosas: una botella de agua, una toalla, un paquete de *tees* y esa

estúpida gorra de lana que se pone para jugar al golf en invierno. Como estaba oscuro no se veía muy bien, pero me llevé la bolsa a casa, y debajo de la luz de la cocina se apreciaba que dentro de la gorra había varios cabellos. Podíamos utilizarlos.

«Para colocarlos en el cuerpo y en la cama de Naomi.»

—Pero Marcus señaló que si la policía no estaba buscando de entrada a Joseph, y no tenía motivos para ello, ninguna de aquellas cosas iba a servir de nada. La policía analizaría esos cabellos, registraría nuestra casa, encontraría el guante, solo si algo la dirigía hacia Joseph.

—¿La caja de regalo?

Un gesto afirmativo.

—Tenía una caja en la que guardaba cosas, recuerdos de la época en que Joseph era amable conmigo. —Lo dice con un sentimiento de nostalgia, como si deseara revivir aquello solo una última vez—. Poemas que había escrito, entradas de sitios en los que habíamos estado, felicitaciones de cumpleaños y unas cuantas tarjetitas de regalo viejas. Marcus se hizo con una caja de regalo plateada, bastante corriente, nada difícil de igualar, y al día siguiente por la tarde la colocó dentro del cajón de Naomi. —Abro la boca para decir algo—. Conocía la alarma; fue él quien fue hasta allí un fin de semana para abrir la puerta a los instaladores de la alarma. A Kirstie se le olvidó eso, ¿verdad? No me sorprende; nunca aprecia lo que hace Marcus.

—¿Y lo de colocar los cabellos de Naomi? —pregunto clavándome las uñas en las palmas de las manos por debajo de la mesa. El hecho de que le arrancaran un pelo de la cabeza me parece el peor de los robos: una transgresión—. ¿Cómo supiste que el coche de Joseph iba a estar aparcado en la casa de Marc Shelby?

—No lo sabía. Pero él llevó mi coche a reparar hace unos años, y fui allí a recogerlo, así que pensé que merecía la pena echar un vistazo. Y así fue: obtuve mi recompensa. —Una sonrisa casi soñadora—. Daba la impresión de que los planetas estaban alineándose, de que aquello estaba abocado a suceder, de que Joseph tenía que hallar su castigo.

La perforo con mi peor mirada, como diciendo: «No me mientas».

—¿Y Clara? ¿Le ordenaste tú que dijera que había visto a Joseph con Naomi?

Rachel me devuelve la misma expresión.

—No, para nada. No tengo ni idea de por qué mintió, pero no sabía nada de lo que habíamos hecho. Yo no le dije nada. No arrastraría a mi hija a todo esto.

Por primera vez desde que conocí a esta curiosa mujer tan cambiante, creo lo que dice, por completo y sin cuestionarlo. Lo cual, probablemente, es un buen motivo para poner fin a la conversación.

De regreso a su celda, le digo:

—Imagino que te darás cuenta de que no va a ser tan sencillo relacionar a Joseph con Abby. Solo tenemos tu palabra y la de Marcus, y después de esto la tuya ya no cuenta mucho.

Rachel se sienta en la cama y me mira una última vez con esos ojos de color gris paloma.

—Puede que nuestra palabra ya no cuente mucho, pero sí que contará la cazadora de Joseph. Se supone que yo me había deshecho de ella, ¿sabes? Un día, en la caravana, aprovechando que Marcus y Joseph no estaban, se suponía que yo debía prenderle fuego en el patio de atrás. —Se tumba en el catre y se queda mirando hacia el techo—. Pero a mí siempre me ha dado miedo el fuego, y ya en aquella época me daba miedo Joseph. Creo que siempre supe que quizás algún día necesitara sacarme un as de la manga. —Se vuelve hacia mí y su rostro es la personificación de la serenidad—. Está en Uxbridge, en casa de mis padres, guardada en una bolsa, dentro de una caja de embalaje, en la parte de atrás del desván que ellos no usan nunca. Ahora es toda tuya. Ya no hay nada de lo que proteger a Marcus.

Rachel Madden. En muchos sentidos, la perfecta bailarina de *ballet*. Frágil por fuera, dura como una piedra por dentro.

La fotografía de Naomi llega, respetuosamente, unos días después. En cambio, la de Abby Slater no aparece nunca. «No es nuestra zona, no es nuestro problema», se rumorea que ha respondido fríamente el superintendente jefe Blake, aunque no ve problema alguno en que el MIT4 se atribuya el mérito de llevar ante la justicia a los asesinos de Abby.

Y sí, son asesinos, en plural. Porque, de manera tan predecible como la muerte, Hacienda y que Parnell termine perdiendo la salud, Joseph Madden no piensa hundirse sin presentar una buena batalla. El robo fue idea de Marcus, al parecer. Fue Marcus el que llevó la navaja. Fue Marcus el que apuñaló a Abby. Y fue Joseph, naturalmente, el que intentó ayudar taponando frenéticamente la herida de Abby con su cazadora hasta que Marcus lo amenazó con apuñalarlo también a él.

Y jamás se ha perdonado a sí mismo el haberla dejado morir.

Sueña con ella todas las noches.

Todavía percibe el olor a sangre.

El detective inspector Martin Pike, de la Unidad de Crímenes Graves de Hampshire, intenta tranquilizarnos diciéndonos que él no nació ayer.

—Este no es mi primer rodeo —afirma en su primera visita al despacho de Steele—. No se preocupen, amigos, huelo la mentira desde lejos.

Por desgracia, existe una diferencia entre olerla y demostrarla, y, tal como he advertido yo a Rachel Madden, no va a ser sencillo averiguar quién asesinó a Abby y quién actuó de mero «cómplice», ahora que Joseph está peleando otra vez con todas sus fuerzas.

Aunque ya no tiene consigo a Lucas Stein. Ni tampoco a la tonta que le suministra el dinero, Sadie Paulson. Uno no se gana la vida como asesor de relaciones públicas en situaciones difíciles sin tener un poco de idea de cuándo es el mejor momento para abandonar un barco que se hunde, y si bien aún hay que decidir los cargos, y las condenas son todavía una preocupación lejana, cabe decir que tanto el barco de Joseph como el de Marcus se han hundido del todo y para siempre, y que, con un poco de suerte, seguirán estando hundidos durante las dos próximas décadas.

Lydia Coe me envía una nota de agradecimiento; un gesto amable pero innecesario que me hace pasar un rato llorando en silencio en el lavabo de señoras, tapándome la boca con la mano, aun cuando por lo general no soy de lágrima fácil y ni siquiera sé con seguridad por qué me está dando las gracias.

—Porque ha mostrado interés —me dice más tarde por teléfono—. Aunque Rachel Madden nos haya engañado a las dos, a usted ha terminado por decirle la verdad. A usted le ha entregado la prueba que va a llevar a esos cabrones a la cárcel.

Le digo que en realidad debería dar las gracias a Alana Lockhart. Si no hubiera sido tan importante para ella pasarme un montón de fotografías recientes de Naomi, para que yo la conociera como persona y no solo como un caso policial, es posible que nunca hubiera caído en la cuenta, o que hubiera tardado mucho más tiempo, de que los cabellos de Naomi habían sido colocados a propósito por alguien, y que entonces no hubiera llegado a iniciarse la reacción en cadena. Es posible que el asesinato de Abby se hubiera quedado sin resolver.

Lydia me dice que dará las gracias a Alana Lockhart.
Sé que es una promesa que sin duda alguna cumplirá.

Aproximadamente una semana más tarde, por petición suya, me entrevisto con Clara Madden. Hace un luminoso día de noviembre, claro y despejado, sin una sola nube en el cielo. Ya se vislumbran las navidades en el horizonte, pero el frenesí del pánico todavía se mantiene a raya.

Estamos de pie en un parque infantil y ella está empujando con demasiada fuerza a Danny, su primo o posible medio hermano, que está columpiándose en un neumático. Sabe que me está poniendo nerviosa, lo cual solo sirve para que empuje el columpio más fuerte todavía. Tal vez sea así como empezó Joseph: disfrutando al ver sufrir a otras personas.

—Tranquila, a Danny le encanta esto —me dice, y, para ser justa, debo reconocer que el pequeño no hace más que chillar: «¡Más alto! ¡Más alto!»—. ¿Sabe lo estupendo que es oír reír a alguien? Lo único que hace tía Kirstie es llorar y llamar psicópata al tío Marcus.

Agarro las cadenas del columpio, porque estoy convencida de que Danny va a salir volando y no estoy del todo convencida de que no sea eso lo que pretende Clara. Danny me mira con el ceño fruncido porque le he estropeado la diversión, se baja del columpio y se va hacia una caseta que hay en el parque para que jueguen los niños, sin mostrar la menor preocupación y sin tener ni idea de lo difícil que va a ser su vida siendo hijo de un asesino.

Sin embargo, Clara sí que lo sabe. Su mirada es afilada y cautelosa, como diciéndole al mundo: «Que os jodan». Tan solo ha transcurrido una semana y ya se ha convertido en el personaje más cotizado para la prensa: todos los medios de comunicación se pelean por hablar con ella ahora que ha finalizado todo el tema jurídico. Ya me parece estar viéndolo:

*La mujer que incriminó a su marido.
¡LA HIJA LO CUENTA TODO!*

—No lo estarás pensando en serio, ¿verdad? —le pregunto con algo más que una pizca de advertencia—. No vas a tener el control de la imagen que van a dar de ti. Te vas a arrepentir, te lo prometo.

—No creo que me arrepienta de ganar diez mil libras. —Ah, ojalá tuviera otra vez diecisiete años—. Representa un préstamo menos que tendría que solicitar para la universidad. Sí, decididamente voy a empezar la carrera, aunque tenga que irme. Se puede estudiar a distancia, he estado leyendo al respecto. —Emite un ruidito agudo, un amago de risa—. Y de todas formas, Derecho y Criminología, ¿qué mejor sitio para estudiar esas cosas que en la cárcel?

Dudo que ella vaya a la cárcel. Imagino que le impondrán una condena suspendida. Pero no se lo voy a decir; se merece por lo menos sudar un poco.

—Oiga, ¿es verdad que a la cárcel no se pueden enviar regalos de Navidad? Pues qué lata, porque quería enviar unos cuantos: a mi madre, no a mi padre. Mi padre siempre ha tirado por tierra todas las cosas que le he regalado, hasta las tonterías que le hacía en el colegio. En una ocasión le confeccioné una tarjeta del Día del Padre; nada importante, lo dibujé a él jugando al golf. ¿Sabe lo que me dijo, y hay que tener en cuenta que en aquel momento yo tenía ocho años? Que a otros padres les regalaban palos de golf verdaderos y a él solo le regalaban aquella mierda.

Dios. Me imagino a Danny exhibiendo todo orgulloso sus palabras de cinco letras en la puerta del frigorífico de los Connor. Me imagino a mi sobrino Finn haciendo bizcochos que saben igual que un ladrillo, pero que merecen un diez. Me imagino a los encantadores hijos de Parnell, campeones en el deporte, estudiantes de primera, por lo menos a los ojos, nada imparciales, de su

padre.

Y luego me imagino a una niña de ocho años encontrando la tarjeta del Día del Padre, que ha dibujado ella, toda arrugada en el cubo de la basura. Ya solo por eso, Joseph Madden se merece la cadena perpetua, la verdad.

—Bueno, ¿y para qué querías verme? —Vuelvo un momento la mirada hacia Danny, porque Clara, por lo visto, no se molesta en vigilarlo—. Aparte de preguntarme si puedes enviar regalos de Navidad a la cárcel, y, por cierto, la respuesta es que no.

Se sienta en el columpio y comienza a mecerse suavemente de un lado al otro.

—He estado pensando en el tribunal y en mi defensa. Y quería pedirle su opinión respecto de una cosa.

—En realidad, eso compete a tu abogado, Clara. Para empezar, yo no estoy cualificada, y en segundo lugar...

—Mi abogado no sirve para nada —me interrumpe—. En serio, me iría mejor si me defendiera yo misma. Y, en segundo lugar, sí, ya sé que usted es la que me está procesando a mí y que, por lo tanto, difícilmente va a poder ayudarme. Pero también sé que usted me tiene lástima. Se me da bien conocer a la gente. En eso me parezco a mi padre.

De hecho, se equivoca. No le tengo lástima. No le tengo lástima a nadie, incluida yo misma, que intente obstruir o hacer descarrilar la investigación de un asesinato. Pero sí que siento empatía. Mucha empatía. Sé el daño que puede causar en la psique de una persona adulta el hecho de haberse criado sintiendo miedo. Esa persona adulta es capaz de hacer cualquier cosa, lo que sea, con tal de colocarse en una situación en la que se sienta a salvo.

—Pues adelante, pregúntame —le digo. No voy a responderle, pero me siento intrigada.

—Bien. ¿Usted considera que el amor o el odio constituyen un fuerte factor atenuante?

Arrugo el ceño.

—Eso parece una tesis, Clara. O un enigma filosófico. ¿Qué es lo que me estás preguntando exactamente?

—¿Daré la impresión de ser una persona rencorosa si digo que mentí para vengarme de mi padre, porque ha sido un mal padre? ¿Se considerará algo negativo?

—Clara, el odio no constituye una defensa. A tu madre le he dicho exactamente lo mismo. Pero si es la verdad, eso es lo que debes decir. El tribunal verá con peores ojos la mentira, te lo aseguro.

Clara reflexiona unos instantes.

—Es la verdad en parte, pero yo quiero contar toda la verdad. Es que no me gusta la idea de que mi madre lo sepa.

—¿El qué?

—Que yo pensaba que a Naomi la había asesinado ella. La estaba protegiendo, ¿comprende? Por eso mentí.

Otra mirada rápida a Danny.

—¿Qué te hizo pensar tal cosa?

—Aquella mañana en que estaba tan borracha, había estado leyendo cosas sobre Naomi en internet, que nació con una enfermedad congénita y que había sobrevivido a un accidente de tráfico, y de repente perdió la chaveta. Yo estaba escuchando detrás de la puerta, y la oí hablar por teléfono con el tío Marcus y decirle que no aguantaba más, que no era capaz de soportar el sentimiento de culpa, cosas así. Enseguida le pregunté al tío Marcus y me dijo que mi madre estaba siendo simplemente ella misma, que se estaba castigando, que se sentía culpable por estar casada con mi padre, que debería haber sabido lo que pasaba, etcétera. Pero yo sabía que allí

había algo más. Ya se lo he dicho, se me da bien conocer a las personas, y a mi madre le noté algo en la voz. Y más tarde también en la cara. —Detiene el columpio y se hincha de orgullo, como quien es el ojito derecho del profesor—. Y estaba casi en lo cierto, ¿no?

—Pero para entonces tu padre ya había sido acusado —replico, ligeramente confusa—. Ya no había necesidad de protegerla.

—Aquel tipo, el abogado de mi padre, Lucas no sé qué, cuando llamó para informarnos de lo de mi padre, se puso a decir que todo esto era un engaño lleno de incoherencias y que habíamos perdido la batalla, pero no la guerra.

—De modo que tú le diste otra vuelta más al potro de tortura.

Afirma con gesto orgulloso y desafiante.

—Y le habría dado cien más si ello implicara perder a mi padre, no a mi madre.

—Clara, si yo fuera tú, probablemente omitiría eso en mi testimonio. Debes ser castigada por lo que has hecho, no por lo que estabas preparada a hacer.

Pero Clara ya no me está escuchando. Tiene la mirada perdida detrás de mí, a lo lejos.

—Esto ya está dejando de ser gracioso. Otro más, no.

—¿Otro qué? —Me vuelvo rápidamente y sigo la dirección de su mirada.

—Ese tipo que nos está mirando, el que está apoyado contra el coche. Si esperamos, dentro de un momento veremos aparecer las cámaras. Mierda, ya ha sido suficientemente molesto tenerlos merodeando por casa, ahora me están siguiendo.

Pero no hay cámaras. No la ha seguido nadie. Ese hombre está ahí por mí, no por ella.

Es Frank Hickey.

Meto la mano en el bolso y saco un billete de cinco libras. Me tiembla la mano en el gesto de entregárselo a Clara, pero ella no parece percatarse.

—Mira, en ese café de ahí hacen un chocolate estupendo. ¿Por qué no te llevas a Danny y os tomáis uno mientras yo me libro de ese idiota? Solo tardaré un minuto. No te preocupes, ya me encargo yo de él.

Clara, con un leve encogimiento de hombros, se va en busca de Danny. Yo me encamino hacia la verja junto a la que ahora se encuentra Frank, tan relajado e inmóvil como un roble centenario.

Consciente de que Clara puede estar observando, me abstengo de plantarme delante de Frank y me detengo dos pasos antes.

—¿Qué es esto, Frank? Me sigues hasta mi casa, me das dinero, me mandas flores, ¿y ahora esto? —Suelto una risa cargada de desdén—. ¿Es una crisis de la tercera edad, o algo así? Porque, en ese caso, resulta de lo más asqueroso. Te aseguro que no eres mi tipo.

Él sonríe. Yo siento un escalofrío.

—Ah, Catrina, no te sobrestimes tanto. He rechazado a otras mejores que tú, puedes estar bien segura. Ahora, súbete al coche.

Miro el coche, después lo miro a él, en un intento de procesar lo que acaba de decir.

—¿Qué es eso de que me suba al coche? ¿En qué planeta vives? Por supuesto que no pienso subirme a tu puto coche.

Me doy media vuelta para marcharme. Hasta Clara Madden, que tiene algún que otro tornillo suelto, es mejor compañía que Frank.

—Súbete al coche o te arrepentirás, Catrina. Como veo que estamos retrocediendo, te daré ese pequeño consejo gratis.

Doy dos pasos adelante. Tengo su rostro tan cerca que lo veo como una mancha borrosa de venas rotas.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Mandarme al hospital, como hiciste con mi padre y con mi hermano?

Entonces, solo quedaría Jacqui, y ya tendrías el lote completo.

—¿Para qué iba yo a hacer algo así? Puedo causarte más daño con una breve llamada telefónica a tu jefa o tomándome una cerveza con ese novio tan encantador que tienes. A propósito, ¿qué tal está? ¿Se lo ha pasado bien en ese viaje que ha hecho a su tierra? —Una cara triste—. Ah, claro, las bodas nunca son felices cuando falta alguien. A Maryanne le habría gustado tener una buena boda, sí, señor. Le encantaban las fiestas, eso lo recuerdo muy bien.

En el parque infantil rompe a llorar un niño, lanzando alaridos; se le habrá caído una galleta al suelo o se habrá hecho una brecha en la rodilla. Yo podría llorar por la época en que la vida era así de simple. Tengo la sensación de que lo único que he hecho siempre ha sido tener miedo, trabajar mucho y mentir. Y estoy cansada de ello. Muy cansada.

—¿Qué es lo que quieres? —digo, resignada a la realidad de que quizá fuera más fácil rendirse a Frank.

Frank primero frunce el ceño y luego se encoge de hombros.

—Ah, bien; entonces, lo haremos en la calle. Pensé que sería más civilizado ir a algún sitio, tal vez almorzar algo si encontráramos un restaurante agradable. Pero, en fin, lo haremos a tu manera. —Se aparta un paso de mí—. Necesito información acerca de un hombre llamado Damian Malik. Condenas anteriores, socios conocidos. Si me facilitaras su dirección actual, te convertirías en mi persona favorita. Y eso, dado lo que yo sé de ti, querida, no es poca cosa.

—Lo estás diciendo en serio. —No sé cómo, pero consigo reírme en medio del horror.

—Oh, muy en serio. Totalmente en serio. Pero no espero que aceptes ahora mismo. No soy tan irrazonable. —Me hace una carantoña debajo de la barbilla y me da un empujoncito amistoso en el hombro—. Como es natural, necesitas pensártelo un poco, lo entiendo. Necesitarás tiempo para pensar cuánto significan para ti tu novio y tu carrera, pero cuando hayas tomado una decisión, llámame.

—Que te jodan.

Hay una única llamada que voy a hacer. Regreso y cruzo la verja buscando ya su número en la agenda del teléfono.

—¡Pero no lo dejes para muy tarde! —vocea Frank a mi espalda—. ¡Nos vemos pronto! ¡Muy pronto!

Cuando me contestan a la llamada, ya estoy de vuelta en el parque infantil. Clara y Danny siguen haciendo cola.

—Hola, tesoro. —Se oye música al fondo.

—Papá, necesito que me escuches con atención. ¿Puedes irte a algún sitio tranquilo?

Él se ríe en respuesta a algo.

—¿Te encuentras bien, amigo? —le pregunta a alguien—. No es muy buen momento, tesoro. Tengo a dos empleados de baja por enfermedad y el local lleno de gente que ha venido a comer.

—Frank Hickey acaba de chantajearme.

No responde nada, pero al cabo de unos segundos se oye el eco de unas pisadas.

—¿Qué cojones has dicho?

—Que Frank quiere que le pase una información, o de lo contrario se asegurará de que mi jefa y Aiden se enteren de lo de..., bueno, ya sabes de qué.

—¿Información sobre quién, por Dios?

Saludo a Danny con la mano, pero me está inundando una oleada de furia.

—No lo pillas, papá. No importa el quién; lo que importa es lo que me está pidiendo que haga. Quiere tenerme en el bolsillo, y yo no puedo consentirlo. No puedo... —Trago saliva—. Oye, la otra noche me dijiste que el papel de los padres es proteger, ¿no? Pues protégeme. Necesito que

me quites esto de encima.

Una pausa desesperada.

—Está bien. Hablaré con él y le diré que esto no procede. Lo siento mucho, tesoro. Sinceramente pensaba que estaba tomándote el pelo. No creí que...

—Cállate, papá. Me parece que no me estás entendiendo. No quiero que hables con él. No me está tomando el pelo. Necesito que lo hagas desaparecer.

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, seguramente es porque has terminado el libro, así que mi primer «gracias» es para ti, maravilloso lector. Últimamente nuestra vida es un continuo ajeteo, así que me alucina que te hayas apartado el tiempo necesario para sumergirte en el mundo de Cat. Ella te está agradecida. Y yo también.

Que a una le pidan que escriba una segunda novela es a la vez un enorme privilegio y una perspectiva que asusta. Hay un ejército de personas que han conseguido que mantuviese la cordura y el buen humor, que me han dado su apoyo y que han ido rellenando con regularidad mi suministro de té y de vino a lo largo de todo este proceso.

Eugenie Furniss, agradezco enormemente tu fe en mi trabajo y la paciencia que has mostrado con esos correos míos que empezaban diciendo: «Estaba pensando que...». Lo mismo les digo a las fabulosas Katherine Armstrong y Emily Griffin, extraordinarias editoras de Zaffre y de Harper US, respectivamente. Os doy las gracias por cada idea, por cada palmada de ánimo, por cada empujón que me habéis dado en la dirección correcta; este libro es mejor gracias a vosotras.

También quiero dar las gracias a Jennie Rothwell, Clare Kelly, Felice McKeown, Nico Poilblanc, Alex Allden (¡ME ENCANTAN las portadas!), Ruth Logan, Ilaria Tarasconi y Kate Parkin. Vaya otra ronda de agradecimientos para Heather Drucker, Katie O'Callaghan, Amber Oliver, Caitlin Hurst, Jen Murphy y Kim Racon.

Gracias a Alan Howarth, que continúa respondiendo a mis (numerosas) preguntas sobre procedimientos. Para mí la autenticidad es muy importante; gracias por no permitir que me saliera del buen camino, una y otra vez.

Una de las mayores gratificaciones que se obtienen al escribir una novela negra es la cantidad de amigos que hace uno. En realidad, la comunidad de escritores de novela negra es la más solidaria del mundo, y podría llenar otro libro con los nombres de las numerosas personas que me han dado consejos, me han hecho reír, me han invitado a una copa o me han dicho con educación que me tranquilizase cuando era necesario. Todos sabéis quiénes sois. Todos sois estupendos.

Gracias a los viejos amigos, por seguir escuchándome hablar sin descanso acerca de personas imaginarias. Gracias a Helen Powell, Cat Sweatman, Carla Todd, Fiona Kirrane (prima mía y, por consiguiente, la primera amiga que he hecho en mi vida) y a otros muchos. La amistad lo es todo.

Y también lo es, por supuesto, la familia. Mamá, papá, Garry, Alison (¡más los cuatro fantásticos!) y toda la familia Frear. No podría haber nacido o haberme casado en el seno de una gente más afectuosa. Espero que os sintáis orgullosos de mí. Yo me siento muy orgullosa de vosotros por un millón de razones distintas.

Y gracias a Neil, cómo no, que ha sabido llevar con elegancia, paciencia y humor el horror de una «escritora sujeta a un plazo de entrega». No tengo palabras, cariño. Bueno, puede que tenga cuatro: te quiero para siempre.

Título original: *Stone Cold Heart*
Publicada por primera vez en inglés por Zaffre, un sello de Bonnier Books UK.

Edición digital: 2020

Copyright © Caz Frear 2019
The moral rights of the author have been asserted.
© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-786-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com